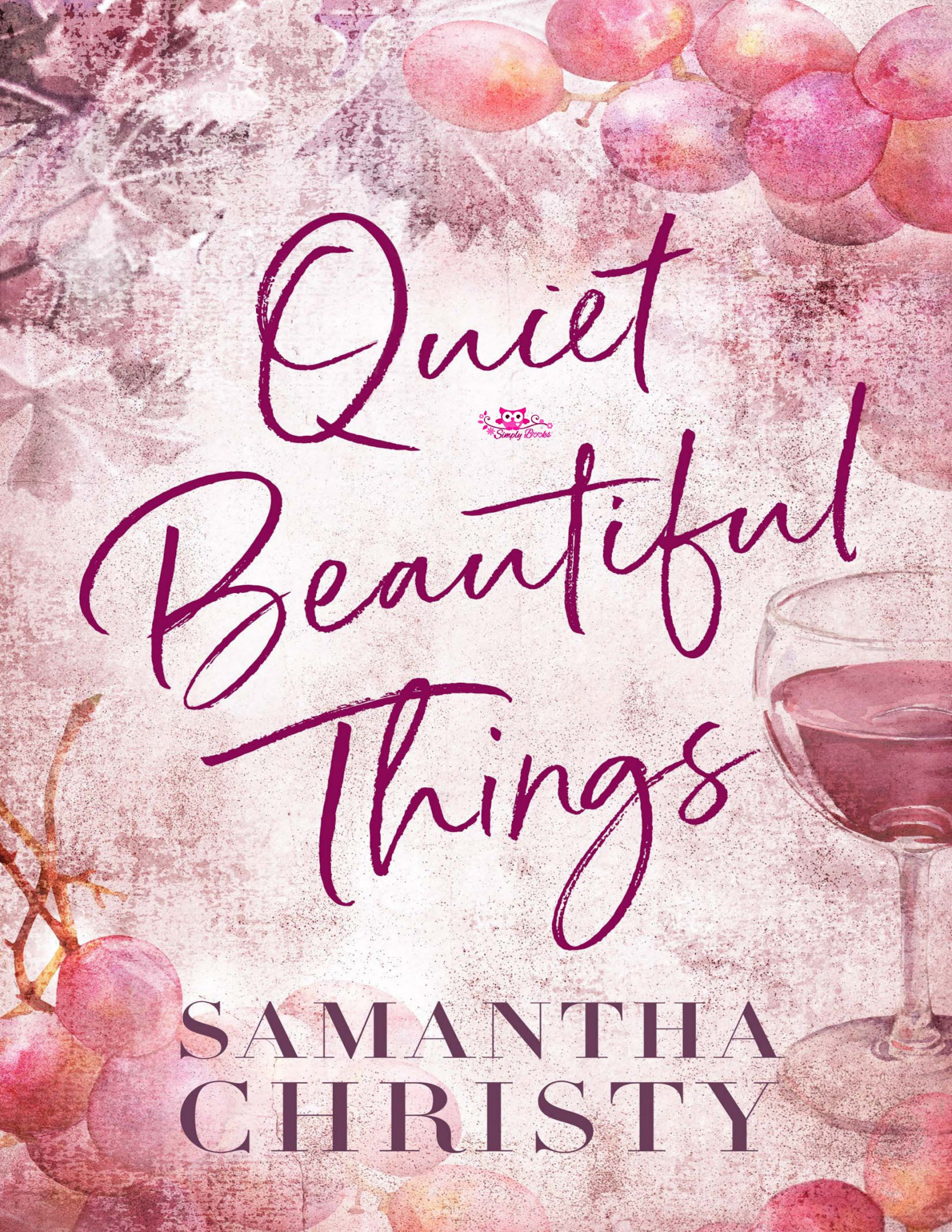


A watercolor illustration of a still life scene. In the top right corner, a cluster of red grapes hangs. In the bottom left corner, another cluster of red grapes is visible. On the right side, a wine glass is partially filled with red wine. The background is a soft, textured wash of pink and white. The title "Quiet Beautiful Things" is written in a large, elegant, cursive script in a deep red color. A small owl logo with the text "Simply Books" is positioned between the words "Quiet" and "Beautiful".

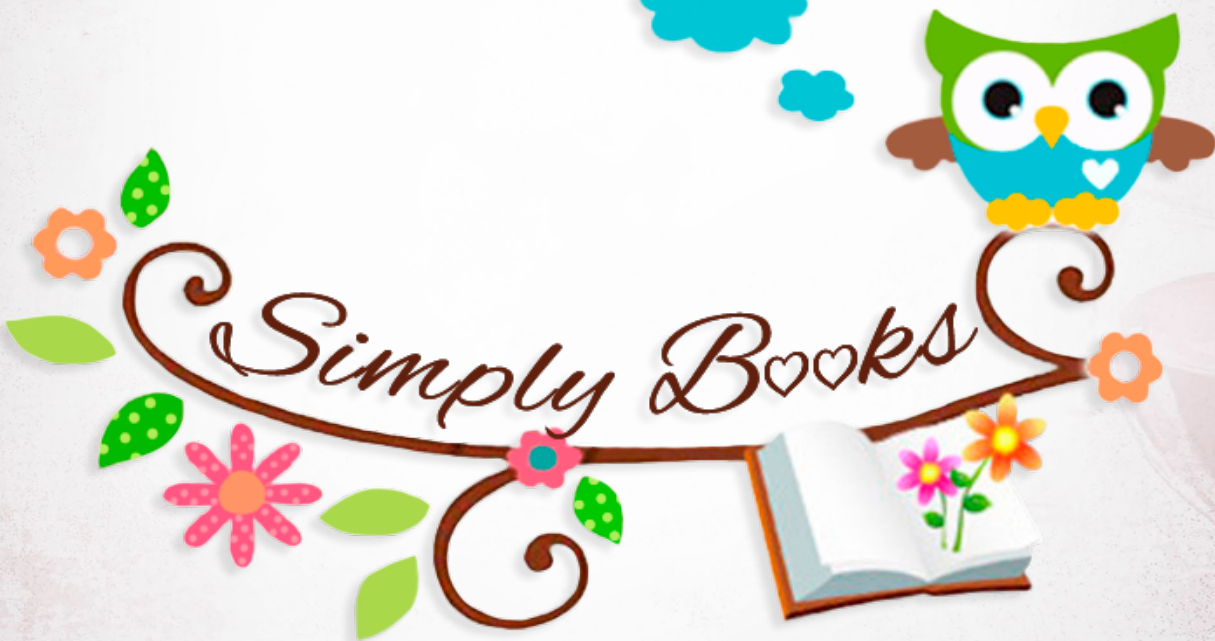
Quiet Beautiful Things

SAMANTHA
CHRISTY

SAMANTHA
CHRISTY

Things

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



¡Descubre tu próxima aventura!

Quiet
Beautiful

SAMANTHA
CHRISTY

Things

Importante

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan dejes una reseña en las páginas que existen para tal fin, esa es una de las mejores formas de apoyar a los autores, del mismo modo te sugerimos que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

¡Cuidémonos!



Quiet
Beautiful



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Creditos

TRADUCCIÓN

Mona

CORRECCIÓN

Niki26

DISEÑO

Bruja_Luna_



4



Quiet
Beautiful

Indice

Importante _____	3
Créditos _____	4
Sinopsis _____	6
Capítulo Uno _____	7
Capítulo Dos _____	12
Capítulo Tres _____	16
Capítulo Cuatro _____	21
Capítulo Cinco _____	35
Capítulo Seis _____	41
Capítulo Siete _____	49
Capítulo Ocho _____	58
Capítulo Nueve _____	64
Capítulo Diez _____	69
Capítulo Once _____	78
Capítulo Doce _____	85
Capítulo Trece _____	92
Capítulo Catorce _____	98
Capítulo Quince _____	109
Capítulo Dieciséis _____	113
Capítulo Diecisiete _____	117
Capítulo Dieciocho _____	123
Capítulo Diecinueve _____	132
Capítulo Veinte _____	138
Capítulo Veintiuno _____	143
Capítulo Veintidós _____	146
Capítulo Veintitrés _____	151

Capítulo Veinticuatro _____	155
Capítulo Veinticinco _____	164
Capítulo Veintiséis _____	168
Capítulo Veintisiete _____	174
Capítulo Veintiocho _____	181
Capítulo Veintinueve _____	185
Capítulo Treinta _____	194
Capítulo Treinta y Uno _____	203
Capítulo Treinta y Dos _____	209
Capítulo Treinta y Tres _____	218
Capítulo Treinta y Cuatro _____	224
Capítulo Treinta y Cinco _____	228
Capítulo Treinta y Seis _____	237
Capítulo Treinta y Siete _____	246
Capítulo Treinta y Ocho _____	250
Capítulo Treinta y Nueve _____	257
Capítulo Cuarenta _____	264
Capítulo Cuarenta y Uno _____	269
Capítulo Cuarenta y Dos _____	274
Capítulo Cuarenta y Tres _____	280
Capítulo Cuarenta y Cuatro _____	284
Epílogo _____	292
Epílogo Extra _____	294
Loud Unspoken Memories _____	297
Acerca de la Autora _____	298



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Sinopsis

Ser padre soltero no estaba en mi lista de planes de vida.

Sobre todo, porque **no sabía que mi hija existía.**

Ahora, no solo tengo que hacer malabarismos con todo lo que conlleva tener una niña de cuatro años, sino que también intento que mi hija adquiera las habilidades necesarias para comunicar sus necesidades.

Estoy fracasando. Épicamente.

Necesito mucha ayuda con esta personita.

La mujer asignada como mentora de mi hija es un sueño hecho realidad.

Hasta que me acusa de negligencia. La **DRA. ELLIE STONE** es feroz y decidida y entiende a mi hija de una forma que yo no puedo.

No tardo en darme cuenta de que no podría hacer esto sin ella. Es más... no creo que quiera hacerlo.

Porque Ellie no solo es perfecta para mi hija, **es perfecta para mí.**

Su impulso para proteger a la gente necesitada me ha cautivado. También pone un blanco en su espalda.

Pero la bella doctora no es la única con una naturaleza protectora.

Y acabaré con cualquiera que intente apartarla de mí.



6



Quiet
Beautiful

SAMANTHA
CHRISTY

Things

Capítulo Uno

BLAKE



A veces ser adulto apesta.

Como ahora, cuando estoy empujando un carrito por los pasillos de la tienda de comestibles Truman en busca de cosas para hacer para la cena.

Bueno, técnicamente, soy adulto desde hace tiempo. Uno pensaría que ya lo tendría dominado. Pero después de cuatro años de universidad —comiendo comida para llevar o la comida de la residencia—, dos años viajando al extranjero y visitando muchas de las mejores bodegas del mundo, y luego dos años de posgrado —donde mi compañero de habitación podría haber estado obteniendo un título en artes culinarias y no en negocios—, nunca he tenido que cocinar para mí, salvo algún plato de pasta ocasional.

Estudio un paquete de filetes. ¿Por qué siempre los empaquetan de dos en dos? Luego unas hamburguesas, que vienen en paquetes de cuatro. Seguro que no puedo acabármelas todas. Las agarro de todos modos. Quizá invite a cenar a mi hermano Lucas y a su prometida.

Los meto en el carro, me doy la vuelta y me quedo helado. Porque al otro lado de la tienda está la mujer más impresionante que he visto nunca. Definitivamente no es de Calloway Creek. Conozco a todo el mundo aquí. O los conocía.

Está en la sección de frutas y verduras, agarrando y estudiando varias hortalizas de las que ni siquiera sé el nombre.

Verduras. Necesito algunas de esas, ¿verdad? Una ensalada envasada que pueda mojar con salsa ranchera y servir como acompañamiento de las hamburguesas.

La mujer pone algo en su cesta. Cesta. Qué bien. Tal vez eso significa que ella está comprando para una persona. Diablos, la única razón por la que tengo un carrito es porque desprecio hacer la compra y cuanto menos tenga que hacerla, mejor.

Se pasa un mechón de cabello rubio por detrás de la oreja y ahora veo su cara con más claridad. Mierda, a lo mejor este sitio no está tan mal después de todo. Está a unos seis metros, pero juro que la veo como si estuviera delante de mí. Es preciosa. Y aunque no puedo distinguir el color de sus ojos, sé que son

Quiet
Beautiful

tan bonitos como el resto de su cuerpo. Sus pómulos son altos y rosados. Sus labios sonrosados y carnosos. Y su cuerpo... si lo que hay debajo de su enterizo azul brillante se parece en algo al resto de su cuerpo... vaya.

Quiero que levante la vista y me vea.

—Hola, Blake —dice el Sr. Truman desde detrás del mostrador de la carne—. Hace tiempo que no te veo por aquí. ¿Has vuelto al pueblo?

Me enfrento a él.

—Desde hace un mes, Sr. Truman.

—Por fin te unes al negocio de tu padre, ¿eh?

—Ya lo sabe. Trabajo en la bodega a tiempo completo desde que he vuelto. Mueve la cabeza arriba y abajo.

—Sospecho que está en buenas manos entonces.

—Agradezco el voto de confianza. Hasta luego, señor.

—Lo harás estupendo.

Echo un vistazo a la sección de frutas y verduras y me decepciona ver que la mujer ya no está. Menos mal. No necesito distracciones. Como recién nombrado jefe de operaciones de la Bodega Montana, toda mi energía tiene que dedicarse a impresionar a papá, a demostrarle que puedo manejar las cosas y a hacerle ver que soy el adulto responsable que siempre dijo que podía ser. Ha trabajado durante décadas para poner la bodega en el mapa y, en los últimos años, ha ido cediendo las riendas. Primero nombró a Lucas director de marketing, luego a nuestro hermano del medio Dallas, como director financiero, y ahora a mí.

Aunque sigue estando muy presente —solo tiene cincuenta y ocho años—, se merece un tiempo libre y una jubilación anticipada. Ahora nos toca a nosotros. Incluso nuestra hermana Allie se ha involucrado más en el negocio en los últimos años, dirigiendo las visitas de degustación y organizando eventos.

Vislumbro el azul en el pasillo de los artículos de tocador. La mujer misteriosa levanta la vista. Nuestras miradas cruzan y ella me mira igual que yo a ella. Como intrigada. Hipnotizada. Encandilada. Si las expresiones pudieran hablar, la suya diría que le gusta lo que ve. Pero también me dice que está indecisa, como rogándome en silencio que dé el primer paso. Como si una parte de ella estuviera preocupada de que yo no fuera receptivo.

Sin embargo, no puedo moverme. Mis pies están tan fijos como mis ojos. Trago saliva. Por primera vez en mi vida, no sé cómo acercarme a una mujer. A primera vista, me doy cuenta de que esta mujer no es como las demás. Es diferente. Especial. ¿Cómo lo hago? No tengo ni puta idea.



Creo que son sus ojos. Me estoy ahogando en ellos. Y te aseguro que no quiero que me salven.

Me mira como si me conociera. Es imposible que me conozca. Habría recordado una cara como la suya.

Lo que ella no puede saber —porque de ninguna manera mi cara es tan expresiva como la suya— es que en esos quince segundos, toda mi perspectiva de la vida ha cambiado. Gracias a ella. Una extraña en un supermercado. Ella tampoco sabe que esta sensación dentro de mí —esta extraña sensación de que una vez que hablemos, nunca volveré a ser el mismo— me ha dejado sin aliento. Me corta literalmente la respiración y juro que oigo cantar a los ángeles.

La señora Kendall, la profesora del coro del colegio, aparece por la esquina tarareando una melodía, y yo me río para mis adentros de mi estúpida idea.

—Hola, querido —dice, deteniendo su melodía.

—Hola, Sra. Kendall.

—No sabía que habías vuelto a la ciudad. ¿Estás ayudando a tus padres?

—Sí, señora.

—Buen chico —me dice como si tuviera cinco años y no veintiséis, y se va corriendo, volviendo a tararear.

Cuando me vuelvo, la mujer misteriosa ya no está.

Empujo mi carrito de pasillo en pasillo, buscándola. Después de todo, tuvimos un momento. Blake Montana no tiene “momentos” con las mujeres. Ligues. Rollos de una noche. Aventuras. Pero nunca momentos. Y nunca tan intensos como lo que pasó entre nosotros en esos segundos.

Quizá ni siquiera era real. Una aparición conjurada por mi imaginación hiperactiva, cortesía de mis cuatro meses de sequía.

Sí, eso es lo que pasó. Mi mente soñando con la mujer perfecta. Cabello rubio oscuro que me recuerda a una playa de arena al atardecer, ojos expresivos en los que un hombre podría perderse, la cara de un ángel, un cuerpo por el que se libran guerras y una voz que gritaría mi nombre cuando me hundiera entre sus piernas. Totalmente divina.

Pero no estoy tan loco como para pensar que tal criatura existe.

Me la quito de la cabeza y me limito al trabajo que tengo entre manos. Lleno mi carrito con lo de siempre: Cereales. Pan. Leche. Cerveza. Y alguna mierda saludable que probablemente nunca comeré pero que compro de todos modos por si mamá rebusca en mi despensa.

Cuando cargo el auto en la acera de enfrente, mis ojos se desvían calle abajo hacia la Floristería Gigi's, el lugar donde pasaba los veranos y las



vacaciones trabajando cuando era estudiante. Papá quería que todos tuviéramos experiencia laboral fuera de la bodega. Decía que nos forjaría el carácter.

Maddie, la dueña de la floristería, sale con un ramo de flores y yo la saludo con la mano. No, espera, no es Maddie. Es la mujer misteriosa. Mira hacia atrás, confundida por mi saludo. Luego sonrío y, joder, es la sonrisa más grande y brillante. Le devuelvo la sonrisa. Tenemos un momento. Un *segundo* momento. Ahora sé que no me lo estoy imaginando. Esta chica es real. Y con solo una mirada, conectamos a un nivel existencial que nunca antes había experimentado. Como si nos conociéramos de toda la vida, aunque estoy seguro de que nunca nos hemos visto.

Un claxon suena a su lado. Ni siquiera se inmuta. Sus ojos nunca se apartan de los míos, y eso me hace sentir como el puto Tarzán.

—Amigo, ¿te vas? Algunos tenemos prisa.

Miro por encima del hombro. Hawk McQuaid me mira fijamente, esperando a que abandone el lugar privilegiado frente a la tienda.

—Aparca atrás, McQuaid —grito.

—No hace falta. —Mira mi carrito—. Ya te vas. Así que date prisa.

Meto la última bolsa en el maletero y lo cierro, luego le dejo el carrito para que lo lleve dentro ya que está tan impaciente.

Cuando vuelvo la vista hacia la acera, la mujer hermosa, despampanante y perfecta ha desaparecido, sustituida por tres preadolescentes en monopatín que me adelantan alegremente.

Sin reconocer a Hawk, me pongo al volante. Tomo el camino largo a casa, conduzco despacio por Gigi's, luego por la cafetería y después por la rotonda que da nombre a la calle: Círculo McQuaid. Al parecer, como los antepasados de Hawk fundaron la ciudad, él cree que eso le da derecho a aparcar donde le dé la gana.

Entonces, *bingo...* la veo. Camina hacia los apartamentos alejados del parque, al otro lado del círculo. Como si sintiera mi presencia, se gira. Nuestras miradas se cruzan. Otra vez esa sensación. ¿Qué *sensación*?

Un auto toca el claxon detrás de mí.

—Mueve el culo, Montana.

Miro por el retrovisor. Es mi amigo, Dax Cruz. Crecimos juntos, fuimos a los mismos colegios en Calloway Creek y perdimos el contacto cuando me fui a la universidad. El resto de nuestras familias parecen despreciarse, como solían hacerlo los Calloway y los McQuaid. Algo sobre una disputa en torno a nuestros antepasados. Pero a Dax y a mí nunca nos importó una mierda lo que pensarán el resto de nuestros parientes. Y ahora que he vuelto a casa, somos amigos como



si nunca me hubiera ido, algo que a sus hermanos y a los míos no les entusiasma demasiado.

Saco el brazo por la ventanilla y le enseño el dedo medio. Vuelve a tocar el claxon, pasa a mi lado y grita:

—¡Nos vemos esta noche!

Maldita sea. La chica se ha ido una vez más. Desaparecida. Tal vez pensó que estaba siendo espeluznante. Pero esa sonrisa decía otra cosa. No sé su nombre. Ni siquiera le he dirigido la palabra. Pero algo en mi interior me duele al pensar que tal vez nunca la vuelva a ver.

Y de algún modo sé que eso sería una tragedia.



Capítulo Dos

BLAKE



Cuando llego a casa, hay un auto desconocido aparcado en la parte circular de mi entrada, cerca de la puerta principal. Hay dos personas sentadas en él. El conductor se baja cuando entro en el garaje. Estoy abriendo el maletero cuando una mujer dobla la esquina.

—¿Blake Montana?

Intento ubicarla, pero no puedo. No es de por aquí.

—Sí.

—Soy Trish Nelson. —Saca una tarjeta de visita del bolsillo y me la entrega. Escaneo la tarjeta.

—¿Una investigadora privada? —Mis cejas se disparan—. ¿Me están investigando?

—Quizá deberíamos hablar dentro. —Echa un vistazo a mi maletero—. ¿Qué tal si le ayudo con estas bolsas?

Rechazando su ayuda, las cuelgo de ambos brazos.

—Sígueme —le digo, de mala gana, con ganas de decirle que se vaya de mi propiedad, pero al mismo tiempo con curiosidad por saber por qué está aquí.

Me cierra el maletero y entramos. Dejo las bolsas en la encimera y meto la comida fría en la nevera. Luego me apoyo en la barra.

—Le ofrecería un café, pero ahora no sé si es amiga o enemiga. ¿Le importaría decirme de qué se trata? —Señalo con la cabeza la puerta principal—. ¿Y su amigo se unirá a nosotros?

—Depende —dice.

—¿De qué?

Camina detrás de una de las sillas de la mesa de mi cocina.

—¿Me permite?

Le tiendo la mano en un gesto de «adelante».

—Claro, por qué no.

Permanezco de pie, intentando deducir qué podría querer de mí una investigadora privada. Por un momento, me pregunto si tendrá algo que ver con las muertes de Phoebe y DJ hace unos años. Pero es evidente que la mujer y el hijo de Dallas murieron en un accidente de monóxido de carbono, así que eso no tendría sentido.

—Sr. Montana, ¿el nombre Lucinda Wilcox significa algo para usted?

Entrecierro los ojos y asiento.

—Lucinda. Sí, estaba en la NYU cuando yo era estudiante.

—¿La conocía bien entonces?

—No diría que bien. Salimos algunas veces. Pero su nombre, es lo suficientemente único como para que lo recuerde.

—¿Salieron algunas veces? ¿Puede explicarme?

Saco una silla y me siento.

—Oh, mierda. ¿Está muerta? ¿Fue... asesinada? Escuche, lo siento, pero no la he visto en cinco años.

—No está muerta, Sr. Montana.

—Mi padre es el Sr. Montana. Puede llamarme Blake. Y si no está muerta, ¿le importaría ir al grano, Srta. Nelson?

—Trish, por favor. —Pone las manos sobre la mesa—. Esta es la parte incómoda y típicamente chocante en la que te digo que me han contratado para encontrar al padre del hijo de la señorita Wilcox.

Se me desorbitan los ojos y se me aprieta el estómago.

—Ah, maldición. ¿En serio?

—Antes de ir más lejos, debes saber que eres uno de los ocho hombres que podrían ser el padre potencial.

—¿Ocho? —Me restriego una mano por la mandíbula—. Jesús. —Se me ocurre algo—. ¿Averiguó quién es mi familia y decidió que yo le daría una buena pensión?

Ella sacude la cabeza.

—No es Lucinda quien me contrató. Son sus padres.

—Estoy confundido.

—Sinceramente, Blake, yo también lo estaría si estuviera en tu lugar. No estoy en libertad de decir mucho hasta que se confirme la identidad del padre. Excepto que te diré que la criatura está en peligro de ser colocada en un hogar de acogida. En un intento de evitar eso, los Wilcox me dieron acceso total al teléfono de su hija y a sus cuentas de redes sociales. A través de ellas, pude



identificar a ocho hombres con los que pudo haber tenido relaciones durante el periodo en cuestión. Tú eres el sexto que he podido localizar.

—¿Qué pasó con los otros cinco?

—Tres se negaron a someterse a una prueba de paternidad. Dos cumplieron, pero han sido descartados como padre. Sigo trabajando para localizar a los otros dos.

—¿Quieres que me haga una prueba de paternidad?

Señala la puerta principal.

—Tengo un profesional de la salud a domicilio conmigo. Todo lo que implica es un hisopo en la boca. Los Wilcox han pagado para acelerar los resultados que deberíamos tener en una semana.

—¿Otros tres se negaron?

Ella asiente.

—Tienes todo el derecho a negarte. Sin embargo, si el padre no puede ser identificado en base a los que se ofrezcan voluntarios, los Wilcox buscarán órdenes judiciales que requieran que tú y los demás se hagan una.

—¿Por qué iba a negarme? Quiero decir, ayudará a descartarme, ¿verdad? Y si por casualidad... no me descarta, bueno, entonces es mi culpa por imprudente y tendré que lidiar con las consecuencias.

Trish ladea la cabeza, examinándose como si tomara medidas. Es algo mayor que yo, puede que incluso tenga treinta y pocos, pero es casi como si me mirara como lo haría un padre orgulloso.

—Es muy honorable por tu parte. A los otros dos les costó un poco más ser convencidos.

—Sí, bueno, no soy un santo. Lucinda no fue la única que se acostó con el alumnado de la Universidad de Nueva York. Supongo que tal vez no fui tan cuidadoso como pensaba. Sería mi estúpida culpa. Se necesitan dos para bailar el tango. Así que esta criatura tendría ¿cuántos, cuatro?

—Eso es correcto. Ella tiene cuatro años. Cumple cinco al final del verano.

Hago los cálculos mentalmente. Parece que funciona. Si no recuerdo mal, nos conocimos en el semestre de primavera del último año. Entonces me doy cuenta de lo que dijo Trish.

—¿Ella? ¿Tienes una foto?

—Es una niña, pero eso es todo lo que puedo decir. Su identidad está protegida porque es menor. Tendré más información para compartir si eres compatible.

—Supongo que vamos a seguir adelante entonces.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Se levanta.

—Llamaré al enfermero. Necesitará ver dos formas de identificación.

Saco mi billetera.

—No hay problema.

Va hacia la puerta y se gira.

—Gracias, Blake. Hoy me has facilitado mucho el trabajo.

Asiento y me paso las manos por el cabello mientras ella llama al enfermero. Porque, mierda... hace treinta minutos mi único problema era averiguar quién era la chica de mis sueños en el supermercado. Y ahora... ahora podría ser un puto padre.



15



Quiet
Beautiful

Capítulo Tres

ELLIE



Guardo la compra, ordeno el ramo de flores y miro todas las cajas apiladas contra la pared del salón. ¿Por dónde empiezo? Debería haber aceptado la oferta de ayuda de mamá y papá. Pero quería hacerlo sola. Es mi primer apartamento de verdad —aparte de los varios que tuve en el campus universitario— y mi primer trabajo de verdad.

Sí, he tenido muchos trabajos antes, pero como estudiante de magisterio, o co-profesora, o profesora asistente en la escuela de posgrado. Nunca como el que estoy a punto de empezar. Y, desde luego, nunca con tanta responsabilidad. Pero estoy impaciente por empezar.

Al otro lado de la ventana hace una hermosa tarde de primavera y estoy deseando explorar el pueblo. Es el polo opuesto de donde crecí en Nueva York. Aquí la vida parece más lenta. Más tranquila.

A mi hermana menor, Beth, le preocupaba que no tuviera todos los recursos que ofrecen las ciudades más grandes. No estoy de acuerdo. La escuela donde voy a trabajar es un recurso maravilloso. El resto se solucionará solo.

Me llama la atención un corredor en el sendero que serpentea detrás de mi edificio. Me animo cuando veo que tiene el cabello oscuro y rebelde, como el tipo misterioso de antes. Mi corazón da un pequeño vuelco solo de pensar en el encuentro. Luego suspiro cuando el tipo se gira y veo que no es él, la punzada de decepción en el estómago me sorprende.

Me siento en el sofá, el único mueble que no está lleno de cajas, saco el móvil y escribo un mensaje.

Yo: Juro por Dios que acabo de conocer a mi futuro marido.

Beth: ¡Yeeey! Y solo has estado allí un día. Cuéntame más.

Yo: Bueno, puede que haya exagerado. No nos conocimos exactamente.

Beth: Estoy confundida.

Yo: Sinceramente, yo también. Estaba en el supermercado. Nos vimos desde el otro lado de la tienda. Nuestros ojos se clavaron en los del otro y fue como... OPD, fue como si hubiera una conexión instantánea. Y luego lo vi de nuevo al frente. Y luego otra vez en su auto.

Beth: Ellie, ¿estás segura de que el tipo no es un acosador?

Yo: No es así. Ni siquiera puedo explicarlo. Nos sentimos atraídos el uno por el otro. Era algo sacado de una película. Te lo digo, algo pasó. Algo increíble.

Beth: Así que, este futuro marido tuyo. Si no lo has conocido, no sabes su nombre. Si no sabes su nombre, ¿cómo puedes esperar encontrarlo? Dios mío, Ellie. Podrías pasar toda tu vida suspirando por un tipo con el que compartiste una mirada.

Yo: Eso es lo bueno de las ciudades pequeñas, hermanita. Apostaría mi brazo derecho a que me lo vuelvo a encontrar.

Beth: Bueno, si lo haces, no te quedes ahí y babeas como una idiota llorona, consigue su nombre por el amor de Dios.

Yo: LOL

Beth: ¿Cómo va la mudanza?

Yo: Despacio.

Beth: Podría tomar el tren y estar allí en una hora.

Yo: No harás tal cosa. Tengo que hacerlo yo. Los quiero a todos. Y me encanta cómo me apoyan. Pero tengo que hacer esto por mi cuenta. Te prometo que cuando me instale, los invitaré a cenar a ti, a mamá y a papá.

Beth: Más te vale. Aparte del príncipe azul, al que técnicamente no conoces, ¿has conocido a alguien más?

Suspiro.

Yo: Unos vecinos vinieron a darme la bienvenida. Creo que los espanté. Típico.

Beth: Que se jodan.



Yo: Es que aún no se han acostumbrado a mí. Estoy segura de que nos haremos amigos rápidamente. Y si no, tendré muchas oportunidades de hacer amigos en el trabajo.

Beth: Vas a necesitar una vida fuera del trabajo, Ellie.

Yo: Llevo aquí veinticuatro horas, Beth. ¡Jesús! Dame un segundo.

Beth: Tengo que irme. Tengo clase en treinta minutos.

Yo: Haz que me sienta orgullosa, hermanita.

Beth: Siempre. Adiós.

Tiro el teléfono y miro la pila de cajas. En una se lee «Fotos». Me levanto del sofá, rompo la cinta que sujeta la caja y saco fotos enmarcadas de Beth y yo, de mamá y papá y de los cuatro. Mi favorita, sin embargo, es la de papá y yo cuando solo tenía dos años. Fue el día en que me adoptó y se convirtió oficialmente en mi padre. Nunca lo había visto tan feliz.

Mi padre biológico nunca estuvo presente. Mamá lo dejó antes de que yo naciera. Más tarde, cuando se enteró de mi existencia, no quiso saber nada de mí cuando supo que no era una niña “perfecta”. Lo busqué una vez, cuando tenía dieciocho años. No quería una relación con él. Solo quería respuestas. O un cierre. O... algo.

Nunca he querido nada. Amor, seguridad, pertenencia. Lo he tenido todo. Pero hay algo en un padre que no quiere a su propio hijo que se te pega a pesar de todo eso. Fue un error, buscarlo, encontrarlo. Era tan malo como mamá lo hizo parecer. No, era peor.

Aparto de mi mente todos los pensamientos sobre Grant Lucas mientras busco un martillo y un clavo y cuelgo la foto de papá y yo en el centro de la pared de mi salón. Cuando está perfectamente centrada, paso un dedo por el marco, prometiendo que estará orgulloso de mí.

~ ~ ~

Horas después, con la mitad de las cajas desembaladas, me pongo la ropa de correr y vuelvo trotando al Círculo McQuaid. Solo tardo unos minutos en llegar. Elegí mi apartamento por su proximidad a la escuela donde voy a trabajar. También me alegra estar a poca distancia del pequeño distrito comercial que rodea el círculo. Como alguien que creció en Manhattan, toda esta zona apesta a pueblo pequeño. Pero será un cambio agradable del ajetreo de la ciudad.

Antes, estaba tan hambrienta —y luego preocupada por el tipo misterioso— que no pude ver nada más que la tienda de comestibles y la floristería. Ahora, sin más distracciones, lo asimilo todo mientras corro por la acera y echo un vistazo a todos los escaparates. Paso por delante de una cafetería



en la esquina, una librería, una heladería, una cafetería, un salón de manicura, una ferretería y una tienda de submarinos.

Creo que me va a gustar estar aquí. La gente parece agradable, a pesar de los vecinos prejuiciosos de los que le hablé a Beth. Y cuando me cruzo con algunos lugareños —familias comiendo helado, una pareja paseando a su perro, adolescentes correteando en monopatín— sé que he tomado la decisión correcta.

Está claro que la vida nocturna está en el otro extremo del círculo. Veo un cine y una bolera. Probablemente no vaya al cine, pero jugar a los bolos puede ser divertido. Me pregunto si la escuela tiene una liga. Junto a esos locales hay un sitio llamado Donovan's Pub. Paso por delante despacio. Al mirar por las ventanas, me doy cuenta de que debe de ser el lugar de reunión de los viernes por la noche de muchos lugareños.

Lugareños. Ahora soy parte de ellos. Casi puedo imaginarme sentada en una cabina.

Doy la vuelta a la esquina, por detrás del cine. Detrás del cine, la bolera y el pub hay un enorme estacionamiento que da la vuelta al parque, donde sé que debe de haber un gran sendero para correr.

Me encanta ver que la parte trasera del bar tiene un patio al aire libre. Está elegantemente iluminado con largas tiras de luces blancas colgantes. Hay estufas de exterior en cada esquina del patio, pero no son necesarias en esta suave tarde de primavera.

Mis pasos vacilan y casi tropiezo con mis propios pies cuando veo al tipo misterioso sentado en una de las mesas exteriores, con una cerveza en la mano. Pero su actitud es completamente distinta a la de antes. Parece que se le ha muerto el perro. Mira fijamente su cerveza, retorciendo el vaso con la mano. ¿Por qué está tan triste?

Mi corazón se hunde cuando veo un segundo vaso en la mesa. ¿Está en una cita?

Levanta la vista, directo hacia mí, el shock desencajando su mandíbula. Se me acelera el corazón cuando se levanta, como si fuera a acercarse. Estoy a unos diez metros, pero veo claramente su expresión. El ardor de su mirada me hace saber que está sorprendido —y quizá contento— de verme.

Me saluda con la mano. Sonríe y le devuelvo el saludo. Él sonríe. Me gusta su sonrisa. A pesar del atisbo de tristeza que detecté hace un momento, su rostro brilla ahora con una sonrisa sin diluir que muestra lo que imagino son perfectas hileras de dientes.

Se da la vuelta bruscamente como si alguien le hubiera llamado por su nombre. Un hombre que guarda cierto parecido con él le da una palmada en el hombro y ocupa el otro asiento. *No es una cita.*



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Sonríó de nuevo, esta vez para mí misma. Luego me doy la vuelta
alegremente y corro hacia el parque.



20



Quiet
Beautiful

Capítulo Cuatro

BLAKE



—¿Ya te has enterado? —pregunta Lucas en cuanto respondo a su llamada.

Dejo de trotar, algo que he estado haciendo mucho más esta semana después de ver que a *ella* le gusta hacerlo, y pongo los ojos en blanco. Me ha llamado dos veces al día durante una semana. Empiezo a arrepentirme de habérselo dicho. Le juré a él y al resto de mi familia guardar el secreto. Pero tenía que decírselo. Somos muy unidos. O solíamos serlo, hasta que Dallas perdió a su familia y se fue a una cabaña remota en el norte del estado, donde ha estado los últimos dos años.

—No, idiota, no me he enterado. ¿No crees que llamaría si lo hubiera hecho?

—O eso, o quizás te ahogaría en el arroyo.

—No voy a suicidarme si la niña es mía.

—¿Sabes lo jodido que sería eso si tuvieras una hija de cuatro años? ¿Qué clase de mujer le oculta esa información a un hombre?

—Supongo que una que era tan popular que no sabe quién es el padre.

—¿Has pensado en lo que harás si es tuya?

—Supongo que escribiré un gran cheque cada mes e intentaré conocerla.

—Si la zorra lo permite.

—Puedes apostar tu culo a que si mantengo a la niña estaré en su vida. Incluso si tengo que ir a juicio.

—Sabes que solo está buscando una pensión. Ponle el apellido Montana a la niña y estará lista para toda la vida. Esta chica Lucinda debe saber eso.

—Te lo dije, no tengo ni idea de lo que está pasando. La investigadora privada dijo que Lucinda no era la que dirigía esto.

—Bien.

Veo a alguien caminando por delante, una chispa de reconocimiento me retuerce las tripas.

—Tengo que terminar mi carrera.

—Llámame cuan...

Cuelgo y sigo corriendo, sacándome los AirPods de las orejas.

—¡Eh! —grito. Es ella. Sé que es ella. Ese cabello. Ese cuerpo. Es la chica de mis sueños en la que he estado pensando durante seis días. He estado corriendo por el sendero del parque y trotando por los apartamentos todos los días después del trabajo con la esperanza de encontrarla.

Está lejos, así que acelero el paso.

—¡Oye! ¡Hola!

Me acerco, pero ella no se gira. Se acerca a su edificio, marca un código en el teclado y entra. Diez segundos después estoy aporreando la puerta exterior, con cara de idiota mientras grito tras ella.

—¡Eh!

La veo a través del cristal, pero sigue sin girarse. *Maldita sea*. Debe llevar AirPods. Todo el mundo los lleva hoy en día. Mejor suerte la próxima vez.

Al menos ahora sé en qué edificio vive, aunque me haga sentir como un acosador.

Mi teléfono vibra con un correo electrónico entrante. Trago saliva cuando veo de quién es. Trish, la investigadora privada, me ha dicho que me enviarán por correo electrónico los resultados de la paternidad.

Ya está.

Ay, Dios.

Toco la notificación del correo electrónico para abrirlo. Hay mucha información que no entiendo. Hasta que llego al final, donde pone claramente:

El presunto padre no está excluido como padre biológico del menor examinado.

Aunque eso no esté muy claro, hay algo que sí lo está.

La siguiente línea dice:

Probabilidad de Paternidad: 99.9998%

Santo cielo.

Pierdo el aliento tan rápido como si me hubieran dado una patada en el estómago. Caigo sobre la hierba, doblo las rodillas y meto la cabeza entre las piernas.

Santo cielo.

Mi corazón se acelera. Casi hiperventilo. Cierro los ojos e intento imaginarme mi vida. La vida que acaba de dar un vuelco con un manotazo en la mejilla. Una noche imprudente. Un solo correo electrónico.



Soy un maldito padre.

~ ~ ~

Dos horas más tarde, Lucas, Allie, mamá, papá y yo estamos sentados alrededor de mi mesa con la Sra. Duffey, de los Servicios de Protección de Menores de Nueva York. Sabía que vendrían. Trish llamó y me lo dijo.

—A ver si lo he entendido —pregunta papá en mi nombre. Probablemente porque aún estoy demasiado aturdido para hablar—. ¿La tal Lucinda está en rehabilitación por drogas, los abuelos quieren dejarle su nieta a mi hijo para que puedan navegar por el mundo en un crucero, y si mi hijo rechaza la custodia, la niña irá a una casa de acogida?

—Eso lo resume todo —dice la Sra. Duffey.

—¿Podemos dejar de referirnos a la niña como “la niña”? —dice mamá—. Debe tener un nombre. ¿Y tiene una foto?

—Se llama Maisy. —Saca una foto de una carpeta y la desliza por la mesa. Mamá jadea.

—Dios mío. Se parece a ti a esa edad.

Estudio la foto. La niña es bonita a pesar de su despeinado cabello rubio rizado. Y hay una tristeza evidente en sus ojos. Levanto una ceja y miro a mamá.

—Me refiero a su cara, Blake. No a su cabello. Tiene tus ojos. Tu nariz. La forma de tu mandíbula. Y estoy dispuesta a apostar, si ella estuviera sonriendo, incluso tendría tus hoyuelos. —Una mano cubre el corazón de mamá—. Maisy Montana. Suena bien.

—No nos adelantemos —dice la Sra. Duffey—. Legalmente, se llama Wilcox.

—Seguro que podemos cambiar eso —dice papá.

—Todo depende. Si bien le estamos otorgando a Blake la tutela temporal de emergencia para que pueda cuidarla, todavía hay muchas incógnitas. Como qué pasará cuando la Srta. Wilcox salga de rehabilitación.

—¿Y cuánto tiempo será?

—La Srta. Wilcox está en un programa de hospitalización de noventa días, después del cual puede tener una estancia prolongada en un centro residencial de vida sobria. Espero que tenga privilegios de visita después del programa.

Finalmente, hablo.

—¿O sea que voy a hacer de niñera tres meses y luego Lucinda puede volver y hacer lo que quiera?

Ella niega con la cabeza.



—Usted tiene derechos como padre. Ella también tiene derechos. Pero dadas las circunstancias en las que se llevaron a Maisy, los tribunales pueden fallar a favor de usted si llega el caso.

—¿Cuáles son exactamente estas circunstancias? —pregunta mamá, líneas de preocupación grabadas cerca de sus ojos.

—Negligencia, sobre todo.

Siento un ardor dentro de mí cuando miro la foto. Hay tanta tristeza en sus ojos. Mi niña, mi hija, ha sido criada y abandonada por una drogadicta. La sorpresa me invade al darme cuenta de lo protector que estoy siendo con alguien a quien no conozco.

—¿Le pegaban? —pregunto con la mandíbula apretada.

—Maisy no muestra signos de maltrato físico. Pero a veces la negligencia puede tener los mismos resultados. Es tímida. Reservada. Y no se comunica más allá de señalar y dibujar.

Mamá vuelve a jadear.

—¿No se comunica? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, señora —la señora Duffey me mira—, parece que Maisy es sorda.

Una mano vuela a la boca de mamá, cubriendo su sorpresa.

—Dios mío.

—¿Cómo que “*parece*”? —pregunto enfadado—. Tiene cuatro años. ¿Cómo puede no saberlo?

—Ahí es donde entra la negligencia. No hay registros médicos que demuestren que se le hayan hecho pruebas. Pero prácticamente no responde a órdenes verbales. Sugiero que lo primero que hagan sea llevarla a un audiólogo.

Papá saca su teléfono.

—Roger Dullis es audiólogo y un buen amigo. Ahora le mando un mensaje.

Se me revuelve el estómago. Tengo una hija. Posiblemente sorda. Definitivamente una abandonada. Me siento completamente enfermo.

—¿Cuándo puedo conocerla?

La Sra. Duffey mira por la ventanilla.

—Tengo a una compañera asistente social esperando con ella en el auto. Los padres de Lucinda empacaron sus pertenencias.

Me levanto y me dirijo a la ventana.

—¿Ella está *aquí*? ¿Y quiere dejarla conmigo? ¿*Ahora*?

—Como le expliqué la primera vez que vine, el señor y la señora Wilcox se van del país. Maisy iba a entrar en el sistema de acogida y lo habría hecho si su



prueba de paternidad hubiera salido diferente. Hicimos que un juez emitiera la tutela temporal de emergencia. Llevará tiempo poner su nombre en el certificado de nacimiento, e incluso entonces, puede haber una batalla por la custodia. Pero, sí, Sr. Montana, nos gustaría que la acogiera hoy. Ahora mismo.

Miro a mi alrededor.

—No tengo nada. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Mamá me toca el hombro.

—Yo me encargo. Cariño, hay una niña ahí fuera que te necesita.

Papá levanta la vista de su teléfono.

—Roger dijo que puede venir a conocerla. Podrá darte información preliminar.

Asiento.

—De acuerdo. —Me tiemblan las entrañas—. Supongo que... vamos a conocer a mi hija.

—La traeré —dice la Sra. Duffey y se dirige a la puerta.

Papá me agarra del hombro mientras respiro hondo varias veces.

—Todos estamos aquí para ti, Blake.

Asiento.

La tensión crece en mi interior, cada segundo con más fuerza, como una cafetera en ebullición.

¿Y si me odia?

¿Y si no sé cómo ayudarla?

¿Y si no puedo ser padre?

La señora Duffey tarda una eternidad en volver a entrar. Cuando lo hace, arrastra tras de sí una gran maleta, y con la otra mano sujeta a una niña de aspecto muy asustado.

El corazón se me sube a la garganta. Todo lo que ha dicho la trabajadora social sobre la situación de Maisy me golpea como un puñetazo en las tripas. ¿Cómo puede alguien tratar así a una niña tan frágil? El nudo en la garganta me hace casi imposible hablar. Porque, a pesar de su aspecto desaliñado, esta criatura es el espectáculo más hermoso que he visto jamás. En un instante, en un solo latido, lo entiendo. Entiendo lo que le pasó a Dallas cuando nació DJ. El amor inmediato, saber que es parte de mí. La intensa necesidad de ser un protector, un proveedor, una roca emocional para ella. Serlo todo para esta pequeña humana.

Hace dos horas, era un soltero sin preocupaciones.

Pero ahora está Maisy. Y de repente mi vida tiene un nuevo significado.



Juro, aquí y ahora, hacer todo lo que tenga que hacer para que su infancia sea tan feliz como lo fue la mía. Y para compensar todo lo que le ha faltado.

Caigo de rodillas, intentando mantener a raya las emociones. Al fin y al cabo, soy un hombre de veintiséis años. Sin saber qué hacer, simplemente sonrío y saludo con la mano.

—Hola, Maisy.

Me mira a mí y a la Sra. Duffey.

La señora Duffey le hace un gesto con la cabeza, suelta la maleta y me señala la silla de la derecha. Maisy se acerca arrastrando los pies como si ya le hubieran ordenado sentarse un millón de veces. Se sienta, se quita la mochila y saca un gato de peluche.

—¿Qué hago? —le pregunto a todo el mundo.

Mamá se acerca a Maisy y señala al gato.

—Qué gatito tan adorable.

Maisy no responde. Ni siquiera mira a mamá. Se limita a sostener el peluche, con sus ojos azules hundidos y distantes. De vez en cuando, la sorprendo echando miradas de reojo a todos los presentes, como si de algún modo nos estuviera vigilando a cada uno de nosotros para averiguar quién puede ser la mayor amenaza. Y no deja de mirar a la puerta. Quizá piense que es su vía de escape si las cosas se ponen feas.

—Estas son todas sus cosas —dice la Sra. Duffey.

Aparto los ojos de Maisy y miro la única maleta.

—¿Esas son *todas* sus cosas? ¿Cómo puede ser?

Se encoge de hombros.

—Supongo que su madre solo le dio lo esencial. Mire, odio dejarla y salir corriendo, pero tengo otros tres clientes que ver hoy.

Me giro bruscamente.

—¿Se va?

—Sr. Montana, Maisy no me conoce mejor que a usted en este momento. Volveremos a verle en unos días. Y nos mantendremos en contacto sobre el progreso de su tutela. Mi consejo es que contrate a un abogado lo antes posible para que las cosas avancen tanto en lo que respecta al certificado de nacimiento como a los futuros acuerdos de custodia.

—De acuerdo, bueno, supongo que... gracias.

Ofrece una sonrisa triste.



—Es mucho, lo sé. Pero por lo que veo... —Señala a mi familia—, tiene un sistema de apoyo increíble. Eso me dice que este es el mejor lugar para ella. Tiene mi tarjeta. Buena suerte, Sr. Montana.

Y con eso, se ha ido.

Me vuelvo hacia Maisy.

—Maisy, ¿puedes oírme?

No levanta la vista.

Me agacho y me aseguro de que pueda verme.

—Maisy, ¿puedes oírme? —digo más alto.

Solo acaricia a su gato.

Estiro suavemente la mano, la paso por encima del gato de peluche y le pido permiso con la mirada antes de acariciarlo. Cuando no se opone, paso la mano por el lomo del animal. Luego sonrío y vuelvo a hacerlo. Maisy no hace nada. Se limita a mirar cómo acaricio a su peluche.

—Esto no puede ser —dice mamá detrás de mí.

Miro por encima del hombro. Tiene la maleta abierta y está sacando ropa.

—Allie —dice mamá, chasqueando los dedos—. Sé buena y tráeme una libreta y un bolígrafo. Voy a hacer una lista de necesidades. Tú y Lucas irán de compras. Yo me quedaré aquí con tu padre y Blake. Luego llamaré a Janice Masterson, de la tienda de muebles, a ver si puede organizar una entrega rápida.

Allie le da un bloc y mamá empieza a garabatear. Me doy cuenta de que Maisy mira a mamá.

—Mamá, asegúrate de añadir lápices de colores y papel a tu lista.

Mamá levanta la vista y me sonrío mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Mírate, Blake, ya estás pensando como un padre. —Vuelve a su lista y murmura—: Necesitará ropa. Talla 4T o extra pequeña. Y ropa interior. —Lo rebusca todo—. No veo pañales, así que ya puede ir al baño. Muy bien. Trae calcetines. Unos zapatos de la talla diez. —Mira a Allie—. Para niños pequeños, no de mujer. Zapatillas de tenis, sandalias, y zapatos de charol tal vez. Necesitará artículos de aseo. Jabón suave. Pasta de dientes para niños. Muchos bocadillos, pero asegúrate de que algunos sean saludables: puré de manzana y yogur. Espero que no tenga alergias alimentarias. —Garabatea más cosas. La lista ya tiene varias páginas—. Le compraré una cama de plaza y media, así que trae sábanas. Parece que le gusta el rosa por todo lo que lleva en la maleta. Y una de esas barandillas para que no se caiga rodando. —Mastica el bolígrafo y piensa—. Cómprale algunos juguetes. Mira la edad en las cajas. Barbies. Una muñeca bebé. Cosas así. Y una pelota de patear. Y cualquier otra cosa que se te ocurra.

Mamá le entrega la lista a Allie junto con una tarjeta de crédito.



—Ponte en marcha. Esto te llevará horas. Target debería tener todo lo que necesitas. —Casi están saliendo por la puerta cuando mamá grita—: ¡Compra una silla de auto para un niño de cuatro años!

—Entendido, mamá. ¡Cálmate! —Lucas llama.

Mamá lo mira mal.

—Te mandaremos un mensaje si se nos ocurre algo más. —Saca el teléfono del bolso y hace una llamada—. Janice, gracias a Dios. Tengo una emergencia. —Entra en la otra habitación, charlando.

Papá y yo nos miramos y luego miramos a Maisy.

—No tengo ni idea de lo que debería estar haciendo —digo.

Señala con la cabeza la maleta abierta. En ella hay sobre todo ropa, pero también algunos libros ilustrados.

—Tal vez puedes de atraerla con uno de esos.

Escojo un libro sobre un gato y me siento en la silla junto a Maisy. Señalo al gato en el libro y luego al gato de peluche en su regazo. De nuevo, no responde.

—Espero de verdad que tu amigo llegue pronto —le digo a papá—. Quizá tenga una idea de cómo comunicarnos con ella.

—Bueno, hijo. Si realmente es sorda, imagino que tendrás que aprender el lenguaje de señas.

Me burlo, exasperado.

—¿Y hasta entonces? ¿Qué hago hasta entonces?

Me toca el hombro.

—Lo resolveremos, Blake.

—¿Y si tiene hambre o sed? ¿Y si necesita ir al baño?

—¿Por qué no le das una vuelta por la casa?

—Papá, ni siquiera estoy seguro de que entienda que se quedará aquí.

—Yo tampoco estoy seguro. Tal vez una vez que los muebles se entregan, ella va a entender.

—Tal vez. —Me levanto y toco el hombro de Maisy. Ella levanta la vista y le hago un gesto para que me siga—. Vamos —le digo.

Abraza a su animal con fuerza.

—Puedes traerlo —le digo. Señalo al gato y le hago otro gesto para que me siga.

Debe de entenderlo, porque se levanta de la silla. Cuando entramos en la cocina, abre mucho los ojos. Puede que esta cocina sea más grande que a la que está acostumbrada. No sé nada de dónde creció ni de lo que tenía. Pero



basándome en su falta de posesiones, diría que no era un lugar tan bonito como este. Abro la nevera, apunto hacia dentro y me encojo de hombros. Ella niega con la cabeza. Okey, entonces no tengo hambre.

Salgo de la cocina y le hago señas para que venga. Caminamos por el pasillo y nos detenemos frente al baño de invitados. Señalo el retrete y extendiendo la mano para preguntarle si necesita usarlo. De nuevo, niega con la cabeza. Al menos creo que lo entiende. O eso, o niega con la cabeza porque no lo entiende.

Le enseño los dormitorios segundo, tercero y cuarto, que en realidad no son dormitorios, sino un despacho, una sala de ejercicios y una habitación libre que utilizo sobre todo para guardar cosas de la bodega. Me imagino que el último será el más fácil de vaciar para ella, ya que solo tiene un futón y algunas cajas. La última parada es mi dormitorio. Me señalo a mí mismo y a la cama. Ella se queda con la mirada perdida.

Me sigue hasta el comedor y la sala de estar, donde se acerca al gran ventanal que da al patio trasero. Se queda mirando. La observo y me pregunto qué estará pensando. Se la han quitado a su madre. Descuidada o no, puede que Lucinda sea la única persona que ha tenido una presencia constante en su vida. Y puede ser la única persona con la que se comunicaba. Entonces, ¿por qué no intenta usar el lenguaje de señas?

La Sra. Duffey dice que su única comunicación es señalar y dibujar. ¿A Maisy nunca le han enseñado señas? A lo mejor están equivocados. Quizá Maisy no sea sorda. Podría ser autista. Diablos, podría estar asustada. Pero en este punto, solo hay una persona que puede decirlo con seguridad. *Date prisa, Roger.*

—Los muebles llegarán a las seis. —Mamá dobla la esquina y se detiene cuando ve a Maisy mirando hacia fuera—. Pediré un columpio mañana. Todos los niños deberían tener uno.

—Mamá, no sabemos cuánto tiempo estará aquí.

—Tonterías. Ya oíste lo que dijo la SPI. Ella ha sido descuidada. Te necesita, Blake.

—Mucho bien puedo hacer. Ni siquiera sé cómo preguntarle si tiene hambre.

—Aprenderás. Tengo fe en ti.

—Mi trabajo. —Miro por encima del hombro a papá, que está en la puerta—. Solo hace un mes que soy director de operaciones.

Papá se ríe.

—No es que no pueda dirigir la empresa sin ti, Blake. Trabajarás cuando puedas. Maisy es tu principal preocupación ahora.



Suena el timbre y rezo para que sea el audiólogo. Miro a Maisy. Sigue mirando al patio trasero, acariciando a su gato de peluche. Ni siquiera se ha girado cuando ha sonado el timbre. Mi corazón da un vuelco.

Un minuto después, papá me presenta a Roger.

—Tu padre me contó lo que pasó. Parece que te han metido en un buen lío.

—Eso parece, Dr. Dullis.

—Soy Roger. Ahora echemos un vistazo a esta preciosa niña. —Se acerca a Maisy y le toca el hombro—. Hola, Maisy —le dice—. ¿Cómo estás?

Mientras le habla, utiliza LSA, que no entiendo en absoluto. Se vuelve hacia mí.

—No domino el lenguaje de señas, pero sé lo suficiente para comunicarme con mis pacientes.

—Maisy, ¿tienes hambre? —La señala y luego lleva las manos hacia sí. Con la mano derecha, junta todos los dedos con el pulgar y los lleva hacia la boca—. ¿Quieres comer?

Ella no responde. Él señala su peluche.

—¿Este es tu gato? —dice, usando los pulgares y los índices a lo largo de la cara para indicar los bigotes.

Se vuelve hacia mí.

—No parece que le hayan enseñado ninguna seña.

Vuelve a mirar por la ventana.

—Esto es un poco rudimentario —dice Roger—, pero ten paciencia conmigo. —Se coloca detrás de ella y chasquea los dedos. Luego da palmadas. Luego dice su nombre con fuerza. Ella no se gira. Saca algo de su bolsa de mensajero y lo agita justo detrás de su cabeza. Suena como una lata llena de canicas. Es un sonido horrible que podría despertar a los muertos.

Maisy no se inmuta. *Oh, Dios.*

Saca un vasito y una pelota de ping pong. Luego le toca el hombro a Maisy. Ella lo mira.

—¿Puedes meter la pelota en el vaso? —le dice muy despacio por señas.

Mira la pelota de ping pong y luego acaricia a su gato.

—Maisy. —La saluda con la mano para llamar su atención—. ¿Puedes lanzar la pelota a la taza? —Esta vez, mientras habla, le muestra lo que quiere que haga, lanzando la pelota al vaso. Luego la saca y la señala a ella y después a la pelota.



Ella le quita la pelota de la palma de la mano y la lanza a la taza. Bueno, lo intenta, pero falla.

Roger aplaude y sonríe.

—Sí —dice mientras mueve el puño asintiendo—. Muy bien. —Hace una seña que supongo que significa *bien*.

—Maisy, ¿tienes hambre? —Esta vez, no utiliza los mismos movimientos LSA que antes. La señala a ella, luego a su boca y después se frota el estómago.

Asiente con la cabeza. Es la mayor emoción que ha mostrado desde que puso un pie en la puerta.

Nos hace un gesto para que le sigamos a la cocina.

—¿Tienes algo para que coma?

Abro mi despensa. Es grande, una habitación en sí misma. Invito a Maisy a entrar. Entra con los ojos muy abiertos, como si hubiera entrado en la fábrica de chocolate de Willy Wonka. Su mirada se posa en un paquete de M&M. Me acerco y los agarro, señalándola a ella y luego a los caramelos. Ella asiente y emite un sonido nasal. Me vuelvo hacia Roger para ver si lo ha oído. Lo ha oído. Voy a la mesa de la cocina, abro el paquete y vierto un puñado. Luego le sirvo un vaso de agua.

Pone a su gato sobre la mesa, se come un M&M y luego “da de comer” uno al peluche.

Veo que Roger sale de la habitación para hacer una llamada. Regresa unos minutos después.

—No presta atención —dice Roger—. No entiende signos sencillos. No responde a su nombre. Y no se sobresalta con los sonidos fuertes. Tampoco habla. Todo esto apunta a una sordera profunda. Pero antes de hacer un diagnóstico oficial, me gustaría que la trajeras para hacerle una audiometría. Comprobará su capacidad para oír sonidos en función de la intensidad y el tono.

—Pero acabas de decir que no responde a los ruidos fuertes.

—Eso es correcto. Es posible que todavía tenga algo de audición residual. Una prueba en mi despacho nos dirá cuánto tiene, si es que tiene algo. —Me da su tarjeta—. Llama a mi oficina mañana a primera hora. Diles que he accedido a hacerte un hueco. Parece que Maisy lleva más de cuatro años sin ninguna forma significativa de comunicarse. Es imperativo que empieces de inmediato.

Me entrega una segunda tarjeta con un nombre y un número garabateados en el reverso.

—He conseguido que te reúnas con un mentor del colegio de sordos y ciegos. Una persona que los ayudará a elaborar un plan de aprendizaje los ayudará a aprender LSA, los guiará en la vida diaria con un niño sordo y se convertirá en un defensor de Maisy en sus necesidades educativas. Un tal Dr.



Stone ha sido asignado como mentor de Maisy. Se ha programado una visita a domicilio para mañana por la tarde.

—¿Mañana? —Me paso una mano por el cabello, aun intentando procesarlo todo—. Todo esto está pasando muy rápido.

—El tiempo es esencial —dice Roger—. El mejor momento para exponer a los niños al lenguaje en la mayor medida posible es desde el nacimiento hasta los cinco años. Maisy se ha perdido casi todo ese tiempo. A los siete años, los niños pierden la oportunidad de asimilar el lenguaje y procesar el pensamiento. Cada día que esperas es un día menos de aprendizaje. No voy a mentir y decir que será fácil. Será un largo camino. Para los dos. La buena noticia es que ella te tiene. Los tiene a todos. Eso es más de lo que tenía el mes pasado, el año pasado, o incluso esta mañana.

Asiento, le doy las gracias y papá lo acompaña a la salida.

—Todo irá bien, cariño —dice mamá.

—¿Lo hará? —Mi corazón se hunde al ver a Maisy alimentar a su gato de peluche y luego a sí misma.

—Sí lo hará. Siéntate con ella. Haré la cena para todos.

Tres horas más tarde, veinte bolsas están esparcidas por mi salón. Están llenas de ropa, juguetes y un montón de cosas que ni siquiera sabía que iba a necesitar. En mi cuarto dormitorio, el que tiene baño privado, están colocando los muebles. En cuanto se van los repartidores y mamá hace la cama, le hago un gesto a Maisy para que me siga. Cuando entra en la habitación que antes era mi almacén, me mira confundida.

La señalo a ella, luego a la cama y pongo las manos junto a la cabeza como si estuviera durmiendo.

Echa un vistazo a la habitación. Hay una cómoda a lo largo de una pared, juguetes en un rincón y ropa nueva colgada en el armario. Lo observa todo y se señala a sí misma.

Asiento.

—Sí. Esta es tu habitación ahora.

No estoy seguro de que entienda nada de lo que le digo, pero entiende lo suficiente como para acercar su gato a la cama y sentarse en ella.

Le sonrío y asiento. Porque por ahora, esto tendrá que bastar. Puede que sea un paso de bebé. Pero es un comienzo.

—Necesita un baño —dice mamá, de pie en la puerta.

—Yo, eh...

Mamá rebusca en una bolsa y saca un pijama.

—Lo haré esta vez. Pero solo esta vez. ¿De acuerdo?



—De acuerdo —digo, más que un poco aliviado.

Le enseña el pijama cubierto de flores rosas a Maisy y le señala el cuarto de baño. Maisy deja el gato y desaparece con mamá.

Me siento en su cama preguntándome cómo, en cuestión de horas, esto se ha convertido en mi vida.

Allie aparece en la puerta.

—Haré de niñera cuando lo necesites. —Mueve sus dedos en posiciones aleatorias—. Mira, incluso busqué en Google cómo hacer señas de *Maisy*.

—¿Me muestras?

Esboza una sonrisa, se sienta a mi lado y me enseña las cinco letras.

Veinte minutos más tarde, mamá sale con Maisy, cuyo cabello forma espirales en húmedos tirabuzones rubios que le caen hasta los hombros.

—Tiene un cabello precioso —dice mamá—. Tendrás que aprender a manejarlo. No puedes cepillar el cabello rizado porque se encrespa.

—Creo que tengo cosas más importantes que aprender que cómo peinarla.

Allie se burla.

—Blake, tienes que aprender sobre su cabello. No dejes que ande por ahí con el nido de ratas con el que llegó. Prométemelo. Es tan linda.

—Bien, bien. Caramba. Añadiré eso a las otras quinientas cosas que tengo que aprender.

Maisy bosteza y mamá me da un libro de ilustraciones.

—Acuesta a tu hija, Blake. Luego ven a tomar algo con nosotros. Te lo has ganado.

Recojo el libro, se lo enseño a Maisy y señalo la cama. Ella gatea hasta ella, acerca a su gato y se mete bajo las sábanas. Entiende que va a dormir aquí. Menos mal que hay pequeños favores.

Como no sé qué hacer, me limito a leerle el libro como si pudiera oír. Señalo los dibujos. Me inclino y hago muecas. Ella no muestra mucha emoción. Quizá piense que estoy loco. Quizá echa de menos a su madre. Quizá no tiene ni idea de quién soy ni de lo que le está pasando.

Se queda dormida tras la segunda lectura. Empiezo a salir de la habitación de puntillas y luego me sacudo la cabeza. Apago la luz de su habitación, pero dejo encendida la del pasillo, recordando que de niño me daba miedo la oscuridad.

Me tomo esa copa tan necesaria con mamá, papá, Lucas y Allie. Todos estamos incrédulos. Ninguno de nosotros sabe lo que nos deparará la mañana. Nunca he estado más asustado en mi vida. Y eso incluye la vez que Dallas y yo



nos quedamos atrapados boca abajo en una montaña rusa a treinta metros de altura y tuvimos que esperar casi una hora para que los bomberos nos rescataran y nos bajaran al suelo.

Los cuatro se preparan para irse después de que yo rechazara la décima oferta de mamá de pasar la noche.

Papá entra en el pasillo justo cuando estoy sacando el colchón de mi futón cerca de la puerta de la habitación de Maisy.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Voy a dormir aquí. ¿Y si se despierta, se asusta y sale de casa?

Papá sonríe y me pone una mano en el hombro.

—Tu madre y yo te hemos criado bien. Y nunca he estado más orgulloso. —Aparte de cuando murió la familia de Dallas, nunca había visto llorar a mi padre. Pero ahora mismo, las lágrimas cubren sus pestañas inferiores—. Ya eres un gran padre, hijo.

Se da la vuelta para marcharse mientras asimilo sus palabras. Soy un padre. Soy *su* padre.

Jesús.

Al instalarme, me doy cuenta de lo silenciosa que está la casa. Casi inquietante. Me recuesto en el futón. ¿Así es Maisy todo el tiempo?

Oigo el chirrido de la puerta del garaje de un vecino. El ladrido de un perro a lo lejos. El sonido que hacen mis pies cuando los muevo. No... me temo que no es lo que es para ella en absoluto. Y me pregunto, a pesar de lo que papá parece pensar, si soy capaz de ser algún tipo de padre.



Capítulo Cinco

BLAKE



Profundamente sorda.

Las palabras dan vueltas en mi cabeza mientras observo a Maisy a través del salón.

Profundamente sorda.

Garabatea con sus lápices de colores mientras yo intento procesar lo que esto significará para ella.

El Dr. Dullis lo explicó. Pero todavía parece tan surrealista. Ella no puede oír nada. *Nada*. Tiene prácticamente cero audición residual. El único sonido que es capaz de oír es un ruido muy muy fuerte como un disparo o un motor de avión. E incluso entonces, solo si está a unos metros de distancia.

Es tan sorda que ni siquiera podría oír los sonidos fuertes con audífonos. Escaneo uno de los muchos folletos que me ha dado el audiólogo. Es sobre implantes cocleares. Después de este hay una docena más. Campamentos para sordos. Clases de LSA. Grupos de apoyo para sordos y personas con problemas de audición. Recursos para padres de niños sordos. Un folleto del colegio local de sordos y ciegos.

Miro fijamente el título de uno de los folletos. “Mundo silencioso”. En un instante, el corazón se me atasca en la garganta. El mundo de Maisy es silencioso. Nunca oírán piar a los pájaros ni aplaudir a la gente. Nunca oírán a nadie decirle que la quiere. Ni siquiera oírán el sonido de su propio nombre. Inclino la cabeza y la estudio. Dios, ¿sabe siquiera cómo se llama? ¿Sabe lo que le está pasando? ¿Entiende que soy su padre?

Maisy deja de colorear y me mira. Solo puedo sonreír. Su rostro permanece estoico mientras señala la puerta principal. Hoy lo ha hecho varias veces. No tengo ni idea de lo que quiere. Cuando mamá estuvo aquí, después de acompañarnos a la consulta del médico, dijo que tal vez Maisy estaba tratando de decirnos que quería irse.

Agito los brazos y miro alrededor de la habitación y luego la señalo.

—Esta es tu casa ahora.

Vuelve a señalar la puerta.

Sacudo la cabeza.

—No. Nos quedamos aquí. Lo siento mucho. Ojalá pudiera entender lo que quieres.

Golpea con el pie enfadada una y otra vez.

—Maisy, vives aquí. Conmigo. —Muevo un dedo entre nosotros, esperando que entienda que tenemos una conexión.

Frunce el ceño y empuja los papeles de la mesa, esparciéndolos por todas partes, junto con el vaso de agua que ahora está hecho añicos en el suelo. Me mira con ojos aterrorizados, grita y sale corriendo.

—¡Maisy! —La persigo, pero me golpeo la espinilla con la mesita—. ¡Mierda! —Me inclino, me froto la pierna y compruebo si hay sangre. Cuando vuelvo a mirar, ya no está—. ¡Maisy! —Bajo al pasillo y miro en su habitación. Está vacía—. Maisy, ¿dónde estás?

Pongo los ojos en blanco al darme cuenta de que, por mucho que grite, no podrá oírme. Pero eso no me impide seguir gritando su nombre mientras voy de habitación en habitación. El pánico empieza a apoderarse de mí cuando no consigo encontrarla. Jesús, ¿así es como va a ser? ¿Cómo sabré si está en apuros? ¿Cómo sabrá que necesito encontrarla?

Estoy sentado en su cama, sintiéndome fracasada por enésima vez hoy, cuando oigo un crujido al otro lado de la habitación. Viene del armario. Se me hace un nudo en la garganta cuando me doy cuenta de que, en su intento de esconderse, no tiene ni idea de que está haciendo ruido.

Cuando abro la puerta del armario, la encuentro agazapada en un rincón, con el gato apretado contra el pecho. Me mira con miedo en los ojos. Maldita sea, ¿cree que se ha metido en un lío por romper el cristal?

—No pasa nada —digo, intentando suavizar la expresión de mi cara—. No pasa nada. —Le hago un gesto para que salga.

Sacude la cabeza una y otra vez, abrazada a su gato de peluche como si fuera lo único que la protege. ¿Cómo puedo decirle que no es así? ¿Cómo puedo hacerle saber que la *protegeré*?

Me alejo, dejando la puerta abierta, y me siento en su cama. Quizá se sintió amenazada al verme en la puerta. Un minuto después, asoma la cabeza, pero desaparece. Más crujidos y vuelve a instalarse donde estaba.

Un golpe en la puerta acaba con mi plan de sentarme y esperar a que ella venga a mí. *Mierda. ¿Ya son las cuatro?* Debería haber aceptado la invitación de mamá de quedarse a limpiar.

Salgo corriendo por el salón, observando no solo la basura de todas las cosas que Allie y Lucas compraron anoche, sino también los papeles esparcidos y los cristales rotos. Parece como si hubiera pasado un tornado por aquí.



Es inútil intentar recoger nada a estas alturas, sobre todo cuando oigo un segundo aporreo en la puerta. Me levanto cuando voy a abrir, dándome cuenta de lo que significa. Ha llegado la caballería. Este Dr. Stone seguramente podrá ayudarnos. Podrá comunicarse con ella. Siento que mi día acaba de mejorar.

Sin embargo, cuando abro la puerta, lo único que puedo hacer es mirar fijamente. Es *ella*. La chica de ensueño del supermercado. Esos preciosos ojos. Y está aquí.

—Tú —digo con total incredulidad—. ¿Qué... eh... cómo me has encontrado?

Me mira de la misma forma que yo la miro a ella. Como si no pudiera creer que sea yo. Los dos nos quedamos sin palabras. Entonces, como si se corriera una cortina sobre su rostro, su actitud cambia por completo. Su sorpresa al verme desaparece y se convierte en confusión cuando saca algo de su bolsillo. Me da una tarjeta de visita. Dice así: **Dra. Ellie Stone**, junto con un montón de letras detrás de su nombre. Debajo de su nombre está el nombre de la escuela de sordos y más siglas que no entiendo.

Levanto la vista.

—¿Eres el Dr. Stone?

Se encoge de hombros y asiente, con una expresión divertida en la cara, como si nos estuvieran tomando el pelo a los dos o algo así.

Me hago a un lado.

—Por favor, pasa. No sé cómo funciona nada de esto. Ni siquiera creo que Maisy...

Me pincha en el hombro. Me vuelvo hacia ella. Mueve las manos rápidamente. Está haciendo señas.

—Lo siento —digo encogiéndome de hombros—. No entiendo el lenguaje de señas.

Me señala a mí, luego su boca, luego sus ojos.

Mi débil cerebro tarda un segundo en darse cuenta. Enarco las cejas.

—¿Eres sorda?

Ahora todo tiene sentido. Por qué no reaccionó al claxon del auto en el supermercado. O a mí gritando detrás de ella cuando estaba corriendo. Pero... ¿cómo va a funcionar esto? No sé LSA. Maisy no sabe LSA. Y la Dra. Stone es sordo. ¿Cómo va a funcionar todo esto?

Saca una libreta de su bolso, escribe algo y me la entrega.

Mi intérprete está retrasada. Llegará en cualquier momento.



Respiro aliviado. Intérprete. Al menos eso es bueno. Le doy un pulgar hacia arriba y luego hago una mueca, sintiéndome idiota. Es una doctora, no una niña.

Una mujer corre detrás de ella, haciendo señas con las manos mientras habla.

—Lo siento. Lo siento. Mi última cita se pasó de la hora.

La Dra. Stone me ve mirar detrás de ella y se gira.

—Lo siento, Dra. Stone —dice la mujer y hace señas.

La Dra. Stone hace unas señas y la otra mujer se acerca a mí y me tiende la mano.

—Soy Hannah, la intérprete de la Dra. Stone.

Le estrecho la mano.

—Blake Montana. Encantado de conocerte.

La Dra. Stone hace señas y Hannah empieza a hablar.

—Soy Ellie Stone. Me han asignado como defensora de su hija.

Mi hija. Todavía no parece real. *Tengo una hija.*

—Encantado de conocerte. Gracias por venir.

—Por favor, mírame a mí cuando hables, no a mi intérprete —le dice Hannah.

—Cierto. Lo siento.

Un grito de dolor detrás de mí desvía mi atención de las dos mujeres, y me doy la vuelta para ver a Maisy en el suelo, sujetándose el pie descalzo. Ah, mierda, ha pisado un trozo de cristal. Me acerco a grandes zancadas e intento levantarla. Es todo brazos, me zarandea y me empuja mientras emite agudos ruidos guturales.

—¡Maisy, estoy tratando de ayudarte!

La doctora Stone aparece a mi lado, se arrodilla y le hace señas a Maisy.

—No sabe lenguaje de señas —le digo a Hannah—. Dile que no sabe LSA.

—Díselo *tú* —dice Hannah, poniéndose detrás de mí para que la Dra. Stone pueda verla—. Habla con la doctora, no conmigo.

—Maisy no conoce el lenguaje de señas —digo mientras miro directamente a la doctora Stone.

Sus ojos me regañan, y ya puedo decir que esta mujer es una fuerza a tener en cuenta.

—¿Ya sabe leer? —pregunta Hannah en su nombre.

Sacudo la cabeza.



—Entonces, ¿cómo se comunican?

Levanto las manos.

—*No lo hacemos.* Por eso estás aquí, ¿verdad?

Veo cómo la cara de la doctora Stone se transforma en un ceño fruncido mientras sus ojos siguen las manos de Hannah mientras interpreta mis palabras.

Desaparece en la cocina y luego sale con una toalla de papel húmeda, firmando algo por el camino.

—¿Vendas? —pregunta Hannah.

—Voy a buscar una.

Después de traer mi botiquín, me quedo mirando cómo la Dra. Stone revisa el pie de Maisy, limpia la sangre y le pone la venda. Entonces Maisy sale corriendo, de vuelta a su habitación, y puede que incluso al armario.

La Dra. Stone mira el desorden, que ahora incluye gotitas de sangre de Maisy.

—Debería llamar a los Servicios de Protección Infantil —interpreta Hannah—. Mira este sitio. Está viviendo en la inmundicia.

Me doy la vuelta.

—¿Qué demonios? —le digo a Hannah.

Hannah señala a la Dra. Stone.

—A ella. No a mí.

Me doy la vuelta.

—¿De qué demonios estás hablando? *Han* llamado a los servicios sociales. Por eso estás aquí. —Hago un gesto hacia el pasillo—. Por eso *está aquí*.

—Este sitio es asqueroso —interpreta Hannah por señas lo que dice la Dra. Stone—. Maisy tiene cuatro años y medio. No conoce el lenguaje de señas. No han empezado a enseñarle a leer. Está aislada de todo el mundo. Debería darte vergüenza. Y ahora que tiene edad suficiente para ir a la guardería este otoño, ¿pensabas dejarla en la escuela residencial para sordos y convertirla en el problema de otra persona? —Mueve la cabeza con repugnancia—. ¿Cómo vives contigo mismo?

Me hierve la sangre.

—Señora, no sabe de qué demonios está hablando. —Me giro hacia Hannah—. Dile que ayer recibí a Maisy. Dile...

—Sr. Montana, por favor —insiste Hannah—. Hable con la Dra. Stone, no conmigo.



Estoy seguro de que me pongo colorado cuando me dirijo a la mujer que creía que era la chica de mis sueños. Pero en realidad parece que no es más que una pesadilla.

—¿Señora? —interpreta Hannah—. ¿Acabas de llamarme señora? —La Dra. Stone parece enfadada mientras hace señas más enérgicas—. Es doctora Stone. O simplemente doctora. O incluso señorita.

—Bien —digo, ahora me palpita la sien—. Bien, *doctora*. Escuche. Hasta ayer, ni siquiera sabía que tenía una hija. —Mis brazos vuelan alrededor, señalando todas las bolsas y cajas vacías—. Toda esta mierda está aquí porque a Maisy la dejaron en mi puerta sin más que una maleta. Tuve que comprarlo todo. Muebles. Ropa. Juguetes. Mierda que comen los niños. No sé cómo ser un maldito padre. Y especialmente no sé cómo ser padre de una niña sorda. Hago lo que puedo, pero me estoy ahogando.

»Y luego aparece usted y me acusa de ser un vago. No sabe nada de mí, así que bájese del caballo y deje de juzgarme. Está aquí porque necesito ayuda. No porque quiera “convertirla en el problema de otro”. —Sacudo la cabeza—. Jesús, ella no es un puto problema. Es mi maldita hija.

Su expresión se suaviza mientras Hannah sigue haciendo señas mucho después de que yo haya terminado de hablar.

La doctora Stone suelta un largo suspiro de frustración y camina detrás del sofá mientras sus manos empiezan a moverse.

—Lo siento —dice Hannah por ella—. No me dieron ninguna información. Me dijeron que era un caso urgente. Saqué conclusiones precipitadas cuando vi la basura y los cristales rotos. Empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? Y por favor, llámame Ellie.

Ellie deletrea lentamente su nombre con los dedos. Al menos supongo que eso es lo que está haciendo, todo lo que he aprendido es *Maisy*. Luego se lleva la palma de la mano abierta a la cara y se da dos golpecitos con el dedo corazón en la mejilla. Hannah interpreta:

—Esta es seña de mi nombre.



Capítulo Seis

ELLIE



¿Qué demonios acaba de pasar? Nunca me pongo así con los padres. Por no hablar de lo poco profesional que debe pensar que soy. ¿Por qué reaccioné así?

Me convenzo de que es por nuestros “momentos”. Es porque tenía esta imagen de él como un chico perfecto en el pueblo perfecto, y esa imagen se hizo añicos instantáneamente cuando vi la casa desordenada y la forma en que Maisy reaccionó ante él. Vaya doctora que soy. *Dios, ¿realmente lo llamé un padre terrible?*

Me siento aún peor cuando me explica que los servicios de protección infantil se presentaron ayer y le entregaron a una niña de la que ni siquiera sabía nada. Lo han tirado a lo más hondo y no sabe nadar. Intento imaginar lo que debe de ser para él descubrir que no solo tiene una hija, sino una sorda con la que no tiene medios para comunicarse.

Este tipo, este tipo guapo y compasivo, es realmente asombroso. Puede que no sepa nadar, pero se metió con los dos pies. Está tratando de mostrarle que este es su hogar. No está molesto con ella. Sí, está frustrado con la situación, pero parece que realmente quiere ayudar a Maisy.

—De nuevo, siento mucho lo de antes —señalo. Me dirijo al pasillo—. ¿Te importa si la busco sola?

—Adelante.

Aunque Hannah está aquí para interpretar, sigo concentrándome en sus labios. Sus labios carnosos, varoniles y atractivos. Por término medio, los lectores de labios sordos captan menos de la mitad de lo que dice la gente. He realizado numerosos cursos de perfeccionamiento y he trabajado con innumerables profesionales para llegar a dominarlo. Aun así, incluso con mi amplia formación, solo consigo entre el setenta y el ochenta por ciento. Con Blake, sin embargo, parece ser más. Quizá sea su boca. O la forma en que enuncia. O la forma de sus labios. Aparto la mirada, el calor cruza mi rostro al darme cuenta de que sigo mirando esos labios.

Recojo hojas de papel en blanco y algunos lápices de colores y salgo en busca de Maisy.

La casa de Blake es bonita. Especialmente para un lugar de soltero. Debe ser aún más adinerado de lo que indican todas esas cajas vacías y caras. Reconozco una famosa obra de arte en la habitación que debe de ser su despacho. Entro y paso la mano por un botellero que contiene más de cien botellas. Saco una y leo la etiqueta. Mis cejas se alzan cuando leo **Bodega Montana** en la parte inferior. Se llama Blake Montana. Dios mío, tengo unas cuantas botellas de su vino en mi apartamento. Este tipo es millonario.

No es que me impresione. En mi experiencia, la mayoría de los millonarios son idiotas, a pesar de mi propia familia. Mi padre heredó millones de sus abuelos. Beth y yo estamos casi listas para la vida. Al crecer, no nos faltó nada. Sin embargo, nuestros padres nos inculcaron una buena ética de trabajo y un sentido de la filantropía. Me pregunto si los padres de Blake hicieron lo mismo, o si él no es más que otro niño con un fondo fiduciario.

Dejo la botella donde la encontré y salgo de la habitación. La siguiente habitación a la que llego es obviamente la de Maisy. Y ahora estoy completamente impresionada. El tipo acaba de enterarse ayer de que es padre y, sin embargo, esta habitación está decorada como si Maisy hubiera crecido aquí. Los peluches están apilados en una hamaca colgada en una esquina. Hay cubos de juguetes en toda una pared, llenos de muñecas Barbie, libros, ponis en miniatura y otros cien juguetes nuevos. Una cama blanca de madera cubierta con una colcha rosa está deshecha. Aún puedo ver la hendidura de la cabeza de Maisy en la almohada rosa.

Miro debajo de la cama, un lugar donde a algunos niños les gusta esconderse. Pero está vacío.

Un destello de mechones rubio platino sale del armario. Me estaba espiando. Me siento en la mesita del rincón y empiezo a dibujar. Tardo unos minutos, pero la curiosidad de Maisy se apodera de ella y sale lentamente del armario y mira lo que estoy dibujando.

Sus ojos están pegados al papel mientras hago todo lo posible por representar una casa. *Esta* casa. Incluso dibujo una cama con una funda nórdica rosa. A un lado, dibujo dos figuras. Una niña con rizos amarillos en la cabeza que sostiene un gato. Y un hombre. Al dibujarlo, siento un calor que se extiende de mis dedos al resto del cuerpo.

Termino mi obra maestra (cursé tres semestres de arte en la universidad) y suelto el lápiz. Señalo la casa del cuadro y miro a nuestro alrededor. Señalo la cama del cuadro y luego su cama. Señalo a la niña y luego a ella. Luego señalo al hombre y hago un gesto hacia la puerta abierta.

Sigue todos los movimientos de mis manos como si me entendiera.

Recojo el lápiz de color y conecto la mano del hombre con la de la niña. Maisy se queda mirando y abraza a su gato de peluche.



Me duele el corazón. Esta preciosa niña prácticamente no tiene medios para comunicarse. He visto niños en el pasado que no sabían LSA, pero al menos sabían leer y escribir. Siempre había alguna forma de comunicación, aunque fuera rudimentaria.

Ni siquiera puedo decirle a Maisy lo que le está pasando. Debe estar muy asustada.

Recoge un lápiz negro y dibuja una figura de palo. Me impresiona su habilidad para el dibujo. Por otra parte, si no puede comunicarse de otra manera, quizá lo haya hecho así, lo que explica por qué lo hace mejor que la mayoría de los niños de cuatro años.

La figura es tan grande como el hombre que dibujé. Agarra un lápiz amarillo y dibuja cabello largo. Junta las manos del muñeco de palo que ha dibujado ella y las de la niña que he dibujado yo. Levanta la vista, me señala a mí y luego a la figura de palo.

Sacudo la cabeza y ella se entristece. Cree que, de alguna manera, formo parte de la historia y temo que se sienta más unida a mí que a su padre. Estoy aquí para facilitar su vínculo, no para robárselo. Voy a tener que andarme con cuidado.

Me inclino, tomo un cubo de bloques del baúl y los extiendo sobre la mesa. Agarro una hoja de papel y dibujo un cuadrado rojo. Señalo el cuadrado y luego los bloques. Enseguida, Maisy toma cuatro bloques rojos y construye un cuadrado.

Sonrío y hago una seña:

—Sí. —Luego muevo las manos a la altura de las muñecas, el signo LSA para aplaudir. Algunos lo llaman manos de jazz.

A continuación, dibujo un gran rectángulo verde. Una vez más, busca en el montón, elige seis bloques verdes y los alinea perfectamente para reproducir la forma. Me mira con ojos expectantes.

Hago manos de jazz.

Ella sonríe y devuelve las manos de jazz.

Mi corazón da un vuelco.

Jugamos unos minutos más y luego paso a algo más difícil. Saco un paquete grande de tarjetas de mi bolso. Las tarjetas tienen dibujos de objetos comunes. Casa. Camiseta. Perro. Lápiz. En el reverso de cada tarjeta está el signo LSA del objeto. Las reviso y encuentro el dibujo de un gato. Se la enseño y señalo su gato de peluche. Entonces hago la seña de «gato» utilizando los pulgares y los índices cerca de las mejillas en un movimiento hacia fuera que simboliza los bigotes.

Hago esto varias veces más, señalando la foto y su peluche.



Creo que entiende que la seña significa gato, pero no entiende que quiero que lo haga. Alargo la mano con cuidado y toco las suyas, se las acerco a las mejillas, las suelto y vuelvo a hacer la seña.

Finalmente, lo hace.

—Sí —señalo y luego hago las manos de jazz.

Encuentro la tarjeta con la casa. Hago la seña, luego mi dibujo de la casa y hago gestos alrededor. Luego hago el signo «casa» delineando con las manos la forma sencilla de una casa, empezando por el tejado y luego las paredes. Lo hago una y otra vez, y luego señalo sus manos. Ella hace el signo.

Hago lo mismo con «libro» abriendo las manos como se abre un libro. Luego señalo un libro. Solo tengo que hacer esto una vez para que repita el signo.

Mi sonrisa es enorme. La suya también. Su boca se abre y creo que hace un ruido. Uno feliz, espero.

Repasamos otras tarjetas con las señas más sencillas, que corresponden a cosas que encuentro en su habitación. Cuanto más lo hacemos, más se entusiasma.

Estamos repasando las señales cuando se levanta y se lleva una mano a la entrepierna.

Le hago señas hacia el baño y le indico «baño». Luego la llevo al baño.

No necesita ayuda. Pero cuando termina, vuelve a su habitación. Le doy un golpecito en el hombro. Cuando se vuelve, señalo el lavabo y me froto las manos. Me mira como si no tuviera ni idea de lo que le estoy preguntando. Señor, ¿es que nunca le han enseñado a lavarse después de ir al baño?

Me pongo frente al lavabo y me lavo las manos. Luego la señalo y me froto las manos. Ella se lava las manos durante dos segundos, apenas se enjuaga el jabón antes de volver a su dormitorio. Antes de que pueda apartarse, le agarro las manos y la ayudo a frotárselas durante diez segundos más. Cuando termina, la miro en el espejo y sonrío.

Se seca las manos y vuelve corriendo a la mesa. Estoy encantada de que tenga ganas de más.

Quince minutos después, las luces de la habitación se apagan y se encienden. Me giro y veo a Hannah en la puerta. Me dice que tiene que acudir a otra cita —juro que siempre se pasan con los intérpretes—, pero también parece preocupada mientras señala hacia el pasillo.

—Está bien —le señalo ligeramente irritada—. Blake y yo podemos mandarnos mensajes. Tú vete.

Se despide con la mano y se va.



Pasan otros quince minutos. Y luego otro. Cuando le enseño el signo para ir a la cama, hace el signo anterior en su lugar. *Comida*. Y cuando lo hace una y otra vez, me doy cuenta de que debe de tener hambre.

Me levanto y me doy la vuelta, pero me detengo. Blake está de pie en la puerta. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

Parece atónito.

—Vaya —dice mientras le miro los labios, mucho más de lo necesario.

Me encojo de hombros al sentir que el calor me cruza la cara. Volvemos a mirarnos fijamente. Y las mariposas bailan en mi barriga.

—Tiene hambre —le digo por señas. No espero que entienda el signo de hambre, así que señalo a Maisy y luego me froto círculos en el estómago.

Asiente con la cabeza, indicando que lo entiende, y dice:

—Tiene hambre. —Antes de hacer un gesto hacia la cocina.

Lo seguimos por el pasillo y, cuando Maisy se sube a un taburete y nos mira expectante, saco el móvil y abro la aplicación del bloc de notas.

Es mejor darle opciones, escribo. ¿Tienes dos cosas que ofrecer?

Asiente, abre la nevera y saca algo. Luego desaparece un momento en la despensa. Se acerca a Maisy y le enseña una caja de macarrones con queso en una mano y uno de esos paquetes de snacks salados en la otra. Hace un gran trabajo con sus expresiones faciales mientras mira de una a otra y luego de nuevo a ella, con las cejas levantadas.

Tímidamente, Maisy me mira y luego señala el paquete de snacks como pidiéndome permiso a mí, no a Blake.

Deja su elección en la barra y retira el celofán. Después guarda la caja de macarrones con queso, saca una taza de puré de manzana y una cuchara y se las pone delante.

Escribo en mi aplicación: Sería mejor si pudiéramos mandarnos mensajes. Abro mis contactos y le doy mi teléfono. Rápidamente introduce su nombre y su número y me lo devuelve. Escribo un mensaje.

Yo: Maisy es bastante inteligente y tiene muchas ganas de aprender.

Lo lee en su teléfono y levanta la vista sorprendido.

Yo: No pongas esa cara de sorpresa. Los sordos son tan inteligentes como los oyentes. Algunos incluso hemos llegado al nivel de genio.



Su cara se quiebra en una media sonrisa sexy.

Blake: Me lo imaginaba. Quiero decir que eres doctora. ¿Dónde estudiaste medicina?

Yo: No soy ese tipo de doctora. Tengo un doctorado en Estudios Críticos sobre la Educación de Alumnos Sordos.

Blake: Ahh. Eso explica el largo acrónimo de tu tarjeta de visita que no entendía.

Me río en silencio.

Blake: ¿Cómo puedes notar que es inteligente después de pasar tan poco tiempo con ella?

Yo: No tienes que mandarme mensajes si no quieres. Leo muy bien los labios. Te diré si necesito ayuda para descifrar tus palabras. Maisy ya ha empezado a entender algunos signos. Empezamos con objetos sencillos. Casa. Gato. Libro. Cosas así.

Saco mis tarjetas y se las enseño.

Yo: Esta será una gran herramienta de enseñanza para los dos, ya que aprenderán juntos. Te advierto que no te sientas demasiado incapaz si ella lo aprende antes que tú. Los niños son esponjas.

Se ríe.

Hay muy pocos momentos en los que desearía poder oír sonidos. Es una tontería desearlo, y hace tiempo que dejé de hacerlo, pero cuando veo sus ojos brillar, su pecho agitarse y su boca abrirse... este es definitivamente uno de esos momentos.

—Dime... —Blake dice, hablando muy despacio—. Quiero ayudarla a aprender. Quiero aprender...

No he captado todo lo que ha dicho. Está sobre enunciando, algo que todo el mundo tiende a hacer al principio.

Yo: Por favor, no hables demasiado despacio ni pronuncies demasiado. Mírame directamente y habla como siempre.

—He dicho que quiero aprenderlo todo.

Levanto las cejas y envío un mensaje.

Yo: ¿Quieres aprender LSA?

Me mira como si hubiera hecho una pregunta tonta.



—Por supuesto, ¿por qué no lo haría?

Yo: Más del 70% de los padres oyentes de niños sordos no aprenden a hacer señas. Depositán sus esperanzas en la tecnología de audición asistida. A algunos les funciona, pero me alegro de que quieras aprender. Esos dispositivos no siempre funcionan según lo previsto y los niños pueden perderse mucha comunicación, lo que a su vez puede dar lugar a un aprendizaje insuficiente del lenguaje.

Se le cae la mandíbula.

—¿Setenta por ciento? Es una locura. ¿Por qué no querrían comunicarse con sus hijos?

Yo: No es que no quieran comunicarse. Simplemente asumen que es más beneficioso para los niños adaptarse al mundo de los oyentes.

Un irritado movimiento de cabeza confirma que no es uno de esos padres.

—Entonces —pregunta—. ¿Qué hacemos primero?

Pongo los ojos en blanco, ¿por dónde empiezo?

Yo: Blake, este será un proceso largo y arduo. Vendrá acompañado de mucha frustración. Tienes que ser paciente con ella. Y contigo mismo. En primer lugar, aquí tienes una lista preliminar de cosas que NO debes hacer.

Saco de mi bolso una lista preimpresa. Es algo que doy a todos los padres oyentes de niños sordos. Dice así:

- No gritar. Es inútil y te hará parecer enfadado.
- No hablar despacio ni pronunciar demasiado.
- No mirar al intérprete mientras está interpretando. No es con él con quien esté conversando.
- No llamar discapacitado a su hijo. Tienen que entender que la sordera es más un obstáculo que una discapacidad.
- Centrarse en las innumerables cosas que su hijo PUEDE hacer en lugar de en las pocas que no puede.
- No bajar las luces. Los sordos necesitan ver claramente a los demás, a menos que estén durmiendo.
- No llevar camisetas con motivos recargados, distraen la atención al hacer señas.



- No hablar como si su hijo no fuera inteligente. Su hijo simplemente habla un idioma distinto al suyo, como si él hablara italiano o francés y usted no.
- No pedir a una persona sorda que le lea los labios para intentar escuchar a escondidas.
- Y lo más importante... no compadecer a su hijo. La sordera no es la cosa terrible que la mayoría de la gente oyente asume que es. Es una cultura, y es hermosa.

Blake mira al suelo abatido. Su expresión rezuma culpabilidad. Habla, pero no me mira.

Le toco el brazo y juro que me recorre una descarga eléctrica. Su brazo es fuerte. Musculoso. Suave. Sus ojos se clavan en los míos y me pregunto si ha sentido la misma sacudida.

—Lo siento —dice—. He dicho que ya he roto muchas de esas reglas.

Yo: Bueno, no las conocías. Tienes un pase. Ahora, tengo una pregunta importante que hacerte.

—Okey.

Le muestro el signo de “okey” mientras pronuncio la palabra en silencio. Él me la devuelve y sonrío. Volvemos a mirarnos a los ojos y trago saliva por la sensación que siento en mi interior.



Capítulo Siete

BLAKE



Ellie: ¿Cuáles son tus intenciones en cuanto a la escuela para Maisy? Técnicamente, en otoño podrá participar en nuestro programa residencial, en el que los niños viven en la escuela durante la semana y vuelven a casa los fines de semana.

Sacudo la cabeza con vehemencia cuando leo su texto y levanto la vista, asqueado.

—Jesús, no. Quiero decir, seguro que es un buen colegio, pero no me gustaría verla solo los fines de semana. —Miro por la ventana y luego vuelvo a mirar a Ellie—. Sinceramente, ni siquiera estoy seguro de que siga viviendo aquí en otoño.

Ellie: Repite la última parte.

Me doy cuenta de que puede que haya estado murmurando debido a mi decepción por ello.

—Dije que no estoy seguro de que Maisy siga viviendo conmigo en otoño.

Me estudia un momento, empieza a teclear y borra lo que ha escrito. Quiere preguntarme más sobre eso. Más sobre por qué me enteré ayer de lo de Maisy. Más sobre dónde está su madre y por qué creció como lo hizo. Es natural que sienta curiosidad por estas cosas. Pero no pregunta.

Ellie: Me alegro de que quieras que viva en casa. Aunque el colegio es estupendo, creo que lo más importante para ustedes dos ahora mismo es crear un vínculo. Mandarla a vivir al colegio lo impediría. Aún tendrán que tomar muchas decisiones. Puede ir al colegio de sordos o al colegio público. He visitado las escuelas primarias de aquí. Tienen algunos recursos, y se le proporcionará un intérprete si lo solicita. Y luego está si probar o no los implantes cocleares, un tema muy polarizado en la comunidad sorda. Y si enseñarle o no a leer los labios, que no es tan fácil como parece, por cierto.

Mi cabeza se ladea.

—Parece que lo haces muy bien.

Ellie: Da la casualidad de que tienes labios fáciles de leer.

Se sonroja. Maldita sea. Cada vez que lo hace es como si me tirara de la polla. El enrojecimiento de su cara resalta las pecas de sus mejillas. Desaparecen cuando empieza a escribir de nuevo.

Ellie: En general, las personas sordas comprenden alrededor del 30% de la lectura labial. Los que crecen con padres oyentes y han tomado clases avanzadas pueden alcanzar una comprensión mucho mayor que eso. A mí se me da bastante bien, pero no soy perfecta. Nos basamos en el lenguaje corporal y el contexto para rellenar los huecos. Lo cual me recuerda que eres expresivo, lo cual es bueno, pero necesitas serlo en exceso. No quiero que te excedas en la enunciación, pero sí en la expresión. Puede parecer extraño al principio y hacerte sentir cohibido, pero será mejor para ella. Le ayudará a entender.

—Dame un ejemplo.

Se muerde el labio mientras piensa y luego empieza a teclear.

Ellie: Utiliza expresiones faciales. Levanta las cejas cuando preguntes sí o no. Frunce las cejas cuando formules una pregunta que requiera más respuesta. Abre los ojos para dar énfasis. Muestra tu nivel de entusiasmo. Hablar debe ser una experiencia corporal. Utiliza las manos, la postura, la cara y los ojos.

Ellie: Antes, cuando te acusé de ser un mal padre, me di cuenta de lo vehementemente que pensabas que me equivocaba. No solo parecías enfadado (obviamente gritabas y se te ensancharon las fosas nasales), sino también dolido, casi impotente. Hannah estaba interpretando, pero si no hubiera sido ella, habría captado la mayor parte. La pasión suele reflejarse en el lenguaje corporal. Fue el momento en que supe que te había malinterpretado. No soy de las que se andan con rodeos, Blake. He tenido que pasar por mucho para llegar a donde estoy. Pero también reconozco la determinación cuando la veo. Tú la tienes. Y si no lo he dicho antes, Maisy tiene suerte de tenerte.

—Guau. —Levanto la vista—. Ahora soy *yo* el que se sonroja.

Se ríe en silencio.



Maisy golpea la mesa y ambos la miramos. Supongo que golpear es su forma de llamar nuestra atención.

Quiero preguntarle qué quiere, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. Espero que Ellie lo haga, pero se limita a mirar a Maisy con las cejas levantadas.

Maisy vuelve a golpear la mesa, esta vez con más fuerza. ¿Está frustrada? Miro su comida a medio comer. ¿No le gusta?

Ellie no parece tan preocupada como yo por el arrebató de Maisy. Me manda un mensaje.

Ellie: Maisy tiene que aprender a pedir lo que quiere. Aunque todavía no sepa hacer señas. En cuanto sepa comunicar sus necesidades, se acabarán las rabietas.

Maisy golpea tan fuerte que una gota de puré de manzana sale de la taza y cae sobre la mesa. En lugar de limpiarla, Ellie me sorprende dándole a Maisy una servilleta.

Toco el brazo de Ellie para que me mire.

—Eso es un poco mezquino, ¿no?

Sacude la cabeza y vuelve a mirar a Maisy. Finalmente, Ellie señala la pila de fichas que ha dejado sobre la mesa. Maisy parece enfadada, como si esperara que supiéramos lo que quiere sin tener que decírnoslo. Casi derrotada, recoge las tarjetas, las revisa y levanta una. Es un cartón de leche con un vaso de leche al lado.

Mierda. No le he dado de beber con la comida. Me levanto de un salto y me dirijo a la nevera, sintiéndome culpable una vez más por mi fracaso.

Cuando vuelvo con el vaso y se lo pongo delante a Maisy, se lo bebe encantada.

Ellie me enseña el reverso de la tarjeta y me enseña el signo de la leche. Debo de hacerlo mal, porque se acerca y me toma la mano para corregir la forma del signo. Sí, bien, acabo de tener una erección delante de mi hija. *Demasiado inapropiado.* Pero sus manos son suaves. Cuando las retira de y me espera, me olvido por completo de lo que se suponía que estaba haciendo.

Me doy cuenta de que intenta no reírse.

Maisy hace el signo de la leche y me quedo de piedra.

—Está haciendo señas. Es increíble.

Ellie esboza una amplia sonrisa, levanta una ceja, casi en señal de desafío, y examina el mazo de tarjetas. Levanta una de un gato y se la enseña a Maisy. Maisy se limpia la leche del labio y se pasa los dedos por los bigotes postizos. Ellie da la vuelta a la tarjeta y me enseña el signo. El mismo signo que hizo Maisy.



A continuación, Ellie le enseña una casa a Maisy. De nuevo, Maisy hace el signo tal y como aparece en la parte de atrás. Esto sucede varias veces más. Niño. Niña. Pelota. Libro. Comer.

Todo el tiempo, tengo el corazón en la garganta. Maisy puede comunicarse. Después de menos de una hora con Ellie, puede hablar. Bueno, más o menos.

Toco el brazo de Ellie y me resulta imposible no dejar que mis dedos se queden.

—Es un milagro. —La señalo con la otra mano—. Eres increíble.

Ella sonríe. ¿Por mis palabras? ¿Por mi caricia?

Es casi como si no quisiera apartarse para mandarme un mensaje. Le gusta mi mano sobre ella tanto como a mí. Eventualmente, cuando se vuelve incómodo, se retira.

Ellie: Te lo dije, los niños son esponjas. Va a aprender rápido.

Me gruñe el estómago y miro la hora. Es casi la hora de cenar. Me levanto, voy a la despensa y luego a la nevera y traigo algunas cosas. Me planto delante de Ellie con una caja de macarrones con queso en una mano y dos filetes en la otra. Levanto la ceja. En realidad, la enarco demasiado.

Sonríe solo un segundo, pero desaparece en un instante. Tengo que dejar la comida para leer su mensaje.

Ellie: Agradezco la invitación. Pero es mejor que no coma aquí. Le daría a Maisy la información equivocada. Ella necesita saber que esta es tu casa. Y de ella. Esta no es mi casa. Soy su defensora. Su mentora. Si como aquí, puede llegar a creer que soy su madrastra o la novia de su padre.

Me trago lo que parece un fragmento de cristal y pregunto:

—¿Sabe que soy su padre?

Ellie se encoge de hombros.

Ellie: Estoy trabajando en ello. Llegará pronto. Puede que ya lo sospeche.

Utilizo el teléfono, queriendo que lo entienda claramente.

Yo: Dices que no deberías comer aquí. ¿Qué tal en un restaurante? Esta noche no, pero ¿quizás otro día? Tengo familia dispuesta a cuidar a Maisy.

Parece leer mi texto más de una vez. Y no levanta la vista, no inmediatamente. ¿Lo está contemplando? O soy un idiota intentar ligarme a la mujer que intenta ayudar a Maisy. Ah, mierda, a lo mejor la he cagado justo



cuando ella estaba haciendo progresos. Golpeo la mesa con los dedos y, cuando levanta la vista, niego con la cabeza.

—Olvida que te lo he preguntado. No es buena idea. —Le hago un gesto con la cabeza a Maisy—. Dime qué hacer ahora.

Culpable, como si quisiera aceptar mi invitación, pero pensara que podría ser un conflicto de intereses, teclea un mensaje.

Ellie: Juega. El juego de la tarjeta de memoria sería un buen comienzo. Involúcrala en el juego cada vez que tengas oportunidad. De momento, utiliza las tarjetas para comunicarte. Haz muchos dibujos con ella. La próxima vez que nos veamos, hablaremos más de tus opciones. Empezaremos a elaborar un plan sobre el colegio. Con tu permiso, me gustaría matricularla, como mínimo, en preescolar en la escuela de sordos. Es un programa de media jornada que la sumergirá en el LSA, le permitirá conocer a otros niños sordos y con dificultades auditivas y, con un poco de suerte, mejorará sus habilidades sociales, que son muy escasas.

Ellie: Si puedo darte un consejo, sería el siguiente: no te obsesiones tanto con su diagnóstico que te pierdas los hitos. No siempre se trata de ser sordo. No olvides disfrutar de tu hija.

Me siento más inadecuado que nunca con toda esta información. Sobre todo sabiendo que Ellie está a punto de irse y no tengo ni idea de lo que pasará después.

—¿Cuándo vas a volver? ¿Y serás su profesora en la escuela?

Ellie: No soy profesora. Pero como su mentora asignada, voy a tener un poco de tiempo de uno-a-uno con ella sobre una base diaria. Pre-K es todos los días durante tres horas. Haré visitas a su casa tres veces por semana cuando sea conveniente para ti. La llevaremos afuera en algunas de ellas. La expondremos a tiendas, restaurantes, parques. Tengo la sensación de que ha vivido una vida muy aislada. Es pálida, tímida y solo tiene a su gato de peluche como compañía. Me temo que tu hija ha vivido una vida carente no solo de comunicación, sino de estímulos externos. Cuanto más podamos exponerla y, al mismo tiempo, enseñarle, más rápido se aclimatará a su nuevo mundo.

Tres visitas a domicilio por semana. Mis ojos vuelven a escudriñar esa frase. *Visitas a domicilio. Aquí. En mi casa.* La idea de verla tan a menudo me



revuelve el estómago. Me siento como un niño enamorado de su profesora. Su ardiente, curvilínea y sexy profesora.

Ellie levanta las manos como preguntando: «¿Qué?» Como aún no conozco el signo, tal vez sea así.

Sacudo la cabeza. Ya me han cerrado la puerta. No necesito que sepa que he tenido fantasías con ella esta última semana, antes incluso de saber quién era o de mantener una conversación con ella. Y ahora que la he visto, que he hablado con ella, que la he oído, esas fantasías no van a desaparecer pronto.

Ellie: Veo que estás abrumado. Hay mucho que asimilar. Por ahora, concentrémonos en los primeros pasos. Aprender a hacer señas básicas. Centrándonos en lo visual. Usar tarjetas con letras y dibujos. Ampliar su vocabulario. Con el tiempo, esperamos que sea bilingüe en LSA e inglés.

Mientras Maisy se termina la leche y se dedica a dibujar, Ellie me da consejos sobre cómo comunicarme cuando ella no está aquí para ayudar. También me insta a comprarle a Maisy un iPad duradero, diciéndome que hay un montón de programas que puede ver y que le ayudarán a aprender a hacer señas.

Ellie: Todo lo que hagas en este momento debe ser educativo. Pero también divertido. A la hora del baño, por ejemplo, agarra letras de gomaespuma y haz que el aprendizaje sea emocionante y relajado. A la hora de comer, puedes contar guisantes. La elección de la ropa puede enseñarle los nombres de los colores. Hazla participe. Aprende con ella. Cuando ambos aprendan las señas, intenta signar todo lo que digas. Y deberíamos signar todas las conversaciones.

Yo: ¿TODAS las conversaciones, Ellie?

Lee mi mensaje y me mira como si supiera que lo he enviado porque quería que le quedara clara cada palabra.

Casi puedo ver cómo la recorre un escalofrío, como si la connotación de mis palabras le provocara un hormigueo. Y entonces... *bingo*, veo el rubor. Bien, me alegro de que entienda que me gustaría tener más conversaciones con ella que no giren necesariamente en torno a mi hija.

Ellie: Todas las conversaciones que le conciernen. Básicamente, todas las conversaciones a las que tendría acceso un niño oyente. Y tendrás que ayudarla a sentirse incluida haciéndola participe de los sonidos que la rodean. Las personas sordas se pierden toneladas de información audiológica a lo largo del día. No oímos los sonidos que los



oyentes dan por sentados. Por ejemplo, dile que hay alguien en la puerta cuando suene el timbre. Mejor aún, instala un timbre visual que emita luces intermitentes cuando suene. Dile que está sonando el teléfono antes de levantarte y contestar. Dile que vas a preparar la cena, ya que así no oírás el ruido de las sartenes, lo que da pistas a las personas oyentes sobre lo que ocurre en la otra habitación. Dile que tu novia está aquí cuando oigas entrar su auto en la entrada. Todo eso es ruido incidental. Los ladridos de los perros, la sirena de un camión de bomberos, las conversaciones a su alrededor que son pistas sobre el comportamiento de las personas. Sé sus oídos y rellena los huecos. Así se sentirá incluida y menos aislada.

Sonrí y levanto la vista del teléfono.

—Ya veo lo que has hecho, colar eso. —Me río—. No estoy saliendo con nadie, Ellie. No habrá ninguna novia aparcando en mi entrada.

Se encoge de hombros como si no tuviera ni idea de lo que ha hecho. Pero no se me escapa la pequeña sonrisa de satisfacción que intenta ocultar. Se levanta y teclea otro mensaje.

Ellie: Es hora de que me vaya. La próxima vez que venga, Hannah no estará conmigo. No creo que sea necesario después de esta reunión inicial, siempre y cuando te sientas cómoda con ella. Ya que pareces ansioso por aprender, aprenderás más rápido sin alguien que hable por mí. Podemos enviar mensajes de texto cuando sea necesario. Como dije, leo muy bien los labios. Con instrucción y mucha práctica, Maisy también puede serlo si eso es lo que quiere. El objetivo es presentarle diferentes formas de comunicarse y que ella elija con cuál se siente más cómoda. No estoy aquí para decirte a ti o a ella lo que tienen que hacer. Como padre, puedes elegir. No hay una única forma correcta. Cada niño es diferente. Cuando sea mayor, puede que cambie su forma de comunicarse. Me estoy adelantando. Esta conversación es para otro día. Hoy hemos hecho buenos progresos. Maisy es una niña especial.

Desliza el dedo por su teléfono y veo su calendario mientras lo estudia.

Ellie: ¿Qué días y horas te vienen mejor? Me adaptaré a tu trabajo.

—Trabajaré en esto. Maisy es mi prioridad.



Sonríe, toda su cara se ilumina ante mi proclamación. Y joder, todo mi cuerpo cobra vida ante la autenticidad de su sonrisa. Ahora mismo tengo como cien cosas en la cabeza, pero mi polla solo se preocupa de una de ellas.

Ellie: Como dije, tiene suerte. ¿Qué tal L/M/V a las 4:00? Pasaremos una hora o dos juntos, los tres.

¿De tres a seis horas semanales cara a cara con la encantadora doctora? Sí, por favor.

Nuestras miradas se cruzan y le hago un gesto afirmativo con la cabeza.

Ellie: Entonces volveremos a vernos este viernes. Podemos repasar más opciones entonces también. Puede empezar Pre-K el lunes si te parece bien. Nos reuniremos con algunos administradores y educadores de la escuela para elaborar un plan de desarrollo. Eso te da unos días para aprender algo. Mira vídeos. Hay programas en línea muy buenos que pueden enseñar LSA a personas oyentes. Te enviaré algunos enlaces. Tu tarea: aprende a hacer señas con el nombre de Maisy.

Me cuesta no sonreír cuando uso la mano derecha para deletrear M-A-I-S-Y.

Las cejas de Ellie prácticamente le tocan el nacimiento del cabello, haciéndome reír.

—Mi hermana, Allie, me enseñó anoche. Es todo lo que sé.

Ellie: ¿Cómo se llama tu hermana? Parecía que habías dicho mi nombre.

Yo: Allie.

Deletrea con los dedos el nombre de Allie y me enseña la seña de hermana.

Ellie: Has empezado muy bien, Blake. Y es muy alentador ver a un padre que quiere implicarse tanto.

Es difícil no mostrar mi disgusto por los padres que simplemente ignoran la sordera de sus hijos. Solo hace un día que conozco a Maisy y ya quiero darle el maldito mundo.

Ellie llama la atención de Maisy y señala la puerta. Maisy parece disgustada y niega con la cabeza. Ellie recoge las fichas, me las da y me señala con el dedo entre Maisy y yo. Maisy parece entender, pero por lo que veo, no quiere saber nada de mí. Quiere a Ellie. Salta de la silla, corre hacia ella y la abraza.

Una punzada de celos me recorre. Maisy es mi hija. Debería estar abrazándome.



Ellie me mira fijamente y la expresión de su cara me dice que sabe exactamente lo que estoy pensando. Se pone a la altura de Maisy, se señala a sí misma, luego a los ojos, luego a Maisy y hace una seña. No estoy seguro de lo que significa, pero parece que podría significar “más tarde”. Si yo lo he captado, me pregunto si Maisy también.

Maisy mira tristemente al suelo, recoge a su gato y se dirige de nuevo al pasillo, presumiblemente a su habitación, y tal vez incluso a su armario.

Ellie: No te preocupes. Ya llegará.

Luego se despide con la mano, recoge lo que no nos ha dejado y sale por la puerta.

Siento la pérdida cuando ella se ha ido. Como si estuviera más vacío de alguna manera. Me pregunto si es porque la Dra. Stone, la mentora de Maisy, acaba de salir por la puerta. O porque Ellie, la mujer, lo hizo.



Capítulo Ocho

ELLIE



La casa de Blake está a un kilómetro y medio de mi apartamento, así que regreso caminando. Aún no he sentido la necesidad de comprarme un auto. Supongo que es la chica de ciudad que hay en mí. Pero la idea de tener que pedir un Uber para ir a casa de otros clientes que están más lejos no me gusta nada. La primera vez que pedí un Uber, tuve que esperar cuarenta y cinco minutos. Muy diferente a la ciudad, donde puedes agitar la mano y un taxi aparece por arte de magia.

Antes de doblar la esquina para salir de su barrio, vuelvo a echar un vistazo a su casa. Blake tiene la casa familiar perfecta y ni siquiera lo sabe. Su jardín es más grande que el de los demás. Su casa también parece más grande. Es interesante que en este barrio familiar, el soltero tenga la casa más grande.

Sin embargo, no parecía en absoluto engreído. El tipo debe de tener mucho dinero, o al menos sus padres, pero no parecía ser un altanero. Y me impresiona lo mucho que quiere ayudar a la hija que ni siquiera sabía que tenía hasta ayer. Estoy segura de que fácilmente podría enviarla lejos. Pagar un internado. Contratar a una niñera para que se encargue de ella y él no tenga que hacerlo.

El tipo parece demasiado bueno para ser verdad. Debe de tener algún problema. En mi experiencia, ningún hombre es tan guapo, adinerado y cariñoso. Bueno, si no cuentas a mi padre. Se me dibuja una sonrisa en la cara al saber que esta noche voy a ver a mis padres y a Beth. Vienen al pueblo para llevarme a cenar.

La esperanza revolotea a través de mí. Deseo tanto que Maisy sienta algún día por Blake lo que yo siento por mi padre. Tenemos un largo camino que recorrer, y no estoy segura de que entienda quién es Blake para ella. Quién soy yo.

Maisy y yo ya tenemos química, eso es evidente. Pero debo tener cuidado. Ella puede verme más como una figura parental que a Blake. Es una línea muy fina que tendré que navegar.

Aunque Maisy y yo no somos los únicos que tenemos química. Me invitó a cenar. Bueno, más o menos. Es la única vez en mi vida adulta que he estado tentada de aceptar una cita con un hombre oyente. Nunca he salido con uno.

Nunca quise. Estaba segura de que nunca podría tener una conexión con uno. Especialmente uno que ni siquiera sabe LSA o lo primero sobre la cultura sorda.

Entonces, ¿por qué siento esa atracción cada vez que le veo? ¿Por qué tengo la sensación de que podemos comunicarnos sin palabras, sin LSA, sin nada más que nuestros ojos? Es la sensación más extraña del mundo.

Pero es el padre de un cliente. Hay una línea. Una que no estoy segura de querer cruzar. Por mucho que mi cuerpo me lo pida. Solo de pensar en él, en sus labios seductores, en su tacto eléctrico, en su cabello castaño como el chocolate y en cómo vuelve a su sitio después de que se pasa una mano por él, la humedad me empapa las bragas. ¿Qué me está pasando?

Un todoterreno familiar se detiene a mi lado cuando me acerco a mi complejo de apartamentos. Sonríe de oreja a oreja cuando veo a papá al volante, a mamá a su derecha y a Beth bajando la ventanilla del asiento trasero. Papá me hace un gesto con la cabeza para que suba atrás y, una vez acomodada, inclina el espejo retrovisor para que pueda verle los labios.

—¿Necesitas ir a casa a cambiarte o estás lista?

—Vamos a comer —digo y hago señas.

A veces hablo verbalmente con mi familia. Así practico el habla. Aunque me dicen que sueno muy bien, hace tiempo que me resisto a hablar delante de los demás. Como sorda profunda, no tengo ni idea de cómo sueno. Sé que tengo acento. Muchas personas sordas lo tienen. Muchos de nosotros tenemos un acento monótono o gutural muy marcado en porque no oímos todos los sonidos de las letras.

Como profesional, especialmente como defensora de los niños sordos, sé que no debería sentirme así por mi forma de hablar. Pero después de sufrir acoso por mi forma de hablar en la escuela secundaria, simplemente dejé de usar mi voz, excepto con mis seres queridos.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—Papá hizo una reserva en Lloyd's —dice Beth y signa.

Toda mi familia domina el LSA y la mayoría de nuestras conversaciones las mantenemos así. Pero en el auto, como ahora, hablamos en SimCom y hacemos señas al mismo tiempo, para que nadie se sienta excluido.

Mamá se gira.

—¿Ya desempacaste?

—Terminé ayer. Todavía tengo que comprar un televisor.

Le he echado el ojo a una pantalla grande, pero he estado esperando a que saliera a la venta. Los televisores de pantalla grande son muy útiles para las personas sordas, ya que los subtítulos son mucho más visibles y facilitan tanto la lectura como la visualización.



—Compraremos uno después de cenar.

Sacudo la cabeza.

—Tengo trabajo, mamá. Puedo comprarlo yo misma.

Beth me da un codazo y me hace señas sin hablar.

—Se ha vuelto loca. Tienes que dejar que te mime un poco.

Pongo los ojos en blanco y hago señas:

—Sobrevivió cuando estuve fuera en Gallaudet todos esos años.

—Estabas en la universidad —señala—. Eso era diferente. Esta eres tú en el mundo real. Está preocupada por ti. Pero no te sientas especial, también se vuelve loca por mí.

Mamá me saluda para llamar mi atención.

—Eh, ustedes dos. Dejen de hablar de mí. Sé que lo hacen.

Beth y yo nos reímos. Mamá odia que hagamos señas a sus espaldas. Cuando éramos niñas, le dábamos la espalda y hablábamos en LSA con ella en la habitación. Odiaba no saber lo que decíamos. Odiaba no estar al tanto de lo que decíamos.

Bienvenida a mi mundo, mamá.

Papá aparca detrás del restaurante y nos dirigimos a la entrada. Me detengo, señalo a la izquierda y hago señas:

—La escuela está ahí abajo.

—Sabemos dónde está —dice mamá—. La recorrimos cuando eras más pequeña.

Se me afloja la mandíbula. No tenía ni idea.

—¿Consideraste enviarme aquí? ¿A vivir?

Menea la cabeza.

—Planteamos mudarnos aquí. Las investigaciones nos decían que era uno de los mejores colegios para sordos de Nueva York. Pero tú te empeñaste en ir a un colegio de oyentes, así que abandonamos el tema.

—Se habrían mudado. —Me señalo a mí misma—. ¿Por mí?

Papá me rodea el hombro con un brazo y me hace señas con la mano libre.

—Claro que sí.

Entramos y nos acompañan a la mesa. Está oscuro, y cuando la anfitriona habla, Beth me hace de intérprete. Mi familia siempre se ha asegurado de que no me pierda las conversaciones que tienen lugar a mi alrededor.



Observo a la anfitriona, preguntándome si supondrá que no soy inteligente —un error que cometen muchas personas oyentes—, pero se limita a sonreír amablemente y a decirnos el nombre de nuestra mesera. Quizá, con el colegio a la vuelta de la esquina, esté acostumbrada a los clientes sordos.

Una vez sentada, hago señas a mis padres:

—Gracias por no insistir en que vaya allí. Es un gran colegio. Pero permitirme elegir por mí misma es una de las razones por las que los quiero tanto.

Mamá se acerca y me sujeta las manos. Sabe que a veces no hace falta hablar para entender algo.

Beth me mira, ceñuda. Es la única persona que sabe lo mal que lo pasé en la escuela. Pero quería demostrar que podía hacer lo mismo que los alumnos oyentes, aunque lo hiciera de la peor manera.

Creo que mis padres fueron la principal razón por la que estudié y trabajé aquí. Darme opciones y dejarme participar en las decisiones fue primordial para mi educación. Vi lo que les ocurría a los niños que se veían obligados a vivir en entornos en los que no querían estar. Por eso quise convertirme en defensora de los niños que no habían tenido las mismas oportunidades que yo.

Después de pedir las bebidas, Beth pregunta:

—¿Cómo va el trabajo?

—Bien. —Me muerdo el labio y paro—. Muy bien.

—Dios mío —dice Beth y hace señas—. Te acabas de sonrojar a lo grande. Pongo los ojos en blanco.

Me mira fijamente. Sus ojos se abren de par en par mientras baja las manos para que mamá y papá no puedan verlas y me hace señas:

—¿Te estás follando a tu jefe?

Estoy segura de que suelto una carcajada audible. Le agarro las manos para que no pueda hacer señas y sacudo la cabeza con agresividad.

Mamá agita la mano y nos regaña por tener otra conversación privada.

—Si quieren hablar en privado, vayan al baño de damas. Es de mala educación hacerlo delante de nosotros.

Tiene razón. Es de mala educación. Ocurre todo el tiempo cuando eres sordo, la gente habla justo delante de ti y no te incluye en la conversación.

—Beth me preguntó si estaba saliendo mi jefe. —Me vuelvo hacia mi hermana—. Mi jefe es el presidente de la escuela. Y es una mujer.

Beth se ríe.

Nos ofrecen bebidas y un delicioso pan.



Papá corta el pan en rebanadas y nos pasa un trozo a cada una.

—¿Has vuelto a ver a ese tipo guapo misterioso? —Beth hace señas después de meterse un trozo entero en la boca como si no hubiera comido en días.

—¿Qué es eso de un tipo misterioso? —pregunta mamá.

Papá deja el pan y se interesa por la conversación.

—Ellie conoció a un hombre misterioso y guapo justo después de mudarse.

—No lo conocí. Al menos no entonces.

—Espera, ¿qué? —Beth abre mucho los ojos—. ¿Cómo que no entonces? Dios mío. ¿Lo has vuelto a ver? ¿Están saliendo? Ellie, ¿qué es lo que no me estás contando?

—Él... —Suelto las manos antes de continuar—. Bueno, su hija... es una cliente.

La cara de Beth pasa de la sorpresa a la fascinación más absoluta.

—¿El guapo misterioso es padre? Por favor, dime que es padre soltero. —Aplaude—. Esta historia se acaba de poner mucho mejor. ¿Por qué no dijiste nada? —Su cara se convierte en un puchero—. Siempre me lo cuentas todo.

—Basta —le digo por señas—. Me acabo de enterar hoy. Iba caminando a casa de encontrarme con ellos dos cuando me recogieron.

Beth mueve la cabeza de un lado a otro, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Oh, cómo me gustaría haber sido una mosca en la pared cuando ustedes dos se encontraron cara a cara después de tener su encuentro en la tienda de comestibles.

—¿Te importaría ponernos al corriente? —pregunta papá, con sus instintos protectores a flor de piel.

Siempre he estado muy unida a mi familia. Han estado conmigo en los altibajos de estar fuera en la universidad. Los éxitos y los fracasos. Son mis mayores apoyos, animadores y defensores. Sí, a veces tienden a ser sobreprotectores, pero aun así, no podría quererlos más.

Les cuento lo que le dije a Beth sobre ver a Blake en el supermercado y tener lo que solo puedo describir como una experiencia extracorpórea cuando nos miramos. Y cómo nos sorprendimos los dos cuando aparecí hoy en su puerta. Y cómo le acusé de ser un padre terrible.

La culpa me invade una vez más cuando pienso en lo rápido que saqué mis conclusiones. Debería saber que no se juzga a un libro por su portada.

Omití la parte en la que me invitó a salir. Todavía no estoy segura de cómo me siento al respecto, así que no necesito que se lancen opiniones sobre el asunto.



—Su pequeña —hago señas morosamente—. Es triste e introvertida y... completamente increíble. —Me cuesta controlar mis emociones al pensar en su situación—. Es exactamente la razón por la que quería hacer este trabajo. Ella es la razón. Es la niña sorda por la que todo educador sordo sueña con marcar la diferencia. Solo que nunca pensé que la encontraría tan rápido.

—Parece que ella también tiene suerte de haberte encontrado —señala papá. Su sonrisa orgullosa se apodera de su rostro—. Mira cómo ya estás cambiando vidas.

—No sé nada de eso. Acabamos de conocernos. Hay montañas que escalar con este.

—Ten cuidado. —Papá levanta una ceja en señal de advertencia—. El trabajo es nuevo. No necesitas enredos ni complicaciones.

Mamá le da un manotazo en el brazo.

—Lo dice el doctor que se enamoró de su paciente. —Me guiña un ojo.

Papá se ríe a carcajadas y dice algo que no entiendo. Entrecierro los ojos y me dice por señas:

—Lo siento. —Y luego deletrea con los dedos la palabra—: Touché.

—Fue casi instantáneo —comenta mamá—, la conexión que sentí con tu padre. Incluso cuando estaba embarazada de ti y tenía miedo de perderte, estaba ahí. Ambos lo sentíamos. Los dos intentamos negarlo. Pero estoy aquí para decirte que ese tipo de conexiones no se dan a menudo. Cuando las señales son claras... —Se ríe—, sin juego de palabras, hay que leerlas.

Aunque el comienzo de su relación estuvo plagado de obstáculos, mis padres tienen la relación más cariñosa que he visto nunca.

El calor fluye a través de mí como una brisa de verano. Y me prometo a mí misma que si Blake me lo vuelve a pedir, puede que lo considere.



Capítulo Nueve

ELLIE



¿En qué estaba pensando al no dejar que mamá me comprara esto? Miro la gran caja del televisor mientras un empleado de la tienda la carga en la parte trasera del Uber XL que he pedido.

Repreniendo mi estúpida determinación de demostrar a todo el mundo que no necesito ayuda.

Cualquiera necesitaría ayuda con esto.

Me meto en la parte trasera del todoterreno y, mientras el conductor se aleja de la tienda, intento entablar conversación. Cuando no digo nada y me ve por el retrovisor, me señalo la oreja y niego con la cabeza. Entonces escribo una nota para cuando lleguemos a mi piso, preguntándole si me ayuda a subir la tele.

Cuando llegamos, abre el maletero y le entrego la nota. La lee, sale del auto, saca el televisor de la parte trasera, lo apoya contra un árbol, vuelve al auto y sale pitando del estacionamiento.

Caramba. Demasiado para la caballerosidad. Supongo que debería haberle dado un billete de veinte con la nota. Miro la caja y mi edificio. Puedo hacerlo.

Tal vez.

Los televisores actuales son mucho más ligeros que los que tenían mis padres cuando yo era joven. ¿Qué peso puede tener?

Miro el lateral de la caja. Dice que pesa cuarenta kilos. Suspiro. Si consigo llevarla hasta el edificio, quizá pueda empujarla escaleras arriba por el borde inferior de la caja.

Pero ¿cómo lo llevo hasta allí? La puerta está al menos a diez metros.

Estudio la caja. Tengo un doctorado, seguro que puedo resolver esto.

La inclino sobre el extremo corto. La caja es casi tan alta como yo, pero la agarro por ambos lados y la “deslizo” una esquina inferior cada vez, lentamente por el estacionamiento.

A mitad de camino, un auto se detiene y no puede esquivarme porque le estoy bloqueando el paso. El conductor parece molesto al principio, pero luego

nuestras miradas se cruzan y parece mucho más interesado. Una sonrisa arrogante se dibuja en su cara mientras abre la puerta y se baja.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta el tipo.

Asiento.

Se acerca y mueve la caja de modo que cada uno de nosotros está de pie junto a un extremo corto.

—¿Lista?

Asiento con más fuerza.

Nos inclinamos y levantamos. Con él caminando hacia atrás y yo hacia adelante, estamos casi en la puerta cuando dice:

—Eres nueva aquí.

Vuelvo a asentir, esperando que se dé cuenta.

—Soy...

No entiendo su nombre.

Sonrío y asiento.

—No eres de hablar mucho —creo que dice.

Me encojo de hombros.

—Estás actuando como una perra considerando que te estoy haciendo un favor.

Al menos creo que eso es lo que dijo.

Con las manos ocupadas levantando la caja, no puedo decirle que soy sorda. Sacudo la cabeza, sin saber qué más hacer.

El tipo parece cabreado. Y justo cuando llegamos a la puerta, deja caer su lado de la TV. No es despacio, la suelta de golpe. Luego mira detrás de mí, suelta unas palabras furiosas que no puedo descifrar y se va corriendo hacia su auto.

Dejo mi lado en el suelo y miro rápidamente la esquina inferior de su lado de la caja. Está ligeramente abollada. Espero que no haya dañado el televisor.

Un movimiento me llama la atención y giro. El tipo sigue gritando desde la puerta de su auto. Pero no a mí. Entonces veo a Blake, todo sudado con su ropa de correr, tan guapo como cabreado.

He aprendido mucho sobre el rompecorazones que viene hacia mí en las últimas veinticuatro horas. Se corrió la voz en el instituto de que Blake Montana tiene una hija y yo soy la que trabaja con ellos. No menos de media docena de compañeras de trabajo visitaron mi despacho para informarme sobre el chico que, al parecer, se acostó con todas sus compañeras de la universidad. Mirándolo, veo el atractivo. Quiero decir, ¿qué mujer de sangre roja no lo haría? Se comporta con tanta confianza. Y no de una manera arrogante, *y eso me*



encanta. Más bien que sea un tipo que sabe lo que quiere y va tras ello. Sin mencionar que ahora ha entrado en el territorio sexy de los padres solteros. Nunca sabré por qué esa combinación de peligroso y deseable me sonroja.

Mientras se acerca, vigila con desconfianza al idiota del auto que está aparcando un edificio más allá.

Apoyo la caja contra el edificio y saco el teléfono.

Yo: ¿Qué acaba de pasar?

—Debería preguntarte eso. Pasaba por aquí y vi a ese imbécil gritándote. ¿Quién era?

Yo: Pensé que era un buen samaritano ayudándome a subir esto a mi casa. Lo llevé en Uber a casa desde la tienda. Se detuvo y se ofreció a ayudarme. Se enfadó cuando no le hablé.

—Dijo cosas bastante desagradables. ¿Sucedé a menudo?

Me encojo de hombros. No quiero asustarlo y decirle *que esas cosas pasan*, y que Maisy tendrá que aprender a tener la piel gruesa.

Yo: Mis manos estaban ocupadas sujetando la caja. No pude transmitir exactamente que soy sorda. Fue culpa mía. Nunca debí comprar esta bestia sin ayuda.

—Bueno, ahora tienes ayuda. Y, Ellie, no fue tu culpa. Ese... no tenía derecho a decirte las cosas que te dijo.

Entrecierro los ojos, pues he entendido la mayor parte de lo que ha dicho, pero no todo.

—Repítelo —le digo por señas.

Blake: Dije que te ayudaré. No fue culpa tuya. Y ese imbécil no tenía derecho a decirte esas cosas. Lo vi tirar la caja. Espero que no la rompiera. Si lo hizo, te conseguiré una nueva.

Yo: Tengo mi propio dinero, Blake. Pero gracias por ayudar.

Blake: Vamos a llevar esto a su lugar y ver lo que estamos tratando.

Con la ayuda de Blake, subimos las escaleras y llegamos a mi apartamento en un santiamén.

—Gracias —señalo, ni siquiera segura de que lo entienda.

Estoy encantada cuando me dice:



—De nada. ¿Dónde lo quieres? —Saca una llave del bolsillo y la utiliza como un cuchillo para abrir la caja.

Yo: No tienes que hacer esto.

Blake: Ellie, no veo a nadie más que pueda ayudarte a levantarlo. Esta cosa pesa como cincuenta kilos. ¿Sobre esa consola?

Asiento y hago señas:

—Sí. Gracias.

Pasamos unos minutos abriendo la caja, quitando el embalaje y el celofán que cubre la pantalla. Fija el soporte a la base y, juntos, lo colocamos sobre la consola. Le pone las pilas al mando, me enseña los dedos cruzados y pulsa el botón de encendido.

Cuando aparece el menú SmartTV, me siento aliviada.

Blake: Qué bueno. Igual tengo la placa del cabrón. Iba a cazarlo y hacer que te comprara uno nueva.

Frunzo el ceño y le respondo.

Yo: Pensé que TÚ me lo ibas a comprar. ¿Qué le dijiste al tipo?

Blake: Simplemente le dije que podría estar más cómodo si salía de mi vista.

Yo: Sí, claro.

Levanta un hombro y esboza una sonrisa.

Me cuesta contener mi propia sonrisa incipiente. Blake me estaba protegiendo. A pesar de los rumores que he oído sobre él, sus acciones tanto hacia Maisy como hacia mí lo pintan como un tipo íntegro. Supongo, sin embargo, que es muy posible ser a la vez un jugador y un buen ser humano.

Yo: Fuera lo que fuera, gracias. Te agradezco la ayuda. ¿Puedo ofrecerte un vaso de agua?

—Eso sería estupendo.

Juguetea con la tele mientras le traigo algo de beber. Me cuesta no mirarlo. Mide casi dos metros de músculos y sudor de hombre. No entiendo por qué me excita. Probablemente porque estoy tan acostumbrada a estar rodeada de tipos cerebrales. Pero Blake también parece tener una buena cabeza sobre los hombros. No solo es divertido mirarle.

Le doy el agua, mostrándole la seña para ello.

Repite la seña y dice:



—Gracias. Creo que el televisor está bien. ¿Quieres que te ayude a programarlo?

Rechazo su oferta con una sonrisa de agradecimiento.

—De acuerdo. —Se dirige a la puerta—. Voy a terminar mi carrera.

Cuando vuelvo a darle las gracias, me guiña un ojo y me dice:

—El placer es mío.

Al salir, duda al ver las fotos de mi familia en la pared. Las estudia un momento, me devuelve la mirada y se va.

Me hundo en el sofá y suspiro, sabiendo que me ha dado aún más con qué fantasear.



Capítulo Diez

BLAKE



¿Cómo lo hace la gente?

Me paso una mano por el cabello y miro a mi alrededor. Parece una fraternidad un domingo por la mañana. Hay juguetes esparcidos por el salón y un rastro de ellos conduce al dormitorio de Maisy. En el sofá y en una mesa hay bocadillos a medio comer. Los zumos vacíos están por el suelo. Un zapato perdido asoma por debajo del sofá. No tengo fuerzas para buscar a su par.

Destapo una botella de cerveza y me siento en la barra de la cocina. Ella es una persona pequeña. Yo soy un adulto. ¿Cómo hemos podido liarnos tanto en tan pocos días?

Ellie vuelve mañana. Debería limpiar para que no me haga problemas otra vez.

La comisura de mis labios se tuerce en una sonrisa al pensar en el reproche que me he llevado. La mujer tiene agallas, lo reconozco. Y una extraña habilidad para invadir mis pensamientos cuando he estado tan ocupado que apenas tengo fuerzas para pensar.

Ahora que he estado en su apartamento, mi imaginación se dispara. Olía a café y canela, y sé que me acordaré de ella cada vez que inhale esos olores. Recuerdo su pared de fotos familiares. Sus muebles de buen gusto entre unas cuantas cajas desordenadas. Y un par de tacones negros perdidos en el suelo. Son esos tacones los que no puedo quitarme de la cabeza en este momento. O, más concretamente, la imagen que me he hecho de ella llevándolos, y *nada más*.

Se me ocurre un pensamiento caprichoso. ¿Para quién los llevaba? Porque seguro que me habría dado cuenta si los hubiera llevado en mi casa el otro día. No vi ninguna foto en la pared de lo que podría haber sido un novio.

Mmm, refunfuño ante la extraña sensación en mi interior que parece que podrían ser... celos.

Intento alejar a la bella doctora sorda de mis pensamientos mientras echo un vistazo a la sucia habitación. Sin embargo, en lugar de limpiar, deslizo el portátil por la encimera, levanto la tapa y continúo con la clase de LSA en línea que he pagado. Así es como he ocupado cada segundo libre en los últimos días.

Que no ha sido mucho, teniendo en cuenta que tengo una niña de cuatro años muy revoltosa.

Miro hacia la habitación de Maisy pensando en lo lejos que ha llegado en apenas cuarenta y ocho horas. Cuando llegó, no teníamos ningún medio de comunicación. Ahora, al menos, puede decirme cuándo tiene hambre o sed. A veces va a la cocina y toma lo que quiere, lo que me entristece y me enfurece. ¿La abandonaron a su suerte? ¿Esperaba Lucinda que una niña tan pequeña se valiera por sí misma?

Ah, mierda. Eso me recuerda. Tengo que contratar a un abogado de familia. Lo añado a la creciente lista de mierdas que hay que hacer.

—Encantado de conocerte —repito a la pantalla mientras firmo las palabras.

Me enderezo cuando oigo un ruido en el pasillo. Pongo el vídeo en pausa y escucho, pero no oigo nada, así que vuelvo a encenderlo.

—El perro marrón está corriendo —digo y hago la seña como se me ha ordenado.

Es curioso que muchos signos sean bastante intuitivos, por lo que son fáciles de recordar. El signo del perro, por ejemplo, consiste en dar palmaditas con la mano plana contra la pierna, como si hiciéramos señas a un perro. Pero a lo que es más difícil acostumbrarse es al orden de las palabras. En español, se dice “el perro marrón está corriendo” pero en LSA se dice “marrón perro correr” porque el verbo no se conjuga igual. Además, como el LSA es un lenguaje visual, no hay signos para “y”, “o”, “el”, “de” y “ser”. Muchas de esas palabras están implícitas y otras se transmiten mediante movimientos de los hombros, pausas u otras señales no manuales.

También está el ESP. Español de Señas Pidgin. No es un idioma propiamente dicho, sino que contiene una mezcla de reglas LSA y gramática española. Los signos proceden del LSA, pero se utilizan siguiendo un patrón español más normal. Se utiliza como puente entre hablantes nativos de LSA y hablantes nativos de español.

Siendo el español mi lengua materna, podría tener sentido que me inclinara por el ESP. Pero tengo que dejar que Maisy me guíe.

Se oye otro ruido en el pasillo y Maisy aparece por la esquina. Me ve y sus ojos se llenan de miedo. Corre hacia la puerta principal y, antes de que pueda detenerla, la abre y sale corriendo.

—¡Maisy! —La persigo estúpidamente mientras vuelco el taburete en mi afán por perseguirla.

Un destello de su ropa me llama la atención cuando cruza descalza el jardín delantero. *Dios mío*. Los faros rebotan en su pijama blanco mientras corro hacia delante, rezando por llegar hasta ella antes de que lo haga el auto.



El chirrido de los neumáticos se mezcla con mis gritos inútiles cuando la alcanzo y la recojo en mis brazos justo cuando llega a la calle.

Mi corazón late desbocado mientras ella se retuerce en mis brazos. ¿Por qué intenta liberarse?

—¿Está bien? —pregunta una mujer desde el asiento del copiloto del vehículo detenido.

Asiento, incapaz de hablar por la horrible escena que se reproduce en mi cabeza de mi hija tirada en el suelo, ensangrentada y destrozada.

Sorprendido de que mis temblorosas piernas tengan la capacidad de acompañarnos de vuelta al interior, desearía ser capaz de preguntarle por qué lo ha hecho. ¿Tuvo una pesadilla? ¿Se le ha metido un bicho en la cama? ¿Es sonámbula?

La derrota me aprieta las tripas. No tengo medios para hacer esas preguntas, y aunque los tuviera, ella no tiene las herramientas para comunicar las respuestas.

La llevo a su habitación y la dejo en el suelo. Mira hacia la cama con cara de terror.

Es ahora cuando siento la humedad empapando mi camiseta. Miro hacia sus piernas y veo la decoloración de su pijama. Entonces me acerco a la cama, pongo la mano en las sábanas húmedas y sé inmediatamente por qué ha hecho lo que ha hecho.

Cierro los ojos, la culpa rezuma por todos mis poros. La he cagado. No la hice ir al baño antes de acostarla. Es culpa mía. Y aunque no fuera culpa mía, ella no debería sentirse mal. Tiene cuatro años. Y en un lugar nuevo con casi extraños. Es comprensible. Incluso esperable.

Corre hacia el armario.

¿Qué demonios se supone que debo hacer ahora? Salió corriendo de la maldita casa. ¿Cree que estoy enojado? Que la castigaré. *Joder*, ¿lo hizo Lucinda?

Dios mío. ¿Y si no la hubiera visto salir corriendo? ¿Y si hubiera estado dormido?

Salgo de su habitación y entro en la mía, sintiéndome como una idiota por no haberlo pensado antes. Abro el teclado del sistema de seguridad y lo programo para que suene cuando se abra una puerta o una ventana. Lo desactivé cuando me asenté en la casa porque me resultaba molesto. Ahora tengo que replantearme muchas cosas. Debería instalar cerrojos o cadenas que estén fuera de su alcance.

Pero ahora mismo no puedo pensar en nada de eso. Solo puedo pensar en la niña asustada encogida en su armario.



Recojo el juego de sábanas de repuesto del armario del pasillo, vuelvo a la habitación de Maisy y enciendo la luz del armario para que pueda verme.

—No pasa nada —digo y hago una seña. He usado mucho esta seña en los últimos días y espero que empiece a entender su significado.

No se mueve.

Saco su gato de peluche de la cama y le doy la ofrenda de paz con una sonrisa en la cara.

—No pasa nada —le repito.

Sin dejar de sonreír, le enseño las sábanas limpias que tengo en la mano y señalo la cama. Me resulta incómodo sonreír tanto en esta situación, pero es la única forma de hacerle saber que no estoy enfadado.

—Vamos. —Hago un gesto con la mano hacia la cama mientras salgo del armario, esperando que me siga.

No lo hace.

Quito las sábanas mojadas de la cama —agradeciéndoselo en silencio a mi madre, que tuvo la sensatez de poner un cubre colchón de plástico debajo— y pongo las nuevas. Después de tirar las sábanas sucias al pasillo, apago y enciendo la luz de la habitación varias veces para llamar su atención. Pronto, sus rizos aparecen en la puerta del armario. Se asoma y me mira vacilante.

Le tiendo un pijama y ropa interior nuevos en una mano y un libro sobre un gato —creo que es uno de sus favoritos— en la otra. Luego me siento en su cama y acaricio el espacio a mi lado. Me duele la cara mientras sostengo la sonrisa que a estas alturas debe parecer estúpida.

—No pasa nada —le digo.

Sale completamente del armario, arrastrando a su gato con ella, recoge la muda y desaparece en el cuarto de baño durante unos minutos. Cuando vuelve a salir, se arrastra tímidamente hasta la cama, dejando espacio entre nosotros.

Me entristece, el espacio. ¿Habrá siempre espacio entre nosotros? ¿No solo físicamente, sino emocionalmente? ¿Podremos conectar alguna vez como lo hacen otros padres e hijas?

Mi teléfono vibra con un mensaje. Lo ignoro, guardándolo en el bolsillo, y le leo a Maisy. Hago las señas que conozco mientras leo. Pero ella no me mira a mí ni a mis manos. Sus ojos están pegados al libro. Y una vez más me invade la tristeza al saber que nunca le han leído bien.

No la compadezcas, oigo en mi cabeza. Es una de las reglas que Ellie me dijo. Pero me la envió por mensaje de texto. ¿Por qué entonces oigo una voz en mi cabeza? Una suave voz femenina que imagino que es la suya. Me hace preguntarme si alguna vez habla.



Sigo leyendo hasta que Maisy se queda dormida. Entonces me deslizo fuera de la cama, aseguro la barandilla y apago las luces, pensando en lo horrible que podría haber acabado esta noche.

Justo cuando cierro su puerta, suena el timbre. No puede ser Ellie, ¿verdad? Son las ocho en punto del jueves. Sé que no es ella. Pero estoy deseando que lo sea.

Empujo una cesta de la ropa sucia detrás del sofá de camino a la puerta. Al abrirla, me decepciona ver que solo están mis amigos, Dax Cruz y Cooper Calloway. Dax sostiene una caja de mi cerveza favorita.

—Si los rumores son ciertos, pensamos que podrías necesitar esto.

Me río agradecido y me hago a un lado.

Cooper entra primero y echa un vistazo a mi desordenada casa. Se ríe entre dientes.

—Tendrías que haber visto mi casa cuando llegó Cody. —Me agarra del hombro—. Será más fácil.

—De tus labios a los oídos de Dios —digo.

Dax saca tres cervezas, las abre y nos da una a Cooper y a mí.

—Nunca pensé que vería el día en que Blake Montana tuviera un hijo, pero salud por dar un paso adelante. —Choca su botella con la mía y luego con la de Cooper.

Echo un vistazo al pasillo.

—Tenemos que bajar la voz. Acabo de llevarla a la cama.

Dax frunce las cejas.

—Uh, Blake, ¿no es sorda?

Miro al techo y suspiro.

—Mierda. Sí. Todavía... me estoy acostumbrando a esto.

Cooper aparta un juguete y se sienta en el sofá.

—Addy me dijo que ni siquiera puede comunicarse. ¿Es cierto?

—Tu hermana debe haber estado hablando con mi hermana. —Tomo un trago y me siento—. Pero tiene razón. Maisy ni siquiera sabe su propio nombre. Ni siquiera estoy seguro de que entienda que soy su padre.

—Eso es jodido —dice Dax.

—Lo es.

—¿Qué pasa con la madre de Maisy?

Me encojo de hombros.



—No tengo ni idea. Lo único que sé es que estará noventa días en rehabilitación. Por lo que sé, Maisy volverá con ella después de eso. Quiero decir, voy a luchar. Esperaría que los de SPI no se la devolvieran a una mujer que nunca se molestó en comunicarse con su propia hija.

—Así que realmente estás dando un paso adelante —dice Cooper.

—Es tan pequeña —digo—. Y asustada. No tiene a nadie. —Trago saliva—. A nadie, joder. Sus abuelos la abandonaron para irse a un maldito crucero. —Me quedo mirando el pasillo—. Ella es increíble. Sé que lo es. ¿Cómo podría no serlo después de lo que ha pasado?

—¿Qué vas a hacer? —Cooper pregunta—. ¿Cómo vas a hablar con ella? ¿Puede entender algo?

—Estamos trabajando con una mujer de la escuela de sordos. Maisy empezará Pre-K allí el lunes. Estoy aprendiendo el lenguaje de señas. Pero por ahora, sobre todo jugamos. —Hago un gesto alrededor de la habitación destrozada—. Como pueden ver claramente. —Recojo algunos papeles de la mesita—. Y dibujamos. —Les enseño un dibujo que hice de esta casa con Maisy y yo dentro—. Intento ayudarla a entender que esta es su casa y yo soy su padre. Pero no tengo ni idea de si lo estoy consiguiendo.

—Piensa que es como tener un bebé recién nacido —dice Cooper—. No tienen ni idea de lo que dices, pero aprenden. No dejes de repetirlo. Sigue dibujándolo. Pronto lo entenderá.

—¿Cuándo te volviste tan inteligente? —Dax se burla.

—Cuando tuve que hacerme hombre y convertirme en padre de Cody —dice—. Hablando de eso, podría traerlo y presentarlos. Mejor aún, podría traer a mis sobrinas, Ashley y Aurora, las dos tienen cuatro años. ¿No es esa la edad de Maisy?

—Oh, hombre, eso sería genial —digo—. Ellie dice que a Maisy le faltan habilidades sociales. Apuesto a que tenerla cerca de otros niños de su edad sería increíble. Se lo preguntaré.

—¿Ellie? —La ceja de Cooper se levanta.

—La mentora de Maisy de la escuela de sordos.

—¿Ellie? —repite—. ¿No la *Sra. Fulana*, sino Ellie? ¿Ya te tuteas con la profesora de tu hija?

Resoplo.

—No voy a mentir. Ella es todo eso y más. —La imagino en mi cabeza. Cabello rubio arenoso. Ojos azules. Sonrisa atractiva. Manos pequeñas que parecen tan elegantes cuando firma.

—Amigo. —Dax me da un codazo—. Tienes un flechazo por la profe.



—Sí, bueno, no importa. Ella ya me rechazó.

Cooper se ríe.

—Claro que ya la has invitado a salir. No serías Blake Montana si no lo hubieras hecho.

La culpa pesa sobre mí como una tonelada de ladrillos. Mi reputación me precede. Pero ya no soy ese tipo. A decir verdad, no he sido ese tipo desde que me gradué. Aunque estoy seguro de que hará falta mucho más que mis cuatro meses de sequía para convencer a los demás.

Mi teléfono vuelve a vibrar, recordándome que no revisé mi mensaje anterior.

Lo saco y siento que se me tuerce la cara cuando veo de quién es. Ellie me ha estado enviando enlaces a recursos de LSA.

—Estás completamente embobado —brama Cooper—. Es de ella, ¿no?

—Vete a la mierda —suelto, guardando el móvil—. ¿Y quién demonios dice *embobado*?

—Oye, ¿ya le dijiste a Dallas? —Dax pregunta.

—¿Que tengo un hijo? —Mi cabeza gira bruscamente—. No es exactamente el tipo de cosa que le entusiasmaría teniendo en cuenta que perdió a su propia familia.

—Es tu hermano, querría saberlo. Aunque le cueste oírlo.

—Supongo que tarde o temprano tendré que decírselo.

—Mejor que se entere por ti que por los rumores —dice Cooper.

El sistema de seguridad suena cuando se abre la puerta de mi casa. Lucas entra, nos mira a los tres y le ladra a Dax:

—¿No tienes un McQuaid con quien pasar el rato?

—Déjalo ya, Lucas —le digo, cansado de las constantes peleas entre familias en este pueblo.

—Sí, vete a la mierda, Montana —dice Dax.

Le lanzo a Dax una mirada regañona.

—He dicho que lo dejes. Cielos, hay cosas más importantes que ustedes dos peleándose.

Lucas me estudia.

—Como si no odieras a sus hermanos.

—No —digo con firmeza—. No los odio.

—Bueno, los odiabas la semana pasada. ¿Qué demonios pasó para cambiar eso?



Echo un vistazo al vestíbulo.

—Muchísimo.

Lucas se burla.

—¿Te has enterado de que tienes un hijo y de repente eres el pacificador de la familia?

Suspiro, cansado de esta conversación.

—Lucas, ¿tiene algún sentido tu visita?

Le lanza una última mirada a Dax, saca algo de su bolsillo y me lo entrega. Es una invitación de boda. *Su invitación* de boda.

Levanto la vista, sorprendido.

—¿Lissa finalmente te dejó fijar una fecha? Pensé que había dicho que primero vería congelarse el infierno.

—La agoté —dice orgulloso.

Dax se ríe.

—Pobre chica, no tiene ni idea de lo que le espera. ¿Vas a llegar a la iglesia esta vez?

Aunque yo tenga fama de jugador, mi hermano es el infame novio fugitivo de Calloway Creek. Dejó a dos mujeres en el altar, en el altar de verdad, con música de procesión y todo. Y rompió con una tercera apenas unas semanas antes de la boda. Lissa es la cuarta mujer con la que Lucas se ha comprometido. Hay corredores de apuestas que ya especulan cuándo volverá a hacerlo.

Lucas señala a Dax.

—No estás invitado.

Dax levanta las manos.

—Gracias a Dios. Me acabas de salvar de tener que ponerme un traje y sentarme en una iglesia preguntándome si tendrás las pelotas de aparecer.

Lucas parece cabreado. Pero veo el punto de Dax.

—Voy a aparecer. Lo haré, joder. Esto es de verdad, amigos. No es que cualquiera de ustedes lo sabría.

—Oye —dice Cooper en su defensa.

—Bueno, tal vez tú lo sepas —dice Lucas.

Una vez más, mi mente vuelve a pensar en unos expresivos ojos azules, un cabello que se oscurece o aclara según la luz y una sonrisa que pondría de rodillas a cualquier hombre.

—¿Blake?... Oye, Blake.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Me giro y veo a los tres mirándome fijamente.

Dax se burla.

—Lo tienes mal, ¿verdad?

—¿Qué tiene de malo? —Lucas pregunta.

—Un caso de bolas azules aparentemente. —Cooper se ríe.

Cooper pone a mi hermano al corriente de lo de Ellie mientras yo sintonizo su charla porque mi teléfono vuelve a vibrar. Es otro mensaje suyo. Los zumbidos que me recorren el cuerpo cuando aparece su nombre me confirman que, efectivamente, *lo tengo mal*. Dax tiene razón. La profe me tiene flechado.



77



Quiet
Beautiful

Capítulo Once

ELLIE



Al llegar a casa de Blake, noto los cambios al instante. Hay un gran columpio en el patio trasero, y estoy bastante segura de que su patio no estaba vallado cuando llegué el otro día. ¿Cómo se puede levantar una valla entera en unos pocos días?

Los esfuerzos que ha hecho por ella son realmente asombrosos. Mi corazón da un vuelco y me regaño a mí misma. *No puedes enamorarte de este tipo, Ellie.*

Llamo a la puerta e, instantes después, me contesta con un montón de ropa sucia en una mano y una pila de peluches en la otra.

—Entra —me dice—. Siéntete como en casa. Enseguida vuelvo.

Siguiéndole dentro, echo un vistazo a su salón, que era un completo desastre la última vez que estuve aquí. Al pasar, se inclina, recoge un par de zapatos y desaparece por la esquina.

Aprovecho para echar un vistazo a la cocina y a la sala de estar. Ambas están mucho más organizadas. Me pregunto si habrá contratado un servicio de limpieza. Un vistazo a la mesa del comedor me hace sonreír. Está llena de dibujos. Al mirar más de cerca, los dibujos han sido hechos no solo por Maisy, sino también por Blake. Se comunican a través del arte. Es fascinante.

Inhalo profundamente. *Detente, corazón.*

La luz parpadea en lo alto y me doy la vuelta, me cuesta no sonreír. Ya le está agarrándole el truco a las cosas.

Pero entonces... entonces hace algo realmente asombroso. Habla con sus manos.

—Ellie —deletrea con los dedos y sonrío.

Asiento y hago manos de jazz.

—Me alegro de verte —comunica por señas—. Pasa, por favor.

No tengo palabras. Aprendió esas señas en pocos días. Y las hizo perfectamente.

Intento parecer indiferente a su impresionante despliegue y miro a mi alrededor, algo confusa por sus palabras, ya que estoy dentro. Al mismo tiempo,

me sorprende la facilidad con la que signa. Nunca había visto a nadie aprender tan rápido.

Saco mi teléfono y le envío un mensaje.

Yo: Ya estoy dentro.

Se ríe.

Blake: Lo sé. Practiqué las señas toda la mañana y luego tenía las manos ocupadas cuando abrí la puerta. Pero fueron las únicas frases que aprendí y estaba decidido a usarlas. Ah, y aprendí el alfabeto.

Levanta la vista con orgullo y empieza a hacer señas del abecedario.

Dios, eso lo hace aún más seductor que antes. ¿Hay algo más sexy que un hombre, un padre soltero, que haría cualquier cosa por su hijo?

Padre soltero. ¿Lo es? No conozco toda la historia. No supo de Maisy hasta principios de esta semana. ¿Le ocultaron a la niña intencionalmente? ¿La madre falleció? Dijo que llamaron a los Servicios Sociales. ¿Todavía está en la foto? ¿Será Maisy el centro de una batalla por la custodia?

Un millón de preguntas arden en mi cabeza. Pero no estoy aquí como psicoterapeuta. Y realmente no tengo derecho a preguntar sobre su pasado.

Yo: Bueno, buen trabajo. Estás aprendiendo rápido. ¿Cómo han ido las cosas? ¿Dónde está Maisy?

—Se está preparando. Le dije que vendrías.

Mis cejas se fruncen. ¿Se lo ha dicho?

Me sujeta del codo y me lleva al otro extremo de la mesa. Los pensamientos que tengo sobre su mano en mi piel no son muy profesionales. Su mano grande y firme que acaba de deletrear mi nombre. Me suelta y nuestras miradas se cruzan. Traga saliva y me mira brevemente el escote. De acuerdo, estoy segura de que él también lo ha notado: la electricidad entre nosotros.

Rebusca entre las docenas de dibujos que hay sobre la mesa y me entrega una. Es como las demás: esta casa con Blake y Maisy dentro; el patio trasero con ellos en los columpios; la cocina con ellos en la mesa. Pero en esta estoy yo. Sé que soy yo porque me ha dibujado igual que Maisy me dibujó el otro día.

Me da un golpecito en el hombro para llamar mi atención y me dice:

—Ayer estuve todo el día haciendo dibujos de Maisy y yo solos. Pero hace veinte minutos he dibujado esto. Parecía emocionada. Te señalé en el dibujo y luego al sofá, esperando que lo entendiera. Debió de hacerlo, porque corrió a su habitación y empezó a rebuscar en su armario. —Se ríe—. Cualquiera diría que es una adolescente preparándose para una cita. Escogió varios conjuntos. Debes gustarle mucho, Ellie.



Me fascina lo mucho que capto leyendo sus labios.

Le dijo que venía. *Él*. Un hombre con cero experiencia con niños sordos. Alguien que, antes del martes, ni siquiera sabía de ella. Y ella lo entendió.

Lo entendió.

Increíble.

Esta vez, mi corazón no solo se salta un latido, se los salta *todos*.

Hace un gesto detrás de mí y me giro. Maisy está en la puerta con un vestido rosa con un lazo blanco en la parte delantera. Suaves espirales rubias enmarcan su rostro inocente, y su expresión no parece tan distante como hace unos días. Sus ojos azules brillan y sus labios se curvan en una sonrisa. Y yo me derrito.

Corre hacia mí y me abraza, y mis ojos se cierran por voluntad propia cuando su pequeño cuerpo me envuelve. Los abro a la fuerza y miro a Blake. Él también sonríe, pero con alegría y tristeza a la vez.

Maisy debería abrazarlo a él, no a mí.

Me echo hacia atrás, no quiero robarle todo el protagonismo a Blake. Después de todo, él es el héroe aquí. Ha trabajado muy duro.

Mi objetivo hoy era intentar enseñarle a Maisy su nombre. Pero ahora mi objetivo ha cambiado. Necesita entender que Blake es su padre.

Llevo a Maisy a la mesa y recojo los dibujos que muestran a Blake y a ella en la casa. Luego saco algunas cosas de mi bolso. Un libro que encontré sobre un padre soltero con una niña pequeña. Fichas con hombres, muchachos y niños, y hombres con bebés en brazos.

Le enseño el libro. En la portada aparece un hombre tomando de la mano a una niña. Luego le enseño las fichas. Luego señalo los dibujos. Pongo el dedo en la tarjeta del hombre que sostiene al bebé, asegurándome de que sabe que estoy señalando al hombre. Hago la seña del padre. Señalo al hombre de la portada del libro y lo repito. Luego señalo el dibujo y el retrato de Blake y lo hago por tercera vez. Luego señalo a Blake y lo hago otra vez.

Maisy repite la seña.

En mi periferia, veo a Blake intentando controlar sus emociones. Saca su teléfono.

Blake: ¿Crees que ella entiende? ¿O cree que “padre” es solo un “hombre”? O quizá piense que “padre” es mi nombre.

Me sorprende que haya hecho esa pregunta. Demuestra lo mucho que le importa su situación. Lo más probable es que Maisy piense que la seña de padre



es la seña de hombre, pero por algo se empieza. Quién sabe. La última vez que estuve aquí le enseñé la seña de “niño”. Quizá entienda la diferencia.

Yo: Es posible que ella piense eso. Con la repetición, lo entenderá. Pero está haciendo señas. Celebremos las pequeñas victorias.

Asiente con la cabeza. Y creo que esnifa porque veo que sus fosas nasales se agitan. Su paciencia y empatía parecen no tener límites. He conocido a muchos padres oyentes de niños sordos. Pero nunca a uno tan motivado como este hombre. Ojalá pudiera embotellar esa determinación y dársela a todos mis clientes.

Paso la siguiente hora intentando enseñar a Maisy su nombre. Es un proceso largo, arduo y, al final, inútil. Necesito que entienda que ella es una niña y yo soy una chica, pero que, aunque las dos somos mujeres, tenemos nombres diferentes. Por lo que Maisy sabe, la gente no tiene nombres. Los nombres propios pueden ser algo que ella no comprenda.

Hacemos una pausa y le ofrecemos a Maisy un bocadillo. Mientras come, Blake le enciende la tele y pone dibujos animados.

Lo apago, recojo su nuevo iPad y busco un vídeo más apropiado.

Yo: Los dibujos animados convencionales son difíciles para los sordos. No podemos leer los labios de los personajes animados. Mejor no confundirla más. Seguro que se ha pasado los últimos cuatro años viéndolos. Todo lo que vea ahora debe ser educativo. Hay muchos vídeos divertidos que también enseñan. ¿Todavía estás de acuerdo con que empiece preescolar el lunes?

Asiente con la cabeza.

Yo: Hay algunas cosas para las que debería prepararte a la hora de introducirla en el mundo de la educación para sordos. Todo el mundo tiene opiniones. Doctores. Profesores. Administradores. La pasión por algo puede ser mala si entraña juicio o superioridad. Algunos creerán que una forma de comunicarse es mejor que otras. Amigos y profesionales bienintencionados opinarán y pueden enfadarse con tus decisiones. Y todos mirarán hacia ti para tomar decisiones. Lo que tienes que saber desde el principio es que no hay un método mejor que otro. Y tienes que entender que cualquier método que elijas puede no ser el método que adopte Maisy. O puede que ahora tenga éxito con un método, pero que más adelante elija otro diferente. Lo que necesitas es alguien que te guíe sin prejuicios, y para eso estoy yo aquí.



Lo observo mientras lee. Parece que se le nublan los ojos. Vuelve a estar abrumado. Yo descargo la información, impaciente porque Maisy ya se ha perdido muchas cosas.

Levanta la vista, nuestras miradas se cruzan y es como si pudiera leer todo lo que hay detrás de esos ojos atentos. A pesar de la total y absoluta conmoción de su vida, hay una determinación absoluta en su expresión que nunca antes había visto. Y me deja sin aliento.

Es difícil apartar mis ojos de los suyos. Es como si un rayo tractor nos mantuviera prisioneros el uno del otro. Un revoloteo en mis entrañas me hace plenamente consciente de la intensidad del momento. Pero tengo que recordarme a mí misma que la pasión de sus ojos no tiene nada que ver conmigo y sí con su hija. Consciente de ello, interrumpo nuestra conexión y escribo otro mensaje.

Yo: Nuestro objetivo final es que Maisy pueda comunicar sus pensamientos y ser comprendida. Esto puede ocurrir de varias maneras. A través del habla, señas, signos o una combinación. Lo que quiero decir es que te tomes tu tiempo para recabar información antes de tomar ninguna decisión. Conoce a otras familias con niños sordos. Relaciónate con adultos y adolescentes sordos. Con el tiempo, a medida que crezca, tus decisiones pueden cambiar. El camino puede torcerse a medida que ella crezca y pueda opinar sobre esas decisiones.

Maisy me tira de la camiseta y señala el columpio. Me encojo de hombros y le hago un gesto a Blake para que ella sepa que no es decisión mía. Ella lo mira y él asiente. Señala los zapatos de Maisy.

Me sorprendo cuando se sienta en el suelo, se los pone y... se los ata. Tiene cuatro años y se ata los zapatos. Me hace feliz y triste al mismo tiempo. Contenta porque es otro indicio de lo brillante que es. Triste porque, basándome en la poca información que tengo sobre su pasado, probablemente aprendió sola por necesidad. Seguro que una madre que ni siquiera se molesta en comunicarse con su hija no le enseñaría a atarse los zapatos.

Blake se levanta y se dirige a la puerta trasera, descorriendo un cerrojo que está mucho más alto de donde Maisy puede alcanzar. *¿Es nuevo?*

Nos movemos hacia donde podamos observarla. Le toco el hombro y le hago una seña:

—Ella está haciendo un gran trabajo. —Luego se lo repito por mensaje—. Tú estás haciendo un gran trabajo. —No me molestó en mandarle eso por mensaje.

Su cabeza se mueve rápidamente a la izquierda y luego a la derecha.



—Me siento como un completo fracasado. Sí, estoy aprendiendo los signos y esas cosas, pero con ella lo hago todo mal. Anoche casi la... Ni siquiera puedo mantenerla a salvo.

Arrugo las cejas, hago una seña:

—Repite. —y le envío las mismas dos palabras.

—Casi la matan. Ella salió corriendo de la casa... y un auto... ella fuera del camino.

Está tan frustrado que sus palabras no se forman con claridad y le pido que me envíe un mensaje de texto. Me cuenta toda la historia. Cómo mojó la cama. Cómo pensó que él se enfadaría. Cómo lo manejó. Cómo activó el timbre y mandó instalar cerraduras adicionales.

Yo: Blake, lo estás haciendo todo bien. ¿No te das cuenta? Pediré al condado una señal de tráfico que avise a los conductores de que hay un niño sordo en la zona.

Blake: Mira, tú sabes toda esta mierda. Ni siquiera tenía el maldito timbre de la puerta encendido.

Yo: Pero ahora sí. Estás aprendiendo igual que ella. Es un proceso. No va a ocurrir de golpe. Estás haciendo todo lo que puedes. Las rabietas y los arrebatos son de esperar hasta que pueda comunicarse correctamente. Incluso entonces, es posible que continúen, ya que es probable que se sienta aislada. Una de las razones por las que los niños sordos se portan mal es porque la gente siempre les dice que no. Y nadie llena los vacíos. Por lo general, se les deja que se las arreglen solos. ¿Recuerdas que el otro día te dije que le pusieras al corriente de las cosas que pasan a su alrededor y que solo los oyentes saben? Cuanto más lo hagas, más incluida se sentirá y menos se portará mal.

Blake: No es suficiente. Tiene que ser más. Ella necesita más. Necesita un padre. Necesito que sepa quién soy. Dios, ojalá pudiera entenderlo.

Le toco el brazo. Me mira los labios. Yo miro los suyos. Me pregunto si puede oír el crepitar del aire entre nosotros. Es un sonido sobre el que he leído en los libros, pero juro que puedo *sentirlo* en este mismo momento. La pasión baila en sus ojos. La misma pasión que siento en mi corazón. Si la pasión hace ruido, me pregunto cómo sonará. En mi mente, es como la gente describe el sutil trasfondo de una brisa marina.

Bésame, grita mi corazón.

Alguien entra en la habitación.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Nuestro trance se ha roto.

—Mamá —dice, y sus ojos se cruzan con los míos como si estuviera tan decepcionado como yo por la interrupción de nuestro momento.

Me presentan a la Sra. Montana, que me encanta ver que también ha aprendido algunos signos. Vaya, Maisy se sacó la lotería con esta familia.



84



Quiet
Beautiful

Capítulo Doce

BLAKE



Tap, tap, tap.

Me revuelvo en la cama, buscando esos últimos segundos de sueño.

Tap, tap, tap.

Abro los ojos y veo a una niña despeinada junto a mi cama.

A veces, mientras duermo, olvido que soy padre. Todo es aún tan nuevo. Hace menos de una semana, mi mayor preocupación era el tiempo. Las vides crecen mejor a pleno sol, entre siete y ocho horas al día. Menos luz conduce a una menor producción de fruta, peor calidad y podredumbre de la fruta. En mi puesto de director de operaciones, me obsesioné con el clima. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que hace días que no lo compruebo.

Maisy enciende la luz y me pone una foto en la cara. Sonrío, porque, aunque en los últimos días he tenido que decir que no, hoy puedo decir que sí.

—Sí —digo y señalo.

Ella chilla.

Me encanta su chillido. Es uno de los pocos sonidos que hace.

De alguna manera, cuando estuvo aquí el viernes, Ellie pudo transmitir a Maisy que pronto iría a la escuela. Hizo tres dibujos de una niña de cabello rubio y rizado durmiendo y el cuarto dibujo era de la misma niña sentada en una escuela con otros niños.

Maisy parecía entender la parte de la escuela, pero lo que no acababa de entender era lo de las tres horas de sueño. Los dos últimos días ha venido a mi habitación con la misma foto de la escuela. Y desde hace dos días, hace una rabieta cuando le digo que no.

Odio decir que no.

No es que quiera mimarla —okey, puede que un poco sí—, pero decirle que no cuando ella no entiende por qué es realmente una mierda. Me rompe el corazón. Pero parece que últimamente ha habido muchos más “noes” que “síes” y por eso me alegra verla tan emocionada en este momento.

Salí corriendo de mi habitación. Aprendí muy pronto a no dormir desnudo, así que salgo de la cama a medio vestir, en chándal, y la sigo. Cuando doblo la

esquina de su habitación, ya se ha desvestido y está acomodando la ropa que ha elegido. No es el que yo habría elegido. Parece algo que una niña llevaría a la iglesia. Pero a juzgar por el vestuario que llevaba, era evidente que nunca había llevado ropa elegante. Así que ahora es lo único que quiere ponerse, aunque lo único que hemos hecho ha sido quedarnos en casa.

Hasta ahora.

De repente estoy nervioso. ¿Y si odia el colegio? ¿Se burlarán de ella los otros niños porque va muy retrasada?

Pero enmascaro mi ansiedad e intento disfrutar del hecho de que, por primera vez, Maisy parece feliz. Las únicas veces que no está triste es cuando Ellie está cerca.

Mmmm, eso puede ser algo que tenemos en común. Suelo estar de mejor humor cuando la Dra. Stone está aquí.

El viernes por la noche tuvimos otro momento. Estoy seguro de que podría haber sido profundo si no nos hubiera interrumpido mi madre. Por la forma en que me miraba con sus expresivos ojos, supe que lo deseaba tanto como yo, a pesar de haberme rechazado días antes.

Maisy termina de vestirse y me arrastra hasta la puerta principal.

Me río, pero luego se enfada cuando intento tirar de ella.

Hago la señal para la comida.

Da un pisotón y pone mala cara, sin abandonar su sitio junto a la puerta.

Voy a la mesa del comedor y rebusco entre los muchos dibujos que hemos estado utilizando para comunicarnos cuando las señas no sirven. Llevo dos a la puerta y se los enseño. El primero es de nosotros comiendo en la mesa. El segundo es de la escuela, uno de los muchos que Maisy ha dibujado estos últimos días.

Señalo al primero y luego al segundo.

Parece entenderlo y, aunque no está contenta, se dirige a la cocina y se sienta en la barra.

Me tomo mi tiempo para hacer panqueques porque el colegio no empieza hasta dentro de una hora. Después de comer, intento decirle que tengo que prepararme. Ella no quiere saber nada de eso y se va a la puerta. Me señalo a mí mismo y hago el signo del baño, luego saco mi teléfono y enarco las cejas.

Hay un juego en mi teléfono al que le gusta jugar. Es lo único que la mantiene ocupada mientras yo tengo que hacer cosas en las que ella no puede participar. Como ducharme. O cagar. Y solo se le permite jugar durante esos momentos.



Ella sigue enfurruñada, pero acepta el teléfono de todos modos y se pone a jugar.

Cuando termino de arreglarme y ella se cepilla los dientes más rápido que nunca, le enseño de nuevo la foto del colegio y empiezo a caminar por la casa, alejándome de la puerta principal. Está confundida, pero enseguida lo entiende cuando ve mi auto en el garaje.

Da unos pasos hacia el auto, se detiene en seco y vuelve corriendo a la casa. Maldita sea, esto era lo que me temía, que tendría que arrastrarla pateando y gritando. Pero después de su demostración de excitación, estaba seguro de que no tendría que preocuparme por eso. Reaparece un momento después con su gato de peluche. Es como su manta de seguridad.

Sonrí y abro la puerta trasera del auto, su puerta de entrada a nuestra primera salida. No hemos puesto un pie fuera de la puerta principal desde que llegó, si no contamos el viaje al audiólogo y la vez que casi la atropellan. Es el mayor tiempo que he pasado sin salir de casa. No he corrido desde el jueves. No he trabajado en una semana. Papá ha sido increíble, volviendo al papel que dejó vacante hace poco. No me ha presionado en lo más mínimo. Pero estoy deseando ir a la bodega esta mañana, aunque solo sea por unas horas.

En el colegio hay cola para dejar a los niños. Pero aparco y llevo a Maisy dentro. En cuanto atravesamos las puertas principales, veo a Ellie esperando. Parece aliviada, como si pensara que no vendríamos.

Nuestras miradas se cruzan. Es la primera vez que nos vemos desde que casi nos besamos el viernes. ¿Se ha vuelto más guapa durante el fin de semana? Lleva el cabello recogido en una pinza y le caen mechones hasta la barbilla. La blusa azul que lleva hace juego con sus ojos y la falda negra se ciñe a sus caderas. Nunca la había visto con otra ropa que no fueran pantalones. Tengo la tentación de mirarle las piernas, pero eso significaría romper esa burbuja mágica en la que parecemos estar rodeados, en la que el mundo desaparece y solo quedamos nosotros: mirando... deseando... sintiendo.

Cuando por fin desvía la mirada hacia Maisy, sus labios se curvan en una sonrisa cuando mi hija la ve y corre hacia ella.

Una mujer al lado de Ellie dice y hace señas:

—Sr. Montana, supongo.

—Sí.

—Soy la Sra. Kasey. Seré la maestra de Maisy por el resto de la primavera.

—Encantado de conocerla —digo, esperando haber hecho bien las señas.

Ellie toca el hombro de la Sra. Kasey y empieza a hacer señas. La Sra. Kasey interpreta:



—Maisy pasará tres horas en la clase de la Sra. Kasey, luego se reunirá con el logopeda y después nos reuniremos los cuatro para nuestra primera reunión del IEP. ¿Te parece bien a mediodía? No queremos abrumar a Maisy en su primer día haciendo demasiadas cosas, pero es importante que empecemos con un plan.

—Mediodía. Bien. —Miro a mi hija y luego vuelvo a mirar a Ellie—. ¿Crees que sabe que volveré por ella?

—Si no lo hace, pronto lo sabrá. Esta será la rutina cinco días a la semana. Correcto. Todo es cuestión de repetición.

Me arrodillo y me pongo a la altura de Maisy.

—Hasta luego —digo y señalo, sintiéndome culpable de que probablemente no lo entienda. Debería haber traído dibujos que la mostraran volviendo a casa después del colegio.

En este momento, sin embargo, no estoy seguro de que nada de lo que le diga signifique mucho. Está emocionada. Sus ojos miran a los otros niños que entran por la puerta principal.

Miro a las dos mujeres.

—¿Me voy?

—Cuidaremos bien de ella —dice la Sra. Kasey. Y con eso, Ellie toma la mano de Maisy, y los tres se dan la vuelta y se alejan.

A mi parte de padre le molesta que Maisy se vaya tan fácilmente. ¿No se supone que los niños tienen ansiedad por la separación al ir al colegio? Por otra parte, ni siquiera me conoce desde hace una semana. Y en este momento, parece mucho más apegada a Ellie.

Ni siquiera sé si le gusto a mi propia hija.

Maisy no se da la vuelta. Pero Ellie sí. Me mira por encima del hombro. Una mirada que indica que entiende todas las emociones que se agolpan en mi cabeza en este momento. Sonríe y asiente antes de que el trío desaparezca por la esquina.

Exhalo un suspiro. Maisy solo lleva seis días conmigo. La mayor parte de ese tiempo lo ha pasado enfadada conmigo porque no me entiende. Y la mayor parte de ese tiempo, he estado frustrado con ella. Conmigo mismo. Pero ahora, aquí de pie después de que ella se vaya, siento que me falta una parte de mí.

~ ~ ~

Hoy ha sido un día ajetreado. Poniéndome al día con el trabajo. La reunión del IEP de Maisy. Y luego... vaya, qué transformación. Después de solo una mañana en Pre-K, Maisy es una niña diferente. Es como si todo su mundo



hubiera cambiado. Llegó a casa sabiendo más señas de las que yo creía que una niña de cuatro años podía aprender en un día. Ellie dijo que era brillante. No me había dado cuenta de lo brillante que era hasta ahora.

Maisy preguntó por Ellie cuando llegamos a casa. O mejor dicho, señaló el dibujo que usamos cuando “hablamos” de Ellie. Es evidente que quiere verla. En la reunión del IEP, Ellie me dijo que entre el Pre-K y la terapia del habla, no hubo tiempo para que las dos tuvieran una sesión. No quería que Maisy se sintiera abrumada en su primer día. Y aunque Maisy parecía molesta antes por no poder verla, se comió su almuerzo e inmediatamente se fue a dormir la siesta.

El timbre suena puntualmente a las 4 de la tarde.

Es Ellie. Ha cambiado la falda negra por unos jeans, aunque sigue llevando la misma blusa azul.

Entra y mira a su alrededor.

—Está durmiendo —le comunico en señas.

—Gran día —me responde.

Me encanta que ya podamos mantener conversaciones breves por señas sin necesidad de enviar mensajes de texto.

—La escuela es increíble —le digo—. Parece que le encanta. Le dije que volvería después de dormir y estaba emocionada. Aunque me preocupa lo que pasará el sábado cuando no pueda ir y no pueda explicarle lo que es un fin de semana.

—Ya aprenderá —dice por señas.

Un ruido detrás de mí es todo el aviso que recibo antes de que Maisy pase corriendo y rodee a Ellie con sus brazos. Siempre me duele un poco cuando lo hace. Me alegro de que esté estrechando lazos con Ellie, pero al mismo tiempo anhelo que esos bracitos *me* rodeen a mí.

Ellie siente mi dolor. Es muy buena leyéndome. Me pregunto si sabe lo mucho que me atrae. Cómo pienso en ella todo el tiempo. Cómo, aparte de Maisy, *ella* es quien ocupa mis pensamientos. Pensamientos sobre lo cerca que estuvimos de besarnos el otro día. Sobre lo mucho que quiero besarla. Sobre cómo quiero eso y más. Cómo después de solo una semana, no puedo imaginar que no forme parte de mi vida.

Maisy toma a Ellie de la mano y la arrastra hasta la cocina, donde abre la nevera y saca la leche. Hace la seña de la leche, luego señala una taza en la encimera y hace la seña de la taza. Luego hace la seña de beber.

Voy a servirle un vaso de leche, pero no parece quererlo, lo que me deja confundido.

Sigue llevando a Ellie de una habitación a otra, señalando cosas con entusiasmo y haciendo los signos correspondientes. Me quedo boquiabierto. Sé



que ha aprendido nuevos signos. Pero esto... esto es jodidamente asombroso. Conoce las señas de algunos animales de corral. Muebles. Ropa. Incluso algunos colores.

Ellie y yo compartimos una mirada mientras Maisy sigue por todas las habitaciones, etiquetando lo que puede. A Ellie se le llenan los ojos de lágrimas. No soy el único que se emociona cuando las compuertas de la vida de Maisy se abren y su mundo empieza a cobrar sentido.

En su habitación, Maisy hace signos para los juguetes, la cama y la ventana. Se pone rígida y señala el cuarto de baño, salta por la habitación y desaparece detrás de la puerta.

Me vuelvo hacia Ellie.

—Mi hija es una puta genia.

Se le escapa una lágrima. Su expresión me dice que está totalmente de acuerdo con mi afirmación. Mueve la cabeza de un lado a otro como si nunca hubiera visto un despertar tan profundo. Tal vez no.

Cuando levanto el brazo y le limpio una lágrima de la mejilla, me sostiene la mano y la estrecha contra ella. Nuestros ojos se fijan el uno en el otro, y la emoción me embarga cuando me inclino y rozo ligeramente sus labios. Sus labios suaves, salados y tentadores. Me alejo un poco para ver si le importa.

Desde luego que no.

Nuestros cuerpos se estrechan y nuestras bocas chocan esta vez con más fuerza. Sin nada entre nosotros, puedo sentir el latido de su corazón acelerado. O quizá sea el mío el que late con fuerza. Sus manos se enredan en mi cabello y luego se posan en mi nuca, estrechándome contra ella. Con una mano en su espalda y la otra en un lado de su cabeza, profundizo el beso. Nuestras lenguas se enredan, la pasión se apodera de todo mi ser como si fuera mi primer beso.

En cierto modo, lo es. Obviamente no es el primero, pero es el más significativo. El más esperado. Y definitivamente el más deseado.

La piel de su nuca se eriza bajo mi contacto. Se levanta sobre las puntas de los pies y se inclina aún más hacia mí. La hago retroceder y la aprieto contra la pared, lo que nos permite estar aún más cerca. Mi polla cobra vida cuando se le escapa un maullido gutural. No sé si han pasado cinco segundos o sesenta. Lo único que sé es que quiero más. *Necesito más.*

El momento mágico termina cuando oigo tirar de la cadena. Me alejo, aunque es lo último que quiero hacer, y señalo el baño. Cuando aparece Maisy, Ellie se limpia el labio inferior y se sonroja. Maisy agarra la mano de Ellie, ajena a lo que ha ocurrido en su ausencia, y continúa su camino por la casa, etiquetando todo lo que puede.

Ellie se gira, me mira y sonríe.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Al contemplarlas juntas, me pregunto si mi vida volverá a ser la misma.
Espero que no.



91



Quiet
Beautiful

Capítulo Trece

ELLIE



De vez en cuando, Blake me mira desde el asiento del conductor. Es difícil mantener una conversación con él conduciendo el auto, así que nos sentamos en silencio.

Han pasado once días desde nuestro beso, y no nos hemos vuelto a besar. No porque no hayamos querido. Oh, lo hemos hecho. Las miradas acaloradas de él. Los rubores míos. Las caricias accidentales de ambos. Simplemente no ha habido oportunidad. Pero vaya, ese beso. No es el primer beso que comparto con un oyente. Pero es el único hombre oyente con el que realmente he querido un segundo beso.

Maisy empieza a frustrarse atrás. No entiende adónde vamos. Tal vez piense que la están llevando de vuelta con su madre, cosa que ni siquiera estoy segura de cómo se sentiría. ¿Ama a su madre? ¿Está viva?

Conduciendo por la autopista, no hay mucho que pueda hacer para calmarla. Blake parece estresado mientras la mira por el retrovisor.

Señalo el control de volumen de la radio. Blake niega con la cabeza. Lo señalo de nuevo y hago el signo de “música” pero parece confundido. Supongo que no tiene por qué haber aprendido ese signo. Hago el signo de “volumen” y luego el de “alto” con la esperanza de que entienda alguno de los dos. Frunce el ceño, pero toca la pantalla táctil, pulsa los ajustes de audio y elige una emisora.

—¿Bien? —Hago señas—. ¿Puedes oír?

Asiente con la cabeza y agarra con más fuerza el volante cuando el auto se sale de nuestro carril. No está acostumbrado a conducir y hablar con una persona sorda.

—Lo siento —le digo por señas. Señalo sus ojos y luego la carretera.

Entonces pongo la mano en el altavoz de la puerta del acompañante y subo el volumen de la radio hasta que siento la música. Entonces la subo aún más. La reacción de Blake es la típica de una persona oyente cuando algo está demasiado alto. Hace un gesto de dolor. Incluso después de todos estos años en los que la gente me lo ha contado y lo he aprendido en la escuela, me sigue pareciendo increíble que el sonido pueda causar dolor. ¿Cómo es posible?

Me dirijo a Maisy, señalo el altavoz que hay junto a su asiento y hago la seña de “tocar” algo que ha aprendido en la última semana porque le hemos enseñado lo que *no debe* tocar.

Toca el altavoz con la punta de los dedos y sus ojos se duplican. Apoya la mano en el altavoz. Se le afloja la boca, me mira y su rostro se transforma lentamente en una sonrisa.

Maisy tiene una sonrisa increíble. No sale mucho porque está frustrada la mayor parte del tiempo, pero cuando lo hace, ilumina la habitación. Su piel de alabastro, su cabello rubio platino y su vestido de fiesta blanco la hacen parecer un ángel. Y creo que nunca había visto algo tan increíble.

Cuando paramos en un semáforo, Blake se vuelve hacia mí y le hago una seña:

—Es preciosa.

Mira por el retrovisor y sonrío. Luego me señala.

—Eres preciosa.

El semáforo se pone en verde. Me roza ligeramente el brazo con la mano y empieza a conducir. Me miro el brazo, la piel aún me hormiguea al recordar su contacto, por no hablar de sus palabras.

No tardamos mucho en girar por una carretera hasta una gran señal en la que se lee **Bodega Montana**. Nunca he estado en una bodega antes, así que esto será emocionante. Y aparte de Maisy ir a la escuela, esta es su primera salida oficial. Quería que viera dónde trabajan Blake y su familia. Ya ha conocido a la mayor parte de su familia, así que no debería ser demasiado estresante para ella. Será una salida fácil comparada con, por ejemplo, llevarla a un centro comercial, que también está en mi lista.

La lista es larga. Basándome en mis interacciones con Maisy en las últimas semanas, me he dado cuenta de la vida tan aislada que ha vivido. Mi objetivo es presentarle todas las cosas de la vida que la mayoría de la gente da por sentadas, pero que ella probablemente nunca ha experimentado. Parques, restaurantes, una estación de bomberos, una piscina.

Tengo los ojos pegados a la ventanilla lateral mientras avanzamos por la calle. Hasta donde alcanza la vista, sobre las colinas ondulantes, hay hileras y más hileras de parras que parecen arbolitos. Pero no están llenas de uvas.

Estamos conduciendo lo suficientemente lento que siento que es seguro para signar.

—¿No hay uvas?

Gira la cabeza lo suficiente para no perder de vista la carretera, pero también para que pueda verle los labios.

—Es primavera. Las viñas acaban de... de...



No sé si es el ángulo de su cara o que dice palabras rebuscadas, pero no capto la mayoría. Le pongo un dedo en los labios para detenerlo. Sacudo la cabeza, me encojo de hombros y extendiendo las manos con las palmas hacia arriba.

Se ríe, comprendiendo que yo no entendí nada.

—Repíte —señalo.

Es una seña con la que está más que familiarizado.

Se detiene en una plaza de estacionamiento junto a lo que supongo que es el edificio principal y saca su teléfono.

Blake: Es primavera. Las vides acaban de despertar del letargo. Se llama brote. Las hojas verdes se despiertan en preparación para la fotosíntesis con los meses más cálidos. Pero es un momento delicado ya que el nuevo crecimiento está en peligro de heladas primaverales.

Hago señas.

—¿Cuándo se recogen?

Sonríe, orgulloso de haberlo entendido. Siempre me doy cuenta de que entiende lo que le digo porque sus ojos, ya de por sí increíblemente brillantes, brillan con más intensidad.

Blake: Las uvas se recogen a finales de verano o principios de otoño. Si las recogemos demasiado pronto, los niveles de acidez serán demasiado altos y los de azúcar demasiado bajos. Si las recogemos demasiado tarde, ocurrirá lo contrario.

—¿Pueden comerse? —pregunto.

Blake: Las uvas de vino son comestibles, pero no están hechas para comerse con la mano como las uvas de mesa. Tienen semillas y una piel más gruesa y suelen ser más dulces porque los azúcares se convertirán en alcohol durante la fermentación.

Yo: Gracias por el curso intensivo.

La gente sale del edificio y mira con extrañeza el auto. Me río en silencio cuando recuerdo que la música aún debe estar puesta. La apago, Blake apaga el motor y nos indica con la cabeza que salgamos del auto.

Antes de saludar a su familia, saca a Maisy de su sillita en la parte de atrás. Me encanta que su primer pensamiento sea siempre ella.

Los padres de Blake, Chris y Sarah, y su hermana Allie están aquí.

—Bienvenida —dice su madre.



—Gracias —señalo.

Parece que lo entiende. Toda su familia ha estado aprendiendo LSA. No a la velocidad a la que lo está haciendo Blake, pero aun así, están haciendo un verdadero esfuerzo. Es una suerte que Maisy haya aterrizado en una situación tan buena, con gente que la ayuda y la apoya. Trago saliva, sabiendo que tenemos eso en común.

Veo cómo su abuela la abraza. Blake está de pie junto a ellas, con una expresión de añoranza en el rostro. *¿Aún no ha abrazado a su hija?*

Allie toma a Maisy de la mano y suben alegremente las escaleras y cruzan la puerta.

Miro a mi alrededor y me sorprendo de que haya tantas edificaciones. Me gusta el vino, pero la verdad es que no sé nada del proceso de elaboración.

—¿Qué son estos lugares? —Hago una seña, luego frunzo el ceño y hago un gesto alrededor.

—Este es nuestro edificio principal —dice Blake—. Tiene salas de cata y oficinas. —Y señala—. Allí está nuestra planta de embotellado. Al lado está nuestro almacén. —Señala en dirección contraria, sin dejar de mirar hacia mí, cosa que agradezco—. Ese es nuestro salón de recepciones. Celebramos eventos. Bodas y esas cosas. A eso se dedica Allie. De hecho, mi hermano se casará aquí pronto.

—¿Puedo ver tu oficina? —le señalo.

La chispa y la sonrisa me dicen que sabe lo que he dicho.

—Por aquí —responde.

Allie y Maisy no están por ningún lado cuando entramos. Supongo que Allie le está dando un tour a su sobrina. Seguro que hay mucho que ver. Me gustaría verlo todo yo misma.

Pasada la recepción y algunas salas privadas con barras de caoba llenas de innumerables botellas de vino, hay un pasillo de despachos. Blake se detiene y me señala uno, y yo entro. Es como cualquier otro despacho. Escritorio. Ordenador. Unas cuantas sillas para invitados. Pero lo que más me llama la atención es la única foto que hay sobre el escritorio. Es una fotografía enmarcada de Maisy. Por lo que sé, solo viene a trabajar unas horas cada mañana. Debe estar increíblemente ocupado durante ese tiempo, y sin embargo se empeñó en hacer esta foto.

—¿Qué? —dice Blake en reacción a mi mirada de sorpresa.

Yo: Me impresiona que tengas aquí una foto de Maisy.

Entrecierra los ojos.



—¿Por qué no iba a hacerlo? Deberías ver la oficina de mi padre. Pensarías que es un santuario para su familia.

Sonrí porque estoy segura de que eso significa que él también tiene una foto de Maisy.

Chica afortunada, muy afortunada.

Blake me da un tour, teniendo que enviar mensajes de texto la mayor parte del tiempo porque, bueno... al parecer no hablo lenguaje de vinos. Al final llegamos al punto de partida y nos reunimos con todos en una de las salas de degustación. Nos han preparado unos bocadillos y Sarah me ofrece una copa de vino.

Sacudo la cabeza a su madre.

—Estoy trabajando —le comento en señas.

Ella no lo entiende.

—Dijo que está trabajando —le dice Blake.

Sarah me hace un gesto despectivo con la mano.

—Todos estamos trabajando. —Se sirve un poco y me mira con una ceja levantada.

Pongo los ojos en blanco y suspiro. Levanto un dedo y hago una seña:

—Un poco.

Esboza una sonrisa y me sirve un poco.

Blake: No le hagas caso. Sospecha de cualquiera que venga a una bodega y no haga una cata.

Yo: Oh, no quería ser grosera.

Blake: No lo fuiste. Pero gracias por aplacarla.

Levanto mi copa hacia Sarah y pruebo. El profundo y robusto sabor me recorre la lengua, estalla en mi boca y despierta mis papilas gustativas como si hubieran estado tan dormidas como las vides.

—Guau. Delicioso —señalo enfáticamente.

Sarah sonríe triunfante. Luego le da un vaso a Maisy. Estoy atónita. Quiero decir, no sé nada sobre crecer en una bodega, pero ¿esperan que Maisy... *beba*?

Blake se dobla, sus hombros tiemblan de risa. Todavía no sé qué pensar. Le doy un manotazo en el brazo y le pregunto:

—¿Qué?

Debe de haber dicho algo a su familia, porque todos se unen a la risa.

Blake: Es jugo de uva sin alcohol. ¿Quién te crees que somos?



El alivio me inunda y, al mismo tiempo, me río de mi suposición.

Chris señala la barra.

—Por favor, disfruten de unos aperitivos.

—Gracias —firmo.

Mientras Maisy, Sarah y yo devoramos la comida y les enseño los signos para el pan, el queso y el zumo de uva, Blake y su hermana hablan en el rincón más alejado. Agradezco que no hablen a mi lado cuando tengo una conversación privada. Las personas oyentes no entienden lo grosero que es hablar justo delante de ti cuando no se pretende que te incluyan. Dan por sentado que, como no los oyes, no pasa nada. Él lo entiende. Tuvo la decencia de apartarse del alcance de los oídos, por así decirlo. A veces me sorprende lo rápido que ha asimilado la cultura sorda.

Blake se une a nosotros y se mete una loncha de gouda en la boca. Sonríe de medio lado, misterioso y sexy, mientras teclea un mensaje.

Blake: Allie se ofreció a cuidar a los niños esta noche. Sabe que no he salido en semanas. ¿Qué te parece, El, te unes a mí para la cena?

El. Tiene un apodo para mí. Las mariposas bailan en mi estómago. Me dije a mí misma que me lo pensaré si me lo vuelve a preguntar. Podría ser peligroso adentrarme en una madriguera en la que no tengo nada que hacer. Sobre todo, teniendo en cuenta quién y qué es. Además, ¿y si acepto y no congeniamos?

Sabes que sí.

¿Y si no tenemos nada en común?

Tenemos a Maisy.

¿Y si...?

Blake me da un golpecito en el hombro y me señala el teléfono.

Blake: Tienes que admitir que somos eléctricos juntos.

Lo miro fijamente a los ojos antes de responder.

Yo: Quizá sea eso exactamente lo que temo.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Capítulo Catorce

BLAKE



Llamo al interfono de seguridad de su edificio. Al cabo de unos segundos, me doy cuenta de lo idiota que soy.

Yo: Estoy fuera de tu edificio.

Ellie: Pulsaste el timbre, ¿verdad?

Me río.

Yo: ¿Me vas a dejar subir o qué?

No contesta. No es que no haya estado en su apartamento antes. La ayudé a subir el televisor. Pero esto es diferente. Esto es una cita. Espera, ella sabe que es una cita, ¿no? Quiero decir, no dije que lo fuera, pero lo sabe... ¿verdad?

Echo un vistazo al complejo y veo algunas caras conocidas. Ah, hombre. A lo mejor tiene miedo de que alguien nos vea juntos y se entere su jefe. Por supuesto que ha dudado en salir conmigo. Podría poner en peligro su trabajo. Me meto una mano en el bolsillo de los jeans. Debería haber esperado en el auto. Rápidamente envío un mensaje a Lloyd's, cancelando la reserva que había hecho.

La puerta se abre y aparece Ellie. Y... *Jesús*. Claro que sabe que es una cita. Esos labios deliciosos son rosas y brillantes y totalmente besables. Sus jeans abrazan todas sus curvas y se estrechan hasta las cuñas beige que la acercan unos centímetros a mi altura, aunque yo sigo sobresaliendo bastante por encima de ella. Una blusa rosa a juego con sus labios se transparenta un poco, dejando entrever la ajustada camiseta de tirantes que lleva debajo. El tirón de mis pantalones me recuerda las ganas que tengo de mirar debajo.

Se sonroja ante mi mirada.

Esta mujer. Es fuerte. Independiente. Una profesional. Tiene un doctorado, por el amor de Dios. Sin embargo, cuando se sonroja a mi alrededor y aparecen esas pecas, parece tan malditamente inocente.

—Estás preciosa —digo y hago señas.

El enrojecimiento de sus mejillas no disminuye.

—Gracias.

Ella signa algo que no entiendo.

98



Quiet
Beautiful

Ladeo la cabeza.

Ellie: Tú tampoco estás tan mal.

Me soplo en las yemas de los dedos y las hago brillar en el cuello de mi camisa.

Pone los ojos en blanco.

Caminamos hasta mi auto. Le sujeto la puerta, sin perder de vista que es la única mujer a la que se la he sujetado.

Una vez dentro, la miro.

—Cambio de planes. Iba a llevarte a Lloyd's. —Deletreo con los dedos el nombre del restaurante—. Pero está cerca de tu trabajo y no quiero meterte en líos ni que te sientas incómoda. ¿Te importa si vamos a cenar a White Plains? No tardaremos tanto.

—De acuerdo —señala, y luego saca su teléfono.

Ellie: No va contra las normas en sí, pero estoy de acuerdo con mantener separados el trabajo y la vida privada. No le dijiste a Maisy adónde ibas, ¿verdad? Podría darle una idea equivocada.

¿La idea equivocada? ¿Como que Maisy podría pensar que me gusta Ellie? Me gusta. Me gusta mucho. Pero entiendo la preocupación. No querría que Maisy saliera lastimada si esto no funciona. Mi corazón se aprieta. Maisy no es la única que saldría herida. Maldición. No estoy seguro de que me guste este sentimiento. Es extraño. Diferente, seguro. Confuso. Pero al mismo tiempo... cálido.

Niego con la cabeza y arranco el auto.

El viaje es silencioso, pero nada incómodo. Lo cual también es diferente. Compartimos miradas y sonrisas. Tengo ganas de tomarle la mano, pero supongo que es demasiado pronto. O tal vez tengo miedo de que se aleje. *¿Qué demonios me pasa?* Nunca he estado tan nervioso, cuidadoso y caballeroso con una mujer. *¿Por qué ella?*

En veinticinco minutos estamos en White Plains. No he hecho reserva, así que espero que podamos entrar en el restaurante francés del que mamá siempre habla maravillas.

Cuando salgo del auto y le doy las llaves al aparcacoches, me apresuro a acercarme a Ellie. No le cojo la mano, porque aún no sé qué piensa de todo esto. Sin embargo, le pongo la palma de la mano en la parte baja de la espalda cuando nos acercamos a la entrada. Se pone rígida ante mi contacto y luego se relaja. El alivio que siento es tan inmediato como inesperado.

Dentro, la azafata pregunta:

—¿Nombre en la reserva?



—Ah, maldición. No tengo reserva. Venir aquí fue espontáneo.

—Tenemos dos horas de espera para los que no tienen reserva, señor.

—¿Blake Montana? —grita alguien detrás de mí.

Me giro y veo a una morena alta que me resulta vagamente familiar. Lleva un vestido ajustado y está muy embarazada.

Camina hacia mí luciendo una sonrisa.

—No tienes ni idea de quién soy, ¿verdad? —Pone los ojos en blanco al ver mi cara de pasmarote—. No pasa nada, aquella noche estábamos un poco borrachos. Soy Julie. ¿De la universidad?

Mis ojos se dirigen a su vientre y, de repente, estoy aterrorizado. Miro a Ellie preguntándome si habrá captado algo de esto. Parece más que un poco incómoda.

—Julie. Por supuesto. Lo siento.

Se toca la barriga y se ríe.

—Dios mío. No pensarías... —La risa brota de ella—. Mierda, creo que me he meado un poco. —Un hombre se acerca a ella—. Blake, este es mi marido, Tim Hanson. Tim, este es Blake Montana. Estudiamos Analítica de Negocios juntos.

Respiro aliviado. Tomé esa clase hace dos años. No necesito otra sorpresa después de lo que he pasado.

—Esta es Ellie —digo y hago señas. Me vuelvo hacia Ellie y deletreo con los dedos Julie y Tim.

—Oh —le dice Julie a Ellie—. Eres sorda. Genial. —La saluda exageradamente.

—¿Sr. Montana? —llama la azafata detrás de mí.

No sabía que le había dado mi nombre. Me doy la vuelta y espero a que continúe.

La anfitriona sonríe.

—Su mesa está lista.

—¿Qué pasó con las dos horas de espera?

—Sus padres son algunos de nuestros mejores clientes —dice—. Por aquí.

No estoy dispuesto a rechazar el trato especial —después de todo, esta noche quiero impresionar a mi cita—, me despido de Julie y Tim e indico a Ellie que siga a la anfitriona.

Estamos sentados en un bonito reservado junto a la ventana con vistas a la puesta de sol. Ellie se sienta frente a mí, y me pregunto si, si fuéramos pareja, se sentaría siempre frente a mí. Sería más fácil hablar, pero pensarlo me



entristece momentáneamente. Como si me perdiera el sujetarla de la mano o apretar su muslo.

—Hola. Soy Makenna. Seré su mesera esta noche. —Nos da un menú a cada uno, y yo reprimo una mirada sabiendo que este es el tipo de restaurante masoquista que solo tiene precios en un menú, y suponen que ése va para el hombre—. ¿Les traigo algo de beber?

Miro a Ellie y hago señas y digo:

—¿Quieres tomar algo? ¿Vino?

Por supuesto que aprendí la seña del vino. Tenía que aprenderla. Pero para un observador, podría parecer que me estoy quitando un bicho de la cara o algo así.

—¿Estás bien? —pregunta la mesera, siguiendo el movimiento de mis manos.

—Es sorda —digo y hago señas.

—Oh. —Makenna se vuelve hacia Ellie y le dice muy alto y despacio—: ¿QUIERE UNA COPITA?

Jesucristo.

En las últimas semanas he investigado mucho sobre la sordera y la cultura sorda, queriendo aprender todo lo posible por el bien de Maisy y el mío. Una cosa que he aprendido es que mucha gente oyente no lo entiende.

—Por el amor de Dios —digo—. No es que escuche mal. Y no es estúpida. Es sorda.

Ellie me da un golpecito en la pierna por debajo de la mesa y sacude la cabeza. Luego hace una seña:

—Vino. Tú eliges.

—Lo siento mucho, señor —dice la mesera.

Suspiro.

—Sí. Tomaremos dos copas de Caymus.

—Enseguida.

Ellie: Mucha gente no tiene idea. Está bien, Blake. No necesitas defenderme.

Yo: Bueno, deberían tener algo de idea.

Ellie: ¿Y tú la tenías?

Yo: Sí, supongo. Quiero decir, crecí en una ciudad con un colegio para sordos y ciegos, así que quizá sepa un poquito más que la población general.



Ellie: A veces es molesto, pero aprendes a dejarlo pasar. Tendrás que hacerlo por el bien de Maisy. No querrás que te vea enfadándote con la gente porque es sorda. Eso puede darle la idea de que ser sordo es algo malo. No lo es.

Sorprendido por sus palabras, ladeo la cabeza y la estudio.

—Realmente no crees que lo sea, ¿verdad?

Ellie: Si me preguntas si me molesta ser sorda, la respuesta es no. Y con un poco de suerte, Maisy crecerá sintiendo lo mismo. Como he dicho antes, si la tratas como si tuviera una discapacidad, puede llegar a considerarse discapacitada. La sordera, aunque técnicamente entra dentro del ámbito de la discapacidad, no es vista como tal por la mayoría de nosotros. Solo significa que a menudo necesitamos adaptaciones adicionales para tener acceso a la comunicación. Pero la mayoría estará de acuerdo en que no es una discapacidad.

Una camarera servicial nos pone el vino delante. Mira directamente a Ellie y señala su menú con la cabeza. Luego, en un tono normal, pregunta:

—¿Sabe lo que le gustaría?

Esto está un poco oscuro, así que no estoy seguro de que Ellie pueda leer los labios de una completa desconocida, pero sabe lo que pregunta y señala algo en su menú.

—¿Ensalada con eso? —Makenna pregunta.

Ellie deletrea “ranch” y yo lo transmito.

—¿Y usted señor?

—Sorpréndeme —le digo—. Pediré mismo que ella.

Veo la diversión de Ellie por el rabillo del ojo.

Ellie: Si intentas impresionarme trayéndome a este lugar, no funcionará.

—Maldita sea. Me has pillado. ¿Qué haría falta para impresionarte, Dra. Stone?

Sonríe y me estudia un momento.

Ellie: No tienes ni idea de lo mucho que ya tienes. Las cosas que has hecho por Maisy. La forma en que la has aceptado en tu vida. El esfuerzo que estás poniendo en todo.

Yo: Ahora soy yo el que se sonroja.



Levanta la vista del teléfono y se ríe en silencio.

Agito una mano. —Dime por qué esto no te impresiona.

Ellie: Crecí viniendo a sitios como este. No siempre, pero a veces. Mis padres son ricos.

Arqueo una ceja ante esta nueva información.

—¿Qué hacen?

Mi padre es doctor. Doctor médico. Pero no es de ahí de donde viene el dinero. De hecho, dirige una clínica gratuita en la ciudad. Él y sus hermanos heredaron mucho de mis bisabuelos.

—Pero vives en un apartamento tan modesto.

—Tu casa es pequeña —hace señas.

—No lo es.

Ellie: Comparada con el tamaño de tu cuenta bancaria, o la de tus padres en todo caso, yo diría que sí.

Yo: Okey, bien. Así que ninguno de los dos va por ahí alardeando de ello. Una cosa más que tenemos en común.

—¿Una más? —dice.

Me encanta cómo se mueve su boca. Me recuerda a nuestro beso. Rara vez pronuncia palabras, pero a veces la sorprende haciendo señas con una o dos palabras sencillas.

—Bueno, veamos. Los dos vivimos en Calloway Creek. Tenemos familias adineradas, pero no lo anunciamos. Y ambos queremos a Maisy.

Ellie: Quería preguntarte algo. Sé que la quieres, incluso en el poco tiempo que hace que la conoces. Pero veo cómo miras cuando Maisy me abraza a mí o a tu madre. ¿No la abrazas?

Yo: Quiero hacerlo. No sabes cuánto lo deseo. Tengo miedo de asustarla. No estoy seguro de que quiera abrazarme. Es más distante conmigo que contigo, mi madre y Allie. ¿Quizás es porque nunca tuvo una figura paterna? Supongo que estaba esperando a que ella quisiera un abrazo, o iniciara uno, o lo que sea. ¿Crees que me equivoco?

Ellie: En realidad, creo que casi todo lo que has hecho está bien. ¿Te importa si te pregunto por su pasado? ¿Qué le pasó? ¿Su madre está viva? ¿Qué la trajo hasta ti? Quiero decir, si te sientes cómoda hablando de ello.



Paso la mayor parte de la comida explicando lo sucedido. Tardo mucho porque lo escribo entre bocado y bocado. Y cuando termino, me doy cuenta de que, aparte de mi familia, puede que Ellie nos conozca a Maisy y a mí mejor que nadie.

Ellie: Tengo una pregunta más. Vi la expresión de tu cara cuando hablabas con esa mujer de ahí delante. ¿Pensaste que el bebé que llevaba era tuyo?

Frunzo el ceño. Es hora de ser realista. Después de todo, acabo de decirle que Maisy era fruto de una aventura.

Yo: No voy a mentir. Yo era una especie jugador en la universidad. Incluso en el posgrado. Estoy seguro de que con el tiempo oirás cosas sobre mí. Es un pueblo pequeño. Se corre la voz.

Ellie: Ya lo he hecho.

Mis cejas suben hasta la mitad de mi frente.

—¿Y aun así aceptaste cenar?

Se encoge de hombros, moja la langosta en mantequilla y se la mete en la boca. Le queda un poco de mantequilla en la barbilla, me inclino y se la limpio con el pulgar. Nuestras miradas se cruzan y recuerdo la primera vez que la vi en el supermercado. La electricidad chisporrotea entre nosotros. No hace falta decir ni signar nada. Ambos lo sentimos. Cada vez que la toco es como si todas mis terminaciones nerviosas cobraran vida al instante.

He estado con innumerables mujeres. Incluso algunas me gustaron mucho. Pero nunca, ni una sola vez, me he sentido como Ellie me hace sentir. Estoy tentado de decírselo, pero no lo hago. La asustaré. Pero seguramente ella lo sabe. Mis ojos cuentan la historia, ¿verdad? Igual que los suyos. Me desea tanto como yo a ella. Está pensando en la forma en que le limpié la barbilla. El suave contacto de mi pulgar contra su cara y la intimidad que sugería. Piensa en cómo nuestros labios encajaron perfectamente la única vez que nos besamos. Y en que no necesitamos palabras para expresar nuestros sentimientos.

Sin embargo, hay algo que me ronda la cabeza. Quizá todos los sordos sean así y yo esté interpretando demasiado. Tal vez sus ojos expresivos, su silencio cómodo, su comportamiento fácil, son simplemente rasgos que las personas sordas adquieren durante su vida y lo estoy malinterpretando por qué... ¿lujuria?

Definitivamente no puedo decir nada ahora. Huiría a las colinas y tal vez incluso asignaría a otro mentor para trabajar con Maisy. No, tendré que guardar mi secreto por ahora. El secreto de que creo que me he enamorado de ella.



Jesús, Blake, ¿qué eres, un adolescente cachondo en su primera cita? Encuentra tus putos pantalones y deja de actuar como un cachorro enfermo de amor.

Busco en los rincones más recónditos de mi mente algo de lo que pueda hablar que la haga menos atractiva.

Es difícil. Realmente difícil. Por suerte, al final no tengo que pensar en nada mientras ella envía otro mensaje.

Ellie: Maisy y yo nos parecemos más de lo que crees. A las dos nos han hecho daño de alguna manera nuestros padres. Aunque nunca he conocido el abandono que ella tuvo que soportar, yo fui abandonada por mi padre biológico.

Me siento y la insto a continuar.

Ellie: Quiero decir, resultó ser algo bueno porque era abusivo con mi madre. Ella huyó cuando descubrió que estaba embarazada de mí. Fue entonces cuando conoció a mi padre, el hombre que me adoptó. Era su médico. Después de nacer, mi madre y mi padre biológico tuvieron un encontronazo y él me descubrió. No es que quisiera que fuera mi padre ni nada parecido, pero sé que en el fondo nunca entenderé cómo alguien puede rechazar a un hijo por no ser perfecto.

—¿No te quería porque eres sorda?

Ella asiente.

—Es un maldito estúpido.

Entorna los ojos y me hace una seña:

—Repite.

Yo delecto con los dedos:

—Maldito estúpido.

Me enseña cómo signarlo.

La camarera viene a recoger nuestros platos y a ofrecernos el postre. Ellie hace una seña:

—Es tarde. Deberíamos irnos. —Así que pido la cuenta.

El teléfono de alguien suena en la cabina de detrás de mí, con una melodía popular que me recuerda a nuestro viaje en auto a la bodega.

Yo: ¿Puedes hablarme de la música en el auto? ¿Creías que Maisy podría oírlo? Porque me dijeron que era poco probable que pudiera oír casi nada.

Ellie: No, no creí que pudiera oírlo. Pero podía sentirlo.



—¿Como las vibraciones?

Ellie: Es más que eso. Las diferentes frecuencias y vibraciones se sienten a través de las cavidades del cuerpo. Las vibraciones táctiles se sienten especialmente a través de las plantas de los pies y las palmas de las manos. La música no solo llega al oído, sino que fluye por todo el cuerpo. Puede afectar a tu estado de ánimo, incluso a los latidos de tu corazón, dependiendo del ritmo, la armonía y el tempo de la música.

Se ríe y se muerde el labio mientras envía otro mensaje.

Ellie: Lo siento. Temo haber creado un monstruo. Puede que ahora quiera escuchar música todo el tiempo. Tus pobres vecinos.

—¿Pobres vecinos? —Me burlo con un bufido divertido—. ¿Qué hay de pobre de *mí*?

Ellie: Te compraré unos tapones para los oídos. Intenta ser complaciente. Igual que la música puede ser inspiradora para los oyentes, puede tener el mismo efecto en los sordos. No te sorprendas si acabas comprando un sistema de sonido caro en el que Maisy pueda sentarse y “escuchar”.

—Se siente a través de las plantas de los pies, ¿eh?

Ella asiente.

—Entonces, ¿podríamos ir a bailar alguna vez?

Se encoge de hombros:

—Quizá.

La decepción me invade ante la falta de compromiso.

Ellie mira su teléfono, con las cejas fruncidas.

Golpeo su pie con el mío y, cuando levanta la vista, le pregunto:

—¿Qué?

Ellie: Desde hace una semana, recibo una llamada del mismo número desconocido.

Sacudo la cabeza.

—Spam.

Ellie: Supongo. Pero milagrosamente, he conseguido mantener mi número fuera de las listas de spam. Y esta llamada en concreto parece producirse todos los días a la



misma hora. Pero es extraño, porque todo el mundo que me conoce sabe que no puedo responder a una llamada a menos que sea de vídeo.

Yo: Seguro que es una estafa. Es imposible mantenerse fuera de las listas de spam para siempre.

Me entregan la cuenta y, después de que Makenna recoja mi pago en la mesa, me levanto y le ofrezco el codo a Ellie.

—¿Vamos?

Lo piensa durante más tiempo del que esperaba, pero luego se levanta y entrelaza su brazo alrededor del mío. Esas mismas terminaciones nerviosas vuelven a cobrar vida, como si estuvieran dormidas a menos que ella me toque.

En cuanto arranco el auto, enciendo la radio. A todo volumen. Y encuentro una canción con muchos graves. Ella esboza una sonrisa y pone la palma de la mano en el altavoz.

Treinta minutos después, con los oídos zumbándome, entro en su estacionamiento y apago la música.

—Gracias por la cena —señala, y se dirige a la puerta.

Le pongo una mano en el brazo, instándola a esperar, y luego saco mi teléfono.

Yo: Antes dijiste que tenías miedo. ¿Tienes miedo de que seamos bien juntos?

Menea la cabeza. Luego se encoge de hombros.

Estoy confundido. Entonces me doy cuenta de que tal vez tiene miedo de enamorarse de mí.

Enciendo la luz del techo.

—Ellie, ¿has sido lastimada por un hombre antes? ¿Aparte de tu padre biológico?

Vuelve a sacudir la cabeza.

—¿Has tenido relaciones duraderas?

Ellie: He tenido chicos. Nunca relaciones realmente.

¿Qué significa eso? No soy de los que hablan. Nunca he tenido una tampoco. ¿Se acostó con muchos en la universidad como yo? ¿O es otra cosa? Usó la palabra abandonada cuando mencionó a su padre. ¿Tiene problemas de abandono?

Ellie: No le des demasiada importancia, Blake. Mi educación fue mi único objetivo durante mucho tiempo.



—Sal conmigo otra vez —le digo, poniendo mi mano sobre la suya.

Se aparta para signar:

—¿Buena idea?

—Claro que sí, es una buena idea. ¿No te divertiste esta noche?

Ellie: Sí. Lo que quiero decir es si crees que es una buena idea por Maisy.

Yo: Vamos, El. No llegaste a donde estás hoy sin arriesgarte. Ve a bailar conmigo. No será gran cosa. Volveremos a White Plains. Te prometo que será divertido. Iremos a un lugar ruidoso.

Dejo el teléfono, me tapo los oídos con los dedos, abro mucho la boca y parpadeo.

Resopla aire por la nariz entre carcajadas.

—De acuerdo —señala.

—¡Sí! —grito, dándome la vuelta, avergonzada por mi excitación infantil.

Ellie: Con una condición. Llama a Dallas y cuéntale lo de Maisy.

Es algo que he temido hacer durante dos semanas. No quería que se enterara por nadie más que por mí, pero sé que le dolerá. Aun así, sé que tengo que hacerlo. Y Ellie tiene razón. Ya es hora.

—De acuerdo —concedo.

Ella sonríe y asiente.

—¿Puedo acompañarte?

Sacude la cabeza, se despide con la mano y sale del auto. Mira hacia atrás antes de entrar en el edificio, vacila, como si quisiera decir algo. Podría, está completamente bajo las luces. Podría hacerme señas si quisiera. Pero no lo hace. Se queda mirando. Estoy seguro de que no puede ver mis ojos a través del parabrisas en la oscuridad, pero juro que conectan con los suyos de todos modos. Y esa sensación, esa calidez, me inunda como una ola rebelde.

Esta mujer no tiene ni idea de lo que me está haciendo.

Y yo tampoco.



Capítulo Quince

BLAKE



En casa, después de que Allie me interrogara y yo la mandara a pasear, me paro en la puerta de Maisy y la veo dormir. Como siempre, su gato de peluche está apretado contra su pecho como si de algún modo fuera a protegerla.

Pienso en llamar a Dallas y trago saliva. Maisy solo lleva unas pocas semanas en mi vida y ya sé que me sentiría desolado si muriera. Antes de que ella entrara en mi vida, yo solo era Blake, el hijo de Chris Montana y heredero de la bodega. Ahora... ahora soy el padre de Maisy, un título mucho mejor si me preguntas.

Soy un puto padre. Se me empañan los ojos solo de pensar en intentar volver a cómo era la vida antes de que llegara mi hija. Sí, era más sencilla. Pero mucho menos gratificante. Ella es mi razón para... *todo* ahora.

De vuelta a la cocina, destapo una botella de cerveza y me siento en la barra. Reviso las fotos de mi teléfono y me detengo cuando encuentro una de Dallas, Phoebe y DJ. DJ tendría ahora dos años y medio. Caminaría y hablaría. Vendría a jugar con Maisy. Y sé que Phoebe y Ellie habrían sido amigas enseguida.

Han pasado dos años desde que murieron, pero sinceramente, ¿cuánto tiempo es suficiente para superar la pérdida de un ser querido? Perder a *dos* personas. No puedo ni imaginarlo. Y ahora voy a romper su maldito corazón diciéndole que tengo una hija. ¿Cómo podría alegrarse por mí? ¿Será capaz de ser un tío para ella? ¿Querrá siquiera conocerla?

Me bebo la cerveza, abro otra y me doy cuenta de que ya lo he pospuesto bastante. Abro mis contactos y pulso su nombre.

Responde inmediatamente.

—Así que *no* has desaparecido de la faz de la tierra.

Lo entiendo. Él es el director financiero y yo el director de operaciones. Aunque él trabaja a distancia desde su cabaña en el norte del estado, solemos hablar por teléfono varias veces a la semana. Pero no le he enviado ninguna estadística semanal recientemente. No he devuelto sus mensajes. Por supuesto que se pregunta qué está pasando.

—Lo siento. Es que estoy muy ocupado con la vida, hermano.

—¿Has decidido que el trabajo no es para ti? ¿Cómo es que los informes vienen de papá otra vez?

—Así que, sobre eso. Quiero el trabajo. Pero he tenido que reducir mis horas durante un tiempo porque... bueno, porque ha pasado algo, y bueno... no estoy seguro, eh...

—Escúpelo de una puta vez, Blake. ¿Qué es lo que pasa? Nunca te has quedado sin palabras.

—De acuerdo. Aquí vamos. —Exhalo un suspiro, esperando no clavarle una estaca en el corazón—. Hace unas semanas descubrí que tengo una hija.

Silencio. Y respiración. No digo nada más. Dejo que asimile la noticia.

—¿No me jodas? —dice finalmente—. ¿Tienes una bebé? —No me extraña cómo se le quiebra la voz al pronunciar la última palabra.

—No. Tengo una hija de cuatro años y medio. Se llama Maisy.

—¿Qué demonios? ¿Y dices que no sabías nada de ella hasta hace unas semanas? —Se burla—. Espera, ¿por qué demonios has esperado tanto para decírmelo? Es una noticia enorme. —No contesto—. Claro, pensaste que perdería la cabeza.

—¿Y harás?

—Yo... quiero decir que es un shock, y sí, puede que me mantenga despierto esta noche, pero qué hay de nuevo. Apenas duermo de todos modos. Entonces, ¿cómo sucedió esto exactamente?

Odio oír que sigue sin dormir. Una vez me dijo que cuando duerme, sueña con ellos. Así que odia dormir. No tengo ni idea de lo que hace toda la noche. Ya nunca me habla de otra cosa que no sean negocios. De hecho, no hemos tenido una conversación tan personal en mucho tiempo.

Le cuento lo de la investigadora privada, la prueba de paternidad, la trabajadora social y el abandono de Lucinda.

—Dallas, Maisy tiene una sordera profunda. Lucinda no le enseñó ningún lenguaje de señas. Básicamente no ha tenido ninguna forma de comunicarse.

—Jesús, ¿en serio? ¿Cómo lo llevas?

—Por suerte, la escuela de sordos está aquí y nos han asignado una mentora para que trabaje con nosotros. Maisy ya ha hecho muchos progresos. Los dos estamos aprendiendo LSA, y al menos ella puede comunicar sus necesidades básicas. Pero es todo un reto. Dallas, ni siquiera estoy seguro de que sepa que soy su padre.

—Vaya. Eso es... un desastre.

—Y lo peor es que después de que Lucinda haga su temporada en rehabilitación, podría pedir la custodia.



—La peor parte. ¿Así que quieres la custodia completa?

—Claro que sí. No la quiero cerca de esa mujer. ¿Quién no se molesta en enseñarle a su hijo a comunicarse? Aún no lo sabemos, podría haber inhibido permanentemente la capacidad de Maisy para aprender.

—Mmm.

—¿Qué significa eso?

—Supongo que me sorprende que seas tan responsable. Nunca te imaginé por el tipo de padre.

Me río.

—Yo tampoco. ¿Quieres... conocerla?

Suspira.

—Claro. Algún día.

—¿Tal vez cuando vengas a la boda de Lucas?

—No pensarás en serio que esta vez lo hará, ¿verdad?

—Diablos si lo sé, pero él va un día a la vez. Vas a venir, ¿verdad? Sabes que te culparás si realmente lo hace y te lo perdiste.

—Supongo que lo haría. Pero ¿Blake?

—¿Sí?

—No estoy seguro de ser un buen tío. Pero me alegro por ti si es lo que quieres. Y estoy feliz de ir contigo a la boda.

—Puede ser. Pero... espero tener una cita.

—¿Una cita? ¿A la boda de Lucas? Eso es bastante significativo. Ni siquiera sabía que estabas viendo a alguien.

—Probablemente porque nunca preguntas. Y en realidad no. Pero quiero. Es la mentora de Maisy. Dal, es jodidamente increíble. La forma en que es con ella. Y es hermosa, y nueva en Cal Creek, y cuando estoy con ella, no sé, algo simplemente se siente...

Dejo de hablar. Porque, mierda. Su esposa está muerta. No debería hablarle de esto.

—¿Se siente qué?

—Olvidalo.

Se burla.

—Blake, no tienes que usar guantes de seda conmigo.

—Lo dice el tipo que no ha vuelto a casa en dos años.



—Escucha, si tienes una mujer y una hija, me alegro por ti. Pero, debes tener cuidado. Honestamente, probablemente estabas mejor antes. Amar a la gente solo puede llevar al desamor.

¿Cómo puedo responder a eso?

—¿Pero vendrás a la boda?

—Sí. Claro. Lo que sea.

—¿Y conocerás a Maisy?

—No esperes mucho, Blake. Haré lo que pueda.

—No espero nada. Solo quiero que conozca a su familia porque estoy seguro de que antes de esto no tenía a nadie.

—Bueno, si no tienes nada, no tienes nada que perder.

—¿Es así como piensas vivir el resto de tu vida? ¿Sin nada?

—Déjame en paz, hermanito. Ya tengo suficiente con mamá.

Empieza a hablar de negocios. Así es como sé que ha terminado con esta conversación. Negocios es todo lo que ha hecho desde que murieron. Eso y lo que sea que haga en su cabaña para mantenerse ocupado.

Pasamos la siguiente media hora hablando de las cuentas de resultados que papá envió la semana pasada.

Después de colgar, me quedo mirando la foto de Dallas y su familia y pienso en sus palabras. *Si no tienes nada, no tienes nada que perder.*

Y me golpean directamente en las tripas. Porque en tan poco tiempo he adquirido tantas cosas que puedo perder.



Capítulo Dieciséis

ELLIE



—Maisy está progresando de verdad —señala Patricia Kasey—. Nunca he visto nada igual.

—Es una niña especial —digo mirando a Maisy por encima del hombro de Patricia mientras juega al béisbol en el patio con otros niños.

Da una patada al balón, salta, me ve y corre hacia mí con los brazos abiertos. Acepto su abrazo, pero al mismo tiempo no puedo dejar de pensar en lo que dijo Blake la otra noche sobre esperar a que ella quiera abrazarlo.

Me dirijo a Patty.

—¿Te importa si me la llevo los últimos treinta minutos? Hay algo en lo que quería trabajar con ella.

—Adelante.

—Ven conmigo —le hago señas a Maisy, encantada de que ahora entienda instrucciones sencillas.

Me tiran de la camiseta por detrás, me doy la vuelta y miro hacia abajo para ver al pequeño Bobby Miller.

—Es el turno de Maisy —me dice por señas. Pero en vez de deletrear Maisy con los dedos o señalarla, hace una seña con el nombre.

Se me atasca el corazón en la garganta. Que los compañeros te den un nombre por señas es una especie de rito de iniciación para los sordos. Y aunque Maisy no entienda el gran hito que supone, yo sí. Ahora forma parte de algo mucho más grande que su pequeño mundo. Se me hace un nudo en la garganta mientras disfruto del momento triunfal.

—Necesito a Maisy ahora —señalo, usando su recién estrenado nombre—. Volverá a jugar mañana.

Él asiente y la mira, despidiéndose con la mano.

Sujeto a Maisy de la mano, la guío hasta mi despacho y le pido que se siente mientras recojo lo que necesito. Tengo una gran carpeta llena de dibujos que Maisy y yo hemos hecho y que nos ayudan a comunicarnos. Rápidamente hago también algunos otros, dándome cuenta de cuál pudo haber sido mi error antes cuando intenté enseñarle a Maisy lo que es “padre”.

Sentada a su lado, extendiendo los dibujos y las fichas. Como antes, la mayoría de los dibujos son de hombres con niños o bebés, y pongo especial cuidado en que todos los niños sean niñas. No hay que confundirla más. Luego están los dibujos de ella con Blake. Pero lo que añadido esta vez son dibujos de hombres solos. Para simplificar las cosas y ceñirme a lo que ya sabe, utilizo el signo de “chico” en lugar de “hombre”.

Señalo a cada hombre de cada foto y hago la seña:

—Chico.

Luego señalo la flashcard de un hombre con un bebé en brazos. Extiendo los dedos, me los llevo a la frente y doy dos golpecitos con el pulgar. Es el signo de papá, papi o padre.

Señalo el dibujo de Blake y Maisy y le explico:

—Papá. —Señalo los otros dibujos de hombres con niños y hago lo mismo. Luego le pido que lo intente.

Señala una de las fotos de un hombre con un niño y hace el signo de papá. Pero vuelve a hacerlo cuando señala la foto del hombre soltero. Sacudo la cabeza y repito el ejercicio con la esperanza de que acabe entendiendo que todos los hombres son chicos, pero que solo los hombres con hijos son papás.

Da un pisotón, algo que hace cuando se siente frustrada.

Vuelvo a etiquetar a todos los hombres de las fotos como “chico”. Luego, de nuevo, solo señalo a los padres y hago el signo de papá. Saco el móvil y le enseño la foto que les hice a Blake y a ella en la bodega el otro día. Intento no pensar en que he mirado esa foto mucho más de lo que me gustaría admitir.

—Chico —afirmo señalando a Blake—. Chica —le comento, señalándola a ella en la foto—. Papá. —Señalo de nuevo a Blake.

Señalo a uno de los hombres solteros.

—Chico —le digo por señas. Luego niego con la cabeza—. Papá, no.

Le enseño de nuevo la ficha del hombre y el bebé y le hago los signos de chico, bebé y papá. Luego vuelvo al hombre solo, haciendo únicamente el signo del chico.

Le pido que lo haga. Estudia todas las fotos. Me fascina cómo arruga la nariz cuando piensa. Es lo mismo que hace Blake. Cada día noto más similitudes entre ellos. La inclinación de sus narices. La forma de sus dedos.

Es difícil no pensar en Blake. Pensé en él todo el fin de semana. Tal vez incluso lo extrañé. Me sorprendió que no me besara el viernes por la noche. Sé que le dije que no me acompañara a la puerta, pero una parte de mí quería que lo hiciera. Pero si esto es solo una aventura, no lo haría. Pero si es una aventura, ¿no habría intentado acostarse conmigo?



Tuve una videollamada con Beth más tarde esa noche. Ella sabía lo de la cita. También conoce su reputación. Me dijo que lo hiciera de todos modos. Después de todo, no me gustan las relaciones y ella lo sabe. Me preguntó qué tan malo podía ser: tener unos cuantos revolcones con el sexy padre soltero.

Tal vez todo lo que quiere es una especie de amigos con beneficios, aunque todavía tenemos que “beneficiarnos”. Quiero decir, este es Blake Montana. Todo el mundo sabe que su reputación le precede. Curiosamente, estoy empezando a estar bien con eso. Estoy empezando mi carrera. Ya tengo bastante en lo que centrarme sin tener que mimar una relación, nada menos que con un oyente. Sí, estoy perfectamente bien con Blake y yo siendo una distracción agradable de otras cosas en la vida.

Me sacudo los pensamientos que se agolpan en mi cabeza cuando Maisy empieza a hacer señas. Señala a todos los hombres y hace el signo de “chico”. Estudia los dibujos y las fichas. Mira la foto en mi teléfono. Señala al hombre que sostiene al bebé.

—Papá —hace el signo.

Asiento.

Señala el dibujo de ella y Blake.

—Papá.

—Sí —afirmo, con la esperanza creciendo en mi pecho.

Señala el dibujo de un hombre con un niño.

—Papá.

—Bien. —Señalo al hombre soltero.

Mira entre todos y luego hace una seña:

—Chico.

Hago manos de jazz.

Sonríe.

¿Lo entiende? Todavía no lo sé. Puede que no tenga ni idea de lo que significa todo esto, solo que esos son los signos que yo quería que repitiera para cada dibujo. Pero son estos pequeños pasos los que nos llevarán a dar grandes pasos.

La luz de salida de Pre-K parpadea en la esquina de mi despacho y hago un gesto hacia ella. Ella entiende que es hora de irse a casa.

Saco a pasear a Maisy en busca de Blake. Sigue aparcando y entra a recogerla todos los días. Me encanta lo protector que es con ella.

Maisy lo ve y se detiene. Le señala y le hace señas:

—Papá.



Las emociones fluyen a través de mí cuando miro fijamente a Blake, su expresión sorprendida y apasionada me confirma que ha visto su señal. Se acerca corriendo y, por un momento, abre los brazos. Pero luego caen a los lados y se arrodilla frente a ella.

Abrázalo, imploro en mis pensamientos.

Pero no lo hace. Sin embargo, ve nuestra emocionada reacción y vuelve a hacer la señal.

Blake me mira.

—¿Acaba de llamarme... papá?

Asiento y sonrío, mi corazón se agranda en el acto.

Maisy se vuelve y señala a otro hombre que recoge a su hijo.

—Papá —hace señas.

Mientras la expresión de Blake se desinfla, recupero rápidamente mi teléfono.

Yo: No pasa nada. Hoy ha aprendido que todos los hombres son niños pero que solo los hombres con hijos son padres.

—Ellie. —Duda—. ¿Sabe ella que soy su padre?

Me encojo de hombros. Porque no lo sé. Todo lo que puedo hacer es esperar.

—Pasitos de bebé —señalo.

Asiente con tristeza, se levanta y le toma la mano.

—Nos vemos a las cuatro.

Los miro marcharse, triste por el hombre que quiere desesperadamente que su hija sepa quién es. Me decepciona que no se gire y me mire por última vez, como suele hacer.

Cuando ambos se pierden de vista, vuelvo a mi despacho, regañándome por ser tan egoísta.



Capítulo Diecisiete

BLAKE



Ellie llega a las seis. Se puso en contacto con nosotros antes para pedirnos que retrasáramos la cita porque otro cliente necesitaba atención inmediata.

—¿Todo bien? —digo y hago señas.

—Sí. Gracias por cambiar la hora.

Al menos creo que eso es lo que signó. No conozco la seña de cambio. Le devuelvo el signo y frunzo el ceño. Ella deletrea “cambio”.

Empiezo a captar cada vez más signos. Gran parte es simplemente rellenar los espacios en blanco cuando no lo entiendo. Creo que a Ellie le pasa lo mismo cuando lee los labios. El contexto es muy importante.

Maisy se estaba portando mal antes. Se ha acostumbrado a que Ellie venga todos los lunes, miércoles y viernes a las cuatro. Aunque dudo que sepa distinguir la hora, se ha acostumbrado a la rutina. Y cuando le di de cenar *antes de que viniera Ellie*, se dio cuenta y se enfadó visiblemente. Incluso se escondió un rato en el armario hasta que olió su plato favorito: sándwich de queso a la parrilla. Hizo pucheros mientras comía, señalando el dibujo de Ellie. Yo le hacía señas de “pronto” pero o no entendía el concepto o estaba muy impaciente, como cualquier otra niña de cuatro años.

No le cuento a Ellie el arrebato de Maisy. Lo último que quiero es que Ellie se sienta culpable.

Ellie pasa una hora enseñándonos la lección de hoy. Maisy y yo aprendemos los signos de muchas cosas que encontraríamos al aire libre: lago, árbol, nubes, sol, lluvia, parque, banco, acera.

Maisy se vuelve desinteresada y quisquillosa más rápidamente de lo habitual.

—Está cansada —hace señas Ellie—. Deberíamos tomarnos un descanso. Saca su teléfono.

Ellie: Hablando de exteriores y aceras, ¿te has fijado en la nueva señal de tráfico de la entrada?

—¿Está aquí? —pregunto, sorprendido.

Ella asiente.

Deslizo el iPad de Maisy y abro un juego. Luego Ellie y yo salimos al jardín. Delante de mi casa hay una gran señal amarilla que dice ZONA PARA NIÑOS SORDOS. Mi mente se remonta a la noche en que Maisy estuvo a punto de ser atropellada, y me siento aliviada de que ahora los conductores sepan que deben tener cuidado en la zona.

De vuelta a casa, oigo voces en la acera. Me giro y veo a tres adolescentes que pasan junto a la señal y se comportan como imbéciles. Uno arrastra un pie detrás de sí como un zombi. Otro lleva las manos torcidas delante del pecho como si tuviera el cerebro dañado. El tercero pone los ojos en blanco y saca la lengua por un lado de la boca.

Lleno de ira, doy unos pasos hacia ellos.

—¡Pequeños cabrones! —Cuando me acerco, se ríen y salen corriendo.

—¿Qué? —Ellie hace señas.

Saco mi teléfono, con la sien palpitante.

Yo: Esos chicos. Vieron la señal y se comportaron como estúpidos. Debería ir por ellos y echarles la bronca. ¿Quién demonios se creen que son?

Me pone una mano en el brazo y sacude la cabeza.

Ellie: Sé que eso te molesta, pero no pelees sus batallas. Especialmente cuando ella ni siquiera vio lo que pasó. La gente es cruel. Piensan que la sordera está de alguna manera asociada con una menor inteligencia. Pero déjame decirte, Maisy es brillante. Y testaruda. Pronto será capaz de luchar sus propias batallas.

Levanto la vista.

—¿Tuviste que hacerlo? ¿Tener que luchar tus propias batallas?

Ellie: Lo hice y lo hago. Hay estereotipos y desinformación sobre los sordos. Todos los días me miran como si fuera diferente. A ella también. Intenta aceptarlo ahora, Blake. No puedes cambiar el mundo. Lo mejor que puedes hacer es educar a la gente siempre que puedas.

—Me gustaría educar a esos cabrones —murmuro.

—¿Otra vez? —hace señas.

—Nada. Volvamos adentro.

En casa, Maisy se ha quedado dormida en el sofá, con el iPad a su lado. Estoy tan jodidamente cabreado por esos chicos. ¿Es esto lo que le espera? ¿Está



destinada a una vida de burlas de gente ignorante? Haré lo que sea para hacérselo más fácil. Pero no tengo ni idea de cómo.

Ellie me da una palmada en el hombro. Se da cuenta de lo enfadado que estoy, pero sonríe de todos modos.

—¿Adivina qué? —me dice por señas.

—¿Qué?

Ellie: Olvidé decírtelo antes. Hoy ha pasado algo genial.

Maisy consiguió que hicieran señas con su nombre.

He leído sobre los signos del nombre y cómo son una versión abreviada del nombre de una persona, que suele representar una característica física, un rasgo de la personalidad o una afición.

—¿Señas con su nombre? —pregunto con ganas de saber más.

La mano derecha de Ellie se acerca a su cabello y, con el dedo índice hacia arriba, lo pasa en espiral por un lado de la cabeza.

Ellie: Es por sus rizos en espiral.

—¿Se te ocurrió a ti? —pregunto.

—No. A los niños en la escuela.

La miro de reojo, intentando comprender mejor el concepto.

—Tienes un signo con tu nombre, ¿verdad? Recuerdo vagamente que me lo dijiste la primera vez que nos vimos.

Con la palma de la mano abierta hacia la cara, se da dos golpecitos con el dedo corazón en la mejilla.

—¿Qué significa eso?

Deletrea «pecas» con los dedos y hace el signo LSA.

—Tiene sentido —digo—. Tus pecas definitivamente salen cuando te sonrojas. Tus padres debieron notarlo desde el principio.

Ellie: Mis padres no me dieron el signo del nombre. Los signos del nombre solo las pueden hacer los sordos, no los oyentes. Es un rito de iniciación. Fui a un colegio público donde era la única estudiante sorda, así que no me dieron el signo de nombre hasta la universidad.

—Dime cómo.

Pone los ojos en blanco. Luego se sonroja, sus pecas aparecen como para validar el significado del signo de su nombre. Oh, esto va a ser bueno.

Levanto las cejas, esperando.



Se burla y empieza a mandar mensajes.

Ellie: Me lo dieron en mi primer año en Gallaudet. Tenía un profesor que era muy guapo. Más joven que la mayoría. Y cada vez que me llamaba, me sonrojaba. No pasó mucho tiempo para que me diera el signo del nombre. El de Maisy, sin embargo, es algo importante. Significa que forma parte de la comunidad sorda. Deberías alegrarte de que sus compañeros la hayan acogido tan bien. Lo está haciendo mejor de lo que ninguno de nosotros esperaba.

Miro a mi hija dormida, deseando que entienda lo orgulloso que estoy de ella.

Me vuelvo hacia Ellie.

—¿Te enamoraste de tu profesor?

Se encoge de hombros.

Me río.

—Te entiendo perfectamente. Parece que tengo el mismo problema.

Se sonroja.

Me vuelvo a reír y le hago la seña del nombre.

Señalo a Maisy con la cabeza.

—Ha tenido un día muy largo. Voy a acostarla. ¿Esperas aquí?

Hace una seña:

—Esperaré aquí. —Y levanta una ceja desafiante.

Conozco esta mirada. Significa que quiere que haga la seña. Así que lo hago.

—Espera aquí.

Su sonrisa de satisfacción me dice que está contenta con eso.

Despierto a Maisy lo suficiente para que vaya al baño, se lave los dientes y se ponga el pijama. Una vez en la cama, se duerme antes de que llegue a la página cinco de su libro ilustrado favorito.

Cuando vuelvo a salir, encuentro a Ellie mirando todos los dibujos nuevos en la mesa del comedor. A Maisy le encanta dibujar gatos. Le encanta ver vídeos sobre gatos. Le encanta jugar con su gato de peluche.

—Le encantan los gatos —le digo—. Estaba pensando en conseguirle uno. ¿Qué te parece?

—Buena idea —firma—. Enseña responsabilidad.



—Me alegro de que te guste la idea. ¿Nos acompañas a la tienda de animales? Podría ser una salida divertida.

Ella sacude la cabeza.

Ellie: No. Pero iré contigo a un refugio de animales. Deberías adoptar, no comprar. Ella es demasiado joven para entender, pero algún día lo hará. La mascota no deseada de alguien es el mejor amigo de otra persona.

He leído su texto varias veces preguntándome si el significado es mucho más profundo. Ella misma fue indeseada por alguien. No es la primera vez que me pregunto hasta qué punto esto afecta a todo lo que hace. Una conversación demasiado profunda para entrar ahora.

—Debería irme —hace señas.

—No tienes por qué. Podrías... —empiezo a signar—, quedarte a tomar algo.

Su mirada se dirige a la puerta y luego vuelve a mí mientras contempla mi oferta. Levanta un dedo.

Sin perder tiempo, sonrío y voy a la cocina por dos copas de vino. Luego hago un gesto hacia el pasillo y señalo:

—Tú eliges el vino.

Parece divertida y se va por el pasillo. En la habitación de Maisy solía guardar todo mi vino. Pero ahora los botelleros están en mi despacho. Ellie enciende la luz y examina las botellas. Saca y estudia tres o cuatro antes de hacer su selección y entregármela.

—Tienes muy buen gusto —le digo, sin decirle que ha elegido la botella más cara del lote. No es que me importe.

Es interesante que tanto Ellie como yo hayamos tenido el mismo tipo de educación. Nos criaron familias muy acomodadas, fuimos a colegios públicos y no privados, nos enseñaron a apreciar nuestra posición y nos educaron para respetar el dinero, no para codiciarlo. Sin embargo, a veces siento que somos mundos aparte. En un instante, se convierte en mi misión cerrar esa brecha.

De vuelta a la cocina, abro la botella y le sirvo una copa. Bebe un sorbo y gime audiblemente, como si supiera al instante que es de la mejor calidad. Se lame los labios. Se acabó. No aguanto más. Le quito su copa, la pongo sobre la encimera y la aprisiono contra la nevera con mis brazos.

—Debería haber hecho esto la otra noche —le digo, justo antes de inclinarme y besarla.



Sus labios se separan de los míos al instante. Mi lengua se introduce en su boca, sabiendo que este beso será aún mejor que el anterior. Porque hoy sabe a mi vino.

Gimo en su boca. Ella debe de sentir las vibraciones y sube las manos para agarrarme el cuello. Enrosco las mías en su espalda y la estrecho contra mí mientras nuestras lenguas exploran la boca del otro. Nos besamos hasta quedarnos sin aliento y luego mis labios recorren su mandíbula y las cuerdas de su cuello. Sabe divina.

Me agarra con más fuerza y me tira del cabello. Aprovecho para pasarle la mano por delante, por el lateral de la caja torácica y por encima del pecho derecho. Jadea pero no se aparta, respira con dificultad cuando mis labios vuelven a capturar los suyos. Con una mano de nuevo en mi cuello, la otra recorre mi brazo y se posa justo encima de mi culo. Ya no hay nada entre nosotros, pero ella presiona con firmeza de todos modos. Me gusta que quiera que nos acerquemos, aunque ya estemos lo más cerca posible.

Tocarla por encima de la blusa no es suficiente. Quiero sentir su piel. Ver sus pechos. Lamer sus pezones.

Aprieto mi erección contra ella y le susurro cerca del oído:

—Quiero verte, Ellie.

Mierda. Me echo hacia atrás, avergonzado por haber olvidado por un momento que no puede oírme. La miro a los ojos, midiendo si ha sentido o no mi susurro en su oído. Creo que no.

Pero alejarse ha roto el hechizo. Puedo verlo en su cara.

—No podemos —hace señas—. Maisy.

—¿Pero te parecería bien si Maisy no estuviera en la otra habitación? —pregunto.

Se muerde el labio, encogiéndose de hombros.

Joder, eso es un sí si alguna vez he visto uno. Saco mi teléfono y hago una llamada rápida.

Ellie se pone las manos en las caderas, ladea la cabeza y me mira interrogante.

—Allie estará aquí en veinte minutos. Vamos a tu casa.



Capítulo Dieciocho

ELLIE



Cuando voy en el asiento del copiloto hacia mi apartamento, siento calor y hormigueo. Y puedo sentir la humedad entre mis piernas. ¿Está pasando de verdad?

¿Quiero hacerlo? *Dios mío, ¿me afeité esta mañana?*

Me asaltan dudas. Estoy cruzando una línea. ¿Podríamos lastimar a Maisy?

Entonces las palabras de Beth vuelven a mí. *¿Qué tan malos podrían ser unos cuantos retozos con él?*

Lo estudio mientras conduce la corta distancia que me separa de mi casa. Es, sin duda, el hombre más atractivo que he visto en mi vida. Pero ¿cuánto de eso se debe a que es un padre cariñoso?

Rápidamente hago una lista en mi cabeza de razones por las que no debería hacer lo que creo que estamos a punto de hacer.

1. Es un cliente.
2. No es sordo.
3. Sin duda tiene mucha más experiencia que yo.
- 4....

Antes de que pueda llegar al 4, se acerca y me atrapa la mano contra el muslo, con el pulgar frotando círculos contra la costura lateral de mis jeans. Al igual que cuando me aprisionó contra la nevera, pierdo la razón y decido que no existe el número 4, y que el 1, el 2 y el 3 no importan, ya que puede que sea cosa de una sola vez. Incluso si es una cosa de dos o tres veces, no importan.

Porque en lo único que puedo pensar ahora mismo es en la mano de Blake sobre mí. Y si esta mano puede provocar una reacción tan visceral, imagina lo que hará cuando no haya ropa entre nosotros. Cuando su mano esté sobre mi piel desnuda. Mi estómago. Mis muslos. Mis pechos. Mi...

El auto se detiene, Blake se vuelve con una sonrisa irónica y sale rápidamente del auto, corriendo a abrirme la puerta antes de que pueda recoger mis cosas. Agarra mi bandolera y me tiende la mano. Actúa como si fuera una cita, cuando ambos sabemos que no es más que un encuentro.

Por otra parte, si así es como trata a todas sus aventuras pasadas, entiendo por qué ha habido tantas. El hombre es más que encantador.

En la entrada del edificio, tanteo el código y tengo que introducirlo tres veces. No miro si se ha dado cuenta. Me sigue escaleras arriba y entra en mi apartamento. La última vez que estuvo aquí, aún tenía que deshacer las maletas. Esta vez, mi casa está decorada con buen gusto y, por suerte, limpia.

Mira a su alrededor.

—Bonito —dice por señas—. ¿Qué tal la tele?

—Bien. —Ensancha los ojos—. Grande.

—Es más grande que la mía.

—Es lo que ella dijo —señalo rápidamente.

Entrecierra los ojos. No lo ha captado. Y no me molesto en explicárselo. En lugar de eso, le digo:

—Buena para subtítulos. —Le deletreo lentamente la última parte para que me entienda.

Sus ojos se concentran en mis manos. No sé por qué eso me hace sentir caliente y pegajosa por dentro. Todo el mundo se concentra en mis manos cuando hago señas. Quizá sea porque soy consciente de que sus ojos pronto se concentrarán en mucho más que en mis manos.

En un instante, tengo más dudas.

Me agarra de la mano.

—No tenemos que hacer nada que no quieras. Es agradable estar a solas contigo.

Ves... encantador. Es ese encanto lo que me hace querer saltar a sus brazos y tirar la cautela al viento. ¿Es de los que atrapan a mujeres en los brazos? Hemos pasado mucho tiempo juntos, pero me da la impresión de que apenas la conozco. Uno de los obstáculos de ser sorda es que no estoy al tanto de toda la información que reciben los oyentes. Las llamadas telefónicas. Los chismes en la cola del café. Las conversaciones paralelas. Los comentarios en voz baja. La única información que recibimos es la que otros quieren contarnos. Nada más. Así que siempre nos queda la duda de si nos están contando toda la historia.

—¿Quieres un trago? —pregunto.

Mueve lentamente la cabeza, con su mirada sensual clavada en mí.

—¿Has comido? Podría hacer...

Me da un apretón en la mano.



—No quiero comida ni bebida, Ellie. Solo te quiero a ti. —Signa la última parte.

Mi corazón da tres vueltas completas dentro de mi pecho. Ningún hombre me ha dicho nunca eso. Es sexy. Y él no lo sabe, pero estoy bastante segura de que me acabo de convertir en masilla en sus manos.

Esa cautela... Decido tirarla al viento.

Cuando salto a sus brazos, casi se cae y tiene que retroceder para sujetarnos. Me mira y se ríe. Me encanta cómo arruga los ojos cuando se ríe. Y sus dientes... Lo que quiero que me hagan me hace sentir calor en todo el cuerpo.

Esta vez soy yo quien inicia el beso y mis labios chocan contra los suyos. Como estamos abrazados, las manos no pueden moverse. Pero no hace falta, porque nuestro acalorado beso lo dice todo. Que hay más por venir. Que esto es solo la punta del iceberg. Que lo que estamos a punto de hacernos es todo lo que hemos pensado durante semanas.

Sin aliento, me inclino hacia otro lado. Pero con las manos agarrándolo con fuerza, no puedo hablar. Señalo la puerta de la derecha y digo:

—Dormitorio.

Creo que dice:

—Claro que sí. —Pero no puedo estar segura. Y como me está llevando en esa dirección, realmente no importa.

Mi habitación está a oscuras. Me tumba en la cama, se ciernen sobre mí y se retira. Enciende la luz. Es un gesto pequeño, pero que de algún modo lo graba aún más en mi alma.

—¿Quieres dejar la luz encendida? —pregunta.

Saco mi teléfono.

Yo: Apaga esa, pero mantén la puerta abierta. Así habrá luz suficiente para que te vea la cara, pero no tanta como para que veas todas mis imperfecciones.

Lee el texto y luego señala:

—Muéstrame la imperfección —deletreando con los dedos la última palabra.

Hago el signo de imperfecto, adorando el hecho de que siempre está ansioso por aprender. En realidad, significa inadecuado, defectuoso o no perfecto. Lo repito varias veces.

Lo repite. Luego dice y hace señas:

—Nada en ti es imperfecto.



Eso es. Clávame un tenedor. Mi garganta se vuelve espesa por la emoción. Este hombre. Este hombre *oyente* acaba de llamarme perfecta. Debería levantarme ya. Debería huir lejos. Porque sé que, en el fondo, me estoy enamorando de él. Y enamorarme de un tipo como él solo puede llevarme al desamor. Pero maldita sea, la forma en que me está mirando ahora mismo me tiene pegada a la cama, mi cuerpo no está dispuesto a aceptar los hechos que mi mente ha concluido.

Así que hago lo contrario de correr. Me quito la camiseta por encima de la cabeza, permitiéndole mirar fijamente mi pecho, que solo está cubierto por mi sujetador nada especial, que no sabía que pasaría esto.

—A partir de ahora, solo mis manos te quitarán la ropa —dice tan claro como el agua, dando zancadas hacia mí.

Se sube a la cama mientras mi respiración se entrecorta ante mis pensamientos acelerados. Pensamientos de él quitándome la ropa. De ver a Blake Montana desnudo. De él tocándome... por todas partes.

—Lo mismo —le informo por señas, haciendo que su sonrisa aparezca de nuevo.

—Lo que quieras, Ellie. —Hace la seña de mi nombre. Luego se queda quieto—. ¿Está bien si hago la seña de tu nombre, o solo pueden hacerla los sordos?

Asiento.

—No pasa nada.

—Bien. Pero no te ofendas si...

No capto el resto de su frase en la penumbra. Entrecierro los ojos. Recupera su teléfono.

Blake: Dije bien, pero por favor no te ofendas si me ves gritando tu nombre en vez de firmarlo en unos minutos. No sé si podré evitarlo.

Me mira mientras lo leo. Luego, cuando me sonrojo, hace la señal de mi nombre y se ríe.

—Eres hermosa —hace señas—. Hermosa Ellie.

Alargo la mano, aferro la parte delantera de su camisa y tiro de él hacia mí. Pero esta vez, sus labios no chocan contra los míos. Los roza ligeramente. Provocando. Una burla. Me besa un borde de la boca, luego el otro. Luego me besa el cuello y saca la lengua para lamerme la piel. Sube la boca hasta mi oreja, donde siento su aliento caliente fluir por el lóbulo. No puedo evitar que mis caderas se arqueen y presionen contra él. Quiero que me toque. *Necesito que lo haga.*



Sostengo una de sus manos y la aprieto contra mi pecho, empujando hacia abajo una de las copas de mi sujetador para darle mejor acceso. Me mira el pecho desnudo mientras su erección crece entre nosotros. Estoy segura de que dice:

—Jesús... —Justo antes de que su boca lo devore.

Cierro los ojos y disfruto de la sensación de su boca sobre mí. Su lengua juguetea con mi pezón. Sus labios se fruncen mientras lo succiona dentro de su boca. Sus dientes lo rozan ligeramente.

Las vibraciones bailan en mi garganta. Al mismo tiempo, Blake levanta la cabeza, con los ojos muy abiertos. Se alegra de que haya gemido. Antes de que reanude lo que estaba haciendo, me desabrocha el sujetador y lo tira por completo. Luego se mira la camisa y vuelve a mirarme.

Sonrí y le desabrocho la camisa de la Bodega Montana. Se agacha mientras se la subo y se la retiro por encima de la cabeza. Casi imito sus palabras de elogio cuando veo su pecho. No me extraña que tenga un gimnasio en casa. Está marcado. Le paso un dedo por la parte inferior de los pectorales y luego por los abdominales, que se ondulan al tocarlos. Sus ojos se cierran brevemente. ¿Le gusta sentir mis manos sobre él tanto como a mí me gusta sentir las suyas sobre mí?

Cuando sus ojos se abren, hay un fuego detrás de ellos que nunca he visto. Una pasión de la que nunca había sido testigo. Me trago el pensamiento fugaz de que esto podría convertirse en algo más. Lo empujo al fondo de mi mente y lo encierro en una caja junto con otras cosas que nunca podré tener: cerrar mi relación con mi padre biológico y recuperar mi virginidad del idiota al que se la di.

Me tenso bajo él y se queda quieto.

—¿Estás bien?

En lugar de responder, voy por el botón de sus pantalones. Parece que le gusta más esta reacción. ¿A qué hombre no le gustaría? Se gira hacia un lado mientras le bajo los jeans hasta los tobillos. Luego se quita los zapatos de un tirón.

Luego me quita los pantalones. Pero no tan rápido como yo los suyos. No, parece que a Blake Montana le gusta ver a sus mujeres retorcerse. Me los baja lentamente con las manos, y sus labios siguen el mismo camino, deteniéndose para besarme los muslos desnudos, el interior de una rodilla, el tobillo. Se deshace de mis zapatos y mis pantalones encima de los suyos. Luego se queda mirando mi ropa interior. Mis bragas negras de bikini, que seguramente están empapadas.

Fijando los ojos en mí, toca la singular prenda, pidiendo permiso antes de quitársela. Asiento. Por supuesto. A estas alturas, le *rogaría* que lo hiciera si no me lo estuviera pidiendo ya.



Me quito las bragas mucho antes que los jeans. Estoy completamente desnuda bajo su mirada. Me mira fijamente. Mira *a todas partes*. Soy de piel bastante clara, aunque estoy segura de que todo mi cuerpo se ha enrojecido bajo su mirada. Después de lo que parece una eternidad, pero que probablemente solo han sido segundos, levanta la vista.

—Enséñame como decir perfecta —me dice por señas, deletreando con los dedos la última palabra.

Se lo enseño. Devora mi cuerpo con la mirada una vez más y luego signa:

—Perfecta.

Pum. Mi corazón se para y vuelve a latir.

En un instante, me doy cuenta de que soy la única desnuda. Sin pedir permiso, tiro de sus calzoncillos. En mi prisa por quitárselos, se enganchan en su erección. Me estremezco esperando no haberle hecho daño. Pero por la forma en que me mira, supongo que o no lo he hecho o no le importa que lo haya hecho.

Ambos completamente desnudos, espero que se suba y acabe de una vez. Después de todo, eso es lo que siempre pasaba en la escuela cuando se quitaban la ropa. Diablos, ni siquiera se quitaban toda la ropa necesariamente en ese entonces, solo lo suficiente para permitir que el puerto A entre en la ranura B.

Me sorprende no yendo directamente por ello. En lugar de eso, se inclina y se deleita con mis pechos. Desliza una mano entre nosotros y explora el vértice de mis muslos. Encuentra mi abertura y noto vibraciones en su pecho cuando pasa una mano por mi humedad. Entonces me toca el clítoris y... *Dios mío...* Casi me vengo abajo bajo sus pies.

No es como si un hombre nunca me hubiera tocado ahí. La mayoría de ellos lo hicieron, pero solo de pasada en su camino a la ranura B. Es como si no supieran que el clítoris es el camino al orgasmo de una mujer. O tal vez simplemente no les importaba.

Blake, sin embargo, se toma su tiempo para saciarse. Su pulgar lo recorre en círculos. Sus dedos suben mi excitación, haciendo que mi clítoris esté resbaladizo y sea más fácil de manipular. Con cada una de sus caricias, siento que subo más y más.

Estoy tambaleándome por lo diferente que es esto de mis otras experiencias sexuales. Lo que está pasando ahora es como lo que he visto en las películas. Leído en libros. Es todo lo que esperaba que fuera el sexo, pero dudaba de que existiera. Supongo que fui tonta al pensar que todo eso era una exageración. Que todos los hombres eran egoístas y solo buscaban su propia gratificación.

En un intento *de* no parecer egoísta, le tiendo la mano. No soy ajena a las pajas. Hice muchas en mi adolescencia. Incluso me enorgullecía de lo bien que



se me daba. Pero manejaba pollas de dieciséis y diecisiete años. Una ligera brisa podría haberlos hecho correrse.

De su interior surgen vibraciones más profundas que me hacen sonreír. Tal vez pueda dar tanto como recibir.

Acariciarlo es diferente a los demás. Es un hombre. Un hombre fuerte, seguro, competente. No un chico que solo busca correrse. Por otra parte, ¿quién puede decir que Blake no es solo un hombre fuerte, seguro y competente que busca *correrse*?

En este momento, sin embargo, estoy demasiado perdida como para preocuparme.

Detiene lo que me está haciendo y me aparta la mano.

De acuerdo entonces, tal vez *no* sé cómo hacer esto correctamente.

Dice algo que no capto bien.

Agarra el teléfono que había dejado junto a la almohada, se limpia la otra mano en las sábanas y envía un mensaje.

Blake: El, si sigues tocándome, me voy a correr, y todo esto terminará en cuestión de segundos. Si esto va hacia donde creo que va, el único sitio donde quiero correrme es enterrado muy dentro de ti.

Mientras leo su texto, saca un condón de la billetera y lo pone en la cama a su lado.

Su pene está erecto e hinchado. Y... *suspiro... completamente increíble.*

Dejo el móvil a un lado y sonrío. Espero que tome el condón, pero no lo toca y, en su lugar, me besa por todo el cuerpo. Sus labios se mueven de mi cuello a mis pechos y bajan por mi vientre. Me estremezco al ver cómo me hace lo que ningún hombre me ha hecho nunca. Está entrando en terreno desconocido. Beth me lo ha contado. Dice que es increíble y que es la única forma de llegar al orgasmo con un hombre.

Los pensamientos se agolpan en mi mente. ¿Qué sacará de ello? ¿A qué sabré yo? ¿Me he lavado lo suficientemente bien? ¿Y si *no* me corro?

Pero todos los pensamientos cesan cuando su lengua se lanza alrededor de mi clitoris.

Oh. Dios. Mío.

Si pensaba que sus dedos sobre mí eran divinos, esto es...

Vaya, tengo un doctorado, pero ni siquiera se me ocurren palabras para describir esto.



Mientras su lengua trabaja en mi clitoris, sus dedos se deslizan dentro de mí. Dentro y fuera. Dentro y fuera. Los flexiona y me siento canturrear, tararear, cantar o... *algo*. Son nuevas vibraciones que vienen de mi interior. Algo que nunca había sentido antes. Cualquier sonido que haga simplemente lo impulsa a trabajar más duro.

Pronto, mis entrañas se enroscan con fuerza. No soy ajena a esta sensación. Después de todo, tengo un cajón lleno de dispositivos personales. Pero nunca en mi vida un hombre me había llevado tan alto. Estoy al borde de la explosión y un empujón más de sus dedos me hace detonar debajo de él.

Me agito y aprieto y gimo y me retuerzo y giro y caigo y vuelo. Es como si el cielo y el infierno entraran en erupción. El bien y el mal chocaran. Y él sigue tocando, frotando y presionando hasta el último temblor.

Estoy lánguida. Completamente agotada.

Antes de que pueda recuperarme y recordar mi nombre, se está poniendo el condón. Se cierne sobre mí, pidiendo permiso. Como si lo necesitara. Después de lo que me acaba de hacer, le daría cualquier cosa. La idea me excita y me aterroriza a la vez.

Trago saliva y asiento. Luego observo su cara mientras empuja dentro de mí. Sus ojos se cierran, su expresión es de puro deleite y placer, como si le hubieran puesto el postre más decadente en la lengua y estuviera saboreando cada bocado.

Se mueve lentamente dentro de mí hasta que está completamente dentro. Entonces abre los ojos y me mira mientras hacemos el amor. Si eso es lo que estamos haciendo. No sé cómo llamarlo cuando dos... *¿amigos?*... se acuestan. Parece un término demasiado crudo llamarlo follar. Tampoco se siente así. Se siente como si estuviéramos conectando.

Vuelvo al primer día que lo vi. Cuando nos quedamos mirando. Cuando tuve una experiencia extracorpórea con un hombre con el que nunca había hablado.

La forma en que me mira. ¿Él también lo siente? ¿O todos los hombres tienen esta mirada cuando tienen sexo? Nunca me molesté en mirar a ninguno de los otros.

Se muerde el labio. Duro. ¿Se está viniendo? No, sigue moviéndose. Ahora sus embestidas son más rápidas. Le paso las manos por la espalda y se las pongo en los globos de su culo, animándolo a que se corra más, más deprisa. Empuja y se mantiene así, con los ojos entrecerrados mientras de sus labios salen cosas que ni siquiera puedo fingir que entiendo.

Se desploma encima de mí y el sudor se agolpa entre nosotros. Su respiración es agitada y su corazón late deprisa. Se queda así un buen rato, con el único movimiento de su pulgar rozándome la cabeza una y otra vez.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Finalmente, rueda hacia un lado. Parece que le cuesta levantarse sobre un codo. Pero lo hace de todos modos, asegurándose de que tengo una visión clara de su boca cuando dice:

—Vaya.



131



Quiet
Beautiful

Capítulo Diecinueve

BLAKE



Santa mierda. Tal vez es que he estado casi cinco meses sin sexo, una eternidad para mí. Quizá sea porque es más guapa que cualquier otra mujer con la que haya estado. Podría ser que la acumulación y la anticipación desde el día en que nos vimos en el supermercado lo hicieran aún más intenso. Pero, maldita sea, eso tuvo que ser lo más duro que me he corrido en mi vida.

Hay poca luz aquí, pero sé que se está sonrojando mientras la miro.

¿Es ahora el momento de decirle que me estoy enamorando de ella? ¿A lo grande? ¿O después del sexo no es el momento apropiado? Ella, después de todo, se desmoronó debajo de mí de la mejor de las maneras. Tal vez ver a cualquier mujer correrse espectacularmente así me haría sentir así.

Decido esperar. Con mi historia, no estoy nada seguro de confiar en mí mismo. Y con mi reputación, seguro que ella no debería confiar en mí. Además, tengo la idea de que Ellie Stone no se impresiona fácilmente con palabras. Tendré que demostrárselo con acciones.

No tiene intención de levantarse ni de echarme, así que aprovecho para conocerla mejor.

—¿Cómo es ser sordo? —le pregunto.

Cuando no contesta, me doy cuenta de que la luz está detrás de mí y no hay forma de que pueda leerme los labios. Busco nuestros teléfonos por la cama y coloco el suyo sobre su pecho desnudo antes de enviar un mensaje.

Yo: ¿Qué se siente el ser sordo?

Me estudia antes de responder. Luego hace una seña:

—Gran pregunta.

Yo: Llámalo investigación.

Ella asiente y empieza a teclear.

Ellie: ¿Qué tal si intentas decirme qué se siente al poder oír? Describe el ruido a alguien que nunca ha oído sonidos.

Al leer su texto, la profundidad del mismo me golpea. Es imposible.

Ellie: No puedes hacerlo, ¿verdad? Si no puedes describir el ruido a alguien que no sabe lo que es el sonido, ¿cómo esperas que yo describa su ausencia? Aunque probablemente sea mucho más fácil para ti imaginar que eres sordo que para mí imaginar que oyes, ya que no tengo ninguna base de la que extraer mis datos.

Yo: Es una observación muy clínica, doctora. Últimamente me he estado preguntando otra cosa, desde que Maisy tuvo una pesadilla la otra noche. ¿Cómo sueñan los sordos? ¿Es posible que sueñe con tan poco lenguaje?

Ellie: Los sordos son principalmente visuales. Sus sueños serían en imágenes, como una película muda.

Yo: Fascinante. ¿Y qué hay de los pensamientos? ¿Piensas en inglés o en LSA?

Ellie: Lo más probable es que las personas que nacieron sordas piensen en LSA. La única forma de describirlo es que me siento haciendo señas en mi cabeza, lo que me han dicho que es similar a la “voz interior” de los oyentes. Los pensamientos son imágenes, no sonidos. Aunque soy consciente de que algunos sordos piensan en lenguaje escrito. ¿Quieres oír algo gracioso?

Asiento.

Ellie: Cuando era pequeña, pensaba que las personas oyentes hablaban con letras. Es decir, que deletreaban cada palabra en forma de letra. Pensaba que decían G-A-T-O en lugar de gato. No fue hasta que empecé a aprender a leer los labios cuando me di cuenta de que una palabra se compone de muchos sonidos conectados entre sí. Aprender sobre las sílabas me lo puso un poco más fácil.

Yo: ¿Es muy difícil aprender a leer los labios?

Ellie: Difícil. Si me preguntas si Maisy será capaz de hacerlo, no puedo responderte. Sobre todo, teniendo en cuenta el retraso en su aprendizaje básico de la comunicación. Imagina esto... encuentra un vídeo sin subtítulos de alguien hablando japonés, apaga el sonido e intenta enseñarte japonés a ti mismo de esa manera. Es difícil. Pero no imposible.

Yo: Vaya. Sinceramente, nunca lo había pensado así. Eres una gran profesora, Dra. Stone.



Hace una seña y me escribe la palabra *profesora*. Le repito la seña, pero por su expresión, debo de haberla malinterpretado. Pero no soy idiota. Sé que cada vez que me equivoco en una seña, ella va a tocarme. Toma mis manos entre las suyas y las coloca correctamente. Joder, acabamos de tener sexo y todavía disfruto cada segundo de sus manos sobre mí. Me suelta, hago la seña y ella hace manos de jazz.

Ellie: Otra cosa que puede resultarte interesante es que las personas sordas se sorprenden al descubrir que casi todo hace ruido: las luces y los frigoríficos zumban, el aire acondicionado hace ruido, incluso el viento hace ruido. Por eso es importante que le cuentes estas cosas a Maisy. Todo hace ruido. Lo que tú crees que es silencio, en realidad está muy lejos de serlo. Una vez tuve un profesor de audición que decía que parte de su entrenamiento consistía en sentarse en una habitación silenciosa que estaba acolchada con tanto material de absorción de ruido que al cabo de unos minutos podía oír los latidos de su corazón. Dijo que era lo más cerca que había estado nunca de poder entender a los sordos profundos.

Yo: Nunca volveré a pensar en el silencio de la misma manera.

Cuando está pegada al teléfono, pero no teclea una respuesta, le pongo una mano en el brazo.

Enfoca su teléfono y me muestra una llamada entrante.

Me acerco y enciendo la lámpara de la mesilla.

—¿Es el mismo número de antes? ¿El que te llama todas las noches?

Ella asiente y vuelve a mirar su teléfono. Sus ojos se entrecierran mientras lo estudia. Al cabo de un rato, me envía un mensaje.

Ellie: Esta vez dejaron un mensaje de voz, lo que hace evidente que no me conocen, pero lo que me preocupa es que la transcripción es preocupante. La transcripción de VM es una mierda, pero dice algo sobre mi hermana, y mi padre, y que intentan encontrarme. ¿Está hablando de Beth? ¿Crees que algo le ha pasado a mi familia?

Me empuja el teléfono, leo la transcripción superlarga y casi incoherente, me encojo de hombros y se lo devuelvo. Pero ella no lo acepta. Pulsa para reproducir el mensaje de voz y me mira mientras yo escucho.

—Llevo tiempo llamando, pero no me había atrevido a dejar un mensaje hasta ahora. No sé lo que sabes de mí o incluso si sabes de mí. Me llamo Sierra



Lucas. Mi padre es Grant Lucas. Soy tu... soy tu hermana. Bueno, media hermana. Tengo veintiséis años, la misma edad que tú, pero soy seis meses mayor. Te preguntarás por qué he esperado todo este tiempo para encontrarte. La respuesta es que no supe de ti hasta hace unos meses, cuando estaba ayudando a mis padres a mudarse y encontré una caja que contenía papeles sobre un divorcio de Alexa Lucas y otros sobre la pérdida de los derechos paternos de su hija, Ellie Kessler. Tardé en seguirte la pista con la adopción y los cambios de nombre. Ni siquiera sabía que mi padre estaba casado antes. Él es... bueno, es difícil, y no es el típico padre. De todos modos, si no sabías de mí, estoy segura de que esto es un shock. Si sabías de mí, me pregunto por qué nunca trataste de encontrarme. Tal vez no quieres tener nada que ver con alguien relacionado con un hombre que renunciaría a sus derechos por ti. No lo sé, y seguramente no puedo preguntártelo. Y mi madre, ella es... bueno esa es una historia para otro día. Me aterra hacer esta llamada. Espero que recibas esto y decidas devolverme la llamada. No me echas en cara lo que hizo nuestro padre. No tengo más hermanos. Yo... realmente me gustaría... —Ella suspira—. Por favor, llámame. Todo lo que tenemos que hacer es hablar. Tienes mi número.

Jesús. ¿Tiene una hermana que no conocía? Entiendo por qué la transcripción fue tan mierdosa. La chica parecía muy ansiosa. A veces tartamudeaba y otras hablaba muy rápido.

Miro a Ellie, sin saber por dónde empezar.

—¿Qué? —Hace señas—. Dímelo.

Toco su teléfono para reproducirlo de nuevo y le envío un mensaje con la conversación. Ni siquiera espera a que termine, me mira por encima del hombro mientras tecleo en el móvil y me agarra la pierna cada vez con más fuerza.

Las lágrimas nublan su visión. Una cae sobre mi piel, rodando por mi pecho.

Cuando le envío el mensaje, lo lee una y otra vez, con la cabeza temblando. Por fin levanta la vista.

—¿Tengo una hermana mayor? —me dice por señas.

—Bastante intenso.

—Yo... —Sus manos caen en su regazo por un segundo—. Me pregunto si mi madre lo sabía.

Yo: ¿El apellido de tu padre biológico es Lucas? Como que no me gusta eso.

—Tu hermano —me dice por señas, y yo asiento.

Ellie: Tengo que conocerla.

Suenan las alarmas en mi cabeza. Mis instintos protectores entran en acción y escribo rápidamente un mensaje.



Yo: Espera ahí. ¿Y si Grant la está usando para llegar a ti?

Ellie: ¿Por qué lo haría? No quiere saber nada de mí. Lo dejó perfectamente claro cuando renunció a su patria potestad, y también cuando lo busqué después de cumplir 18 años.

—¿Lo encontraste? ¿Hablaste con él?

Ellie: No para buscar una relación, pero tenía que ver por mí misma qué clase de hombre abandonaría a su hija. Se rio de mí. Dijo cosas despectivas sobre mí. Todo lo que mi madre me advirtió era cierto. No tendría ninguna razón para usar a Sierra para llegar a mí. Quiero conocerla, Blake. Tengo que hacerlo.

Me pongo rígido. Su padre abusó de su madre. Quién sabe si está abusando de Sierra. ¿Y si le está pidiendo ayuda a Ellie y al involucrarla pondría a Ellie en peligro? Tengo un mal presentimiento. ¿Pero quién soy yo para decirle lo que debe o no debe hacer? Por su cara, sé que va a conocer a Sierra, esté yo de acuerdo o no.

—Iré contigo —señalo.

Frunce el ceño, como si lo que hubiera dicho fuera ridículo. Sacude la cabeza.

—Ellie —digo enérgicamente y con expresión decidida—. Voy contigo. Por si acaso. Mantendré la distancia, pero tengo que asegurarme de que estás a salvo.

Ellie: Este no es tu problema, Blake. Ya tienes bastante con lo que lidiar.

Yo: ¿No es mi problema? Me preocupo por ti, El. Sígueme la corriente. Envíale un mensaje a Sierra y arregla una reunión fuera de Calloway Creek. Conseguiré una niñera. Prometo no entrometerme si todo va bien.

Ellie: Bien. Supongo que estaría bien tener algo de apoyo moral. Además, puede que necesite un intérprete.

Me río. Ambos sabemos que tengo montañas que escalar antes de que eso ocurra.

Ellie: ¿Cómo sonaba?

Yo: Nerviosa. Como tú ahora. Ahora ve y envíale un mensaje. Pero después de esto, la próxima vez que consiga una niñera será porque te voy a llevar a bailar.



Esboza una sonrisa. Luego traga saliva y una expresión de determinación cruza su rostro mientras teclea, borra, teclea, borra, teclea un poco más y finalmente envía el mensaje. Deja el teléfono a un lado y suelta un gran suspiro.

—Todo va a salir bien —le comento por señas, esperando que las palabras sean ciertas.

Me hundo junto a ella, la acerco y la rodeo con los brazos. La abrazo con fuerza. Huelo su cabello. Disfruto sintiendo su cuerpo contra el mío. Disfruto de cada segundo, porque sé que dentro de unos minutos tendré que irme.



Capítulo Veinte

ELLIE



Después de enterarme de lo de Sierra, me enfrenté a mi madre. Admitió que sabía que Grant tenía una amante. Dijo que una vez, durante una discusión, incluso mencionó a un niño, pero que fue una época muy emotiva con ella y mi padre, Kyle, el divorcio y el rechazo de Grant, por lo que todavía está agradecida. Ella no tenía ni idea de si él estaba siendo sincero acerca de tener otro hijo, o simplemente fue un comentario rencoroso. Y que con el tiempo, simplemente lo olvidó. Dijo que había sido injusto por su parte y se disculpó pidiéndome perdón.

Lo acepté. Porque ha sido la madre más increíble. Y bueno, ella estaba tratando de protegerme.

Pero ahora, solo puedo sonreír. Tengo una hermana mayor.

Sierra y yo nos sentamos y nos tomamos nuestra tercera taza de café. Ella es fabulosa. Creció en Chicago, pero se fue de casa justo después de graduarse de la secundaria para vivir en una furgoneta en Colorado con una amiga. Allí aprendió a esquiar y en tres años pasó de azafata a telefonista e instructora de esquí. Ahora, sigue a la nieve, viajando al hemisferio sur durante el verano para ser instructora en lugares como Nueva Zelanda y Chile. Como estamos a finales de abril y la temporada acaba de terminar en Colorado, se toma un poco de tiempo libre antes de poner rumbo al sur.

Pillo a Blake mirándonos desde su mesa en la esquina. Después de unirse a nosotras durante los primeros minutos, y presumiblemente decidir Sierra no era una amenaza, se excusó para dejar que nos conociéramos y ha estado trabajando lejos en su computadora portátil.

Eso fue hace dos horas.

Los ojos de Sierra rebosan lágrimas.

—Todavía no puedo creerlo.

Estoy encantada de que sus labios no sean difíciles de leer. Quizá porque tenemos la misma boca y cuando yo aprendía a leer el habla, practicaba durante horas al día mirándome en el espejo.

Va más allá de la boca. Su cabello es exactamente del mismo tono que el mío, aunque un poco más ondulado. Tenemos la misma altura. Y su cara, aunque más bronceada que la mía, es increíblemente familiar.

Mira su teléfono y frunce el ceño.

—¿Me disculpas un momento?

Asiento y ella se levanta de la mesa y sale, con el teléfono pegado a la oreja.

Blake aprovecha para mandarme un mensaje.

Blake: Hice una doble toma cuando la conocí. A primera vista supe que eran hermanas. De hecho, el parecido es tan estrecho que, con la luz adecuada, podrían pasar por gemelas.

No estoy segura de cómo me siento al respecto, ya que significa que ambas obtuvimos muchos rasgos de Grant.

Miro a Sierra, que se pasea fuera de la cafetería mientras habla por teléfono. Parece estresada. Espero que no le den malas noticias.

Yo: Siento que estemos tardando tanto. Es que es increíble y quiero saberlo todo sobre ella.

Blake: No lo sientas. Estoy bien. Estoy haciendo algo de trabajo. Y mi madre dice que ella y Maisy se lo están pasando muy bien en su casa. Aparentemente, a Maisy le gusta jugar a las escondidas. Y créeme, con más de 12.000 pies cuadrados, hay muchos lugares para esconderse.

Sierra vuelve a sentarse. No está tan contenta como hace unos momentos.

Yo: ¿Va todo bien?

Sierra: Lo siento. Tuve que contestar la llamada. Era de mi madre. No tiene ni idea de que estoy aquí. Honestamente, no sé si sabe de ti. Nunca me ha dicho nada sobre ti o sobre que mi padre hubiese estado casado. Y no quería meterla en problemas.

Esa última frase me produce escalofríos.

Yo: ¿Por qué iba a meterse en problemas?

Sus hombros se encogen y agarra una servilleta, sin darse cuenta de que su lenguaje corporal lo dice todo.

No hemos hablado de la razón por la que somos hermanas: Grant. Hemos hablado durante horas, pero ninguna de las dos lo ha mencionado. Pensé que era porque ella suponía que yo lo odiaba por haberme repudiado. Ahora, sin embargo, me pregunto si no hay una razón diferente.

Yo: Sierra, ¿trata Grant a tu madre de la misma manera que trataba a la mía?



Lee el texto, levanta la vista y nuestras miradas se cruzan. No necesita decir o enviar un mensaje de texto con la respuesta. Lo lleva escrito. Alargo la mano, la pongo sobre la suya y la animo con un movimiento de cabeza.

Sierra: No quería arruinar nuestro encuentro hablando de él. Ha sido un placer conocerte.

Yo: No arruinarás nada. Está bien si quieres hablar. Lo entenderé. Si no te importa que te pregunte, ¿tus padres siguen juntos? Me parece bastante increíble si él le está haciendo a ella lo que le hizo a mi madre.

Agacha la cabeza avergonzada, como si lo que le ocurre a su madre fuera culpa suya.

Sierra: Llevan casados mucho tiempo. Mi madre era muy joven cuando se juntaron. No tiene habilidades comerciales. Ha sido ama de casa y madre durante veintiséis años. Incluso después de que me fui, él no quería que ella consiguiera un trabajo. Le prometí que cuando me fuera ganaría mucho dinero y que algún día compartiríamos casa. Cada vez que saco el tema, dice que estoy haciendo el ridículo. Aun así, ahorro y escatimo en lo que puedo, pero nunca es suficiente.

Yo: ¿Ella quiere dejarlo?

Sierra: Nunca lo ha dicho. Pero creo que es solo para protegerme. Nuestro padre nunca fue un gran padre para mí. Siempre ausente. Nunca atento. Creo que mi madre lo prefería así. Si no estaba cerca de mí, nunca tendría la oportunidad de hacerme nada.

Se me encoge el corazón al pensar en dos hermanas que vivieron infancias muy diferentes.

Yo: Sí que tiene habilidades comerciales. 26 años cocinando, limpiando la casa, remendando ropa, haciendo la colada y criando a una niña podrían darle un trabajo como asistente o niñera.

Sierra: Ella no va a salir y decirlo, pero creo que tiene miedo de dejarlo.

Yo: Más que probable, basándome en las historias que he oído de mi madre.

Sierra: Voy a ayudarla. Un día, cuando haya ahorrado lo suficiente, voy a sacarla. Aunque no me lo haya pedido, y



aunque no crea que vaya a suceder, sucederá. Tengo que hacerlo.

Yo: Lo siento. Ojalá pudiera ayudar.

Se seca una lágrima.

—Yo soy la que lo siente. Fui y estropeé esto.

Yo: No has estropeado nada. De hecho, deberíamos repetirlo. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Nueva York?

Sierra: Una semana tal vez. Tengo algunos amigos en la ciudad a los que pienso visitar, pero he venido sobre todo por ti. No sabes cuánto me alegró recibir tu mensaje. Esa misma noche reservé un billete de avión.

Al instante me siento culpable de que yo tenga una cuenta bancaria abultada y una enorme herencia y ella esté luchando por ahorrar dinero para sacar a su madre de una situación terrible. Sin embargo, se gasta el dinero en un billete de avión y probablemente en un hotel carísimo para verme.

Yo: Tengo una habitación extra. Ven y quédate conmigo.

Sierra: No puedo imponerme.

Yo: No es así. Trabajo mucho, así que podrías tomar el tren a la ciudad y ver a tus amigos. Podríamos pasar todo el fin de semana juntas. Invitaremos a Beth y tendremos una noche de chicas. Será divertido.

Se le ilumina la cara.

—¿Podrías enseñarme el lenguaje de señas?

Sonríó y asiento.

Sierra: Mi hotel está a la vuelta de la esquina. Puedo hacer las maletas y volver aquí en treinta minutos.

Yo: ¿A qué esperas? Ve.

Salta de la silla tan rápido que casi se cae. Tan pronto como sale por la puerta, Blake se une a mí.

—¿Adónde se ha escapado? —pregunta.

—A recoger sus cosas —hago señas—. Se va a quedar conmigo esta semana.

Sus cejas se disparan.

—¿Crees que es una buena idea?



Le clavo una mirada regañona.

—Es mi hermana.

Extiende las manos en señal de rendición.

—Bien. Ya lo sé. Solo quiero que estés a salvo.

—¿Me estás protegiendo? —señalo con una sonrisa torcida.

—Supongo que sí.

Yo: Es solo por una semana. Pronto volará a Nueva Zelanda.

Paso la siguiente media hora contándole a Blake todo lo que he aprendido sobre Sierra. Incluido lo que me contó sobre Grant y su madre, Tara.

—Tienes que ser cuidadosa —dice—. ¿Y si se entera?

Yo: ¿Y si lo hace? Ese hombre no quiere saber nada de mí. Esto no es sobre él. Se trata de Sierra y de mí.

Sierra aparece con una maleta y una sonrisa. Está tan emocionada por quedarse conmigo como yo por acogerla. Subimos al auto de Blake y volvemos a Calloway Creek.

Sierra y yo nos mandamos mensajes todo el camino.



Capítulo Veintiuno

BLAKE



—Muy bien —señala Ellie.

A Maisy se le ilumina la cara. Le encanta complacer a Ellie.

Maisy está aprendiendo más rápido de lo que ninguno de nosotros esperaba. Esta semana ha comprendido que la gente tiene nombre. Que *ella* tiene un nombre. Que no es solo “niña”. Y yo no soy solo “papá”.

Papá. Esa es otra cosa que parece que por fin sabe y entiende. Que soy su padre. Y eso me da más alegría de la que jamás hubiera imaginado. Pero *puedo* imaginar más. La euforia que sentiré cuando me abrace. Cuando quiera acurrucarse conmigo en vez de tumbarse a mi lado, apenas tocándonos los hombros, cuando le lea. Cuando quiera correr hacia mí y saltar a mis brazos después de haber tenido un gran día. O cuando busque mi consuelo cuando esté triste en lugar de correr al armario con su gato de peluche.

Ellie mira la hora, algo que rara vez hace cuando está aquí. Normalmente está muy concentrada y emocionada de trabajar con nosotros. Pero hoy está... distraída.

Yo: No tienes que estar aquí. Sé que preferirías estar con Sierra. Se va el próximo miércoles, ¿verdad?

Ellie: Quiero estar aquí, Blake. Este es mi trabajo. Sierra y yo tendremos todo el fin de semana juntas. Y ella no está en mi casa de todos modos. Está en la ciudad cenando con una amiga.

Como suele hacer Maisy a mitad de nuestra sesión de dos horas con Ellie, se toma un descanso, toma un pequeño aperitivo y luego jugando en el columpio. Aprovecho para hablarle a Ellie de la familia que conocimos antes.

Yo: Maisy y yo hemos conocido hoy a Krista Lancaster y a sus padres. La conoces del colegio, ¿verdad?

Ellie: Sí. Krista está en tercero.

Yo: Ella tiene implantes cocleares. Sus padres son oyentes y animaron a ponerle implantes a Maisy. Sé que no hemos hablado mucho de ello. ¿Qué opinas?

Quiet
Beautiful

Ellie: No he sacado el tema todavía porque pensé que necesitabas tiempo para hablar con la gente, investigar por tu cuenta y formarte tus propias opiniones. No estoy aquí para decirte lo que tienes que hacer.

—No te pido que me digas lo que tengo que hacer. Te estoy pidiendo tu opinión sobre ellos, El. ¿Cómo es que no los tienes? ¿Te opones?

Ellie: No me opongo. Pero tampoco estoy a favor. Me he informado bien sobre los dos lados de la discusión. Y ambos lados tienen mérito. Depende de cada persona. Como he dicho antes, encontrarás opiniones muy polarizadas sobre los implantes cocleares. Mentiría si te dijera que en mi infancia no hubo momentos en los que ansiaba oír. Cuando era pequeña, mi madre decidió no ponerme los implantes. Cuando crecí, me dejó la decisión a mí. Pero antes de que pudiera decidirme, la decisión se tomó por mí. Cuando tenía nueve años, me caí de la bicicleta y me di un fuerte golpe en la cabeza; para que lo sepas, muchos sordos y sordomudos tienen problemas de vértigo y equilibrio. Cuando me hicieron una resonancia magnética para comprobar si había daños cerebrales, encontraron un quiste de la glándula pineal en mi cerebro. Es benigno y no me causa ningún problema, pero sigo siendo controlada anualmente por resonancia magnética para asegurarse de que nada ha cambiado. Las resonancias magnéticas están contraindicadas si tienes los implantes. Hay formas de evitarlo, pero no me pareció que mereciera la pena por algo que, de todas formas, no estaba segura de querer.

—Pero si pudieras, ¿los tendrías?

—¿Sinceramente? —hace señas—. No lo sé.

—¿Lo dices porque no quieres influenciarme?

Levanta un hombro poco convincente.

Ellie: El hecho es que algunas personas se beneficiarán de ellos, otras no. Pero los implantes no **ARREGLARÁN** nuestra audición como algunas personas han llegado a creer. No hacen milagros. Incluso con los implantes, los sordos tienen que aprender a oír. Nuestros cerebros tienen que ser entrenados para procesar el sonido. Y a veces eso no ocurre. Para algunos, los implantes funcionan exactamente como estaba previsto. Para otros, el sonido confunde sus cerebros en lugar de mejorar sus vidas y acaban por quitárselos. Es un tema muy debatido entre la comunidad sorda. No estoy aquí



para darte mi opinión. Estoy aquí para educarte para que tú puedas hacer lo que creas que es mejor para Maisy en tu situación.

Yo: Deberías participar en la política, El. Se te da muy bien no responder a preguntas directas.

Ellie: Solo hago mi trabajo.

—Tengo una pregunta más —señalo—. ¿Cuándo vamos a bailar?

Se muerde el interior de la mejilla durante un segundo.

—¿Una semana desde el viernes?

—¿Has dicho una semana? —Miro fuera, impaciente. Maisy está ocupada haciéndole señas a su gato de peluche, así que atraigo a Ellie hacia mí—. Te he echado de menos.

Su mirada se centra en mis labios mucho después de que mis palabras los abandonen. Entonces sus manos se interponen entre nosotros y me hace una seña:

—Me ves casi todos los días.

—No me refiero a eso, y creo que lo sabes.

Me agarra por los hombros y me aparta de la ventana. Cuando se pone de puntillas y me besa, me divierto al ver lo mucho que me gusta su lado atrevido.

Mis manos se entrelazan con su cabello y se posan en su cuello, manteniendo sus labios contra los míos. El olor afrutado de su cabello me impregna. El sabor de sus labios me recuerda a cuando estuve en su cama la semana pasada. Mi creciente erección me indica que tengo ganas de más. Es un deseo que siento que nunca será satisfecho. Nunca tendré suficiente de ella. Cuando no la tengo delante, sigue conmigo. En mi cabeza. En mis pensamientos. En mis sueños. Estoy jodidamente borracho de Ellie Stone y no tengo ningún deseo de ponerme sobrio.

Se abre la puerta de atrás y me alejo. Me miro los pantalones que parecen una tienda de campaña, me siento rápidamente en el sofá y me pongo un cojín sobre el regazo.

Ellie se ríe y yo saco mi teléfono.

Yo: Continuará el próximo viernes.

Se lame los labios y sonrío. Es la sonrisa más pura que he visto en su cara. Y me dice que quizá también esté un poco borracha de mí.



Capítulo Veintidos

ELLIE



Beth me manda un mensaje avisándome de que está aquí y yo la llamo. Me incomoda un poco que Sierra se fije en las botellas de champán de alta gama que Beth ha traído.

No hemos hablado exactamente de la disparidad económica de nuestras familias. Por otra parte, si Sierra usó un investigador privado para encontrarme, podría saberlo todo.

Sierra y yo hemos aprendido mucho la una de la otra en las últimas noches, sentadas en mi sofá y enviándonos mensajes de texto hasta bien pasada la medianoche. Pero una cosa está clara, bailamos alrededor del tema de nuestro padre.

Sierra y Beth se hacen amigas al instante, lo que alivia parte de mi preocupación. Beth y yo siempre hemos sido más que hermanas. Somos mejores amigas. Siempre me cubrió las espaldas mientras crecía. Aún lo hace. Y yo siempre cubriré la suya. Pero no estaba segura de cómo Beth manejaría la noticia de que tengo otra hermana.

Recibo un mensaje diciendo que ya está aquí nuestra cena, así que le abro la puerta al repartidor y pago la pizza.

Beth inhala.

—Pizza de veinte dólares con champán de doscientos dólares. ¿Hay algo mejor?

Le lanzo una mirada regañona.

—¿Qué? —me pregunta.

La mirada de Sierra rebota entre nosotras.

—No le hagas caso —dice Beth y hace señas—. Tiene un palo en el culo desde que se mudó aquí. Creo que tiene algo que ver con no poder tirarse al soltero caliente que es padre de una alumna.

Se me afloja la mandíbula.

—¿Qué? —Beth me mira como si fuera yo la loca—. Es verdad, ¿no?

Pongo los ojos en blanco.

—Dios mío —dice Sierra, Beth interpreta para que no me pierda ninguna palabra—. Es Blake, ¿verdad? ¿Así que no es solo un amigo?

Ahora es Beth la que pone los ojos en blanco.

—Oh, por favor. ¿Te ha dicho que es solo un amigo? —Se ríe—. Nuestra hermana está babeando por el tipo que puede o no ser conocido como uno de los jugadores más destacados de Calloway Creek.

Sierra frunce los labios.

—¿Por qué siempre son los chicos malos los más atractivos?

—No está mal —señalo irritada.

—Oye —dice Beth—. No te culpo por ello. Yo también he estado con unos cuantos. Siempre son los más divertidos. Solo asegúrate de saber lo que está en juego.

—¿En juego?

—Como en, no te sorprendas si después de follar, pierde todo el interés.

Sierra suelta una risita y le pide a Beth que le enseñe cómo se dice *follar*. Cuando ya sabe hacer la seña, Beth se vuelve y me mira. Me estudia mientras bebo, la arruga de su nariz hace acto de presencia antes de que sus ojos se agranden al darse cuenta.

—Mierda, ya te lo has follado, ¿no?

El champán que tengo en la boca se derrama inmediatamente sobre ella. Nerviosa, me atraganto con lo poco que queda y hago una seña:

—Eh... no.

—Mentirosa. —Beth se limpia la cara, riendo—. Hiciste el acto con el padre soltero caliente. Lo llevas escrito en toda la cara. —Una lenta sonrisa se apodera de su mueca—. Espera. Debió ocurrir antes de que conocieras a Sierra, ¿y aun así fue contigo? Dios mío, Ellie, debes gustarle de verdad. ¿Cuántas veces?

Sacudo la cabeza, habiendo olvidado cómo Beth puede leerme como a un libro.

Me agarra del brazo.

—Suelta todo.

Ambas me miran fijamente. No me atrevo a decir nada, porque si lo hago, podría estar admitiendo que siento algo por él. Sentimientos que no debería tener por un tipo cuya única fama, aparte de su apellido, es acostarse con mujeres.

—No es para tanto. Fue solo una vez.

—Es una gran cosa —dice Beth—. Prácticamente hizo estallar tu cereza.

Sierra parece que acaba de ver un extraterrestre.



—¿Era... era tu primera vez?

Lanzo a Beth otra mirada de disgusto. ¿Tenemos que compartir *todos* mis secretos con Sierra tan pronto?

—No fue mi primera vez —hago señas, mientras Beth interpreta—. Pero fue la primera vez en mucho tiempo.

—Era un poco zorrita en el instituto —dice Beth, revelando lo que yo no. Le doy una palmada en el brazo.

—Estoy tratando de dar una buena impresión aquí.

—No te preocupes —dice Sierra—. No hay nada malo en ser un poco zorra de vez en cuando.

—Pero quieres más veces, ¿verdad? —me pregunta Beth—. Y basándome en el hecho de que insistió en ir a la ciudad contigo para conocer a Sierra, apostaría a que él también. —Da unas palmadas y rebota en el sofá—. No hay nada como una buena aventura de viejos amigos con beneficios.

Sierra y Beth se chocan los cinco, lo cual es bueno, porque significa que no se han dado cuenta del enorme suspiro que se me acaba de escapar.

Amigos con beneficios. Una aventura. Las palabras rebotan en mi cabeza mientras empiezo a aceptar la idea. Después de todo, Blake y yo nunca podríamos ser nada más. Cuanto antes lo acepte, mejor para mí. Pero eso no significa que no sienta un hormigueo de expectación ante nuestra inminente cita para bailar el próximo fin de semana.

—Enséñame más señas sucias —dice Sierra.

Allá vamos. Pongo los ojos en blanco. Si me dieran un céntimo por cada persona oyente que pregunta esto, sería más rica que mi padre. Pero se trata de mi nueva hermana, así que decido dejarlo pasar.

Beth y yo —pero sobre todo Beth—. pasamos los diez minutos siguientes enseñándole el arsenal de palabrotas del LSA. Como a la mayoría de la gente, a Sierra le sorprende que el LSA tenga un vocabulario tan rico en palabrotas.

Al final de la noche, hemos enseñado a Sierra a deletrear su nombre, a hacer señas de *“encantada de conocerte”* y, lo que es más importante para ella, a invitar a un hombre a la cama. Tengo la idea de que mi nueva hermana puede ser incluso más zorrita de lo que yo era en el colegio. Tendría sentido. Mi limitada formación en psicología me dice lo suficiente como para saber que las chicas que crecen sin figuras paternas fuertes son más propensas a buscar la atención malsana de los hombres. Así que parece que las dos hermanas perdidas buscaban la atención de los chicos, pero por razones muy diferentes.

Sierra baja la vista hacia su teléfono y su sonrisa desaparece por completo, siendo sustituida por una mueca de dolor.



—¿Qué pasa? —Le pregunto.

—Es mi madre. —Sus hombros caen y se hunde en el sofá—. Olvídalo. No quiero estropear el ambiente.

—Sierra —dice Beth—. ¿Qué pasa? Puedes decírnoslo.

Tras una larga pausa y más miradas de dolor a su teléfono, dice:

—Está borracha y me ha mandado un mensaje.

Tanto Beth como yo la miramos, confundidas.

—Es algo que a veces hace después de... después de...

—Después de que el bastardo la golpee —dice Beth, con cero filtro como de costumbre.

Sierra se encoge de hombros como si temiera admitirlo.

—Este es un lugar seguro —le digo—. Puedes contárnoslo.

Pica en el sofá.

—Mi padre... eh, nuestro padre...

—No es su padre —dice Beth enfadada—. Ella tiene un padre. Entiendo que ambas sean hermanas, pero no voy a permitir que se falte al respeto a nuestro padre llamando padre a ese idiota.

Sierra asiente.

—Me parece justo.

Cómo quiero a Beth ahora mismo. Podría haberse sentido amenazada por la llegada de una nueva hermana a mi vida. Pero ha hecho lo contrario, la ha recibido con los brazos abiertos. Aun así, no se va a quedar de brazos cruzados mientras un idiota maltratador de esposas merma nuestro estrecho vínculo familiar. Además, dijo exactamente lo que he estado pensando durante días, pero no he dicho.

—Grant es capitán de la policía de Chicago —explica Sierra—. Ascendió de agente uniformado a detective, sargento y teniente. Y ahora es el oficial al mando de su división. Mamá estaba segura de que cuando su papel pasara de estar en la calle a ser principalmente administrativo, su estrés disminuiría y los... castigos también.

—¿Por qué la castigan? —pregunta Beth.

—Mala elección de palabras —dice Sierra—. Mi madre no hace nada malo. Ella hace todo lo posible para asegurarse de que todo esté bien. Que la cena esté siempre lista. Que su ropa esté siempre planchada. Se mantiene en forma. Cuando se comporta como lo hace, es porque algo salió mal en su día. No tiene nada que ver con ella. Pero, por desgracia para mi madre, su ascenso a capitán vino acompañado de un montón de estrés imprevisto.



—¿Por qué no se ha ido? —Beth pregunta.

Le doy un golpecito en el brazo.

—Ya sabes por qué. Mamá nos ha contado muchas veces que no podía irse.

—Pero lo hizo —dice Beth—. Al final se fue. Y tal vez podamos ayudar.

La mirada de Sierra cae al suelo.

—Mi madre es una mujer orgullosa. No acepta la caridad.

—¿Y si consigue trabajo? —Hago señas, Beth sigue interpretando para mí—. Seguro que nuestro padre puede conseguirle algo en algún hospital.

Sierra sacude la cabeza con tristeza.

—No funcionará. Es policía. La encontrará. En cuanto cobre su primer sueldo, podrá rastrear su número de la seguridad social y averiguar quién le paga. Mamá solo me cuenta cosas cuando ha estado bebiendo. Y una vez me dijo que la mataría si se iba.

—¿Y si le encontramos un trabajo que le pague por debajo de la mesa? —pregunta Beth.

—No es probable. Pocos empresarios correrían el riesgo. Créeme, lo he investigado.

Toco el brazo de Sierra.

—Pero me dijiste que le prometiste a tu madre que vivirían juntas sin él una vez que ahorraran el dinero.

—Lo sé —dice con tristeza—. Y probablemente nunca ocurrirá. Porque sospecho que tendría que desaparecer junto con ella.

Beth y Sierra siguen hablando, pero mi mente está en otra parte. Se me ocurre una idea. Una muy buena. Dudo en decir nada hasta que pueda concretar los detalles. Pero la idea de que alguien viva con miedo, como mi madre, me hace hervir la sangre. Tengo una nueva hermana. Espero que tengamos una relación como la que tengo con Beth. Haría cualquier cosa por Beth. Debería estar dispuesta a hacer cualquier cosa por Sierra.

Envío un mensaje rápido, esperando que mi jefa pueda reunirse conmigo el lunes a primera hora.

Entonces, con renovada excitación, abro una botella de champán.



Capítulo Veintitres

ELLIE



El lunes por la tarde llego a mi apartamento en un flamante Toyota Camry. No es *mi* Camry. Es de alquiler. Tengo los nervios a flor de piel, y hoy me ha costado trabajar con toda la investigación y planificación que he hecho. Espero que todo valga la pena.

Subo a mi apartamento y encuentro a Sierra viendo vídeos de esquí en su portátil.

Yo: Tu vuelo no es hasta el miércoles por la noche, ¿verdad?

Ella sacude la cabeza.

Sierra: En realidad, quería hablar contigo para quedarme unos días más. La aerolínea buscó voluntarios para un vuelo posterior. Hay uno el viernes por la noche en su lugar. Si te parece bien.

Yo: Eso está aún mejor. Me preocupaba que no regresaras a tiempo y perdieras el vuelo.

Sierra: ¿Regresara a tiempo de dónde?

Pongo el llavero en la mesa junto a ella, aún nerviosa.

Ella levanta la vista.

—¿Qué es esto?

Yo: No te enfades. Sí, me entrometo. Pero viene de un buen lugar.

Sierra: ¿Me compraste un auto? Me voy del país, Ellie. No tengo donde guardarlo.

Yo: Es un alquiler. Ten paciencia. Esta es una larga historia.

Me señala la silla de al lado. Me siento e intento resumirlo todo en un texto rápido.

Yo: El auto es para que no pueda ser rastreado hasta ti. Vas a conducir hasta Chicago y a buscar a tu madre. Vas a traerla aquí. Sé que es un viaje largo, pero no quieres arriesgarte a volar. Sería capaz de rastrearte. Le conseguí un trabajo. Es solo temporal, pero es algo. Si tienes cuidado, no podrá encontrarla ni saber que fuiste tú quien ayudó.

Sierra: Ellie, te doy puntos por originalidad, y te aplaudo por querer ayudar, pero ella no puede aceptar un trabajo. Él la encontrará. Y no voy a permitir que viva contigo. Eso la pondría en peligro. Acabo de encontrarte. Es un riesgo que no correré.

Yo: No tendrá que vivir aquí. Mi jefa ha aceptado darle un trabajo en la lavandería y el servicio doméstico de mi escuela. Y no le pagarán. No quedará constancia de su empleo. La dejarán vivir allí. Es perfecto. Es el último lugar donde Grant buscaría. Si sospecha que tuviste algo que ver, pensará que te la llevaste a Nueva Zelanda.

Ellie: No tiene pasaporte.

Yo: Eso está bien. Quizá entonces no sospeche de ti. Tengo un plan. Si te vas esta noche, puedes llegar mañana después de que se vaya a trabajar. Ve disfrazada por si tiene cámaras de seguridad, que sospecho que las tiene porque es policía. Ponte una peluca y una gorra para que no te vea la cara. Mejor aún, intenta parecer un hombre para despistarlo. Ponte ropa diferente. Para en una tienda de segunda mano cuando salgas de la ciudad para recoger cosas. Si sabes dónde están las cámaras, no las mires, eso le delataría de que eres tú. Mete en una maleta solo lo que ella necesite. Consigue también una la tienda de segunda mano por si él ha puesto dispositivos de rastreo en todas las tuyas. Deja allí su teléfono móvil. Cambia su apariencia todo lo que puedas en cuanto salgas de casa por si él ha hecho carteles de persona desaparecida. Quizás también le puedas comprar una peluca en la tienda. Y ropa que no se parezca a nada de lo que ella lleva normalmente. No aparques en la entrada. Una buena cámara podría captar la matrícula. Aparca a la vuelta de la manzana si puedes. Vete rápido para poner la mayor distancia posible entre tú y Chicago antes de que llegue a casa. Tráela de vuelta aquí. Pero luego no cambies tu rutina. Llámala o envíale un mensaje de texto como lo harías normalmente para que vea que intentas ponerte en contacto con ella. Quizá incluso le preguntes si está bien o si tu padre ha hecho algo,



pero solo si es una pregunta que harías normalmente. Y envía fotos a cuando llegues a Nueva Zelanda, si es algo que harías.

Me mira, atónita.

Sierra: Has pensado mucho en esto. ¿Por qué? Ni siquiera la conoces. En absoluto.

Yo: Pienso en lo que le habría pasado a mi madre. Lo que me habría pasado a MÍ, si ella no hubiera tenido el valor de marcharse. Si un completo desconocido no hubiera intervenido cuando la vio en apuros.

Sus ojos se vuelven vidriosos.

—No sé qué decir. En serio. Me iré esta noche.

Yo: No me des las gracias todavía. El trabajo es solo temporal y un gran favor de mi jefa. Se mostró comprensiva y me confesó que su propia hermana estuvo una vez en una situación similar. Pero técnicamente, si los del gobierno vinieran a husmear, la escuela tendría problemas por ofrecer alojamiento y comida en lugar de salario, lo que no está permitido exactamente. Pero tengo la sensación de que dejará que Tara se quede hasta que encontremos otra solución. Una cosa más. Si crees que tu padre rastrea tu teléfono, déjalo aquí para que no se muestre tu ubicación en Chicago cuando ella desaparezca.

Sierra: Yo tengo mi propio plan, pero voy a dejarlo aquí de todas formas, por si acaso. Mejor prevenir que lamentar. ¿Qué dijeron Beth y Blake sobre todo esto? Eres bastante ruda, Ellie.

Yo: Solo tres personas lo saben. Tú, yo y Candance, que es la presidenta de la escuela de sordos. Nadie más puede saberlo. Por mis investigaciones, he aprendido que cuanta más gente lo sepa, aunque sea de confianza, más posibilidades hay de que se produzcan deslices y repercusiones. Esto tiene que quedar entre nosotras tres y tu madre. Es la única manera de que funcione.

Se seca las lágrimas. Luego rompe a sollozar. Me pongo a su lado y la abrazo. No sé si está aterrorizada por lo que pueda hacer su padre si las pilla o aliviada porque haya un plan para alejar a su madre de él. Lloro sobre mi hombro, con el cuerpo tembloroso. Finalmente, se calma y vuelve a su teléfono.



Sierra: ¿De verdad crees que esto funcionará? Y si funciona, ¿cómo puedo dejarla aquí sola para ir a Nueva Zelanda?

Yo: No estará sola. Me tendrá a mí. Y te tendrá a ti. Le compraremos un teléfono nuevo para que estén en contacto permanente.

Saco un fajo de billetes del bolso y se lo doy.

Yo: Usa esto. Ninguna tarjeta de crédito. Ni siquiera para gasolina en el camino. Tu padre podría rastrear tus tarjetas y averiguar dónde las usaste y reconstruirlo. No puedes dejar migajas para que las encuentre. Si aún tienes pertenencias de tu infancia en casa, déjalas. No importa lo sentimentales que sean. Si él nota que falta algo más que su ropa, podría apuntar hacia ti. Lo último que queremos es que él también te busque.

Sostiene el dinero en la mano, mirándolo con incredulidad.

—No puedo creer que estés haciendo todo esto por mí.

Yo: Esto es lo que se hace por la familia.

Se le escapa otra lágrima.

—Te quiero, Ellie. —Me abraza. Dejo que me abraze largo y fuerte. Luego le enseño a decir las palabras en LSA.



Capítulo Veinticuatro

BLAKE



Maisy se sienta impaciente en el sofá. Ha aprendido la rutina. Sabe cuándo esperar a Ellie. Cada pocos minutos, gruñe y señala la puerta.

—Pronto —le digo con señas.

Creo que lo entiende, pero tiene cuatro años. Cualquier niño de cuatro años estaría inquieto esperando algo que le hace ilusión.

Es inútil intentar distraerla con un juego. Ya lo he hecho suficientes veces como para que se dé cuenta y simplemente se irrite más. Parece que mi hija es una fuerza de la naturaleza, y cuando tiene la mente puesta en que algo suceda, no está dispuesta a aceptar nada menos.

Por eso me preocupa que Ellie llegue diez minutos tarde.

Menos mal que Maisy no sabe leer la hora o empezaría una rabieta.

Me paro detrás de ella, observando cómo sujeta a su gato de peluche con los ojos clavados en la puerta principal. Y se me ocurre que hace días que no tiene una rabieta. ¿O ha pasado una semana? Ellie dijo que disminuirían a medida que fuera capaz de comunicar sus necesidades. Pero todavía hay muchas cosas que no entiende, y a veces tengo la sensación de que camino sobre cáscaras de huevo esperando la próxima vez que arremeta. Con tan solo un poco más de un metro de altura y dieciocho kilos de peso, mi hija puede tener un arrebato como un marinero borracho de doscientos kilos.

Llaman a la puerta.

Toco el hombro de Maisy. Cuando se vuelve, sonrío y señalo la puerta.

—Ellie.

A Maisy se le ilumina toda la cara. Suelta su gato de peluche como una patata caliente y corre hacia la puerta. Ya había quitado el pestillo para que Maisy pudiera abrirla. Cuando ve a Ellie, se abalanza sobre ella, casi derribándola, y las dos se abrazan.

Ellie me mira, con culpabilidad en el rostro.

No puedo evitar sentir celos cada vez que mi hija reparte abrazos. Porque a mí todavía no me ha dado ninguno. Nunca sabrá cómo sueño con el día en que su cara se ilumine cuando entre en una habitación. Que todos los días me

despierto esperando que hoy sea el día en que decida que le gusto tanto como Ellie. Allie. Mi mamá. Que un día me ame tan ferozmente como yo la amo a ella.

Que un día nos convirtamos en la familia que nunca supe que quería.

Pensar en formar una familia me devuelve la mirada a Ellie. Recuerdo lo que sentí al tumbarme a su lado. Abrazarla. Estar dentro de ella. Y, aunque me golpee con una pluma, sé que quiero que ella forme parte de esto.

Como de costumbre, Maisy arrastra a Ellie a la mesa del comedor para enseñarle sus últimos dibujos. Y como de costumbre, Ellie se entusiasma con ellos. Si hay algo que Maisy ha dibujado para lo que aún no ha aprendido el signo, Ellie siempre aprovecha la oportunidad para enseñárselo. Hoy aprende “acera”.

Cuando Ellie va a sacar material de su bolso, agito un brazo, llamando su atención.

—¿Te has olvidado?

Aprieta los ojos.

Hago un gesto a Maisy y le digo:

—Gato.

Su expresión me dice que lo había olvidado. Hoy habíamos planeado llevar a Maisy al centro de adopción de mascotas.

—Podemos irnos —hace señas.

Maisy lo capta. Sabe lo que significa “ir”. Mira entre nosotros, emocionada por hacer otra excursión. En las últimas semanas ha conocido bastantes sitios nuevos. Además de volver a la bodega unas cuantas veces —lo que me permite trabajar más, ya que mamá siempre está cerca para ocupar a Maisy cuando aparecemos—, la hemos llevado al parque, a un restaurante y al supermercado.

Salvo en la bodega, Ellie nos ha acompañado en todo momento y nos ha enseñado los signos de todo lo que nos hemos encontrado. Nuestros vocabularios crecen día a día.

Llevar a Maisy a la tienda Truman's fue surrealista. Se le iban los ojos al ver los pasillos y pasillos de comida. Cuando pasamos por el pasillo de los snacks, se quedó mirando las filas de snacks como si nunca hubiera estado en un supermercado. Yo tuve sentimientos encontrados. Me emocionaba ofrecerle una nueva experiencia, pero me entristecía pensar que posiblemente era la primera vez que iba. Pensaba en lo que había hecho Lucinda. ¿La había dejado sola en casa cuando hacía la compra? ¿Contrató a una niñera ignorante que pudo haberla maltratado? ¿Maisy era vigilada por unos abuelos horribles que preferirían navegar por el mundo antes que estar al lado de su nieta?



Me deshago de un pensamiento aterrador —el de Maisy escondiéndose sola en un armario cuando su madre se marcha— y vuelvo a centrarme en las cosas sobre las que tengo control. Cosas como comprarle un gato a Maisy.

No se lo he dicho. Ni siquiera estoy seguro de saber cómo. Maisy se dibuja con un gato todo el tiempo. Su gato de peluche. Dudo que lo entendiera si intentara explicarle que vamos a tener uno de verdad. Y probablemente sea mejor que no lo haga, por si acaso no ocurre. Nunca he estado en un refugio de adopción antes. No estoy muy seguro del proceso.

Yo: No le he dicho nada a Maisy. Hay una caja grande en mi garaje llena de cosas que compré en la tienda de animales por si acaso.

Ellie lee mi texto y asiente. Creía que esto le haría más ilusión.

Yo: No tenemos que ir. ¿Va todo bien?

Ellie: Todo está bien. Y por supuesto que nos vamos.

~ ~ ~

El refugio de animales está justo fuera de los límites de la ciudad. No tan lejos como la bodega, pero sí más que el parque o el supermercado. La gente se vuelve y nos mira cuando llegamos. Me río y apago la música a todo volumen, maldiciéndome por haber comprado el equipo de música mejorado cuando compré el auto. Es lo único que Maisy quiere hacer cuando vamos de paseo. De hecho, guardo un par de tapones para los oídos en el portavasos.

Me hace pensar en la cita de baile que Ellie y yo tendremos dentro de cuatro días.

¿Desde cuándo cuento los días que faltan para una cita? Me giro y miro a Ellie, preguntándome —no por primera vez— qué clase de hechizo me habrá lanzado.

Le doy una palmadita en la mano a Ellie. Normalmente, cuando hago cosas así, sus ojos brillan. Pero esta vez no. Y es ahora cuando me doy cuenta de que hemos conducido todo el camino hasta aquí sin nuestras habituales miradas acaloradas. Nuestros típicos toques fugaces.

¿Qué pasó el fin de semana? Sierra sigue con ella por lo que sé. ¿Salieron? ¿Ellie... *conoció a alguien?*

La forma en que mi pecho se aprieta como si mi corazón estuviera en una prensa me hace saber que estoy mucho más metido de lo que reconocía.

Mira a su alrededor y esboza una sonrisa, pero no le llega a los ojos como de costumbre.



Sujeto a Maisy por detrás. Cuando subimos por el paseo, hay un gran cartel con el nombre del refugio, y bajo el nombre están las imágenes de varios animales: perro, gato, pato, incluso un mapache.

Maisy hace señas de algo.

Ellie deja de caminar y la mira sorprendida.

Le doy un golpecito.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho *granja* —deletrea con los dedos la palabra “granja” y me enseña el signo. Se vuelve hacia Maisy y le hace el signo—: Granja no.

Ellie: Maldita sea. Ojalá estuviéramos en una granja para no tener que decirle que está mal. Ella no entendería lo que es un refugio de animales. Pero estoy impresionada de cómo está captando las cosas. Deberías estar orgulloso.

Asiento, porque estoy totalmente de acuerdo.

—Vamos —digo y hago señas.

Maisy todavía parece emocionada.

Dentro, me presento al trabajador que está detrás del mostrador.

—Soy Blake Montana. Esta es mi hija, Maisy, y esta es Ellie. Las dos son sordas. Nos gustaría adoptar un gato para Maisy.

—Impresionante —dice el trabajador adolescente. Me tiende un portapapeles—. Rellene esto y los llevaré adentro. Todos los gatos están esterilizados y vacunados. Solo tendrá que pagar una tasa de adopción y, si quiere, también puede dejar un donativo. —Parece avergonzado de haberlo dicho. Luego añade—: Lo siento, mi jefe nos obliga a decirlo.

—No hay problema. Y estaré encantado de hacer una donación.

Relleno apresuradamente el papeleo sabiendo que Maisy está inquieta y preguntándose qué hacemos aquí.

Una vez hecho esto, el adolescente señala una puerta lateral.

—Pase por ahí.

En cuanto cruzamos la puerta, oigo ladridos. Instintivamente, miro a Maisy para ver su reacción y luego me regaño por ello.

—Los perros están todos ahí fuera —dice señalando otra puerta—. Los gatos están por aquí.

Lo seguimos hasta una hilera de oficinas. Luego, al pasar junto a unos muros de media altura que encierran corrales individuales, Maisy vislumbra a una familia sentada dentro de uno, donde un niño pequeño está jugando con un gato grande y esponjoso. Se detiene en seco y apoya la barbilla en la pared,



mirando fijamente. No sé si alguna vez ha visto un gato vivo. Vimos algunos perros en el parque. Incluso pudo acariciar a uno. Pero no parecía ni la mitad de emocionada que ahora.

Me fijo en el tamaño de la gata y le pregunto al trabajador:

—¿Tienen gatitos?

—La verdad es que no. Para cuando la gente decide que no los quiere, suelen haber crecido.

—Bueno, vamos a ver lo que tienes.

Abre una puerta. Dentro hay una jaula de alambre tras otra, cada una de ellas con un gato. Debe de haber al menos treinta. Señala el cartel plastificado de la primera jaula.

—Se puede ver la edad y la raza. Si nuestros veterinarios pueden detectar cual. A veces es solo una estimación. Si hay una marca roja en el cartel significa que el animal es agresivo. —Mira a Maisy—. Mejor que no se acerque a esos.

El tipo tiende a murmurar y no hace ningún intento de mirar a Ellie mientras habla, así que le envío un mensaje de texto con lo que estamos hablando para mantenerla al tanto.

Señalo una fecha en el cartel.

—¿Es esta la fecha de nacimiento?

—Es la fecha en que los adquirimos. Nos permite saber cuánto tiempo lleva cada uno aquí para que podamos, ya sabe, llevar la cuenta.

Se mueve incómodo. He investigado. Ya hay muy pocos refugios que no matan. Hay demasiados animales abandonados.

—¿Cuánto tiempo pueden mantenerlos, antes de... ya sabes?

—Mientras tengamos espacio. —Se encoge de hombros y mira hacia atrás como si no debiera hablar de ello—. Pero nos quedamos sin espacio muchas veces. Más del setenta por ciento de los gatos que entran en los refugios nunca son adoptados.

Ah, mierda. Echo un vistazo a la ecléctica variedad de gatos. Gordos y delgados. Peludos y sin cabello. Asustadizos y amistosos. Y la mayoría de ellos probablemente serán sometidos a eutanasia en cuestión de semanas.

Quiero mirar todas las fechas de adquisición e intentar dirigir a Maisy hacia la siguiente de la burbuja, pero no lo hago. Quiero que ella elija el que quiera.

Maisy se queda atónita. Parpadea con la boca abierta y mira a todos los gatos de un lado a otro. Se inclina y mete un dedo en una jaula para tocar a uno. Por suerte, no es uno de los que tiene una marca roja en el cartel. Me mira. Me



dirijo a todas las jaulas, sin saber si tiene idea de que le estoy preguntando cuál quiere.

Ellie y yo observamos de cerca cómo Maisy se acerca a cada jaula, evalúa al gato que hay dentro y, de vez en cuando, se inclina para meter los dedos. Algunos de los gatos se acercan, deseando que les presten atención, mientras que otros se alejan y se dirigen a la esquina más alejada.

Cuando nos encontramos con uno de los gatos agresivos, señalo la marca roja y muevo la cabeza, guiando a Maisy hacia el siguiente gato. Ella lo entiende y se salta la siguiente jaula que ve con la marca roja.

Algunos gatos reciben más atención de ella que otros. Tomo nota mentalmente de cuáles son.

El trabajador le sigue.

—Si quiere sacar uno y ver cómo se llevan, puedo ponerlos en una sala de juegos.

—Claro —le digo—. Solo dale unos minutos para que los mire todos.

Al final de la primera fila, Maisy cae de rodillas ante una jaula con un gatito. Me vuelvo hacia el trabajador.

—Creía que habías dicho que no tenías gatitos.

—Sí. Me olvidé de este. Aunque no lo querrás. Tiene un, gen, uh, defecto genital.

Arrugo una ceja.

—Un defecto *genital*.

—Ya sabes, algo que estaba allí cuando nació.

Me río.

—Querrás decir defecto congénito.

—Sí.

Observo atentamente cómo el gatito se despierta, ve a Maisy, se levanta y cojea hacia ella. Miro los datos del gatito en el cartel plastificado. Lleva aquí casi un mes. Más que la mayoría de los demás. Dice que tiene cuatro meses y que es “mestizo”. El gatito es casi completamente amarillo con una raya blanca a lo largo de su lado izquierdo, como si un pintor hubiera mojado un pincel en pintura blanca, hubiera ido a pintar una raya, se hubiera distraído y la hubiera estropeado. Parece casi una de esas rayas de monitor cardíaco, una línea horizontal que luego sube y baja desordenadamente a lo largo de su costado. Nunca había visto una igual. Aparentemente Maisy tampoco. O eso, o ella prefiere un gatito.

El adolescente tampoco se pierde la reacción de Maisy. Hace un gesto hacia el otro lado.



—Si le interesan los gatos más pequeños, por ahí tenemos uno de seis meses que podría convenirle.

Llamo la atención de Maisy y señalo a la otra gata, que todavía parece un poco gatita, parece tener un andar perfecto y está de pie en el borde de la jaula como si esperara la llegada de Maisy después de haberla visto saludar a todas las demás.

Maisy ignora mi gesto y vuelve con el gatito amarillo. Ellie me da un codazo.

—Quiere este —me hace señas.

Inseguro, pregunto al trabajador:

—¿Podemos sacar a este?

Ladea la cabeza.

—¿En serio?

Casi puedo oír el pensamiento en su cabeza: *¿quiere este dañado?*

—Sí, de verdad —digo, quizá con demasiada dureza—. Ella quiere ver este. ¿Es eso un problema?

—No. —Abre la jaula, agarra al gatito, que parece más que contento de salir de su cautiverio, y nos pide que lo sigamos.

Maisy no mira a ninguno de los otros gatos. Salta junto al trabajador adolescente, sin perder de vista al gatito, vigilándolo de forma protectora mientras el trabajador nos lleva de vuelta a través de la puerta y a una sala de juegos.

No estoy seguro de que Maisy sepa lo que está pasando. Señalo al suelo.

—Siéntate —señalo—. Espera.

Tiene los ojos desorbitados. Da saltitos y se tumba en el suelo con las piernas cruzadas. Cuando el adolescente coloca al gatito en su regazo, la emoción se apodera de ella. Tengo un poco de miedo por la bola de pelo cuando Maisy lo aprieta contra su pecho, pero el gato ronronea, parece que le encanta la atención. Maisy debe sentir la vibración. Parece sorprendida y entonces sus manos recorren el cuerpo del gatito de arriba abajo.

Ellie y yo nos miramos y sonreímos.

Un veterinario viene y habla con nosotros mientras Maisy juega con el gatito.

—Me complace ver que alguien se interesa por éste —afirma.

—Maisy ya está enamorada —le digo—. ¿Puede hablarme de su pierna?



—Tiene una deformidad angular en las extremidades. Presente al nacer muy probablemente, pero como se hizo más pronunciada, supongo que los dueños anteriores no quisieron ocuparse de ello.

—¿Estará bien?

—Es un gatito feliz y bien adaptado. No le ha impedido andar y jugar, pero a medida que envejece es probable que sea más sedentario y que desarrolle artritis. Aparte de eso, es como cualquier otro gatito. —Se vuelve hacia Maisy—. ¿Te gusta este, jovencita? Se nota que le gustas mucho.

Cuando Maisy no levanta la vista, le digo al veterinario:

—Mi hija es sorda.

La sorpresa cruza su rostro por un instante antes de ser reemplazada por una sonrisa.

—Una pareja hecha en el cielo, entonces.

Miro a Maisy y al gato. *¿Es por eso? ¿Por eso eligió a este? ¿Porque es “diferente” como ella?*

—Nos quedamos con este —le digo a Ellie.

Ella asiente. Comprende. No hacen falta más palabras.

El adolescente me trae más papeles para firmar y, media hora después, estamos listos para irnos.

—Vamos —hago una seña después de tocar a Maisy para llamar su atención.

Mira al gatito y frunce el ceño. Se le escapa una lágrima mientras le tiende el gato al trabajador adolescente.

Miro a Ellie.

—Ella no sabe que estamos aquí para llevarlo a casa. Ella piensa que esto era solo para jugar. Como un zoológico de mascotas.

Me siento a su lado y vuelvo a poner al gato en su regazo. Hago una seña:

—Lo llevamos.

Creía que sabía “llevar”, pero parece confundida.

Ellie saca un bloc de dibujo de su bolso, hace rápidamente un boceto y se lo entrega a Maisy. Es el típico dibujo de mi casa, Maisy y yo dentro, con Maisy sujetando a su gato de peluche. Pero Ellie dibujó otro gato, uno pequeño y amarillo, junto a los pies de Maisy. Incluso ha hecho una pata un poco más corta que las otras. Señala al gato amarillo del dibujo y luego al gatito.

—Lo llevamos —dice por señas.



Los ojos de Maisy van del dibujo al gatito, vuelven al dibujo y luego me miran a mí. Levanta una ceja. Ahora lo hace a menudo. Supongo que es su forma de pedirme permiso.

—Sí —señalo—. Lo llevamos a casa.

No sé si todavía no lo entiende o si está en estado de shock, pero se queda completamente inmóvil. Entonces, todo mi mundo cambia porque deja al gatito en el suelo y se sube a mi regazo, rodeándome con sus bracitos.

Intento mantener la compostura mientras recibo el primer abrazo de mi hija, pero la emoción me vence. Me entierro entre sus rizos y dejo que las lágrimas rueden por mi mejilla. Debo de parecer una nenaza certificada. Menos mal que Lucas y mis amigos no están aquí para ver mi ridículo espectáculo.

Cuando levanto la vista, Ellie también está llorando.

Después de que Maisy se baje de mi regazo, saco mi teléfono.

Yo: Juro por Dios que le voy a dar el mundo a esa chica.

A Ellie se le saltan las lágrimas y sonrío cuando le entrego mi tarjeta de crédito al trabajador y hago una donación importante.



Capítulo Veinticinco

ELLIE



Ver a Maisy y al gatito es surrealista. Juraría que ambos tenían la misma mirada distante en los ojos, pero ahora que están jugando juntos, la mirada ha desaparecido, sustituida por otra cosa. Pura alegría.

—El gato necesita un nombre —le digo por señas a Blake.

—Dejaré que Maisy le ponga nombre.

Yo: Puede que solo le llame gato. Los nombres propios son nuevos para ella. Puede que le resulte más fácil si eliges uno.

Se encoge de hombros y observa a los dos jugar. Inclina la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro y se frota la barbilla con los dedos.

—¿Qué tal Rayo? —deletrea el nombre con los dedos.

Miro la raya blanca en el costado del gatito. Parece un rayo.

—Perfecto —le comento por señas. No tengo que deletrearlo. Él conoce el signo. Y por la mirada intensa y lujuriosa que me dirige, sabe que yo sé que lo sabe. Me ruborizo.

Maisy y Blake pasan la siguiente media hora aprendiendo las señas de todos los utensilios para gatos. Decidimos, para simplificarle las cosas a Maisy, llamar a la caja de arena el retrete del gato.

Yo: Deberías responsabilizarla de hacer algo por Rayo. Tal vez darle de comer. Mantener su cuenco de agua lleno.

Blake: ¿No es un poco joven para eso?

Yo: En absoluto. Los niños son capaces de hacer mucho más de lo que la mayoría de los padres suponen. Será bueno para ella. Necesita sentir que está contribuyendo. Sé que quieres mimarla, Blake. La ves como una frágil florecita. Dijiste que querías darle todo. Pero no puedes mimarla porque es sorda. Demasiados padres cometen el error de tratar de sobre compensar. Incluso mis propios padres eran culpables de ello de vez en cuando.

Blake: No voy a mimarla porque sea sorda. Voy a mimarla porque eso la hace feliz y hacerla feliz se ha convertido en la misión de mi vida.

Este hombre. ¿Cómo es que cada vez que dice algo encantador como eso, especialmente cuando se trata de su hija, es como si estuviera disparando una cuerda directamente a mi corazón?

Si no conociera su desagradable pasado, diría que es un guardián.

Yo: Bueno, parece que Rayo la hace feliz.

No puedo evitar acordarme del abrazo. El abrazo que se gestó durante más de un mes. Siento que fue solo el comienzo. Y espero que Blake se dé cuenta de que Rayo no es el único en la vida de Maisy que la hace feliz. Veo el vínculo que Blake y Maisy están formando. Cada día es más fuerte. Se está volviendo palpable. Puede que alguien de fuera se dé cuenta porque no es el vínculo instantáneo que uno esperaría cuando conoce a su hijo por primera vez, pero está ocurriendo. Lenta y seguramente. Día a día. Momento a momento. Se están convirtiendo en una familia.

Blake saca la bolsa de comida para gatos y un vaso medidor. Le enseña a Maisy cómo recoger la comida y verterla en el cuenco.

Me hace gracia lo mucho que Blake se preparó para tener una mascota. Los cuencos de comida y agua tienen grabadas las huellas de las patas del gato. Ambos están encajados en un intrincado soporte metálico elevado del suelo unos centímetros.

Maisy echa una cucharada de comida en el cuenco de la izquierda y mira a Blake en busca de aprobación.

Él asiente, le da el segundo cuenco y señala el fregadero. Ella se acerca corriendo, se sube al taburete que hay delante y llena el cuenco hasta arriba. El agua sale a chorros a cada paso que da por la habitación. Cuando se da cuenta del desastre que ha hecho, se le borra la sonrisa y mira a Blake, asustada.

En cuanto ve su cara, sé lo que está pensando. Sobre todo, porque yo estoy pensando lo mismo. *¿Solía meterse en problemas por hacer desastres?*

Coge un trapo, limpia el agua derramada, sonríe y le frota la punta de la nariz con él.

Se relaja y coloca el cuenco con cuidado en el soporte. Pero el soporte está inclinado, así que el agua se escurre. Intenta quitarle el paño a Blake, pero él no lo suelta y empiezan a jugar al tira y afloja. Pronto, ambos sonríen y ríen. Me aparto y observo cómo viven este momento, sin subestimar su importancia.

Hoy ha sido un día decisivo en su relación. Ha bastado un gatito no deseado para unir a padre e hija.

—¿Cena? —Blake pregunta un poco más tarde.



Miro el reloj de la pared de su salón. Ya ha pasado la hora a la que normalmente me voy. Me pregunto si es porque he estado disfrutando mucho viendo a Maisy, o si estoy intentando pasar el rato para no pensar en Sierra.

—Debería irme —hago señas.

Blake: No, no lo hagas. Sé que piensas que comer aquí enviará a Maisy el mensaje equivocado. Pero no estoy listo para que te vayas. Quédate. No porque sea tu trabajo, sino porque quieres. Le daré una cena rápida. Podemos hablar.

Cedo, feliz por la distracción.

Mientras él prepara una cena rápida a base de queso a la plancha, brócoli y puré de manzana, yo estudio un mapa en mi teléfono. El viaje a Chicago dura doce horas. Si se tienen en cuenta las paradas para repostar y comer, puede llevar hasta catorce. Su plan era llegar antes de que Grant se fuera a trabajar, aparcar a la vuelta de la esquina y verlo marcharse. Eso significa que lo más probable es que ya haya salido de Nueva York.

La ansiedad me sube por la espalda. ¿He cometido un error al meterme en los asuntos de su familia? ¿La he puesto en peligro? ¿En qué estaba pensando? Después de pensármelo dos veces, le envío un mensaje de texto con la esperanza de alcanzarla antes de que se vaya. Quizá tengamos que pensarlo un poco más. Miro fijamente mi teléfono sabiendo que la falta de respuesta significa que ya se ha ido. Y no tengo forma de ponerme en contacto con ella. No hay forma de saber dónde está, si ha conseguido salir con su madre o cómo les va. Debería haberle pedido que se detuviera en el camino y se comunicara conmigo. Mejor aún, debería haberle comprado un teléfono nuevo para que pudiéramos comunicarnos.

Una mano se posa en mi hombro.

—¿Qué pasa? —Blake pregunta.

No digo nada. Me quedo mirando a Maisy y veo cómo ni siquiera deja al gato para comer. Lo sostiene en su regazo, comiendo con una sola mano.

Blake: Sé que algo te está molestando, El. Llevo toda la tarde coqueteando contigo y es como si no estuviera aquí. ¿Hay algo que necesites decirme?

Trago saliva. Debería decírselo. Debería decírselo a *alguien*. Pero entonces pienso en lo que he leído antes. Sobre cómo con cada persona a la que se lo cuento, aumentan las posibilidades de que las víctimas de abusos sean localizadas por sus agresores. No puedo decírselo. Por mucho que quiera.

Blake: En serio, ¿qué está pasando? Definitivamente no eres la de siempre. ¿Has conocido a alguien más y tienes miedo de decírmelo?



Sacudo la cabeza con vehemencia. Quizá demasiado. Me calmo.

Yo: No es eso.

Blake: Bien. Porque no puedo decirte lo mucho que he querido besarte toda la noche. Esa blusa te queda muy bien. Y ahora que sé lo que hay debajo...

Es difícil no sonreír mientras se me calienta la cara.

—Ahí está —dice, con los hombros temblorosos mientras se ríe.

Yo: Lo siento. He estado distraída.

—¿Trabajo? —pregunta.

Sacudo la cabeza.

—¿Sierra?

Debo dudar un momento de más.

—Es Sierra, ¿verdad? ¿Pasó algo? ¿Se fue?

Vuelvo a sacudir la cabeza, aunque sea mentira.

Yo: Supongo que me siento un poco abrumada. Nueva ciudad, nuevo trabajo, nueva hermana, nuevo todo.

Levanta una ceja.

—¿Hombre nuevo?

Suspiro. ¿Por qué dice cosas así cuando sabe que lo nuestro no va más allá de la cama?

Rayo se escabulle del regazo de Maisy y ella corre a seguirle.

Blake posa una mano en mi antebrazo. Maisy no está mirando, así que la deja ahí y me pasa el pulgar por la piel. Se me pone la piel de gallina al sentir su tacto. Dice que lleva toda la noche queriendo besarme. No tiene ni idea de lo mucho que he pensado en besarlo. Cómo cada noche desde que estuvimos juntos, pienso en estar con él otra vez. Me pregunto si será tan increíble como la primera vez.

Simultáneamente, sin embargo, los pensamientos de cómo terminará me bombardean. Solo seré otra muesca en su cinturón. Lo cual está bien... o lo estaba.

¿Cuándo dejó de estar bien?



Capítulo Veintiseis

BLAKE



Maisy se queda dormida en el sofá justo después de comer, con Rayo todavía en su regazo.

Una pareja perfecta.

—Voy a acostarla —le digo a Ellie.

Extraigo con cuidado al gato de los brazos de Maisy, pero cuando la levanto, se despierta e inmediatamente lo busca.

—Hora de dormir —signo lo mejor que puedo con una mano.

—Gato —hace señas.

Me vuelvo hacia Ellie.

—Creo que quiere que el gato duerma con ella.

Se encoge de hombros y extiende las manos como preguntando *¿por qué no?*

Supongo que estará bien. No es como si Maisy fuera una bebé que puede ser asfixiada. Probablemente sea Rayo quien deba preocuparme. Pero él lo ha hecho bien y parece estar completamente feliz con su asfixia.

Me inclino, lo agarro con la mano libre y lo vuelvo a poner en sus brazos.

En su habitación, pongo a Rayo en la cama y señalo el cuarto de baño. Maisy ya conoce toda la rutina de la hora de acostarse y se prepara muy bien. Incluso dejo que se cepille los dientes, aunque por las mañanas la ayudo para asegurarme de que lo hace bien, algo que estoy seguro de que no ha hecho esta noche, ya que ha vuelto corriendo a la habitación y ha saltado a la cama en un tiempo récord.

—¿Te lavaste los dientes? —pregunto, haciendo el movimiento.

Se enseña los dientes y me los enseña. Tomaré eso como un sí.

—¿Te has lavado las manos? —pregunto, imitando la tarea.

Me acerca una mano a la nariz. Percibo el aroma afrutado del jabón de manos.

—Buena chica —le digo con señas.

Acurruca a Rayo de la misma manera que siempre ha acurrucado a su gato de peluche cada noche cuando nos acomodamos para mirar un libro. El pobre juguete de trapo está apoyado en la pared, olvidado. Casi me da pena. Me pregunto si alguna vez tuvo nombre o si Maisy también lo llamaba "gato". Por otra parte, por aquel entonces ni siquiera sabía lo que era un "gato". No sabía que *nada* tenía nombre. No conocía las letras ni las palabras. Toda su vida eran dibujos.

Qué solitario debió de ser para ella vivir dentro de su cabeza cuando ni siquiera podía pensar con palabras.

Maisy palmea el libro varias veces para llamar mi atención. Por supuesto, eligió uno sobre un gato. Creo que ya tenemos unos veinte.

Le entra sueño, pero aún hay un atisbo de sonrisa en su cara. Oigo ronronear a Rayo y entiendo por qué. Al igual que la música del auto, a Maisy le deben encantar las vibraciones que produce cuando está contento. Los miro a los dos, cada uno una especie de inadaptado. No por limitaciones, sino porque no han encontrado su lugar en el mundo. Bueno, Rayo ha encontrado el suyo. Y espero por Dios que Maisy haya encontrado el suyo.

Me entristece cada vez que pienso en la posibilidad de que todo esto sea algo a corto plazo. Que Lucinda salga de rehabilitación y quiera recuperar a Maisy. Mi única esperanza es que vea lo bien adaptada que está y no busque la custodia. Tal vez Maisy pueda vivir aquí permanentemente.

¿Me opondría a compartir la custodia si Lucinda aceptara dar un paso adelante y satisfacer las necesidades de Maisy? Sí, pienso, mirando a mi hija dormida, claro que me opondría. Quiero ser yo quien le lea libros. El que la lleva al colegio. El que... con el tiempo, incluso la llevará al altar algún día.

La amo. La amo tanto. Quiero decírselo. Conozco la seña. Pero ella no entenderá el significado. Es inteligente, pero todavía tiene mucho que aprender. Las emociones son difíciles de explicar a una niña que tiene un vocabulario limitado. Pero anhele decírselo. Decirle que la quiero y que aquí estará segura. Que siempre estaré aquí para ella. Pero hasta que las palabras y la seña no signifiquen algo para ella, será inútil.

Miro hacia la puerta abierta, recordando quién me espera en la otra habitación, y por un momento me pregunto si Maisy es la única a la que anhele signarle esas palabras. *Jesucristo, ese pensamiento me golpea* como una tonelada de putos ladrillos. ¿Podría estar realmente enamorado? Es un pensamiento ridículo. Nos conocemos desde hace poco tiempo. Solo hemos tenido una cita.

Pero aun así, lo siento. Como hago con Maisy. Juro que puedo sentirlo hasta el fondo de mi alma.



Guardo el libro. Luego, como Maisy está medio dormida, hago algo que nunca he hecho: me inclino y le beso la frente. Su frente suave, lisa, pequeña y asombrosa. Me quedo un segundo para no asustarla. Cuando me alejo, tiene los ojos abiertos. Cambia a Rayo de lado y se inclina hacia mí, rodeándome el cuello con las manos.

Tal vez todavía me está dando las gracias por el gato. Tal vez piensa que eso es lo que haces después de que alguien te besa. O tal vez... tal vez está empezando a sentir por mí lo que yo siento por ella.

—Buenas noches —señalo sin hablar. Porque ahora mismo estoy seguro de que ninguna palabra podría superar el nudo de felicidad que tengo en la garganta.

Apago su luz y observo desde la puerta cómo se acurruca a Rayo en lo que parece ser un abrazo muy recíproco. Y por primera vez, sé que puedo hacerlo. Puedo ser un buen padre. Incluso puedo ser el padre que ella necesita.

Estoy listo.

~ ~ ~

Después de recomponerme en el baño —porque intento impresionar a Ellie, no hacerla huir de un niño demasiado emotivo—, salgo de nuevo al salón.

Algo va mal. Tiene la mirada perdida en su teléfono. Ha estado más reservada de lo normal. Distante. Sin embargo, son más de las siete y ella todavía está aquí. Nunca se queda hasta tarde. Eso tiene que significar algo.

Después de unos largos momentos, me ve de pie en la habitación y deja el teléfono.

—¿Quieres hablar? —me pregunta.

—No conozco el signo de lo que quiero —le digo. Me acerco a grandes zancadas, me cierno sobre ella y me inclino, atrapándola en el sofá con un brazo a cada lado—. Así que te lo enseñaré.

Mis labios se posan sobre los suyos. Ella vacila, pero luego su boca se abre y me devuelve el beso con fervor. Acomodo mi cuerpo entre sus piernas, con las rodillas en el suelo, y nos besamos así durante un buen rato. No recuerdo una sesión de besos como ésta. Espero que sea la primera de muchas.

La agarro por los muslos y tiro de ella hacia el borde del sofá hasta que sus partes buenas se encuentran con las mías. No parece importarle que me la esté follando en seco aquí mismo, en mi sala de estar. Si tuviera que adivinar, diría que lo está disfrutando tanto como yo.



Me encantan los maullidos guturales que salen de ella. Me pregunto si sabe cuándo hace ruido. Una pregunta que me ronda la cabeza desde hace tiempo por fin sale de mí. Me inclino hacia atrás y la miro a los ojos.

—¿Has intentado hablar alguna vez?

Su boca se convierte en una fina línea y mira hacia la pared. Está irritada porque le he preguntado. Inmediatamente saco mi teléfono.

Yo: Lo siento. No pretendía presionarte ni nada de eso. Ni siquiera estoy seguro de si es grosero preguntar. Es solo que hay todos estos increíbles sonidos sexy saliendo de ti. Me preguntaba si sabías que estaban sucediendo. La pregunta simplemente surgió.

Se sonroja.

Ellie: Puedo sentir ligeras vibraciones. Pero no sabía que los ruidos eran audibles. Lo siento.

Yo: ¿Estás de broma? No lo sientas. Esos ruidos me excitan muchísimo.

Me mira como si estuviera loco. Me señalo la parte delantera de los pantalones y ve claramente el contorno de mi erección. Se sonroja aún más.

Ellie: Hablo con mi familia. Pero eso es todo.

Sorprendido de que hable, se me desencaja la mandíbula.

—¿Hablas?

Ellie: Todos los sordos podemos aprender a hablar, Blake. Solo es cuestión de que elijamos hacerlo o no.

—¿Puedes hablar conmigo?

Sacude la cabeza con fuerza. Es el movimiento más deliberado y expresivo que le he visto, y me advierte de que he traspasado algún tipo de límite prohibido.

No vuelvo a preguntar. Si se sintiera cómoda hablando, lo haría. Y es evidente que no lo está. Trato de no ofenderme porque la hermosa mujer que tengo delante no sienta lo mismo por mí que yo por ella.

—Basta de hablar —digo—. Más besos. Espera. Muéstrame el signo de beso.

Se lleva los dedos a la boca, tocándosela antes de subirlos y tocarse la mejilla.

Le devuelvo la señal.

Ella asiente con su sello de aprobación.

En silencio, signo:



—Quiero besarte.

—Muy bien —señala con orgullo como una auténtica profesora.

—¿Cuál es mi recompensa? —pregunto con palabras.

Me estudia los labios, se lame los suyos y se inclina hacia delante. Me encanta cómo lee mis labios. Parece que sabe leer los míos mejor que la mayoría. *Una pareja perfecta*, oigo en mi cabeza mientras la rodeo con los brazos y la beso.

Una parte de mí quiere más. Quiere lo que tuvimos la otra noche. Pero extrañamente, otra parte de mí está perfectamente contenta con esto. Sus labios. Nuestra cercanía. Estar aquí con ella en este momento. Saboreando cada minuto que estamos juntos.

Por desgracia, la parte que quiere más está palpitando dolorosamente contra la bragueta de mis pantalones.

Me alejo, limpiándome un dedo bajo la boca.

—¿Debería llamar a Allie?

Se lo piensa un segundo y sacude la cabeza.

—Tengo que irme —hace una seña.

Yo: Estoy diciendo todas las cosas equivocadas esta noche.

Ellie: No eres tú. No estoy bien ahora mismo. Tengo cosas en la mente.

Al menos después de nuestro maratón de besos, estoy bastante seguro de que lo que tiene en *mente* no tiene que ver conmigo.

Me paro.

—¿Nos vemos mañana después de clase?

—Sí. —Ella mira hacia el pasillo—. Me alegro por ti y Maisy.

—Yo también. Me abrazó otra vez. Antes de irse a dormir.

Hace el signo de aplaudir y sonríe alegremente. Luego hace el signo de «increíble».

Yo: TÚ ERES increíble. Nada de esto estaría pasando si no fuera por ti.

Ellie: Alguien más habría sido igual de útil. Solo hago mi trabajo.

La miro fijamente.

Yo: ¿Es eso cierto, El? ¿Te quedaste hasta tarde esta noche porque es tu trabajo?



Ellie: Tengo que irme.

—¿Viernes? —le pregunto por señas.

Hace un pequeño movimiento de baile que me hace reír.

Yo: Estaré contando las horas.

Ladea la cabeza como si fuera un concepto extraño. Como si un hombre no pudiera esperar algo tanto como una mujer.

Como si no fuera consciente de los intensos sentimientos que siento por ella.



Capítulo Veintisiete

ELLIE



Miro fijamente el reloj de mi despacho. Las tres y media de la tarde.

Han pasado casi cuarenta y ocho horas desde que Sierra se fue. Estaba segura de que volvería esta mañana. Todo tipo de escenarios pasan por mi cabeza. ¿Y si Grant no fue a trabajar ayer como esperaba? ¿Y si volvió a casa cuando intentaban irse? ¿Y si las siguió y cumplió su amenaza de matar a Tara si se iba? ¿Y si hubiera perdido a mi hermana antes de que tuviéramos la oportunidad de *ser* hermanas?

¿Y si acabo de cometer el peor error de mi vida?

Un movimiento junto a la puerta me llama la atención. Seth Kingsley, otro profesor de aquí, está encaramado a mi puerta abierta. Nos conocimos en Gallaudet hace años, cuando yo era una estudiante de primer año y él un estudiante de posgrado de AT.

—¿Estás bien? —hace señas.

Asiento.

Me señala una silla frente a mi mesa y lo invito a pasar.

—¿Sabes lo que necesitas? —pregunta.

Cierro el portátil.

—¿Qué?

—Tacos.

—¿Tacos? No es martes.

Se ríe.

—Igual. El pub Donovan's hace los mejores tacos de gambas que he probado.

—Aún no he estado allí.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Más de un mes.

Se pone de pie.

—Nadie debería pasar tanto tiempo sin probar los famosos tacos de Donny. Estaba pensando en ir después del trabajo. ¿Me acompañas? También tienen unas margaritas de muerte.

Desde que me mudé aquí, solo he aceptado una invitación a tomar algo. Y fue de mi jefa la primera semana que estuve en el trabajo. Seth y algunos otros me han invitado, pero sus días terminan a las cuatro y los míos no termina hasta las seis. Lo que me recuerda que tengo que empezar a prepararme para mi cita con Blake y Maisy.

—Trabajo —señalo—. Voy de camino a ver a un alumno. Seguro que te diviertes con los demás.

—Trabajas demasiado. —Se levanta y va hacia la puerta, girándose para decirme una última cosa—. Para que quede claro, te estaba pidiendo una cita, Ellie. No hay ninguna otra.

Oh. Arrugo la nariz con culpabilidad, sintiéndome estúpida por no haber captado ninguna vibración de él. Es soltero. No tiene una ex en rehabilitación. No tiene hijos de relaciones pasadas. Parecería la opción segura. Es alto, moreno, guapo... y sordo.

Es perfecto para mí.

Entonces, ¿por qué no siento nada cuando lo miro? Me encojo de hombros.

—Lo siento.

Se agarra el pecho como si lo hubiera herido de muerte. Luego guiña un ojo y se marcha.

Mi escritorio vibra y miro mi teléfono. ¿Blake está... *llamando*? Agarro el teléfono y lo miro fijamente. ¿Por qué me llamaría Blake? Se me acelera el corazón. ¿Ha habido una emergencia con Maisy? Voy a enviarle un mensaje, pero antes de que pueda escribirlo, aparece un mensaje de Blake. Y hay una foto adjunta.

Blake: ¡Mira lo que llegó en el correo!

Acerco la foto. Es el nuevo certificado de nacimiento de Maisy. Y aparece Blake Montana como el padre.

Yo: ¡Vaya! Me alegro mucho por ti.

Blake: Esperemos que el siguiente paso será cambiar su nombre. Escucha, pensé que en lugar de nuestra sesión regular en mi casa podrías unirme a nosotros para una celebración. Estaba pensando en Donovan's.

De acuerdo. Guau. Dos invitaciones de dos hombres calientes. Al mismo lugar. Sí, Calloway Creek es definitivamente un pueblo pequeño.



Probablemente no sea una buena idea salir a comer con Blake y Maisy. Ha sido mi objetivo no enviarle señales equivocadas. Finalmente se está asentando con él. Se están convirtiendo en una familia. Compartir una comida conmigo podría ser confuso.

¿Por qué, entonces, mis dedos toman cartas en el asunto y le contestan antes de que mi cerebro pueda protestar?

Yo: Me parece estupendo. ¿A qué hora?

~ ~ ~

Me acerco al bar pensando que esto era exactamente lo que necesitaba hoy, algo que me distrajera de Sierra y su madre. Ha pasado demasiado tiempo, y lo sé. Si mañana no están en casa, no tendré más remedio que acudir a las autoridades. Sierra sale del país el viernes. Seguramente necesita tiempo para prepararse. Si no regresa, es porque hubo un problema. Y no el tipo de problema de un neumático pinchado. Del tipo de vida o muerte.

Al entrar en el restaurante, hago un barrido visual, feliz de no ver a Seth. Habría sido muy incómodo. Pero entonces me siento incómoda al ver a Blake y Maisy sentados en una gran mesa con familiares y amigos.

Así que Blake no te estaba pidiendo una cita.

Este asunto con Sierra me tiene malinterpretando todo tipo de señales. Por supuesto que querría celebrar esto no solo conmigo. Diablos, invitarme podría haber sido una ocurrencia tardía.

Maisy me ve y se queda boquiabierta. Debe de haber chillado o algo así, porque todos en la mesa dejan de hacer lo que están haciendo, la miran, la ven mirar hacia aquí y luego todos los ojos se posan en mí.

No se me escapa que Sarah y Allie comparten una mirada divertida cuando me ven acercarme.

Allie se levanta de un salto y me ofrece su silla, que está justo enfrente de la de Blake. Me presentan a varias personas que no conocía: Cooper Calloway y su esposa, Serenity. Dax Cruz. Y un grupo de primos de Montana, junto con los tíos de Blake. La última persona que conozco es Lissa, la prometida de Lucas.

Saco mi teléfono.

Yo: Dale mis felicitades a Lissa por su próxima boda.

Cuando Blake transmite el mensaje, Lissa se vuelve hacia mí.

—Deberías venir.

Como no estoy segura de haber leído bien sus labios, le muestro a Blake una expresión de incertidumbre.



Blake: Parece que has sido invitado a la boda.

—¿Yo? —me señalo—. ¿Por qué?

Blake: Creo que ella asume que estamos saliendo. Creo que mucha gente aquí asume eso, El.

Miro a mi alrededor y veo que la mayoría de la gente me observa. Hago una seña:

—Supongo que deberías....

Una mano me toca la rodilla por debajo de la mesa.

Blake: Debería, ¿qué? ¿Decirles que están equivocados? Vamos, ven conmigo. Será divertido. El evento del año.

Lissa le dice algo a Blake, pero gira la cabeza, así que no lo capto. Pero sí capto su respuesta.

—Ellie dice que gracias por la invitación y que estará encantada de ir.

Le doy una patada por debajo de la mesa.

—¿En serio? —señalo.

Responde con una sonrisa arrogante.

Pongo los ojos en blanco.

Allie capta mi atención y empieza a hacer señas, mostrando sus nuevas habilidades en LSA. Me impresiona lo mucho que ha aprendido.

Hay platos y más platos de comida sobre la mesa, y me estoy metiendo un segundo taco en la boca cuando miro y veo a Seth Kingsley entrando por la puerta principal seguido de su compañero Jake McSweeney. Seth deja de caminar cuando me ve. Sacude la cabeza, mira hacia otro lado y se sienta en un reservado al otro lado del restaurante, de espaldas a mí.

Siento que mido unos cinco centímetros. Le dije que tenía que trabajar. Técnicamente, estoy en una “visita a domicilio”.

—Perdona —le hago una seña a Blake y me levanto.

Cruzo el restaurante de camino al baño y me detengo en la mesa de Seth. Saludo a Jake y luego le digo a Seth:

—Lo siento. Estoy trabajando. Más o menos. Hubo buenas noticias sobre Maisy y me pidieron a última hora que viniera a celebrarlo.

—No me debes una explicación —me dice por señas.

—No quería que pensaras que esto era algo que no es.

—¿Así que no estás saliendo con Blake Montana? —Levanta una ceja.



Miro detrás de mí. Los ojos de Blake están pegados a mí. O más exactamente, a Seth. Me vuelvo y sacudo la cabeza. Pero no debo de ser muy convincente.

—Cuidado con él —advierte Seth—. Tiene una reputación. Que le dejen en la puerta a una niña de la que no sabía nada debería decirte qué clase de hombre es.

Levanto las manos para defender a Blake, pero decido no hacerlo, preguntándome si Seth simplemente me está cuidando o si está... celoso. La forma en que Seth me mira y luego hacia donde está sentado Blake me hace pensar en lo segundo. Si es así, nada de lo que diga cambiará las cosas.

—Disfrutan de su cena —le digo, y me dirijo al baño.

Cuando salgo, Blake está apoyado en la pared frente al baño de damas. Señala con la cabeza una puerta a su izquierda, la abre y espera a que le siga. Acabamos en el despacho del restaurante.

—¿Quién es ese tipo? —pregunta.

—Trabaja en la escuela.

—No parecía feliz.

Me encojo de hombros.

—Me pidió una cita.

Entrecierra los ojos. Hice un signo que él no conoce. Deletreo con los dedos: Cita.

Retrocede.

—¿Te invitó a salir?

Asiento.

—¿Ahora mismo? ¿Cuando estás aquí conmigo? —Se clava con fuerza un dedo en el pecho.

Yo: Para ser justos. No estoy aquí CONTIGO. Soy parte de una gran celebración para Maisy. Pero no, no justo ahora. Vino a mi oficina antes y me preguntó.

—¿Y qué le dijiste? —Se cruza de brazos, esperando.

Es difícil no reír o incluso sonreír. ¿Blake está celoso? No pensé que eso le pasara a... tipos como él.

Yo: Le dije que no salgo con nadie. Con nadie.

Es mentira. No le dije eso. Y no estoy muy segura de por qué lo dije.

—Semántica —creo que dice—. No es salir, pero... —Sus labios dejan de moverse y hace el signo de—: follar.



Me quedo boquiabierta y le doy un manotazo en las manos.

—¿Qué? —dice—. Es verdad. O lo era la semana pasada. Espero que vuelva a ser verdad el viernes.

¿Por qué cada vez que Blake habla de sexo se me encienden las mejillas?

Sonríe y hace la señal de mi nombre.

—Tomaré eso como un sí. —Se acerca a mí, me aprieta contra la pared y se inclina para besarme.

Sus labios son firmes, cálidos y tentadores. Y completamente equivocados para mí. El chico de la cabina es el adecuado para mí. Él es quien entiende lo frustrante que es cuando la gente que te escucha no te incluye en las conversaciones. Él es quien entiende lo vulnerable que me siento cuando utilizo mi voz.

Pero mientras la boca de Blake devora la mía, ¿cómo es que solo puedo pensar en lo mucho que me pone *este hombre*?

Un movimiento a mi derecha me sobresalta. Cooper Calloway entra en el despacho. Levanta las manos.

—Lo siento. —Luego sale por la puerta.

Blake: Atrapado con las manos en la masa. Supongo que ya no hay vuelta atrás.

Estoy mirando su mensaje, preguntándome qué significa, cuando recuerdo la llamada que me hizo antes.

—¿Por qué me llamaste antes? —pregunto.

Parece culpable, y puede que haya dicho una palabrota en voz baja.

Blake: Fue un error estúpido. Estaba tan emocionado por compartir la noticia del certificado de nacimiento de Maisy que se me olvidó. No me di cuenta de mi error hasta que oí el saludo del buzón de voz robótico.

Antes de que termine de leer el texto, me envía otro.

Blake: Quiero decir, no me olvidé de que eras sorda, El. Es que... mierda... lo siento.

Yo: No pasa nada. A veces olvido que puedes oírme.

Levanta la vista.

—¿En serio?

Yo: Me paso el día haciendo señas a compañeros y niños. Así que, sí, a veces me olvido de que cuando llego a casa no todo el mundo es sordo.



Se ríe entre dientes.

—Pensé que solo te gustaba desafiarme con complicadas conversaciones en LSA.

Me río.

—También eso.

—Entonces, ¿estamos bien?

Ladeo la cabeza.

Blake: ¿Estamos bien? ¿Soy el único con el que “no” sales?

Pongo los ojos en blanco.

Yo: Sí, Blake. Eres el único con el que NO estoy saliendo.

Se inclina para darme otro beso. Es solo un beso, pero me dan ganas de acelerar el tiempo para NO salir con él el viernes.

—Deberías haber traído a Sierra.

Y, ahora la realidad golpea de nuevo. Casi había pasado cinco minutos enteros sin pensar en mi nueva hermana.

Me encojo de hombros y hago una seña:

—Vamos.

Me coge la mano como si fuera una costumbre. Entonces los dos bajamos la mirada, sorprendidos por su gesto. Me suelta y se golpea la frente con la palma como diciendo «¿en qué estaba pensando?»

Trago saliva, porque por un momento no quiero apartarme. Entonces veo la advertencia de Seth en mi cabeza y sé que apartarme es exactamente lo que debería hacer.



Capítulo Veintiocho

ELLIE



Blake me deja en mi apartamento. Habría sido inútil rechazar su oferta y volver a casa andando. Después de todo, he estado muchas veces en el auto con él y Maisy.

Me doy la vuelta y le doy un beso a Maisy. Ella me devuelve uno.

Justo antes de salir del auto, me fijo en el Toyota Camry azul aparcado junto a mi edificio. Me dejo caer en el asiento, con el alivio golpeándome en el estómago. Aunque Tara no esté con ella, la presencia del auto significa que Sierra está aquí.

La mano de Blake se apoya en mi hombro.

—¿Estás bien?

Cierro los ojos y asiento.

Yo: Creo que sí.

Envío el mensaje y salgo del auto. Cuando no veo el reflejo de su auto alejándose en la ventana del edificio, me giro. El auto no se mueve. Y Blake me mira fijamente. Entonces me lanza un beso igual que a Maisy. Pongo los ojos en blanco, doy media vuelta y entro.

En la puerta de mi casa, antes de abrirla, rezo una pequeña oración para que haya *dos* personas en mi apartamento. Cuando entro, la situación no es exactamente la que esperaba, ya que hay una pistola apuntándome directamente.

Levanto las manos, porque... bueno, eso es lo que haces cuando te apuntan con una pistola, ¿no?

La mujer que la sujeta palidece y baja el arma mientras mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que debe oírlo.

Sierra aparece y toca el brazo de la mujer. Ambas se miran, aliviadas.

Me tiemblan mucho las manos y me cuesta escribir.

Yo: ¿Esta es Tara, supongo?

Sierra nos hace señas a su madre y a mí para que nos sentemos.

Sierra: Lo siento. Está muy nerviosa. Apenas ha comido en días.

Yo: ¿Hay alguna razón para que lo esté? ¿Te vio salir? ¿Te siguió? ¿Y de dónde sacaste el arma? Sierra, si compraste un arma, Grant lo descubrirá.

Ella sacude la cabeza.

—No me lo creo.

Sierra: Es de mi padre. Tiene un arsenal en casa. La mayor parte está en cajas, bajo candado, pero mamá sabía que guardaba una de fácil acceso junto a su lado de la cama. Estaba en una caja de combinación. Sin nada mejor que hacer en el camino, mamá probó mil números antes de que finalmente se abriera.

Yo: ¿Así que fue según lo planeado? ¿No sabía que estabas allí?

Tara traza la pistola con el dedo índice. Me da escalofríos. ¿Siquiera sabe usarla? Mi padre, que está vehementemente en contra de las armas, nos llevó una vez a Beth y a mí a un campo de tiro para que aprendiéramos a manejar una por si alguna vez nos encontrábamos en una situación en la que tuviéramos que hacerlo. Vaya, qué diferencia entre él y el hombre que crió a Sierra.

Sierra: Como un reloj, llegué temprano, sobre las siete. Aparqué en la esquina como habíamos hablado y esperé. Se fue a las nueve menos cuarto. Esperé otros cuarenta y cinco minutos para asegurarme de que no volvía. Luego me recogí el cabello y me puse la peluca, la gorra de béisbol y las gafas de aviador que compré en la tienda de segunda mano, junto con un mono y unas botas con tacón de plataforma. No creo que sospechara que era yo. Llamé a la puerta, sin querer entrar directamente. No sabía cuál sería su reacción, así que cuando abrió la puerta, le entregué una nota. Sabía que si oía mi voz, podría abrazarme, y no quería que eso saliera en ninguna cámara de seguridad. Hizo exactamente lo que le pedí, sin mostrar ninguna emoción hacia mí mientras hacía la maleta. Condujimos durante cuatro horas seguidas, sin parar hasta que tuvimos que reposar. En la gasolinera, antes de dejar el auto, se puso otra ropa que yo le había traído y se puso una peluca oscura. Ellie, fue casi demasiado fácil.

Yo: Puede que lo más difícil ya haya pasado, pero aún tiene una montaña por delante. No puede bajar la guardia. No me importa decirte que estos últimos días me he retorcido



pensando si te había guiado mal. Sin forma de contactar contigo, me estaba volviendo loco.

Sierra: Estaba super estresada y tuvo un ataque de pánico. Así que pensé que era mejor parar por esta noche. Usé el dinero que me diste para un hotel. Tuvimos cuidado de entrar y salir disfrazadas. Cuando llegamos aquí, le corté y teñí el cabello.

Miro a Tara, con la coronilla del cabello aún húmeda, y me pregunto si era el aspecto que tenía mi propia madre justo después de dejar a Grant. Como una niña asustada. Como si hubiera entrado en un mundo completamente nuevo al que no cree pertenecer.

Se parece a Maisy la primera vez que la vi.

Los ojos de Tara son oscuros y distantes. Su comportamiento es reservado. Es una mujer pequeña. Me sorprendería que pesara más de cincuenta kilos. Sé lo grande que era Grant cuando lo vi hace ocho años. Me repugna que alguien tan grande sienta la necesidad de aprovecharse de alguien tan indefenso.

Su cabello es castaño rojizo y no combina con su tono de piel, lo que me hace pensar que hace unas horas podría haber sido rubia. Es más baja que Sierra y que yo. Y no aparta los ojos de la pistola.

Yo: Por favor, dile que es un placer conocerla. Algún día espero poder presentar a nuestras madres. Pero por ahora, nadie más puede saberlo. ¿Le parece bien?

Asiente con la cabeza, manteniendo una conversación con Tara de la que solo capto fragmentos.

Yo: Y dile que lo siento, pero que no puede llevar el arma al colegio. Es un delito federal tener una en propiedad escolar. La mantendré bajo llave aquí. Ustedes dos pueden quedarse en mi cuarto de huéspedes hasta el viernes por la mañana. Temprano, antes de la escuela, la llevaremos a la residencia. Ella puede relajarse aquí y dormir un poco mientras averiguamos cómo funcionará todo esto. Voy a recoger un teléfono para ella mañana. ¿Crees que estará bien allí sola? Realmente creo que es mejor que vayas a NZ como estaba planeado. Solo en caso de que Grant sospeche algo. Ella podrá enviarme mensajes de texto en cualquier momento. Pero solo tú y yo. Nadie más, a menos que sea para comunicarse con otros en la escuela. Hay una mujer oyente a cargo de todo el personal de limpieza. Nadie en la escuela, excepto mi jefa, conocerá el acuerdo. Todos allí pensarán que es una trabajadora más que cobra igual que ellos. Hay otros



cuatro trabajadores que también viven en la unidad residencial, todas mujeres. Tara tiene que entender que, aunque se haga amiga de ellas, no puede decir nada. Tiene que inventar un nuevo nombre y una historia de fondo.

Sierra y Tara mantienen otra conversación. La mano de Tara se tensa alrededor de la pistola. Luego la suelta de mala gana y la desliza por la mesa. Sierra saca la caja de seguridad de una mochila y me dice la combinación.

Sierra: Mamá quiere que te dé las gracias. Me confesó en el viaje que llevaba tiempo pensando en suicidarse. Dijo que yo era la única razón por la que no lo había hecho. Estaba esperando a que me hiciera mayor para poder afrontarlo mejor. Se lo decía a sí misma cada vez que pensaba en ello. Me pregunto si llegamos a ella justo a tiempo. ¿Cómo podré agradeceréte, Ellie?

Yo: No tan rápido. Aún nos queda mucho trabajo por hacer.

Sierra: Pase lo que pase, ambas estamos agradecidas de que hayas tenido las agallas de hacerlo realidad.

Yo: Es lo menos que puedo hacer por la familia. Tú eres mi pariente y ella es la tuya. Eso nos califica como familia en mi libro.

Tara, que ha estado leyendo nuestros mensajes por encima del hombro de Sierra, viene por detrás y me abraza. Es largo, fuerte y lleno de sentimientos no expresados. Este es uno de esos momentos en los que las palabras no son necesarias.



Capítulo Veintinueve

BLAKE



En la reunión del colegio de Maisy de hace unas semanas, se decidió que está avanzando tan bien que ya no necesita tres visitas a domicilio a la semana. Aunque eso significa progreso, no me entusiasmó mucho saber que Ellie solo vendría una vez por semana.

Si a eso le sumamos que Maisy ya no quiere que vaya a recogerla —una petición que ha sido capaz de transmitir—, últimamente no he visto a Ellie tanto como me gustaría.

Sin mencionar que pospuso nuestra cita para bailar. *Dos veces.*

Algo ha estado pasando con ella, y espero que no tenga nada que ver con el tipo de Donovan esa noche.

Rayo se frota contra mi pierna mientras Maisy termina su cena. Luego se acerca cojeando a su plato de comida, lo olisquea y se aleja. Lo miro durante un minuto. ¿Sabe que es diferente? ¿Ve a otros gatos caminando con elegancia y le molesta no tener cuatro patas completamente funcionales?

Mi atención se centra en Maisy. He pasado muchas noches en vela preguntándome cosas parecidas sobre ella. ¿Sabe que lo que le hizo Lucinda estuvo mal? ¿Que los niños no deberían ser encerrados y escondidos solo porque no son perfectos a los ojos de su madre?

Nos comunicamos mucho más, y no solo con dibujos, sino con señas. Conversaciones breves y sencillas.

Doy una pequeña sacudida a la mesa —mi forma de llamar la atención de Maisy— y señalo a Rayo.

—Tiene hambre.

Salta de la silla, lleva su plato al fregadero, da de comer a Rayo y se sienta a su lado mientras él come. Siempre se sienta a su lado mientras come, merodeando de forma protectora.

Conozco la sensación.

Cuando las luces de la casa parpadean cinco veces, Maisy se levanta y corre hacia la puerta principal. Sabe que viene Allie. Doy una zancada detrás de ella y abro la cerradura superior.

—Genial —dice Allie, aceptando el abrazo de Maisy—. Vi las luces desde aquí fuera. Luces estroboscópicas del timbre.

—Me las instalaron la semana pasada.

Allie parece intrigada.

—Realmente estás en esto a largo plazo, ¿no?

Resoplo.

—¿Qué lo delató? ¿El gato que se ha convertido en un accesorio permanente en esta casa? ¿O la zona de juegos cementada en el patio trasero? —Veo cómo me mira fijamente—. Espera. ¿Crees que no sirvo para esto o algo así? ¿Es eso lo que dice la gente a mis espaldas?

Maisy arrastra a Allie hasta la cocina, donde Rayo sigue comiendo.

—No te pongas así —dice Allie por encima del hombro.

Las sigo.

—¿Qué dice la gente?

—¿Recuerdas el chisme que corrió cuando Hawk McQuaid se enteró de que tenía un hijo?

Me pongo rígido, sintiéndome un poco verde.

—Sí.

—Bueno, no es nada de eso. —Se ríe ante su intento de broma—. De hecho, todo el mundo está impresionado por cómo has dado la cara y asumido tu responsabilidad.

Se vuelve hacia Maisy.

—Enséñame tus dibujos —le hace señas.

Maisy aplaude y corre al comedor a recogerlos.

Allie y yo compartimos una sonrisa de satisfacción. Porque hace apenas unas semanas mi hija no entendía una petición tan sencilla. Cómo han cambiado nuestros mundos últimamente.

~ ~ ~

Yo: Estoy aquí. ¿Me abres?

Me pregunto si, como la última vez, bajará a recibirme. Pero he estado en su casa desde entonces. Y honestamente, si ella piensa que está engañando a alguien, no es así. La gente nos ha visto juntos por toda la ciudad. Incluso si no hubiera nada entre nosotros, los rumores harían que todos pensarán lo contrario.



El pestillo de la puerta se abre con un clic, lo que me hace sonreír, y subo las escaleras hasta su apartamento. La puerta está abierta y entro.

Ellie: Dame un minuto para terminar de vestirme.

Aprovecho para estudiar las fotos de su pared. Retratos familiares en su mayoría. Solo veo un ligero parecido entre Ellie y su madre. Qué pena que deba parecerse más a la idiota. Una nueva foto de ella y Sierra está a un lado. Todavía me divierte lo mucho que se parecen a gemelas.

Ellie sale de su habitación con un aspecto... increíble. Lleva un vestido azul corto y vaporoso con pliegues cerca del dobladillo. Casi puedo verla dando vueltas mientras se levanta por debajo. Y esos zapatos. Nunca entenderé cómo las mujeres pueden bailar con tacones de diez centímetros, pero sus piernas parecen aún más tonificadas que de costumbre.

—Te ves... —Luego hago señas—: Vaya.

Ella sonríe.

—Aprendiste una nueva seña.

Le enseño una sonrisa arrogante.

—He aprendido muchas. —Está de pie junto a la foto de ella y Sierra en la pared y hago un gesto hacia ella—. Si alguna vez quieres engañar a alguien, las dos podrían cambiar de sitio. Ella podría fingir ser tú y luego escuchar a escondidas todas las conversaciones a tu alrededor.

Ellie: Eso es siniestro. Además, en realidad no quiero saber lo que la gente dice de mí a mis espaldas. Si no pueden decirme algo a la cara, no merece la pena saberlo.

Yo: Demonios, El, eso es tan... saludable. Definitivamente eres una mejor persona que yo.

Se acerca y me aprieta juguetonamente el biceps.

—No, no lo soy —me dice por señas.

Su tacto me hace vibrar hasta la polla. Parece entenderlo y me tortura aún más ajustándose el vestido y recompensándome con un pequeño destello de escote.

Yo: No estoy seguro de que me parezca bien que vayas a bailar con ese vestido. Si te hago girar, los demás podrían ver lo que hay debajo. Y créeme, soy el ÚNICO que va a ver lo que hay debajo de ese vestido esta noche.

Sus pecas hacen acto de presencia. Entonces se levanta la parte de abajo del vestido para mostrarme que lleva pantalones cortos debajo. Hace una seña que no conozco y luego deletrea con los dedos:



—Enterizo.

No repito la seña. Esa es una palabra que no necesito saber cómo signar.

—Bien —señalo—. ¿Cómo está Sierra?

Ojea las fotos de su teléfono y me lo entrega. Hay una foto de Sierra vestida de esquiadora en lo alto de una montaña, con las gafas puestas sobre la cabeza y los esquís y bastones a los lados. Su sonrisa es fácil y cómoda. Debe de estar en su salsa.

—Parece feliz.

Cuando vuelvo a mirar su teléfono, aparece una notificación de texto. No puedo evitar leer la primera línea.

Brooke: Me va maravillosamente, Ellie. Por favor, no sientas que tienes que comprobar cómo estoy cada...

La notificación desaparece.

—¿Quién es Brooke?

Ellie parece sorprendida. Incluso asustada.

Le tiendo el teléfono.

—Alguien llamada Brooke te envió un mensaje.

Agarra su teléfono y lee el texto. Luego hace otro signo que no entiendo. Explica con los dedos: «cliente». Pero, curiosamente, lo hace mirando a la pared detrás de mí.

Tiene sentido. Pero algo no está bien. Mi pregunta la tomó desprevenida. Y *siempre* me mira cuando hace señas. Si he aprendido algo sobre los sordos, es que son muy visuales. Nunca apartan la mirada de una conversación. A menos que estén enfadados. Es algo que he aprendido que Maisy hace si le digo algo que no le gusta. Creo que una persona sorda que aparta la mirada es como si una persona oyente se metiera los dedos en los oídos.

Y Ellie nunca aparta la mirada. Está mintiendo.

Pero... ¿por qué?

Señala su reloj y levanta una ceja.

—La cena es a las ocho —le informo—. El baile después. —Me acerco—. Entonces... —La atraigo hacia mí. Está demasiado cerca para que haga señas, así que le digo—: Luego te quitaré este vestido y todo lo que hay debajo y te haré cosas que te harán gritar mi nombre.

Se pone rígida entre mis brazos. Repito las palabras en mi cabeza y entiendo por qué.

—Mierda —digo—. No quise decir...



Un dedo se acerca a mis labios.

»Lo siento —le digo por señas.

Asiente amablemente. Pero me doy cuenta de que mi desliz la ha afectado.

—¿Vino? —pregunta.

—Por supuesto.

La sigo hasta la cocina. Solo había estado aquí una vez para beber un vaso de agua la noche que estuvimos juntos. En un rincón hay un pequeño escritorio con un monitor de ordenador girado hacia arriba. Qué raro. Lo señalo.

—¿Para qué es eso?

—Llamadas telefónicas —hace señas—. A los sordos les gustan las videollamadas.

—¿En serio?

No debería sorprenderme, sabiendo lo visuales que son. Tiene sentido que quieran verse por señas en lugar de leer textos. Todavía me desconcierta a veces que el español sea la segunda lengua de Ellie. También será el segundo idioma de Maisy, cuando lo aprenda.

Yo: Es bueno saberlo. Cuando Maisy vaya a la universidad, me aseguraré de que cada uno tenga un monitor grande para videollamadas.

Ellie sonríe. ¿Está pensando lo mismo que yo? ¿Que espero seguir teniendo a Maisy dentro de trece años, cuando le llegue la hora de ir a la universidad?

Saca dos vasos del armario y una botella de Merlot de la despensa. Levanto una ceja, divertido. Es uno de los nuestros.

—Te gusta mi vino —señalo.

—Es muy bueno —signa enfáticamente.

Le quito la botella.

—Te gusto.

Pone los ojos en blanco.

—No estás mal —afirma.

Me río, la acerco de nuevo al mostrador y la aprieto contra él con el muslo.

—Te enseñaré que no está mal.

Cuando dejo la botella detrás de ella, choca contra algo. Miro por encima de su hombro y veo un tarro de galletas de la suerte derramado. Le enseño una.

—¿Por qué tantas galletas de la suerte?



—A mis padres les gustan.

Se alegra de que lo entienda.

—¿Puedo? —La levanto.

Se encoge de hombros.

Retiro la galleta del plástico, la abro y saco el papelito, riéndome al leer: **El sabio nunca juega a la pídola con el unicornio.**

Se lo enseño y le digo:

—Tu turno.

Saca el teléfono del bolsillo.

Ellie: No me gustan galletas de la suerte. Las guardo para mis padres. Tienen una afinidad poco natural hacia ellas. Es un poco nauseabundo. Pero también romántico en cierto modo.

La miro fijamente.

—Sígueme la corriente.

Sus ojos no se apartan de los míos. Tenemos una batalla silenciosa de voluntades. Debe durar un minuto entero antes de que se rinda. Suspira, pone los ojos en blanco y escoge una.

Lo lee y lo tira a un lado.

—Estupidez —signa.

La agarro y leo: **La fortuna que buscas está en otra galleta.**

Me río y le doy otra. Tras otra mirada un poco menos intensa, acepta. Creo ver un atisbo de humor en sus ojos cuando lee la segunda. Entonces sacude la cabeza y se la guarda.

Lo aliso y leo el papel arrugado: **Error 401: Vuelva a intentarlo más tarde.**

Yo: Yo llamaría a eso una galleta desafortunada. Prueba otra.

Ella sacude la cabeza.

—¿Por qué no?

Ellie: Porque son tontas y, por ejemplo, no tienen nada que decirme que no sepa ya.

Yo: Eso es profundo, El. ¿Estás diciendo que tienes toda tu vida planeada?

Ellie: ¿Me estás preguntando qué quiero ser de grande?



—Puede que sí.

Ellie: Podría preguntarte lo mismo. Maisy está prosperando. ¿Estás pensando en volver a trabajar a tiempo completo?

Yo: Qué manera de girar la conversación. Y, sí, he estado dándole vueltas a la idea. Mi madre cree que debería tener una niñera.

Levanta una ceja y se muerde el labio. ¿Detecto un atisbo de... celos? Juraría que sí. Y me hace ponerme un poco más erguido. Ellie Stone mantiene sus cartas cerca del pecho. No sé si tiene algo que ver con su sordera, o si es solo un rasgo aleatorio de su carácter. Claro, parece que le gusta besarme y no parece quejarse de mí en la cama, pero sinceramente no tengo ni idea de lo que siente por mí. O no lo sabía hasta ahora.

Yo: No te preocupes. Me aseguraré de que sea vieja y fea.

Ellie suelta una risita, un sonido casi imperceptible que se le escapa de la garganta, y me muestra las señas de vieja y fea.

—Tengo una idea —señala.

—Si nos involucra a ti, a mí y a tu dormitorio, estoy de acuerdo.

Se sonroja.

—Solo señas esta noche.

—¿No quieres que hable?

—No con la boca. —Me lleva un dedo a los labios como para puntualizar sus palabras—. Ni con tu teléfono.

Yo: ¿Y si me equivoco de signo y, sin saberlo, te llamo sucia puta o algo así?

Se ríe y me enseña las señas de sucia y puta.

—Empieza ahora —hace señas.

Esbozo una sonrisa, pensando que esto es un juego.

Pero una vez que llegamos al restaurante y voy a hablar con el anfitrión, me pone una mano en el brazo para detenerme y luego se pone un dedo en los labios y niega con la cabeza.

Oh, así que cuando se refería a no hablar, se refería a *todo*, no solo con ella.

—¿Cómo? —le digo por señas.

Se encoge de hombros, quizá le guste demasiado este juego.



El anfitrión me mira fijamente, esperando. Quizá tenga un trozo de papel. Pero no quiero acercarme al podio y agarrar algo. Sería de mala educación.

Unos hombres que están a nuestro lado se dan la mano, y uno de ellos le entrega una tarjeta de visita al otro, dándome mi respuesta.

Saco la cartera, saco una tarjeta de visita del bolsillo interior y se la doy al anfitrión. Me mira con extrañeza. Cuando señalo mi nombre y luego su iPad, suma dos más dos.

—Por aquí, Sr. Montana.

—Gra... —Dejo de hablar antes de pronunciar la palabra, dejando al anfitrión aún más confuso.

Simplemente asiento y sonrío cuando nos sienta y nos entrega los menús.

—Incómodo —deletreo con los dedos.

Me enseña el signo.

—Hola —dice una mujer acercándose a nuestra mesa—. Soy Michelle, seré su camarera esta noche. ¿Puedo empezar con alguna bebida?

—¿Bebida? —Le hago señas a Ellie.

—Tú eliges.

—Vamos a... —Me detengo, pongo los ojos en blanco y busco mi selección en la carta de vinos, señalándola antes de levantar dos dedos.

Sí, nada incómodo. La camarera ahora sabe que puedo hablar.

Mira entre Ellie y yo, como preguntándose si le estamos gastando una broma. Cuando vuelve a mirarme, le hago una seña:

—Gracias.

La camarera sale corriendo, sin saber qué más hacer.

Pedir las bebidas y la cena resulta ser la parte fácil. Sentarme frente a Ellie sin poder decir todo lo que pienso es una tortura.

Ah, mierda. Inesperadamente, tengo una idea, por pequeña que sea, de lo que debió sentir Maisy cuando no podía comunicarse. Cómo debe sentirse aun sabiendo solo pedir lo básico y usar palabras sencillas.

Una parte de mí se pregunta si esto es un ejercicio, parte de un plan educativo para que aprenda a hacer mejor las señas. Otra parte se pregunta si es la forma que tiene Ellie de mostrarme un poco de su mundo. Probablemente un poco de ambas cosas.

Tardamos diez minutos en mantener una simple conversación sobre el tiempo porque tengo que deletrear muchas palabras. Y si hay algo que no puedo hacer rápido, es deletrear con los dedos. Siento que esta cita va fatal. No puedo



ser el encantador de siempre si no puedo hablar. ¿Va a querer ir a bailar después?

Sin embargo, las miradas seductoras y los sutiles golpecitos que me da con los dedos de los pies me tranquilizan, y ahora estoy impaciente por tenerla entre mis brazos. Además, tengo calambres en las manos. Me vendrá bien descansarlas.

Al final de la cena, sé que, haga lo que haga, nunca podré ni siquiera empezar a conocer su mundo. Porque aunque no hablé, oía todo lo que pasaba a mi alrededor. Los chismes de las señoras de la mesa de al lado. La bandeja de comida que se estrellaba estrepitosamente contra el suelo de baldosas de la cocina. El lejano trueno que anuncia una tormenta. Pero de algún modo, en todo este silencio, me siento más cerca de ella que nunca.



Capítulo Treinta

BLAKE



Bailar con Ellie es surrealista. Lo único que lo haría mejor es si pudiera sentir lo que ella siente. Las vibraciones de la música. El golpeteo del barítono. Pero por más que intento sentir la música en lugar de oírla, fracaso.

No quiero ser sordo. Solo quiero entenderlo mejor. Y temo que nunca podré hacerlo. La verdad es que no. Incluso las personas que no nacen sordas, pero pierden la audición más tarde, tienen algún sentido del sonido. Cuando “sienten” la música, pueden recordar cómo sonaba. Cuando ven un pájaro, saben qué sonido hace. Cuando sus amantes pronuncian las palabras “te amo” se imaginan cómo suena.

Sin embargo, haber nacido sordo, profundamente *sordo*, sin haber estado expuesto a ningún tipo de sonido, es algo que una persona oyente no puede entender.

No sé cuántas veces he pensado en la vez que Ellie me preguntó cómo describiría el sonido a alguien que no oye. Obviamente, ella está bien educada. Conoce el concepto de sonido. Pero nunca sabrá si lo que ella considera sonido es realmente sonido.

Una cosa es cierta. Ellie está demostrando que no hace falta oír para bailar. Porque, mierda, la forma en que se aprieta contra mí durante las canciones lentas. Viendo sus sensuales movimientos en las rápidas. Dejándola tomar la iniciativa y siguiendo su vaivén. Todo en silencio, mientras la música suena a mi alrededor. Y cuando estamos cerca, como ahora, mis brazos alrededor de ella, sin usar las manos para hablar, es como si toda esta última hora no hubiera sido más que intensos preliminares.

Cuando ya no puedo más y todo mi ser grita por las promesas tácitas que ella me ha garantizado con los movimientos de su cuerpo contra el mío, me echo hacia atrás y la suelto a regañadientes para poder hablar con las manos. Le paso el pulgar por la mandíbula y le digo:

—¿Volvemos a casa?

Sonríe, se tapa la boca y se echa a reír.

Frunzo el ceño y extendiendo las manos con las palmas hacia arriba.

—Dijiste que *montara bigote* —señala, deletreando lentamente con los dedos las últimas palabras. Veo cómo se ruboriza incluso en la penumbra. Luego procede a mostrarme la diferencia entre volver y montar, y después casa y bigote.

Ya veo dónde me equivoqué. ¿Pero puedes culparme? Estoy más cachondo que una cabra Billy de tres picos. En el estado en que estoy, sería difícil hablar mi primer idioma y mucho menos por señas.

Ahora soy *yo el que se ríe*. Guiño un ojo y hago señas:

—Estaría feliz de dejarme crecer el bigote. —Tengo que deletrear *crecer* porque no tengo ni idea de cómo es la seña.

Me lo enseña, por supuesto, y maldita sea, mi erección es lo que crece ahora mientras estamos aquí hablando de esto.

—Vamos ya —le digo por señas, la sujeto de la mano y tiro de ella hacia la puerta.

Poco después, tras conducir más rápido de lo habitual de vuelta a su casa por la situación de mis pantalones, entro en su estacionamiento, aparco y apago el auto. Pero a pesar de lo que ha pasado hace unos minutos, no me bajo. No quiero presumir nada, por mucho que me apetezca seguirla escaleras arriba, quitarle la ropa y repetir lo de hace tres semanas.

Tres semanas sabiendo lo que es estar con ella y no poder ha sido pura tortura.

Tres semanas de soñar, fantasear y masturbarme. Un montón de masturbaciones.

Tres semanas de ser incapaz de sacarme esta belleza silenciosa de la cabeza.

Me siento, la miro y estiro un brazo sobre su reposacabezas. *Pregúntame.*

La Dra. Stone es inteligente. Es impulsiva. Siempre lleva las de ganar. Excepto cuando se trata de mí. Cuando se trata de mí, o más específicamente, de sexo, es tan tímida como las parras en invierno. A veces me pregunto, sin embargo, ¿es realmente timidez, o es algo más? Una vez me dijo que había salido con muchos chicos, pero que nunca había estado en relaciones. Eso me hace preguntarme si solo es tímida conmigo, ¿o son todos los hombres? ¿O estoy confundiendo timidez con aprensión? Tiene que ser muy duro para una persona saber que no es deseada por otro ser humano.

Quizá lo que yo percibo como timidez sea en realidad una coraza. Muros que ha levantado para no acercarse a nadie.

Miro fijamente unos ojos que sé que son azules, aunque esté oscuro y no pueda verlos con claridad. Los miro fijamente sabiendo que quiero derribar esos muros. Quitar esa armadura.

—Buen trabajo esta noche —hace señas ante la luz de una farola.



Levanto las manos e inclino la cabeza con orgullo, aunque sé que mi lenguaje de signos es aún muy rudimentario.

Está esperando a que se lo pida. *Pregúntame.*

Se muerde el labio, señal inequívoca de nerviosismo. Si algo he aprendido de Ellie es a captar las señales no verbales. Estoy pegado a mi asiento observando cómo sus dientes trabajan su labio inferior, el temblor de mis pantalones prueba lo mucho que estoy disfrutando del espectáculo.

Resopla y yo intento no sonreír.

—¿Te has divertido? —pregunta.

—Siempre me divierto contigo —le informo. O al menos eso creo. Estoy un poco inseguro de la palabra siempre. *Pregúntame.*

Traga saliva, mira por la ventana y vuelve a mirar.

—¿Quieres —duda—, preguntarme algo?

Le devuelvo sus señales.

—¿Quieres *preguntarme* algo?

Es curioso cómo he aprendido a poner énfasis en una sola palabra simplemente cambiando mi expresión. Sí, es una buena profesora.

Otro resoplido audible.

Por qué su incómoda torpeza me pone aún más cachondo, no tengo ni idea. *Joder, pregúntame.*

Estoy a punto de ceder en este punto muerto cuando ella se muerde el labio una vez más y me hace una seña:

—¿Subes?

—Enséñame *nunca* —deletreo con los dedos la última palabra, sin conocer el signo.

Parece sorprendida por un momento, luego se pone en plan profesora y me enseña el signo, haciendo un semicírculo en el aire con la palma de la mano plana y terminando con una especie de golpe de kárate. La señal se parece a un signo de interrogación.

Por fin sonrío. Sonrío a lo grande. Porque acabo de engañarla.

—Pensé que nunca me lo pedirías —señalo.

Es una persona expresiva, y veo que el alivio cruza su rostro justo antes de que me dé una palmada juguetona en el muslo. Atrapo su mano y la estrecho contra mí. Va a hacer señas con la otra, pero la detengo.

—Sin palabras —le digo—. Ni con la boca ni con las manos. Nada.



Me mira fijamente con ojos oscuros y reveladores. Me entiende. Me prohibió hablar. Ahora le prohíbo que signe. No hablaremos en absoluto. ¿Qué vamos a hacer?

Sorprendiéndome, trepa por la consola y se sube a mi regazo, bajando la cabeza para aplastar sus labios contra los míos. *Joder, soy un puto genio.*

Tenerla en mi regazo me devuelve todas las sensaciones que tuve en la pista de baile y más. Me bajaría la bragueta y le apartaría las bragas aquí mismo si no estuviéramos aparcados bajo una farola. O tal vez si tuviera cinco años menos. Pero Ellie Stone no es alguien a quien te tiras en el asiento delantero de un auto. Ella es alguien con quien se toma su tiempo. Alguien a quien adoras. Alguien con quien haces el amor, no con quien follas.

Y por primera vez en mi vida, una chica se sienta sobre mí y me pone la polla dura, y pienso en ella, no en mí. No en mis necesidades. Porque esta mujer necesita un hombre que no sea como su padre biológico. Necesita un hombre que la acepte por todo lo que es. Un hombre que no la abandone. Uno que siempre le diga lo especial que es. No porque sea sorda, sino porque es increíble.

Abro la puerta y salgo con cuidado, manteniéndola en mis brazos. Ella mira hacia la luz y se me escapa. La suelto, pero solo porque sé que en sesenta segundos volverá a estar donde estaba. A donde pertenece.

Puede que se haya escapado de mis brazos, pero sigo agarrándole la mano. La agarro con fuerza incluso cuando intenta apartarse. Me mira. La desafío con mi mirada silenciosa. Ella niega con la cabeza, relaja su mano en la mía y tira de mí. *Deprisa.* ¿Porque no quiere que nadie vea que me sujeta la mano? ¿O porque está impaciente por volver a sentarse a horcajadas sobre mí?

Mi pregunta queda respondida cuando entramos en su apartamento y ella tira el bolso, sin darse cuenta de que se ha abierto y su contenido baila por el suelo. Entonces, vuelve a estar entre mis brazos, mirándome fijamente a los ojos, transmitiéndome todo lo que quiere que le haga sin una sola palabra, movimiento o señal.

De camino a su dormitorio, me da un golpecito en el hombro, saca su teléfono y señala con la cabeza la encimera de la cocina. La dejo en el suelo, saco el teléfono del bolsillo y se lo entrego. Ella deja los dos en la cocina.

Cuando entramos en su dormitorio, deja la luz apagada y cierra la puerta. Estamos totalmente a oscuras, salvo por el pequeño resplandor de una farola que hay junto a su ventana. Vaya, se lo está tomando en serio. Oscuridad y silencio.

Mi polla se endurece sabiendo que esta noche todo va a ser tacto. Tacto sin signos ni palabras. Tacto sin nada más. Ojalá llevara tapones para los oídos. Algo para silenciar los sonidos ambientales del tráfico lejano. De la voz ocasional



que viene de la acera. De perros ladrando a lo lejos. Quiero estar inmerso solo en ella.

Nos dirigimos con cuidado hacia la cama. Ella va delante, pues ni siquiera hay luz suficiente para ver el contorno de los muebles. El somier chirría cuando se sienta en la cama. Alargo una mano en busca de su cara. Le agarro la barbilla y bajo la boca hasta la suya, aprisionando sus labios con los míos mientras la aprieto contra el colchón.

Soy completamente consciente de cada pequeño ruido. Nuestras ropas crujiendo. Su respiración entrecortada. Diablos, casi puedo oír mi corazón latiendo. Pero Ellie no es consciente de nada de eso. Está rodeada de oscuridad y silencio, una circunstancia que asustaría a la mayoría de la gente. Pero a ella no. O tal vez esté asustada, pero confía en mí lo suficiente como para no tenerle miedo. Esa idea me hace temblar. Quiero que confíe en mí. *Lo necesito.*

—El... —empiezo a decir cuando me echo hacia atrás para recuperar el aliento.

Me quedo inmóvil, mi voz resuena en mi cabeza. Espero que no me haya sentido hablar.

Unas manos hambrientas recorren mi espalda y me dicen que quizá estaba demasiado preocupada para darse cuenta. Prometo guardar silencio. Sumergirme en esta experiencia que ya no se parece a ninguna otra que haya vivido.

Vuelvo a besarla y mis manos serpentean por su cuerpo, sintiendo cada curva sobre el sedoso material de su vestido. Después de tocarle los pechos y pellizcarle los pezones, descendo, aparto la tela y descubro su coño empapado. Gimo, me doy cuenta de mi error y me quedo quieto. Pone una mano sobre la mía y la aprieta con fuerza, como pidiendo más. Okey, entonces los gemidos están permitidos. Son bienvenidos, tal vez.

Cuando le toco el clítoris, ella gime. Es un maullido suave, apagado y agudo que me hace sentir todopoderoso. Deslizo un dedo dentro de ella y se arquea contra mí.

No puedo soportarlo más. Necesito piel contra piel.

Cuando aparto la mano, suelta un resoplido que me hace sonreír. Está tan necesitada como yo. Tanteo su espalda en busca de botones o una corbata. Encuentro una cremallera. La bajo y espero a que retire los brazos, deslizo el vestido por sus piernas y se lo quito por completo, quitándole los tacones. Luego le beso las piernas y le quito las bragas, aspirando su embriagador aroma.

Antes de que pueda posar mi boca sobre ella, se pone manos a la obra e intenta quitarme el cinturón, pero está atascado. Me lo desabrocho y dejo que tire de él para sacármelo de los jeans. Vuelve a su sitio y me golpea en la cabeza. Ella no tiene ni idea de que lo hizo, y yo no se lo digo.



En un santiamén, estoy desnudo a su lado, con la ropa y los zapatos esparcidos por el suelo.

Mis manos no pierden el tiempo y vuelven a ella. Primero, la curva de su cuello. Luego sus clavículas. Luego sus pechos. Mi boca se une a la fiesta y acaricio con la lengua un pezón erecto, el sabor de su piel casi me hace saltar por los aires. Y su olor, el que me dice que quiere esto, es irresistible.

Es surrealista cómo el hecho de no utilizar los demás sentidos parece amplificar los que se *están* utilizando. No oímos. No vemos. De repente, el tacto, el gusto y el olfato son diez veces más poderosos.

Me agarra la polla con la mano y gimo de placer. Sé que lo ha notado. Sube y baja la mano, aumentando el ritmo. Estoy totalmente perdido. Estoy a punto de correrme como un niño de trece años con una revista erótica. Si la empujo, podría hacerse una idea equivocada.

Un dedo se presiona contra mis labios. ¿Hice algún otro sonido? No. ¿Entonces por qué ella...

Dios mío. Pierdo el hilo de mis pensamientos cuando su dedo abandona mis labios y reaparece junto a mis huevos. Me bombea con una mano y con la otra me acaricia ligeramente las pelotas.

Tal vez ella sabía que yo quería decir algo. Algo como la última vez, cuando le dije que me correría demasiado pronto si me tocaba. Esa fue su manera de hacerme saber que sabía lo que estaba pensando, pero que iba a conseguir que me corriera de todos modos. Poner un dedo en mis labios era tomar el control.

Joder, qué sexy.

En cualquier caso, ya estoy demasiado lejos, así que me comprometo con la tarea y me recuesto para disfrutar de la inminente detonación.

Solo oigo el sonido de su respiración y el ruido que hacen sus manos al acercarme a Dios.

Mis nalgas se aprietan con fuerza y reprimo un gemido prolongado justo antes de sentir mi semen caliente y húmedo derramándose por la parte inferior de mis abdominales.

Mi cabeza cae con fuerza contra la cama, mi cuerpo languidece mientras me recupero. La necesidad de hablar con ella, de darle las gracias por una paja del demonio, casi me hace encender la luz. Pero no lo hago. En lugar de eso, me deleito en la sensación de tenerla acurrucada a mi lado, esperando pacientemente su turno. Y vaya turno que pienso darle.

Espero a que recupere la energía, pero me decepciona que se aparte. Un momento después, siento algo que me roza los abdominales. Está limpiando mi desastre. Le quito los pañuelos y termino el trabajo. Luego los tiro... en algún



sitio... y me pongo a trabajar, prometiendo hacerla gritar mi nombre, aunque no quiera.

Palpar su piel suave y sedosa hace que mi polla se retuerza a pesar de que acabo de correrme. Aun así, no voy a hundirme dentro de ella hasta que, uno: le haya dado un orgasmo que nunca olvidará, y dos: esté duro como una piedra y listo para follar como Superman.

No voy directo a matarla. Le doy besos húmedos en los pechos, bajo por la caja torácica y recorro su cadera derecha, sin pasar por el centro. Se retuerce debajo de mí mientras acaricio el interior de sus muslos con mi sombra de las cinco en punto. Le acaricio las rodillas con la lengua. Mientras la beso hasta los pies descalzos.

Volviendo a subir, ignorando aún su húmedo centro, me agarra la cabeza y la pone donde ella quiere.

Esta chica.

Muevo la lengua dentro y fuera de ella, haciéndole el amor con la boca mientras saboreo el dulce sabor de su excitación. Me aparto, temiendo torcerme la lengua en mi entusiasmo, y la sustituyo por un dedo. Luego añado otro. Siento cómo se arquea contra mí mientras la rozo por dentro, entrelazando los dedos para encontrar el punto que la volverá loca.

Lo sabré en cuanto la encuentre. Sus paredes se tensan ligeramente y se le escapa otro débil sonido. Sonrío, sabiendo que es mía hasta el último estremecimiento. Vuelvo a meter la lengua en la mezcla y le acaricio el clítoris. Lo muevo en círculos. Luego de lado a lado. Arriba y abajo. Me lo meto ligeramente en la boca y ella explota debajo de mí. Mis dedos se aprietan con fuerza, su orgasmo palpita contra ellos. Mi lengua sigue trabajando su clítoris hasta que me aparta, demasiado sensible para recibir más.

Ruedo hacia un lado y me limpio la boca con el antebrazo. Entonces una mano se posa en mi pecho como si un peso muerto hubiera caído sobre él. Suelto una carcajada y la estrecho entre las mías mientras escucho su respiración tranquila y pausada, imaginando su cuerpo inerte disfrutando del resplandor.

Estoy totalmente empalmado de nuevo y listo para rodar. Pero me asalta la duda... ¿quiere más? ¿Salgo de esta ilusión y se lo pido? Quiero verla. Quiero ver sus ojos. Pero ella eligió hacerlo así por una razón, así que me quedo quieto y espero una... señal.

Su mano desaparece y su peso se desplaza sobre la cama. Entonces, su mano vuelve a estar entre las mías, con un pequeño paquete cuadrado entre las palmas. No sé si me alegra o me molesta que tenga sus propios preservativos. Prefiero creer que los compró hace poco. Pero la curiosidad me lleva a escribirle un mensaje para preguntarle con tacto cuántos hombres ha habido. Y luego otro mensaje diciéndole que no habrá más. No después de mí.



Busco su cara, con cuidado de no meterle el dedo en el ojo, y le llevo la mano a los labios para ver si sonríe. No sonríe. Por otra parte, creo que yo tampoco sonrío después de un buen orgasmo. Me recuesto y saboreo el momento.

Sus labios atrapan uno de mis dedos, succionándolo en su boca como si fuera otra parte de mi anatomía.

Eso, junto con el preservativo, es todo el permiso que necesito. Retiro la mano, abro el paquete y me lo pongo. Me sujeta la polla y le da unos tirones. ¿Se está asegurando de que la tengo dura? ¿O se asegura de que me lo he puesto? Por un momento me pregunto si confía en los hombres después de lo que le hizo su padre, que la maltrataba.

Aparto ese pensamiento y me subo encima de ella, pero me empuja hacia abajo. La siento subirse encima de mí y guiarme dentro de ella, despacio al principio, como tanteando el terreno. Luego baja con más fuerza, metiéndome la polla hasta el fondo. Mientras me cabalga, solo tengo mi imaginación para guiarme por su aspecto. ¿Tiene la cabeza inclinada hacia atrás? ¿Tiene la boca floja? ¿Sus pechos rebotan con cada movimiento?

Sus manos exploran mi pecho mientras sus muslos hacen todo el trabajo para mantenerla deslizándose por mi cuerpo. Me agarro a sus caderas, ayudándola con el movimiento. No es suficiente. Necesito sentir más de ella. Le acaricio los pechos. Le acaricio los pezones con los dedos. Le acaricio el clítoris con el pulgar y lo vuelvo a notar hinchado. Quiero que se corra conmigo dentro. Necesito sentir cómo su orgasmo se apodera de mi polla y la ordeña hasta que los dos quedamos completamente exhaustos.

Se mueve más deprisa. Le pellizco ligeramente el clítoris entre el pulgar y el índice, y ella me empuja aún más fuerte. Así que lo hago otra vez. Y luego otra vez. Y una vez más, hasta que se queda inmóvil y tiene espasmos encima de mí. Levanto las caderas tres veces más y su nombre resuena en las paredes mientras me uno a ella en el éxtasis.

Se desploma sobre mi pecho y la envuelvo en mis brazos. Nos quedamos así, con solo gotas de sudor entre nosotros.

¿Hay alguna forma de decirle que es la mejor que he tenido? Una vez podría haber sido una casualidad. *Había pasado* un tiempo. ¿Pero dos veces? Y esta vez fue aún mejor. Fue una experiencia extracorpórea. Más intensa que cualquier cosa que haya sentido.

¿Será porque estábamos solos en el silencio y la oscuridad?

Es porque la amas.

Todavía tumbada sobre mi pecho, toma mi mano entre las suyas, coloca la otra contra mi palma abierta y... *¿deletrea algo?* Como no reacciono, vuelve a



hacerlo. Concentro toda mi energía en la sensación táctil e intento sentir las letras. Solo hay cuatro. G-U-A-U.

De acuerdo, sí. Definitivamente la amo.

Trago saliva al pensarlo. No es la primera vez que lo pienso. Pero es la primera vez que sé que es inequívoca, innegable, indiscutiblemente cierto. Algo fluye a través de mí. Un río de lava llega al final de cada dedo de la mano y del pie. Se extiende por mi cuerpo, calentando cada rincón. Como una mano, rodea mi corazón y aprieta. Y aprieta fuerte. Porque por primera vez en mi vida, me temo que estoy en una posición en la que nunca pensé que estaría. Estoy enamorado de alguien que puede que no me corresponda.

La vulnerabilidad me golpea como la bala de una pistola. Me la quito de encima con cuidado y me voy a la otra habitación.

Joder. La palabra me da vueltas en la cabeza mientras me dirijo a la cocina, aun completamente desnudo. Busco un vaso, lo lleno y me quedo quieto, tragando agua en silencio, con la esperanza de calmar las voces de mi cabeza.

Veo el recipiente de galletas de la suerte sobre la encimera y me pregunto si tendrá alguna palabra sabia para mí.

No estaría de más verlo.

Meto la mano como si estuviera eligiendo el próximo tributo de *Los Juegos del Hambre* y saco una. La abro.

Tu corazón conoce la respuesta correcta.

Miro el papel largo y tendido, porque... *maldita sea*. Luego casi lo tiro, conociendo la aversión de Ellie a las fortunas. Pero decido dejarlo donde está. Porque quizá sea algo que Ellie también necesite leer.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Capítulo Treinta y Uno

ELLIE



Blake vuelve a la cama, su desnudez silueteada por la luz del salón. Me pone un vaso de agua en la mesilla y me entrega el teléfono. Lo miro.

Blake: ¿Podemos textear ahora, por favor? Me has agotado, mujer. Entre hacer señas toda la noche y trabajar tu delicioso cuerpo con mis dedos, no estoy seguro de que mis manos sirvan para algo más que enviar mensajes de texto durante un tiempo.

Es difícil discutirlo, así que no lo hago. Sonrío y asiento. Vuelve a meterse en la cama como si fuera suya. Y no estoy muy segura de cómo me siento ante la sensación de calidez que eso me produce. Lo observo en la penumbra mientras cierra los ojos y se apoya el teléfono en el pecho. Parece... tranquilo.

Tal vez sea porque *su* cabeza no está girando fuera de control con señales de advertencia. Tal vez sea *porque* sabe que sea lo que sea esto tiene fecha de caducidad. ¿Porque todas sus... aventuras? ¿Conquistas? ¿Ligues? O tal vez es solo porque ha aceptado que no es capaz de más.

Más.

Ahora vuelvo a tener la cálida sensación de que está tumbado a mi lado, con un pie *fuera* de la puerta.

Incluso si más con Blake fuera una opción, en el fondo sé que no podría suceder.

Podría si se lo permitieras.

Cierro los ojos y me tumbo, con una guerra en mi cabeza como si estuviera en uno de esos dibujos animados con un ángel en un hombro y el diablo en el otro.

Unos labios cálidos me besan el cuello. Abro los ojos. Blake me está mirando.

Arrugo la frente.

Me roza la mandíbula con el dedo.

—Eres preciosa.

Quiet
Beautiful

203



Se me derriten las entrañas. El ángel —o quizá sea el diablo— se cruza de brazos y me mira con desaprobación.

Blake: Ahora que podemos hablar, quería preguntarte algo sobre lo que tenía curiosidad antes. No has dicho nada de ir a la boda de Lucas. No desde el día que Lissa te invitó. Vas a ir, ¿verdad?

Yo: No debería. Sé que malinterpretó la situación.

Blake: ¿No quieres ser mi cita?

Yo: ¿No eres el padrino?

Blake: Uno de ellos, sí. No significa que no pueda tener una cita. Vamos, será divertido. Puedes conocer a Dallas. Y si quieres, puedes unirme a la apuesta.

Entrecierro los ojos.

Blake: No me digas que no has oído rumores sobre él.

Después de encogerme de hombros, pasa a explicarme cómo Lucas ha dejado a varias mujeres en el altar y a otra solo unas semanas antes. Al parecer, todo el pueblo está apostando sobre si seguirá adelante con la boda o no.

Sacudo la cabeza con desaprobación y tecleo un mensaje.

Yo: No voy a apostar dinero sobre si rompe o no el corazón de Lissa.

Blake: El, ¿eres una romántica?

Estoy segura de haber soltado un bufido audible.

—Difícilmente —le digo en señas.

Me mira sin comprender, así que lo deletreo con los dedos.

Se ríe y me acerca a él, inclinando la cabeza para que pueda ver sus labios a la luz de la puerta.

—Creo que lo eres. Quizá no quieras serlo.

No era una pregunta, así que no doy una respuesta.

Blake: Está decidido entonces. Irás conmigo.

Aunque no le contesto, está claro que alguien más lo hace. Tiene los ojos pegados al teléfono. Y no parece feliz.

Le pongo una mano en el brazo.

—¿Está bien? —le pregunto cuando mira hacia mí.

Sacude la cabeza.



—No. No está bien —hace señas. Luego me da su teléfono.

Todo mi cuerpo se contrae cuando veo de quién es. Reconozco el nombre de cuando me contó la historia de Maisy.

Número desconocido: Blake, soy Lucinda Wilcox. Conseguí tu información de contacto de una trabajadora social. He estado dando vueltas sobre si debería hacer esto, pero mi consejero parece pensar que es una buena idea. Me gustaría que trajeras a Maisy a la ciudad el domingo. Es fin de semana familiar. He adjuntado la dirección. Ven entre el mediodía y las cuatro.

De repente, me vuelvo protectora. De Maisy. De él. Quiere ver a la hija que descuidó y al tipo del que la ocultó todos esos años. El descaro de ella al siquiera preguntar.

—Lo siento —comento, devolviéndole el teléfono.

Blake: Eso es lo que debería estar diciendo. Siento haber descuidado a nuestra hija. Siento no haberte hablado de ella. Siento ser una jodida perdedora. ¿Quién se cree que es para enviarme mensajes de texto de la nada exigiendo que lleve a Maisy a verla?

—¿Tienes que llevarla? —Hago señas.

Blake: No lo sé. Puede que no. Mi abogado me dijo que tendría que esperar a que Lucinda saliera de rehabilitación y se presentara ante un juez para ver qué pasaba con el caso de la custodia. No tenía ni idea de que pediría ver a Maisy antes de eso.

—Si la llevas, yo podría ir. Ya sabes, para ayudar a Maisy a comunicarse y ser parte imparcial en su reunión. —Tengo que deletrear varias palabras, pero parece que lo entiende, y me alegro.

Blake: Imparcial, ¿eh? ¿De verdad crees que podrías ser imparcial cuando se trata de Maisy? No estoy seguro de qué hacer. Lo ha estado haciendo tan bien. No quiero que esto se meta en su cabeza. Maisy nunca pregunta por su madre.

—Tal vez no sabe cómo preguntar.

—¿De qué lado estás aquí? —hace señas.

—Tuyo.

Blake me toca el brazo y mira hacia la otra habitación. Me devuelve la mirada.

—Hay alguien en tu puerta.



Me sobresalto en la cama. *¿Hay alguien en mi puerta?* A las once de un viernes. ¿Alguien que está dentro del edificio sin que yo tenga que dejarlos entrar? El malestar me corroe por dentro. ¿Será Grant? ¿Ha encontrado a Tara y viene por mí?

Blake me aprieta la mano.

—Quédate. Yo me encargo.

Retrocedo, meneando la cabeza con fuerza.

Baja la mirada hacia su desnudez y se ríe, pensando que por eso no accedí.

—Me vestiré primero.

Golpeo la cama para llamar su atención. Cuando se asoma, le hago una seña:

—No.

—¿Por qué no? A menos que pienses que es tu otro novio.

De momento, estoy demasiado asustada para deshacer esa frase. Ya tiene los pantalones puestos cuando me levanto para detenerlo, pero entonces me doy cuenta de que yo también estoy desnuda. Cuando me pongo la bata, ya ha salido del dormitorio. Casi por instinto, corro al armario de mi habitación, marco rápidamente la combinación de la caja fuerte y saco la pistola, comprobando que esté cargada.

Asomo la cabeza por la esquina, dispuesta a defenderme tanto a mí como a Blake de Grant. Mi mano tiembla a mil por hora, así que estoy segura de que tendría una puntería terrible. Pero al menos podré defenderme.

Casi aprieto accidentalmente el gatillo cuando Blake vuelve y corre hacia mí. O más exactamente, hacia la pistola. Sus ojos se abren como locos y dice algo que no entiendo, antes de quitarme con cuidado la pistola de mis temblorosas manos, llevarme de vuelta a la cama y sentarme. Vacía la recámara, deja la pistola sobre mi cómoda y coge el teléfono.

Blake: ¿Por qué demonios tenías un arma apuntando y lista para disparar?

—¿Quién estaba en la puerta? —pregunto.

Blake: Nadie. Entrega de comida. Se equivocó de apartamento. Responde a la pregunta, El. ¿Por qué parecías tan jodidamente asustada hace un momento?

No contesto. Principalmente porque no puedo. No sin contarle mi secreto.

Blake: ¿Hay un ex-novio o ex-marido del que no me estás diciendo?

Sacudo la cabeza.



Se pasea por el suelo, al final de la cama, mirando la pistola. Mueve la boca, pero tengo la impresión de que habla solo, no conmigo. Me da tiempo a inventar una excusa plausible.

—¿Qué pasa, Ellie? —hace señas—. Casi me disparas. Merezco saberlo.

Asiento, lo bastante tranquila ahora que he sido capaz de conjurar una mentira creíble.

Yo: Todos los que me conocen saben que no oigo llamar a la puerta. No podría haber sido nadie más que un intruso. Sobre todo, a estas horas.

Blake: Los intrusos no golpean la puerta.

Solo puedo encogerme de hombros.

Deja de pasearse y se sienta a mi lado. Apoya una mano en mi rodilla y exhala un largo suspiro.

—Hazme un favor. La próxima vez que te asustes, llama al 911.

—Lo siento —le digo por señas.

Blake: Prométemelo, El.

Asiento aunque sea otra mentira.

—Mierda —dice—. Le prometí a Allie que volvería a las once. Llego tarde.

—Deberías irte —hago señas.

—Creo que debería quedarme.

—Estoy bien.

Mira la pistola.

Le pongo una mano en la mandíbula y le ordeno que vuelva a mirarme.

—Estoy bien —vuelvo a hacer señas, esperando que esta vez se lo crea.

Asiente, aunque de mala gana.

—Guarda esa cosa.

—De acuerdo.

Una vez vestido, se inclina y me besa. Cuando se retira, me hace una seña:

—Enséñame perfecto otra vez —deletreando con los dedos la palabra perfecto. Luego dice—: Después de todo, la única vez que puedo usar esa palabra es cuando estoy contigo.

Cómo este hombre sigue metiéndose cada vez más en mi corazón es algo que aún no he sido capaz de explicar.

Le enseño el signo de perfecto.



—Una noche perfecta —señala. Luego se encoge de hombros y dice—: Hasta que casi me matas. —Cruza la habitación y se vuelve para despedirse con la mano.

Espero un minuto para darle tiempo a salir por la puerta principal, me levanto y cierro inmediatamente. De vuelta a mi habitación, guardo la pistola, con la esperanza de no tener que sacarla nunca más. Luego me dirijo a la cocina para tomar un bocadillo a medianoche.

Sobre el mostrador hay dos mitades de una galleta de la suerte abiertas y un trozo de papel entre ellas.

Lo leo, preguntándome si simplemente se había olvidado de tirarlo o si lo había dejado como mensaje para mí.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Capítulo Treinta y Dos

BLAKE



Ellie tiene un arma.

Y vamos a ver a Lucinda.

No es de extrañar que no haya dormido mucho en las dos últimas noches.

Quiero decir, tiene sentido, supongo, El es de la ciudad y todo eso. ¿Pero sacarla y *apuntarla* solo porque le dije que alguien llamó a su puerta?

Algo no cuadra.

Me estoy demorando en salir de la cama y sé exactamente por qué. He estado temiendo este día desde que Lucinda me envió el mensaje el viernes por la noche. No hay forma de decirle a Maisy adónde vamos y a quién vamos a ver. No tengo fotos de Lucinda. ¿Y si entramos en el lugar y Maisy la ve y huye despavorida?

Por otro lado, ¿y si la ve y corre *hacia* ella?

Mi mano frota mi mandíbula mientras contemplo cuál de los dos escenarios me asusta más.

La luz me ciega durante un segundo. Entonces el peso se desplaza sobre mi cama mientras Maisy se arrastra hasta ella. No puedo evitar sonreír. Puede que haya hecho falta más de un mes y una cucaracha errante en la pared junto a su cama, pero la semana pasada, después de que corriera a mi habitación para escapar del bicho, tuvimos nuestro primer acurrucamiento padre-hija. Desde entonces, todas las mañanas viene a mi habitación con Rayo en brazos y los tres nos acurrucamos hasta que a alguien le gruñe el estómago. Hoy es el mío.

—¿Tienes hambre? —Hago señas.

Ella asiente.

—¿Qué quieres?

Hace el signo de panqueque.

—Tú ayudas —le comento.

Sale corriendo de la habitación antes que yo, con Rayo pisándole los talones. Para cuando llego al baño y a la cocina, ya tiene la caja de mezcla para panqueques, una cuchara y un cuenco listos. Maisy es una buena ayudante. Me

Quiet
Beautiful

209



quito de la cabeza la sospecha de que es una buena ayudante porque ha tenido que hacer mucho por sí misma.

Diez minutos más tarde, la isla de la cocina es un caos de polvos y trozos de masa, y los panqueques calientes están humeantes en una bandeja: dos caras sonrientes para ella y dos muñecos de nieve para mí.

Las caras de los suyos están notablemente torcidas. Ha aprendido a poner masa en los ojos y a sonreír. Los que ha hecho hoy parecen más Hannibal Lecter que emojis.

Se ríe mientras le pongo las creaciones en el plato.

La risita de Maisy se ha convertido en una de mis razones para vivir. Ella ni siquiera puede oírlo y no tiene ni idea de lo que le hace a mi corazón.

Sumerge un plátano en rodajas en el sirope. El sirope gotea y deja un rastro de puntos pegajosos en la mesa frente a ella. Mojo un dedo en una de las gotas y se lo llevo a la nariz. Luego le unto otro dedo en las mejillas. Se limpia la cara, convirtiéndola en un gran desastre pegajoso. Me río, mojo una servilleta y me arrojo a su lado para limpiarla.

Sonríe, moja con el dedo el único resto de sirope que queda y me lo unta en la nariz y las mejillas.

Me limpio la punta de la nariz y me chupo el dedo, poniendo cara de tonto.

Vuelve a reírse. Entonces hace algo que cambia mi mundo. Se señala a sí misma, cruza los brazos sobre el pecho y me señala a mí.

Se me para el puto corazón. Ella signó «te amo».

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero me las seco rápidamente para que no malinterprete mi reacción. Llevo una semana haciéndole señas con las palabras, aunque no estoy seguro de que sepa lo que significan.

Los *te amo* se pueden signar de diferentes maneras. Yo elegí la forma “te amo” en la que me señalo a mí mismo, cruzo los brazos sobre el corazón y luego la señalo a ella. La seña de “te amo” que es una combinación de las tres letras, no me parece tan emotivo y expresivo, y necesito que ella sepa que no la quiero por casualidad, sino ferozmente. Y para siempre.

Creo que sonrío tanto que mi cara podría partirse en dos.

Mientras asimilo su encantada reacción ante mi expresión, me doy cuenta de que sus ojos ya no son oscuros y distantes. Demonios, casi brillan. Ha habido un cambio fundamental en nosotros dos con su declaración. Siento que hemos doblado una esquina y que no hay vuelta atrás. Y mi corazón nunca ha estado tan lleno.

—Te amo —hago señas enfáticamente, y luego la atraigo hacia mí para abrazarla, sabiendo que nunca se han dicho palabras más ciertas—. Te amo muchísimo —susurro, acurrucándola contra mí.



Mientras apoya la cabeza en mi hombro y me rodea el cuello con los brazos, me pregunto por qué demonios voy a poner a alguien a quien quiero en situación de ver a Lucinda si ni siquiera sé si ella quiere.

Me alejo un poco y trato de ocultarle mi cambio de humor.

—Vamos a limpiar —señalo, temiendo cómo puede acabar este día.

~ ~ ~

—Cambio de planes —le digo a Ellie, cuando llega unas horas después—. ¿Puedes cuidar a Maisy?

—¿Por qué?

—Iré solo.

Ellie frunce las cejas.

Yo: Siempre me dices que deje que Maisy ayude a decidir lo que es mejor para ella. No sé nada de Lucinda. ¿Y si es una mamá aún peor? No puedo hacerle eso a Maisy. Así que hasta que no tengamos una conversación sobre ello y sepa cuál es su postura, no voy a poner a Maisy en una posición en la que pueda estar asustada o herida o incluso confundida. Pero iré yo. Tengo preguntas para Lucinda. Muchas.

Ellie me mira como una madre orgullosa.

Ellie: Vaya... has recorrido un largo camino desde el hombre al que acusé de negligencia.

Yo: No tienes ni idea. Tuvimos un gran avance hoy. Ella hizo una nueva señal.

—¿Cuál?

Me planteo enseñárselo, pero luego pienso en quién tengo delante. Cuando le diga “te amo” a Ellie, será porque se lo estoy diciendo a *ella*.

¿Y por qué no lo has hecho todavía?

Yo: Ella me dijo que me ama.

La mano de Ellie cubre su corazón, sus ojos se vuelven vidriosos mientras sonríe tan alegremente como yo.

Maisy sale corriendo, vestida para el día, ve a Ellie y chilla.

Ellie hace señas:

—¿Jugamos tú y yo?



Maisy se lo piensa, se acerca a la mesa del comedor, examina los dibujos hasta que encuentra lo que busca y lo trae. Me enseña un dibujo que hice del parque cercano al Círculo McQuaid, con el parque infantil.

Ellie hace señas:

—¿Quieres ir al parque infantil? —Nos enseña el cartel del parque infantil y luego señala el del dibujo.

Maisy hace señas de «Sí», luego me agarra de la mano e intenta tirar de mí hacia la puerta.

Cuando me resisto, levanta la vista.

—Solo tú y Ellie —digo mientras me señalo y sacudo la cabeza.

No sé si lo entiende, porque siempre hemos sido los tres. Es la primera vez que salen sin mí.

Pero mi inteligente y confiada hija simplemente me lanza un beso, agarra a Ellie de la mano y la arrastra hasta la puerta.

Saco las llaves, saco la llave de casa del llavero y se la doy a Ellie antes de que salgan por la puerta.

—Buena suerte —señala.

~ ~ ~

Noventa minutos después, me dirijo al centro de rehabilitación. Dudo antes de entrar, pensando por qué estoy aquí. Me pregunto si me dirá lo que necesito saber y, al mismo tiempo, me aterroriza oírlo.

Soy consciente de que uno de los pasos en la recuperación de la adicción es hacer las paces. ¿Es eso lo que está tratando de hacer? ¿O simplemente fue forzada por su terapeuta a convocarnos aquí?

Tras registrarme en la recepción y recibir una etiqueta con mi nombre, me acompañan a través del edificio hasta el patio. Hay bastantes grupos de personas ocupando las distintas zonas de asientos. Miro las caras y me pregunto si reconoceré a Lucinda después de tantos años.

—La Srta. Wilcox está allí —dice el empleado, señalando a una mujer sentada junto a una fuente de agua que cae en cascada en un estanque koi.

—Gracias.

El tipo asiente antes de darse la vuelta para volver a entrar.

Lucinda no me ve. Mueve ansiosamente las manos, retorciéndoselas una y otra vez mientras su rodilla izquierda rebota arriba y abajo.

Está claramente nerviosa.

También me sorprende lo delgada que está. Por otra parte, las drogas pueden hacer eso a una persona.



Cuando levanta la vista y me ve, casi jadeo. Tiene los ojos hundidos. Su rostro demacrado. Está pálida, su piel casi amarilla. Inmediatamente mira detrás de mí, seguramente buscando a Maisy.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está? —ladro—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Acaso sabes por lo que he pasado estos últimos meses?

Verla así, su cuerpo gritando con la evidencia de años de consumo de drogas, me enfurece aún más. Pierdo todo el sentido del autocontrol y todo lo que se ha estado filtrando dentro de mí sale a borbotones.

—Casi la arruinas. ¿Qué demonios hiciste, mantenerla encerrada en tu apartamento porque te avergonzabas de ella? ¿Por qué no hiciste que la examinara un médico? ¿Por qué no aprendiste a comunicarte con tu propia hija? ¿Y por qué, en nombre de Dios, no intentaste averiguar quién era su maldito padre? Mírate, Lucinda. Eres una patética excusa de ser humano. A la gente como tú no se le debería permitir tener hijos.

La cara de Lucinda es estoica, lo que de alguna manera me cabrea aún más.

»Si crees que puedes hacer toda la mierda que le hiciste a Maisy, dejármela a mí, ir a rehabilitación unos meses y luego recuperarla, mejor piénsatelo otra vez. Porque, ¿adivina qué? A pesar de tu negligencia criminal hacia ella, está prosperando. Va a la escuela. Está aprendiendo a hablar por señas. Es jodidamente feliz. Por primera vez en su miserable vida, es feliz. Me llama papá, por el amor de Dios. Dime, Lucinda, ¿alguna vez te llamó mamá? ¿Y querías que la trajera aquí? Pareces la muerte en persona. Solo la habrías asustado. Gracias a Dios que la dejé en casa.

No me inmuto lo más mínimo cuando sus ojos se empañan. No se merece mi compasión.

»Oh, *estás triste* —digo, riendo incrédulo—. ¿Quieres que me compadezca de ti después de lo que le hiciste? —Levanto las manos, completamente exasperado—. Jesús, ¿para qué he venido siquiera? —Entonces recuerdo por qué. Por respuestas. Así que, en lugar de dar media vuelta y marcharme después de decir lo que tenía que decir, me siento y me quedo mirando fijamente—. ¿Tienes *algo* que decir?

—Me estoy muriendo.

Ah, *mierda*. De todas las cosas que pensé que diría, y todas las excusas que estaba seguro que soltaría; esto definitivamente no era lo que esperaba.

—¿Te estás... muriendo?

Ella asiente.

—Es increíble la claridad que aporta a tu vida saber que vas a morir.



—Siento oír eso. ¿Pero realmente pensaste que tener a Maisy viéndote así sería bueno para ella? ¿O solo quieres enmendarte para que no te recuerde siempre como el monstruo que fuiste?

Mis palabras son duras, lo sé. Pero estar enferma no excusa sus acciones pasadas.

—Supongo que fue una mala idea. Es uno de los pasos.

—Quizá normalmente lo sería. Pero nada de esta situación es normal. Maisy ni siquiera sabía su nombre. Ni siquiera sabía que la gente *tenía* nombres. No sabía una maldita cosa hasta que vino a vivir conmigo. ¿Esperas que una niña así entienda por qué la trajeron aquí? Quiero decir, sabes que es sorda, ¿verdad? ¿Cómo no?

La culpa cruza su rostro.

—Nunca la hice examinar. Sé que ocurrió por mi culpa. Mi consumo de drogas. No quería admitir que era culpa mía. Hacerle las pruebas significaría que tendría que aceptar la culpa. Así que opté por ignorarlo.

»Cuando me enteré de que estaba embarazada, al principio me emocioné. Pensé que tener un bebé iba a salvarme. Iba a ser mi salida de drogas. Íbamos a ser ella y yo contra el mundo. Los primeros meses después de tenerla fueron increíbles. Pero luego no actuó como otros bebés. No me miraba cuando entraba en una habitación. No reaccionaba a los sonidos. Sabía que algo iba mal. Pensé que quizá era autista o tenía daños cerebrales. Supongo... supongo que no quería saberlo.

Sacudo la cabeza, indignado por su egoísmo.

—Si hubiera tenido una intervención temprana, todo habría cambiado. Le va bien, pero ha sido una lucha. Cada día es un reto. Tiene casi cinco años y solo podemos mantener conversaciones sencillas. Tardó mucho en adaptarse. Para que entendiera que soy su padre. ¿Cómo pudiste ser tan egocéntrica? ¿Qué pensabas que le iba a pasar cuando creciera?

—¡No lo sé! —Se cubre la cara con las manos—. Soy una drogadicta, Blake. Mi prioridad número uno era cómo y dónde iba a conseguir mi próximo subidón.

Hirviendo por su admisión, mi cerebro está en desacuerdo consigo mismo sabiendo que ella va a morir. No soy un completo idiota, después de todo.

—¿Qué pasa contigo?

—Cáncer. —Se ríe tristemente—. Me lo merezco después de lo que he hecho. Es mi castigo.

Aunque no comparto su opinión de que está siendo castigada de alguna manera por el universo, no voy a discutir con ella. Sin embargo, estoy de acuerdo en que es una buena dosis de karma.

—¿Te estás muriendo de verdad o solo lo dices para que te compadezcan?



—¿Sabes algo sobre el cáncer de páncreas en etapa cuatro?

No sé mucho de cáncer, pero he oído que es muy malo.

—No realmente.

—Lo llaman cáncer de páncreas de aparición temprana. Tenía quince años cuando mi madre murió de lo mismo. Fue horrible para ella al final. Supongo que debió ser hereditario. O tal vez fue el destino.

—¿No pueden tratarlo?

—Cuando lo encontraron, ya era demasiado tarde. No me di cuenta de nada. Cuando consumía, las drogas enmascaraban los síntomas. Y cuando llegué aquí, todos asumimos que la falta de apetito, la pérdida de peso y la fatiga eran parte de la abstinencia. El mes pasado, cuando no mostraba ningún signo de mejoría, me hicieron un chequeo completo.

—¿Cuánto tiempo tienes?

Se encoge de hombros.

—Unos meses tal vez. Realmente no importa. En cuanto me echen de aquí me iré por *mi* camino.

—¿Qué significa eso?

—Exactamente lo que crees.

Miro a mi alrededor, a los amplios jardines.

—¿Por qué quedarte aquí si vas a volver a usar cuando te vayas?

—Porque ahí fuera no hay nada para mí —dice mirando a lo lejos—. Aquí, tengo amigos por primera vez en mucho tiempo. La adicción es una enfermedad solitaria, Blake, cuando tu relación principal es con las drogas. Esta gente me entiende. Son como yo. Me quedaré aquí hasta que terminen mis noventa días, luego saldré por mis propios medios. El cáncer de páncreas terminal no perdona. Aunque me merezca todo el dolor y el sufrimiento. Pero no puedo pasar por eso. No después de ver lo que le hizo a mi madre.

—Espera, ¿no tienes madre? ¿Entonces quién contrató al detective privado para encontrarme?

—Mi padre y su nueva esposa trofeo.

Ahora casi tiene sentido por qué no querían a Maisy. El tipo tiene una hija drogadicta y una nieta “difícil” con la que su nueva y joven esposa probablemente no quería tener nada que ver. Me regaño por ser uno de esos hombres que dejan que su polla tome decisiones por ellos. O al menos solía serlo.

—¿Tienes... una foto de ella? —Parece culpable por preguntar.

Dudo en hacer algo por esta mujer. Pero se está muriendo. Así que saco mi teléfono y busco hasta que encuentro una. Es ahora cuando me doy cuenta



de que todas mis fotos de los últimos meses son de Maisy. Ella sola. Ella y Ellie. Ella y Rayo. Incluso hay algunas selfies que tomé de los dos juntos. Está muy lejos de lo que era mi álbum de fotos antes de Maisy.

Le entrego mi teléfono y le enseño una foto que le hice a Maisy con uno de sus vestidos favoritos. La mano de Lucinda vuela para taparse la boca.

—Dios mío. Nunca la había visto así. —Toca la foto—. Parece tan diferente. Y se parece a ti, pero con mi cabello. —Desliza el dedo por la pantalla y mira más fotos—. ¿Tienen un gato? Siempre llevaba un gato de peluche.

—Lo sé. Por eso le compré uno. Le encanta. Tiene una discapacidad.

Lucinda me mira, sorprendida.

—No te sorprendas tanto. Maisy es la que lo eligió. Es una niña increíble.

—¿Y ella está... *hablando*?

—Está haciendo señas. De momento solo conoce unas doscientas señas. No es mucho, pero es suficiente para poder comunicar sus necesidades. Cada día aprende más.

—Doscientas parece mucho.

—No es así. Un niño promedio de cuatro a cinco años debería saber veinticinco mil señas.

Ella asiente con la cabeza y sigue ojeando el teléfono. Se detiene y estudia una foto de Ellie y Maisy.

—¿Esta es tu esposa?

—Es una de los profesores de Maisy.

Se desplaza más.

—Parece algo más que una profesora. —Cierra los ojos y me da el teléfono—. Me alegro de que esté contigo. Está donde debe estar.

Me paso una mano por la mandíbula, sabiendo que tengo que preguntar.

—Querías que la trajera aquí para despedirte, ¿verdad?

Mira al suelo, sus ojos se centran en las malas hierbas que salen por las grietas de la acera. Me resulta extraño mantener una conversación con alguien sin mirarle a los ojos. Oh, cómo han cambiado las cosas.

—Ese era el plan. Pero ya no estoy tan segura. Ahora sé que verla solo sería para mí. Y creo que no me lo merezco.

—Si fuera mayor y pudiera entender lo que está pasando, le daría la opción. Me preocupa que eso pueda causarle un contratiempo. Pero también me preocupa que luego me odie si no la dejo despedirse, aunque no lo entienda. ¿Qué le diría? No sé cuál es la respuesta correcta.



—No tienes que decirle nada. Ella nunca me quiso. Sé que no lo hizo. Todo lo que yo era para ella era alguien que le daba comida y un lugar caliente donde dormir. Tenía una mejor relación con la criada que mi padre contrataba para limpiar mi apartamento una vez a la semana. Sé lo que hice. No estaba drogada *todo el tiempo*. Le gritaba como si pudiera oírme. Esperaba que me entendiera. La empujaba frente al televisor cuando estaba despierta. Fui la peor clase de madre. Y fui egoísta al querer que la trajeras aquí. No soy nada para ella.

Agarra su teléfono del banco, busca entre sus propias fotos y me envía una. Por fin veo el parecido con la mujer con la que me enrollé en la universidad.

—Si alguna vez quieres hablarle de mí, puedes enseñarle esa foto. Pero no pasa nada si no lo haces. La mujer de las fotos mira a Maisy como si pudiera ser su madre. Quizá deberías dejar que Maisy piense que lo es.

Jesús, toda esta situación es realmente jodida.

—Será mejor que me vaya —dice—. Estoy muy cansada y tengo náuseas.

Es extraño estar mirando a alguien y pensar que esta persona no vivirá pronto. ¿Qué se supone que debo decirle?

Me pongo de pie.

—Siento que estés pasando por esto. No se lo desearía a nadie, haga lo que haga.

Ella asiente.

—Gracias.

Me alejo, sin tener ni idea de lo que le voy a decir a Maisy. Supongo que lo bueno es que tengo tiempo para pensarlo.

—¿Blake?

Me giro y la miro a los ojos hundidos.

—Si algún día le hablas de mí, dile que lo siento.

—Sí, claro.

—¿Y, Blake?

Levanto una ceja.

»Gracias... por todo.

Asiento y me alejo.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Capítulo Treinta y Tres

ELLIE



Una tarde agotadora en el parque lleva a Maisy a la hora de la siesta. Acurruca a Rayo en sus brazos. Él recibe encantado sus atenciones. Los dos son inseparables. De pie en la puerta, la veo dormirse. Cuando estoy segura de que se ha dormido, vuelvo por el pasillo y paso por delante del despacho de Blake. No le importará que eche un vistazo a su colección de vinos, ¿verdad?

Es una mentira que me digo a mí misma para mitigar la culpa por entrar en su espacio privado. Echo un vistazo al amplio botellero, pero luego me acomodo en la gran silla de oficina que hay detrás de su escritorio. Me hundo en el cómodo cuero y me lo imagino tecleando en su portátil o manteniendo reuniones a distancia con... cualquiera que haga ese tipo de cosas.

Es el heredero de una exitosa bodega. Eso significa que Maisy también lo es. Puede que eso le haga la vida más fácil en algunos aspectos, pero, como yo, seguirá siendo la hija sorda de padres oyentes, lo que conlleva sus propios obstáculos.

De repente se me seca la boca. ¿Y si Lucinda ha cambiado? ¿Y si no solo quiere recuperar a Maisy, sino que quiere intentarlo con Blake? Después de todo, ¿no es lo mejor para un niño estar con ambos padres biológicos?

Suspiro, pensando en el monstruo que es mi propio padre biológico. No, definitivamente no siempre es lo mejor.

Sin siquiera pensarlo, me levanto, salgo de su despacho y doblo la esquina para entrar en el dormitorio de Blake. Nunca había estado en esta habitación. Inhalo y me bombardea su colonia. Mis ojos se cierran y mi mente divaga mientras disfruto de su aroma. Antes de darme cuenta estoy haciendo su cama. Luego me siento en ella. Estoy sentada en ella preguntándome cuántas mujeres se han sentado aquí antes que yo. ¿Cuántas ha...?

Mi teléfono vibra.

Sierra: Se lo está creyendo. Lo tenemos en la bolsa. He estado enviando mensajes de texto al viejo teléfono de mamá durante dos semanas, enviando fotos mías en Nueva Zelanda. Después de una semana, empecé a preocuparme, preguntándole por qué no respondía. Entonces hoy él contestó. Quiero decir, obviamente lo hizo por ella. Ellie, no

Quiet
Beautiful

218



quiere que sepa que se ha ido. Probablemente piensa que asumiría que la lastimó de nuevo, o algo peor. Así que finge que todo va bien sabiendo que no volveré a EE.UU. en meses.

Me recuesto en la almohada de Blake, envuelta por el aroma que hace que me bombardeen recuerdos placenteros.

Yo: Eso es un alivio. Le va bien en su nuevo trabajo. La visito a menudo. Es tímida y reservada, pero parece que le va bien. Dudo que sea realmente feliz hasta que no esté totalmente fuera de su control.

Sierra: ¿Crees que acabará rindiéndose?

Yo: No lo sé. Los hombres así necesitan ganar.

Sierra: Temía que fueras a decir eso.

Yo: Ya se nos ocurrirá algo. Mientras tanto, que pases una buena temporada. No te preocupes por tu madre. La tengo vigilada.

Sierra: No puedo agradecértelo lo suficiente. Ya noto la diferencia cuando hablo con ella. Nunca fue capaz de enviar mensajes de texto con tanta libertad. Ella sabía que él los leería. Es como si tuviera una nueva madre.

Yo: Espera a que se libere completamente de él, ese será un día de celebración.

Un movimiento por el rabillo del ojo me sorprende. Blake está apoyado en la puerta del dormitorio, con una sonrisa de suficiencia bailándole en la cara.

Me incorporo rápidamente, le envió un mensaje de despedida a Sierra y... *bueno, mierda*, no hay forma de recuperarse de este aprieto.

Me paso una mano avergonzada por la cara, sintiendo cómo se me calientan las mejillas.

—Lo siento —señalo.

Se ríe.

—Nunca sientas pena por estar en mi cama. De hecho, creo que deberías estar aquí más a menudo.

Balanceo las piernas, me pongo de pie y me aliso las arrugas. Luego, sacudiendo la cabeza por mi estupidez, me dirijo a la sala.

Me giro y le hago señas:

—¿Qué tal?



Suspira y se sienta en el sofá, como si recogiera sus pensamientos. Todo mi cuerpo se tensa al sentir mis peores temores.

Tarda cinco minutos en enviarme por texto todos los detalles de la reunión.

¿Se está muriendo?

¿No estará en la vida de Maisy? ¿Ni en la de Blake? Me regaño por la fugaz sensación de alivio que recorre mi cuerpo. Debería estar triste, no aliviada. Me disgusto conmigo misma después de procesar lo horrible que debe ser eso para una mujer tan joven. No importa lo lamentable que sea como madre, juro que nunca estaré de acuerdo con la miseria de otra persona.



Yo: ¿Qué vas a hacer?

Blake: ¿Qué crees que debería hacer? ¿Crees que se le complicaría la cabeza a Maisy si la llevara allí?

Yo: No soy psicóloga, pero tengo mucha experiencia con niños sordos y lo que entienden y lo que no, aunque Maisy ha demostrado ser la más interesante con diferencia.

—Querrás decir el más difícil.

Yo: Eso no es lo que he dicho. Y no pienso de esa manera. Para responder a tu pregunta, no estoy segura. Por lo que me has contado, parece que la relación de Lucinda y Maisy puede que no fuera más que de alcaide y prisionera. Ella era negligente hasta el punto de ser una ofensa criminal, de la que solo se libró porque fue a rehabilitación en vez de a la cárcel. Estar sobria le ha mostrado el error de sus caminos. Pero eso no significa que Maisy lo entienda. ¿Cómo podría? Le llevó mucho tiempo entender que eres su padre. Una cosa es segura, Maisy estará confundida. Pensará que la llevas a vivir con Lucinda.

Blake se queda boquiabierto y se sienta pesadamente en el sofá, como si el peso de la situación acabara de golpearle.

—¿Qué? —señalo.

Tras apoyar los antebrazos en las rodillas y respirar hondo, envía un mensaje.

Blake: He estado tan consumido sobre qué hacer con esta situación que olvidé lo que significa. Maisy es mía. Tendré la custodia exclusiva. Vivirá aquí conmigo. Para siempre.

Puedo ver la batalla en sus ojos. Quiere saltar de alegría por el hecho de que no habrá batalla por la custodia. No habrá horarios de visitas ni discusiones

de coparentalidad. No habrá idas y venidas de aquí a la ciudad. Sin frustraciones si Lucinda no mejora su juego de crianza. Al mismo tiempo, sin embargo, solo sucede porque Lucinda morirá.

—Maisy es tuya —le digo en señas—. Vivirá aquí contigo para siempre. —Le enseño los signos y veo cómo se asimila aún más su realidad cuando me los repite.

»¿Los abuelos? —pregunto.

Blake: No querían tener nada que ver con ella antes. No estoy seguro de que lo hagan ahora. Además, ningún juez entregaría la custodia de un padre cariñoso a gente que la dejó con un desconocido para irse de crucero por el mundo.

Su cabeza se hunde y sus manos se restriegan por su cara. Finalmente levanta la vista.

—Es mía —dice, mirando hacia el dormitorio donde su hija duerme la siesta tras un largo día en el parque—. Es toda mía.

Yo: Me pondré en contacto con el psicólogo de nuestro colegio. Él conoce a Maisy. Pero en mi opinión, yo la dejaría en paz. Lucinda lo dijo ella misma, Maisy tenía mejor relación con la criada. Intentar explicarle a Maisy que Lucinda es su madre pero que se está muriendo y que es la última vez que la verá, podría hacer más daño y potencialmente causar contratiempos.

—Mis pensamientos exactamente —signa—. Pero pensé que solo estaba siendo egoísta. —Deletrea *egoísta* con los dedos y le enseño el signo.

Yo: Blake, eres el hombre menos egoísta que he conocido.

Levanta la vista y por fin se le dibuja una sonrisa en la cara. Me agarra de la rodilla y me empuja hacia él. No tengo más remedio que sentarme en su regazo o caerme sobre el borde del sofá. Me pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja.

—Eres la mujer más hermosa.

Se equivocó en el signo de “más”, pero con la forma en que me mira a los ojos, ahora no es el momento para una lección.

—¿A qué hora se durmió Maisy?

—Veinte minutos.

Su sonrisa se ensancha.

—Tenemos al menos una hora entonces. ¿Te quedas?



Siento su erección debajo de mí mientras contemplo su invitación.

—Quédate, Ellie —hace señas, con tanta emoción en la cara como nunca he visto.

No contesto. O tal vez sí. Mis labios bajan para encontrarse con los suyos. Mientras nos besamos, se me pasan mil cosas por la cabeza. Que no mentía, que es el hombre más desinteresado que he conocido, junto con mi padre.

Hay muchas cosas de este hombre que me atraen. Casi todas tienen que ver con su hija. Su resistencia. Su capacidad de adaptación. Su corazón más grande que la vida. Por no mencionar su sonrisa y... bueno, otras partes de su anatomía.

Me alejo. No puedo enamorarme de un hombre que pasa de las mujeres como los chicos de fraternidad de la cerveza.

Incluso si pudiera dejar de lado todas las historias, rumores y hechos rotundos que he oído sobre él. Incluso si ha cambiado milagrosamente porque ahora es responsable de otro humano. Tengo que ver esto por lo que es.

Mi teléfono vibra por tercera vez. Lo levanto y me sirve de excusa para salir rodando de su regazo.

Brooke: Me preguntaba si te gustaría quedar para cenar. Puedo preparar algo de la cafetería y podríamos quedar en el parque.

Blake me toca el hombro.

—¿Es la misma señora de antes?

Entro momentáneamente en pánico e intento recordar lo que le dije cuando la pilló enviándome mensajes la última vez. Esto es exactamente por lo que odio mentir a la gente. En mi experiencia, los secretos nunca permanecen secretos mucho tiempo. Siempre hay alguien que comete un error. En este caso, espero que no sea yo.

Dudo lo suficiente como para que responda a su propia pregunta.

—Es una clienta, ¿verdad?

Asiento.

Se aparta del sofá, se inclina y me aprisiona contra el respaldo con los brazos.

—Mientras no aceptes invitaciones a cenar de clientes masculinos.

Me mira larga y fijamente, como para reafirmar lo que quiere decir.

Levanto las cejas ante su posesividad. Luego sonrío y sacudo la cabeza.

—Bien. Porque el único hombre con el que quiero que cenes soy yo.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

La intensidad de su mirada me hace preguntarme si quiere más. Dicen que los ojos son las ventanas del alma, y ahora mismo los suyos probablemente revelan mucho más de lo que quiere que yo sepa.

Señala con su pulgar hacia atrás, rompiendo el momento.

—Debería ver a Maisy.



223



Quiet
Beautiful

SAMANTHA
CHRISTY

Things

Capítulo Treinta y Cuatro

BLAKE



224



Durante el resto de la tarde, me pregunto por la Brooke con la que va a cenar. Dijo que es una cliente. Yo soy un cliente y nos mandamos mensajes todo el tiempo. Pero algo sobre esta Brooke me preocupa. Ellie parece nerviosa cada vez que le manda un mensaje. Y más específicamente, cuando pregunto por ella. Y apartó la mirada. Puede haber sido solo momentáneamente, pero lo hizo. Está ocultando algo.

Por otra parte, ¿quién soy yo para pensar que Ellie Stone me debe algún tipo de explicación? No somos pareja. Salimos a veces. Dormimos juntos ocasionalmente. Pero aparte de la forma en que me mira, no tengo ninguna evidencia sólida de que quiera algo más allá de eso.

Supongo que podría estar esperando a que yo dijera algo. Pero de algún modo me hago a la idea de que la enigmática Dra. Stone no espera a que nadie le tome la delantera. De hecho, es más el tipo de persona que dice lo que quiere decir y quiere decir lo que dice.

Pero, joder, estoy cayendo fuerte.

Sigo pensando en lo que dijo Lucinda. Que “la mujer de la foto” debería ser la madre de Maisy. Miro a Rayo, que duerme a mis pies mientras Maisy juega con su iPad. Ronronea cuando me agacho y le doy una palmadita.

—Una pareja hecha en el cielo —le digo a nadie.

Solo que no estoy seguro de qué pareja estoy hablando: Maisy y Rayo, Maisy y Ellie, o Ellie y yo.

Quizá sean las tres cosas. Lo que me hace preguntarme por qué demonios sigo procrastinando.

Debería llamar a alguien para que me aconseje. La pregunta es, ¿a quién? Dallas y yo siempre fuimos los más cercanos. Pero pedirle consejo a él podría ser como un puñetazo en el estómago. Luego está Lucas. Entiendo que ama a Lissa

Quiet
Beautiful

y todo eso, pero también juró que amaba a Kaitlyn, Simone y Verónica. Por supuesto que diría que vaya por ello. Quiero decir, ¿cuándo *no lo ha hecho*?

Dax no sabría exactamente nada sobre el tema. Eso deja a Cooper. Después de todo lo que pasó, es exactamente el indicado. Él y Serenity son la pareja más improbable. Algunas personas en este pueblo pensaron que era repugnante la forma en que terminó casándose con la prometida de su hermano muerto. Yo digo que fue el destino.

Agito la mesa para llamar la atención de Maisy.

—¿Vamos a ver a la abuela? —pregunto.

Se le ilumina la cara. Le encanta ir a casa de papá y mamá. Lo entiendo. Es una verdadera mansión. Es la única casa en la que recuerdo haber crecido. Sé que tenían una antes de que el negocio de la bodega despegara, cuando yo era muy pequeño, pero *la Mansión Montana*, como la apodó Allie cuando éramos adolescentes, es el sueño de cualquier niño. Es genial para jugar al escondite. Tiene una sala de cine que rivaliza con cualquier cine comercial. La bodega no la apreciamos hasta que nos hicimos mayores, pero aun así era impresionante pasear por ella, y siempre me recordaba a las catacumbas que había visto en los videojuegos. Nuestra piscina era la envidia de todas las fiestas de piscina del instituto, de las que tuvimos muchas, y la cancha de baloncesto de tamaño normal nos hizo a mis hermanos y a mí muy populares entre los deportistas.

A Maisy lo que más le gusta es el ascensor. Lo cual es divertido y triste a la vez. Triste porque sé que vivía en un edificio alto con ascensor, pero le parece una novedad. ¿*Alguna vez* salió del apartamento?

Después de dejarla, me dirijo al pub Donovan's, donde trabaja Cooper. Aún no es la hora de cenar, así que hay pocos clientes. Llamo su atención y le señalo un reservado en una esquina. Un minuto después, se acerca con dos cervezas en la mano.

Desliza uno hacia mí.

—¿Qué pasa?

Bebo un trago y miro la cerveza, viendo cómo una gota de condensación se desliza por un lado.

—Hoy me he enterado de que voy a ser padre a tiempo completo.

Levanta su vaso.

—Oye, eso es genial. Sé que es lo que esperabas. Felicidades.

No le digo que solo ocurre porque la madre de Maisy va a morir.

—Sí, gracias. Todavía estoy pensando en ello. La verdadera razón por la que estoy aquí es que... —Miro en la cabina detrás de mí para asegurarme de que nadie está lo suficientemente cerca como para escuchar la conversación—.



¿Cuándo supiste que querías estar con Ren? No solo tontear con ella, sino *estar* con ella.

—Ahhh. —Él asiente, una arruga corta a través de la extensión de su frente—. Así que no se trata tanto de Maisy, sino de su profesora.

—Yo... mierda, nunca me he sentido así por nadie. ¿Cómo sé que no es solo por Maisy? Ellie la ha ayudado de más formas de las que yo podría. ¿Es como si un paciente se enamorara de una enfermera o algo así?

Cooper suelta una carcajada.

—Blake, no estoy seguro de que al universo le importe cómo se conocieron o lo que son el uno para el otro. Yo soy el ejemplo perfecto de eso. Quiero decir, todas las señales apuntaban a que Ren y yo éramos una idea horrible. Pero a veces, miras a alguien y simplemente lo sabes.

Levanto los ojos hacia los suyos.

—Sí. Así es exactamente como me sentí la primera vez que la vi. Ni siquiera hablamos —resoplo—. Evidentemente. Y te juro que, aunque no resultara ser la profesora de Maisy, la habría encontrado de algún modo. Pero tengo que preguntar... ¿Ren y tú acabaron juntos porque tenían algo en común? ¿Porque ambos perdieron a esa persona a la que amaban más que a nada?

—¿Me estás preguntando si creo que Ellie y tú estarían juntos si ella y tu hija no fueran sordas, como lo único que los unió?

Cruzo los brazos sobre el cuerpo, tal vez una indicación de que me estoy protegiendo de la respuesta.

—No lo sé. A veces me pregunto si tendríamos algo en común si no fuera por Maisy.

La pronunciada caída de sus cejas desafía mi proclamación.

—¿Así que Maisy está ahí cuando Ellie y tú tienen citas? ¿Y cuando lo hacen? —Me guiña un ojo.

No me río de su débil intento de broma.

—Claro que no.

—¿Así que Ellie y tú pasan tiempo a solas sin tu hija?

—Sí.

—¿Y cómo es?

—Es... —Pienso en las cenas que hemos tenido. Los bailes. La noche sin hablar que fue más que increíble. Pienso en sus besos. En lo que me hacen sus labios en la cama. En cómo me hace sentir—, jodidamente increíble, Coop. Ni siquiera puedo expresarlo con palabras.

Extiende los brazos.



—¿Cuál es el problema entonces?

—No estoy seguro de que ella sienta lo mismo. Le tocó una mano de mierda de niña. No porque sea sorda, sino porque su padre biológico no quería saber nada de ella. ¿Y si es incapaz de... —Hago un gesto con la mano—, *esto*? ¿Y si saco a relucir la palabra con “A” y sale corriendo antes de que pueda romperle el corazón también?

—O... —Me apunta con el cuello de su botella—. Podrías conseguir todo lo que quieres además de la madrastra perfecta para Maisy. ¿Qué tienes que perder?

Bebo un trago, digiriendo lo que ha dicho.

—Supongo que es hora de ser hombre.

Cruza la mesa y me da una palmada en el hombro.

—Ese es el espíritu.

—Tal vez lo haga la próxima semana, después de que todo este asunto de la boda con Lucas haya terminado. Lo que me recuerda, ¿estamos todos listos para la despedida de soltero aquí el viernes?

—Ya lo creo.

—¿Cómo está Lissa? ¿Ya dejó su trabajo?

—No. Está feliz pero cautelosa. No quiere que la dejen en ridículo, ¿sabes?

—Supongo que no puedo culparla. Pero han estado juntos durante años —digo—. Mucho más tiempo que cualquiera de las otras. Creo que esta será la definitiva.

Un trabajador detrás de la barra llama a Cooper.

—¿Estás bien? —pregunta—. ¿Puedo pedirle a Kelly que te prepare algo para llevar? ¿Maisy también?

—Sería estupendo. —Asiento—. Gracias por la charla.

Mientras espero la comida, miro uno de los muchos televisores que cuelgan del techo. Está sintonizado algún programa de reformas. Leo los subtítulos —un hábito al que empiezo a acostumbrarme— mientras una pareja intenta hacer más espacio para su creciente familia.

Ja, pienso, preguntándome qué tipo de cambio de imagen podría darle a mi casa. Me encantaría tener una sala de juegos para Maisy. Una gran piscina para sus fiestas de clase. Una sala de manualidades para exponer todos sus dibujos. Cuando termino de soñar con renovaciones, me doy cuenta: voy a tener que mudarme.

Entonces llego a una segunda: Quiero que la tranquila doctora de cabello rubio se mude *conmigo*.



Capítulo Treinta y Cinco

ELLIE



Abro la puerta y se la tiendo a Beth, que viene cargada con media docena de vestidos.

Las lleva a mi habitación y las deja sobre la cama.

—¿Cuál es la gran emergencia de ropa? —me pregunta.

—Voy a una boda.

Sus cejas se levantan.

—Haciendo amigos aquí. Qué bien.

—No es uno de mis amigos. Lucas, el hermano de Blake, se va a casar.

Su boca se abre lo suficiente como para atrapar moscas.

—Gran paso, Ellie. ¿Vas a ir como la cita de Blake?

—Más o menos. En realidad, no. No lo sé. —Me desplomo junto al montón de ropa y me tapo momentáneamente la cara—. ¿Qué estoy haciendo? No debería ir.

—¿Cuál es? ¿Realmente no, o más o menos?

—Lissa, es la prometida de su hermano, me invitó hace unas semanas cuando estaba en un restaurante con todos ellos. Pensó que éramos algo.

—¿No lo son?

La miro fijamente.

—Ya te he hablado de él.

—Los leopardos pueden cambiar sus manchas, Ellie.

Mi boca se frunce desafiante.

—No, Beth. Los leopardos no pueden cambiar sus manchas.

—¿Te ha dado el hombre alguna indicación de que está interesado en alguien más?

Me encojo de hombros.

—No sé lo que hace cuando no estoy cerca.

—Sí, pero ¿has oído algo?

Suspiro pesadamente.

—No, Beth. No he *oído* nada.

—Vaya, ¿por qué tan susceptible? —Cuando no respondo con un comentario sarcástico, añade—: Dios mío, te gusta de verdad. Ellie, ¿estás enamorada de él?

—Claro que no —digo audiblemente, las vibraciones de mi pecho me alertan del aumento del volumen de mi voz.

Me mira de reojo.

—Creo que protestas demasiado.

—Cállate y ayúdame a elegir un vestido.

Su enorme sonrisa me dice que estaría totalmente de acuerdo en que Blake y yo fuéramos... más. La pregunta es, ¿lo haría?

Finalmente, después del cuarto vestido, me decido por uno. Es azul claro. Tirantes de espagueti. Por encima de las rodillas, pero no demasiado corto. Y tiene una pashmina a juego por si hace frío en el lugar.

—Vas a parar el tráfico con esa cosa —Beth hace señas.

Muevo un poco las caderas en agradecimiento a su comentario. Luego me miro los pies descalzos.

—¿Qué zapatos me pongo? ¿Tacones o cuñas?

—Tacones —signa—. Definitivamente tacones. Elegiré un par. Estoy pensando en plateados, si tienes.

Estoy revisando mi cajón de bolsos pequeños cuando me golpean con fuerza en el hombro. *Ouch*. Me doy la vuelta y veo a mi hermana mirándome fijamente mientras sujeta la cajita de la pistola.

—¿Qué demonios es esto? —Prácticamente, echa humo.

Por su cara de enfado, sé que estaba gritando. Intento quitársela, pero ella la retira, señala el grabado de la parte delantera y signa con una mano mientras sigue gritando.

—¿G. Lucas? —Sus ojos se clavan en mí—. ¿Como el idiota de tu padre biológico? ¿Ese G. Lucas? Ellie, ¿qué demonios estás haciendo con un arma que le pertenece?

Mi mente se agita. ¿Es este el momento en que tengo que confesar?

—Es... es de Sierra. No podía llevársela a Nueva Zelanda, así que le dije que se la guardaría aquí.

Beth estudia mi cara. No rompo el contacto visual. No vacilo ni un ápice. *Créeme*, te lo imploro.

Ella se relaja.



—Bueno, papá te mataría si supiera que tienes un arma aquí.

La vuelve a poner en la estantería de mi armario y sale colgando de sus dedos un par de tacones de aguja. Estaban guardados en una caja y había olvidado que los tenía. Solo me los he puesto una vez, cuando fui “Miss Noviembre” para un calendario de recaudación de fondos que hizo mi universidad hace cuatro años.

—No —digo con rotundidad.

—Sí. —Ella asiente, igual de insistente.

—Beth, probablemente estaré persiguiendo a Maisy toda la tarde. Esos son tan poco prácticos.

—¿Vas como cita de Blake o como niñera de Maisy?

—Su cita, pero...

—¡Ya está! —Ella cierra el puño—. Tú lo has dicho, no yo.

Pongo los ojos en blanco.

—De acuerdo, técnicamente puede que yo sea su cita. Pero él está en el cortejo nupcial. Y también su hermana, y sus padres tienen obligaciones. Tiene sentido que me siente con Maisy.

—Excusas, excusas. —Me pone los tacones en la cara—. Póntelos. Se volverá loco.

Frunzo los labios.

—¿Qué? —dice y hace señas, señalando la pila de vestidos sobre la cama—. No pasaste por todo esto para impresionar a una niña de cuatro años...

Una de las grandes ventajas de ser sorda es que puedo darme la vuelta y poner fin a cualquier conversación. Sin embargo, esto va en ambos sentidos. Cuando éramos jóvenes, si Beth y yo nos peleábamos y a ella no le gustaba lo que yo hacía por señas, apagaba las luces. Era súper molesto. Como seguro que lo es el comportamiento adolescente que acabo de mostrar.

Beth me sigue hasta la cocina, espera mientras saco una Coca-Cola light de la nevera y me apoyo en la encimera. No habla, se queda mirando. Entonces algo le llama la atención y, antes de que yo pueda llegar a él, sostiene el papelito en la mano. Es la fortuna que Blake dejó aquella noche. Por alguna razón, no me atreví a tirarlo.

—*Tu corazón conoce la respuesta correcta* —dice, leyéndolo. Levanta la vista—. ¿Se te están pegando las aficiones de mamá y papá?

Le quito el papelito y lo tiro a la basura, enfadada porque sé que tendré que rebuscar en la basura para encontrarlo en cuanto Beth salga por la puerta.

—Eres increíble. —Pone mala cara—. Estás totalmente enamorada de él y eres tan testaruda que no lo admites. Él no es como los chicos del colegio, Ellie.



Por segunda vez, me doy la vuelta, no quiero tener esta conversación.

Una mano suave se posa en mi hombro. Camina a mi alrededor para que pueda verla, la profundidad de su cálida mirada me dice que el interrogatorio ha terminado y que vuelve a ser mi solidaria hermana pequeña.

—Vamos, te maquillaré.

~ ~ ~

Miro boquiabierta la limusina que Blake ha enviado a buscarme. Le dije que no me recogiera porque tenía que hacer de padrino, pero insistió en enviarme un auto. Pensé que se refería a un Uber. No es que no haya estado en limusinas antes —he estado en muchas cuando iba a los estrenos de las películas del tío Chad—, pero aun así, es surrealista que la enviara solo para mí.

Mirando por la ventana mientras nos acercamos al viñedo, me asombra la decoración de la boda. Empiezan en la señal de la carretera principal. Tules y lazos adornan cada poste de la valla que bordea el largo y sinuoso camino que conduce al lugar del evento. Me pregunto si lo habrán hecho todo para las dos primeras bodas de Lucas.

Lissa debe de estar fuera de sí, preguntándose si será un nombre más en su larga lista de relaciones fracasadas. Pero por lo que he oído, la mayoría del pueblo cree que ésta es la que se quedará. Lissa parece simpática y es alguien a quien me gustaría conocer. Por su bien, espero que tengan razón.

Maisy, Allie y Sarah están delante. A Maisy le encanta llevar vestidos, pero este se lleva la palma. Parece un ángel, directamente desde las puertas del cielo. Ni siquiera estoy segura de que entienda qué día es hoy, pero parece emocionada.

Salgo de la limusina y ella se acerca dando saltitos, envolviéndome en uno de sus habituales abrazos. Le sonrío y le hago señas:

—Hermosa Maisy.

Señala el gran lazo rosa que lleva en la cadera y da vueltas a su alrededor. Luego toca las lentejuelas que cubren el dobladillo de mi vestido.

—Hermosa Ellie.

—Gracias —firmo.

—Ellie, estás simplemente preciosa —dice Sarah.

—Guau —dice Allie—. Mi hermano va a enloquecer.

Siento que el calor me recorre la cara mientras las dos mujeres comparten una mirada.

Un hombre muy atractivo y de aspecto algo familiar sale del edificio. Blake lo sigue y se detiene al verme. Resulta casi cómica la forma en que desvía los ojos, como si fuera un dibujo animado, y eso no me ayuda a calmar el rubor.



—Ellie —dice, guiñando un ojo mientras usa la seña con mi nombre—. Este es Dallas.

No me extraña que el hombre me resulte familiar.

—Encantado de conocerte —le digo por señas.

Me sorprende que me lo devuelva por señas. Al ver mi expresión, me dice por señas:

—Sobrina sorda. Practico.

—Muy bien. —Sonrío, contenta de ver a Dallas ansioso por aprender. Sé que Blake estaba preocupado por cómo podría reaccionar ante su sobrina. Pero parece que lo está llevando muy bien. Al menos en apariencia.

Blake da un paso adelante, me toma la mano como si fuera lo más natural, luego la suelta casi de inmediato, mirando a Maisy. Es como si se hubiera olvidado de que estamos rodeados de gente. Pero su pequeña es muy observadora. Se ha dado cuenta. Sus ojos miran fijamente nuestras manos, casi deseando que vuelvan a unirse.

Se escabulle hacia dentro. Cuando vuelve a salir, me entrega un dibujo. Es uno que hicimos juntos cuando intentaba explicarle el matrimonio. Hice un buen dibujo de su tío y Lissa, pero no soy artista. Me empuja el dibujo y señala a Blake, luego a mí y luego el dibujo.

La multitud que nos rodea tarda un momento en darse cuenta de lo que he entendido inmediatamente. Cree que Blake y yo vamos a casarnos. Trago saliva con dificultad. Muevo la cabeza de un lado a otro, deseando que Lucas y Lissa estuvieran cerca para poder corregirla.

Los hombros de Allie tiemblan y la risa baila en sus ojos.

—Dios mío, cree que se van a casar.

Tengo la cara tan caliente que ni una bola de nieve podría bajarme la temperatura.

Cuando los ojos de Blake se cruzan con los míos, es evidente que no le hace tanta gracia. Sin embargo, la expresión me resulta familiar. Es la misma que vi cuando nuestros ojos se cruzaron por primera vez hace meses en la tienda de Truman. Y la que tenía en la cara la primera vez que me hizo el amor.

Dos cosas suceden simultáneamente: una oleada de emoción fluye a través de mí, y un rayo de terror.

Interrumpo nuestra mirada y miro a los cuatro espectadores estupefactos.

—Vamos, Maisy —le digo por señas—. Iremos a mirar.

Entramos en la sala donde se sientan los invitados. Me tocan por detrás un momento antes de que Blake venga por delante.



—Lo siento —dice—. Niños. —Pone los ojos en blanco—. Los encontraré después. Maisy y tú pueden sentarse en la segunda fila, justo detrás de mis padres. —Señala el pasillo con el pulgar—. Tengo que ir a asegurarme de que Lucas sigue encadenado al escritorio donde lo dejé. —Se ríe de su broma y se aleja.

Mientras nos acompañan a Maisy y a mí a la segunda fila, contemplo el salón de actos. Solo he estado aquí una vez, el día que visité la bodega. Se ha transformado en un impresionante lugar de bodas. Un centenar de sillas de madera acolchadas han sido cubiertas con fajas blancas y decoradas con plantas y flores. El pasillo es un hermoso corredor con motivos de celosía que debe tener treinta metros de largo, que se extiende desde las puertas hasta el altar. Y el altar... vaya, es un arco formado por lo que deben ser miles de flores que complementan las de las sillas. Es un espectáculo realmente mágico.

Pero lo que más me gusta, lo que hace que se me apriete el pecho y se me empañen los ojos, no es ninguna de las decoraciones, sino la persona que está de pie junto al altar. Es Hannah. Blake contrató a una intérprete.

Hannah me saluda y me dice que estoy guapa.

—¿Cuántos sordos hay aquí? —pregunto.

—Solo tú.

¿Solo yo? ¿Contrató una intérprete para *mí*? Bueno, para Maisy y para mí. Pero en realidad, para mí. Una niña de cuatro años no sacaría mucho de una ceremonia de boda. No sé por qué me sorprende. Estamos hablando de Blake Montana. A pesar de su reputación, tiene el corazón más bondadoso que he conocido. Por supuesto que contrató a una intérprete.

Mi mente vuelve a la forma en que me miró fuera. Me digo que es una boda. Las bodas siempre hacen que la gente se emocione. Es una de las razones por las que probablemente no debería haber venido. La gente ya tiene una idea equivocada de lo que soy para Blake. Y no voy a cometer los mismos errores que cualquiera de las ex de Lucas, que tuvieron falsas esperanzas de ser felices para siempre.

Dejando a un lado esos pensamientos por ahora, observo al cuarteto de cuerda en la esquina más alejada, imaginando que están tocando algún tipo de canción de amor. Sé que Maisy está deseando ir corriendo a tocar uno de los violines. Le encantan los instrumentos de todo tipo. Cada uno produce vibraciones diferentes. Sentir sonidos se ha convertido en una de sus cosas favoritas. Lo hace tan obsesivamente como los adolescentes miran el móvil. La sala de ejercicios de Blake se ha convertido en el hogar de un pequeño conjunto de batería, un teclado electrónico, una guitarra y el viejo saxofón de Dallas, que al parecer tocaba en la escuela secundaria. Hay muchos músicos sordos. ¿Querrá *ella* ser uno?



Miro a Maisy mientras contempla al cuarteto, preguntándome quién y qué será dentro de veinte años. Y una oleada de tristeza me invade cuando me doy cuenta de que puede que nunca lo sepa. No, no es una ola. Un tsunami.

Las cabezas se giran, así que miro detrás de nosotros y veo a Blake acompañando a una de sus abuelas a la primera fila. Dallas va detrás acompañando a la otra. Su único abuelo vivo le sigue. Blake le guiña un ojo a Maisy, luego a mí, cuando pasa y da la vuelta hacia atrás.

A continuación, Allie y Sarah son escoltadas por el padre de Blake, y todas ocupan los asientos vacíos que quedan frente a nosotros.

El ministro sale por una puerta lateral y ocupa su lugar detrás del altar de flores. Si pudiera oírlo, apostaría a que hay un momento colectivo de contención de la respiración mientras la gente espera que Lucas salga por la misma puerta y ocupe su lugar. Me doy cuenta de que contengo la respiración cuando pasan unos segundos sin que nadie entre por la puerta.

Los segundos se convierten en minutos. La gente empieza a susurrarse.

Allie le dice algo a su madre y cuando ésta se gira un poco, puedo ver líneas de preocupación grabadas en su frente.

Miro detrás de mí. Me molesta ver a algunas personas riéndose. Solo puedo esperar que lo hagan en silencio. Un tipo unas filas más atrás le da dinero al que está sentado a su lado.

Miro fijamente al altar. Seguro que va a aparecer.

El padre de Blake se levanta y corre hacia la puerta de la que todos esperábamos que saliera Lucas. Cuando se abre la puerta, veo a Blake y Dallas, que parecen estar discutiendo.

Allie se gira.

—No se ve bien —hace señas.

Mis hombros se desploman. *Pobre Lissa.*

Los siguientes minutos son de los más largos e incómodos que he vivido. ¿Está Lissa delante del brazo de su padre esperando a que la lleven al altar? ¿Qué estará pensando? ¿Está pensando que el día de su boda se acaba de convertir en una pesadilla? ¿Lucas la está dejando mientras estamos aquí sentados? ¿O simplemente ha desaparecido? O tal vez se está arrepintiendo y sus hermanos le están haciendo entrar en razón.

La puerta lateral se abre y siento un momentáneo alivio. Pero solo una persona entra. El padre de Blake. Se acerca al ministro y le susurra algo, luego se vuelve hacia la multitud.

—Pido disculpas —interpreta Hannah—. Parece que hoy no va a haber boda. —Los ojos de Chris se oscurecen de ira, haciéndome pensar que hubo risas o charla ante su declaración—. Para cualquiera de ustedes que piense que esto



es gracioso, por favor recuerden que hay una mujer increíble que pensó que este día iba a ser el mejor de su vida. Y para los que le desean el mal a mi hijo, espero que puedan encontrar en su corazón la forma de perdonarlo una vez más. Todos pensábamos que este iba a ser el día. No ofrezco excusas excepto decir que... tal vez no ha encontrado su verdadera alma gemela. Lo siento. —Señala la puerta de enfrente—. Sé que no es un día de celebración, pero los invito a comer y beber e intentar disfrutar de lo que queda de día mientras intentamos encontrar a nuestro hijo y consolar a Lissa.

Nadie se mueve durante diez segundos. Entonces se produce la despedida. La mayoría de los amigos y familiares de Lissa se van, mientras que la mayoría de los de Lucas atraviesan la puerta de la sala de recepción. Supongo que están acostumbrados a esto.

Cuando me levanto, Maisy mira confundida. Oh, vaya. ¿Cómo le explico esto? En lugar de intentarlo, le hago una seña:

—Vamos. Comeremos y bailaremos.

Al oír la palabra baile, veo emoción en sus ojos. Sé que lo primero que hará será buscar un altavoz, envolverlo con su cuerpo todo lo fuerte que pueda y luego soltarlo, quedándose cerca para sentir la música mientras baila como solo puede hacerlo una niña de cuatro años.

Una vez cruzadas las puertas, los camareros están listos para repartir champán. Acepto una copa a regañadientes. No es una celebración. Allie toma dos y se acerca a mí. Entonces se da cuenta de que no puede hacer señas con las manos ocupadas y las deposita en la mesa más cercana.

—Será mejor que aprovechemos la noche. Hay una comida y un vino estupendos. —Hace señas sobre todo lo que puede y yo leo el resto con los labios—. Además, esto no fue del todo inesperado.

—Lo siento —señalo—. Sé que esperabas que Lissa fuera la elegida.

Blake camina a mi lado, con una sonrisa triste en la cara. Dallas lo acompaña.

Capto fragmentos de la conversación entre los tres hermanos. No se me escapa cómo Blake no deja de animarlos a que me miren de frente mientras hablan para que me sienta más incluida.

—¿Dónde está? —Allie pregunta.

Dallas se encoge de hombros y luego le grita enfadado a Blake. Tienen un desacuerdo y Blake dice algo acerca de que no es su culpa.

—¿Puedes quedarte con Maisy? —Blake pregunta, rogándome con los ojos—. Quiero ver si puedo encontrar a Lucas.

—Sí. Por supuesto. Deberías estar con tu familia.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

—Gracias —me dice por seña, y luego bebe un chupito que le entregan justo antes de que él y Dallas salgan por la puerta principal.



236



Quiet
Beautiful

SAMANTHA
CHRISTY

Things

Capítulo Treinta y Seis

BLAKE



—Ese hijo de puta —digo por décima vez desde que subimos al Ford F-150 Raptor de Dallas.

—No digas que no te lo dije —refunfuña.

Le clavo una daga en la cabeza.

—¿No tienes compasión? Acaba de arruinar la vida de Lissa. Tal vez la suya. Ella era lo mejor que le había pasado. Entiendo que hayas estado fuera los últimos años y no los hayas visto juntos, pero son jodidamente perfectos. Si no puede casarse con *ella*, no hay esperanza para él.

Detenido en un cruce, se vuelve hacia mí, con los ojos entrecerrados.

—¿Estamos hablando de Lucas?

—Claro que estamos hablando de Lucas —resoplo.

—Porque vi la forma en que mirabas a Ellie.

—Esto no se trata de mí.

—Ajá. Blake, escucha, tengo que decir que me desconcertó tu llamada ese día. No solo porque eres padre, sino por la forma en que hablaste de Ellie. Y ahora, seis semanas después, todavía tienes una erección por ella, eso no es propio de ti. Y ahora es como si te tomaras como algo personal que Lucas te dejara.

—Lo que sea —digo mientras llegamos al edificio de Lucas.

Subimos hasta el quinto piso, donde hay dos áticos. El de Lucas está a la derecha. Su llave de repuesto sigue escondida bajo el florero ornamentado de la mesa que hay entre los dos apartamentos, donde la escondió cuando yo estaba en la universidad para que pudiera usar su casa como guarida sexual.

Sacudo la cabeza al pensarlo. Parece que fue hace una eternidad cuando traje a una chica aquí. Pero no es así. El otoño pasado traje a... *ah, mierda*, ni siquiera recuerdo su nombre.

Ni siquiera llamo a la puerta. Si está aquí, probablemente esté metido hasta las pelotas en una botella de whisky. Abro la puerta de golpe, sin pensar que quizá Lissa esté aquí. Después de todo, ella vive aquí desde hace más de un año.

Quiet
Beautiful

237



—¡Lucas! —grito, entrando en el lugar.

—¡Oye, Luke! —Dallas añade con mucho menos gusto.

—¿Lissa? ¿Estás aquí? —pregunto.

Miramos en las cinco habitaciones. No hay nadie. El único rastro de que Lucas ha estado aquí es la ropa que llevaba puesta en el almuerzo de los novios en casa de mamá y papá.

—No ha estado aquí —le digo.

Dallas señala su enorme vestidor.

—Pero parece que alguien sí.

Me paso una mano por el cabello cuando veo el vestido de novia de Lissa amontonado en el suelo del armario. Los cajones están medio abiertos, han sido revueltos. Las perchas están vacías. Casi toda la ropa de Lissa ha desaparecido. Y parece que lo hizo deprisa. Diablos, todo se vino abajo hace menos de una hora. Debe de haber vuelto corriendo hasta aquí y se ha llevado sus cosas.

—Jesús —dice Dallas—. No está bromeando. Parece que lo dice en serio.

—¿Puedes culparla? Probablemente se mudó con sus padres.

—Vamos a casa de mamá y papá. Tal vez fue allí en su lugar. Y probablemente estén atrapados en la bodega lidiando con todos los invitados.

Tenemos que conducir por el círculo McQuaid y atravesar un barrio residencial para llegar a la casa de nuestra infancia. Me sacudo contra el cinturón de seguridad cuando Dallas detiene su camioneta en medio de la carretera.

—¡Joder! —ladra.

Miro a Dallas. Está mirando la calle. En su prisa por llegar a casa de mamá y papá, ha girado por su antigua calle. La calle donde murieron Phoebe y DJ.

Un auto toca el claxon detrás de nosotros, pero Dallas no se mueve.

Bajo la ventanilla y les hago señas con la mano. Dallas ni siquiera se da cuenta de que el adolescente que conduce un viejo Camaro le enseña el dedo medio. Creo que podría ser un Calloway, uno de los primos de Cooper: Colt, Grey o Storm.

—Podrías darte la vuelta —le digo, diciendo lo obvio cuando parece congelado en su sitio.

Ignora la sugerencia y me mira sin pestañear. Después de que le haga señas con la mano para que pasen unos cuantos autos más, por fin pregunta:

—¿Sabes quién ha comprado el lugar?



Dallas se fue justo después del funeral. Hizo que papá se encargara de la venta en su nombre. Deduzco que es la primera vez que conduce por esta calle desde entonces.

—Una pareja de jubilados, creo. Se mudaron de la ciudad.

Casi puedo ver su alivio al ver que una joven familia no se ha mudado y está viviendo la vida que a él le robaron.

—¿Cuándo crees que volverás? —pregunto, viendo una oportunidad.

Mira hacia otro lado como si le hubiera preguntado cuándo iba a comer clavos.

—Nunca.

—Vamos. ¿Nunca?

—Eso es lo que dije.

—Dallas, ha pasado...

—No me digas cuánto tiempo ha pasado. Porque ya lo sé. Han pasado dos años, un mes y veintiséis días. ¿Crees que porque haya pasado tanto tiempo lo superaré mágicamente? Superar el hecho de que mi esposa de veintiséis años y mi bebé de seis meses murieron en este pueblo. ¿En esa casa? ¿Que cuando me fui a trabajar aquella mañana y me despedí de Phoebe con un beso sería la última vez que la tocara? ¿Que cuando abracé a DJ, no tenía forma de saber que nunca viviría para ver su primer cumpleaños, gatear o llamarme papá?

Su voz se quiebra al pronunciar la última palabra y siento que mi corazón se rompe como nunca lo habría hecho antes de ser padre.

»¿Qué demonios no entiendes? ¿Que DJ murió primero, solo en su cuna, y Phoebe no tenía ni idea de lo que había pasado cuando ella misma sucumbió, desplomándose en el suelo de la cocina con convulsiones antes de morir? ¿No te das cuenta de que todos los putos días de mi miserable vida me pregunto qué habría pasado si hubiera llegado a casa del trabajo a tiempo en vez de quedarme hasta tarde para ganarme puntos de nuestro padre? Que si hubiera estado allí, podría haber hecho algo. O al menos haber muerto con ellos.

No estoy seguro de poder hablar. Eso fue un montón de mierda para desempaquetar.

—Jesús. —Me restriego una mano por la cara—. Lo siento.

Se mete en un camino de entrada, gira en la otra dirección y conduce cinco minutos para llegar a casa de nuestros padres.

—Su auto no está aquí —digo—. Vamos a ver de todos modos.

Lleva mucho más tiempo revisar la mansión Montana que el ático de Lucas. Aunque no importa. También está vacío.

—¿Deberíamos comprobar los bares? —pregunto.

—No va a ir a ninguna parte con la gente. Todos en este pueblo sabían que hoy era su boda. —Mira pensativo por la ventana trasera—. ¿Qué hay de las hectáreas vacantes del viñado?

—De acuerdo —digo—. Vámonos.

Me mira con extrañeza.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Eres consciente de que acabas de hacer lenguaje de señas?

Reproduzco los últimos cinco segundos en mi cabeza. Supongo que sí. Bueno, eso nunca había pasado antes.

Subimos a su camioneta y volvemos a la bodega. Cuando pasamos por el complejo principal, todavía hay unas docenas de autos. Supongo que la gente se quedó para beber y comer gratis. Y tal vez para cobrar las apuestas que habían hecho. Me pregunto en silencio si Ellie y Maisy siguen dentro.

Dallas conduce hasta el extremo más alejado de la propiedad, donde hay unos cuantos acres de tierra en los que papá nunca pudo conseguir que crecieran vides. Se convirtió en nuestro patio de recreo cuando éramos niños y veníamos a trabajar con nuestros padres. Allí jugábamos a la mancha. Pateábamos la lata. Y cuando crecimos, mis hermanos y yo teníamos justas en los todoterrenos que se utilizaban para atravesar los viñedos. Mamá y papá nos habrían matado si lo hubieran sabido. Es sorprendente que los tres sobreviviéramos con poco más que magulladuras y arañazos.

Es el único lugar al que Lucas podría ir sin que nadie pensara en encontrarlo.

Nadie más que nosotros.

—Cristo, está aquí —dice Dallas, divisando su auto a lo lejos.

Lucas pasó por encima de la zona verde y puede que incluso rozara algunos árboles para aparcar donde lo hizo.

Envío un mensaje rápido a mamá para decirle que lo hemos encontrado y que no se preocupe. Pero no le digo dónde. Este es uno de esos momentos en los que necesitas a tus hermanos.

Es como si Lucas no se diera cuenta cuando nos acercamos a él. Hay una botella de whisky medio vacía sobre el tocón de un árbol y está fumando un cigarrillo, un hábito que abandonó a los veinte. Pero entiendo que no es el momento de sermonearlo.

Levanta la vista, descontento por haber sido encontrado, y da una larga calada. Sale humo junto con sus palabras.

—No empiecen conmigo, joder. Sé lo que hice. Sé que soy un idiota bastardo.



Extiendo la mano para pedirle la botella.

—¿Podemos acompañarte?

Se encoge de hombros. Bebo un trago y se lo doy a Dallas. Los dos dejamos las chaquetas en la camioneta, nos aflojamos las corbatas y tomamos asiento en los tocones cercanos.

Ni Dallas ni yo hablamos. Nos turnamos para beber whisky. Lucas hablará cuando esté listo. Si algo sabemos de nuestro hermano mayor, es eso.

Fuma tres cigarrillos más, tira el último —medio fumado— sobre la hierba y hace una mueca de dolor. Su cara tiene un tono verdoso. Supongo que cuando hace tiempo que no fumas puedes ponerte enfermo. Da un largo trago de whisky, se gira y vomita detrás de él. Después, bebe otro trago y enciende otro cigarrillo como castigándose a sí mismo.

—Iba a hacerlo —dice entre dientes apretados—. Lo juro por Dios. Entonces oí la música de violín, y ustedes se fueron para acompañar a las chicas al altar y yo... ¡Joder! —Le da una patada al tocón con la parte de atrás del tacón, dejando un buen rasguño en sus zapatos Allen Edmonds Cap-toe Oxfords de ochocientos dólares—. ¿Qué demonios me pasa?

Todo lo que Dallas y yo podemos hacer es mirarnos el uno al otro. Porque no hay forma de responder a eso.

La primera vez que Lucas dejó a una chica en el altar, fue casi comprensible. Eran jóvenes y se habían precipitado demasiado pronto. La segunda vez nos sorprendió a todos, sobre todo teniendo en cuenta que Simone era una de sus mejores amigas. *Era*. Pero ya no. Rompió con su tercera prometida pocas semanas antes de la boda. Dijo que era porque sabía que iba a dejarla plantada y no quería hacerle daño.

Pero con Lissa, pensamos que las cosas eran diferentes. Incluso después de haber estado comprometidos durante más de un año, y él insistió en que estaba listo para finalmente casarse, ella no. Solo quería seguir perpetuamente comprometida. Aceptó mudarse con él, algo que él nunca había hecho con las otras. Pero ella siempre le dijo que no iba a ser otra víctima de la condenada vida amorosa de Lucas Montana. Le llevó mucho tiempo, pero después de que la convivencia fuera tan bien, finalmente la convenció y fijaron una fecha.

Yo, por mi parte, estaba deseando que se mantuviera firme. Podría verlos como una de esas parejas que nunca se casan pero que tienen una relación mejor que la mayoría de los matrimonios.

Y fue y lo estropeó todo.

—¿Qué demonios hago ahora? —pregunta. Cuando ni Dallas ni yo hablamos, dice—: En serio, ¿qué demonios hago?



—Eso depende —digo, pensando que Dallas no es quien para dar consejos sobre la vida amorosa de nadie—. ¿Has terminado con ella?

—No, no he terminado con ella. La amo, joder.

Dallas se burla, parece que tiene algo que decir, pero Lucas lo hace callar.

—No empieces. Sé que la dejé allí y probablemente me odie por ello. Ella estaba bien como estaban las cosas. Nunca quiso casarse. Le prometí que esta vez sería diferente. Y me... me creyó. Y ahora he ido y jodido lo mejor que me ha pasado.

Vacia la botella, agitando hasta la última gota en su boca antes de arrojarla por la hierba para que se una a su pila de cigarrillos.

—¿Cuánto tiempo creen que estará enfadada conmigo? ¿Cuándo creen que será seguro para mí volver a casa?

Dallas y yo compartimos una mirada.

—¿Qué? —Lucas pregunta.

—Nosotros... acabamos de venir de su casa —digo—. Parecía que se había mudado.

Sus ojos ebrios se levantan con sorpresa.

—¿Se mudó? Apenas han pasado unas horas.

—Parecía que tenía prisa.

—Vamos —dice, sacando las llaves del bolsillo.

Se las quito.

—Oh, no. No vas a conducir. Seguiré a Dallas en tu auto. Ninguno de los dos bebimos mucho.

Treinta minutos más tarde, Lucas está de pie en su dormitorio, mirando fijamente dentro de su armario, con la cara sin color.

—Se llevó casi todo. —Recoge algunas de sus camisas del suelo—. Excepto estas. —Nos enseña las camisetas de trabajo del pub Donovan's—. ¿Por qué no se las llevaría?

Va al cuarto de baño, donde han vaciado la mitad del tocador. De vuelta en el dormitorio, se sienta en el extremo de la cama, mirando al lado de Lissa.

—Se llevó las fotos de su familia. —Sacude la cabeza, mirando la única foto que *no* se llevó. La que se hicieron el día de su compromiso. La que tiene el cristal roto, que supongo que no se ha roto esta mañana—. Joder —dice, moviéndose por la cama y sujetándola entre las manos—. ¿Creen que ha terminado conmigo?

—Creo que necesitas darle algo de tiempo, Lucas. Necesita decidir si puede estar con un tipo que no quiere estar casado con ella.



—¿Qué creen que hará? —Mira de Dallas a mí como si tuviéramos todas las respuestas.

—No lo sé. Pero ella estaba dispuesta a tener una relación contigo conociendo tu pasado. Y era la que no quería casarse. Quizá cuando lo piense, recapacite. Pero lo que sí sé es que tienes que hacerle saber que aún la amas. Que quieres volver a como eran las cosas antes de que la metieras en todo esto.

—Sí, claro. Puedo hacerlo. Probablemente esté en casa de sus padres. ¿Cuánto creen que debo esperar? —Mira su reloj como preguntando cuántos minutos u horas.

—Yo diría que al menos un día o dos. Probablemente todavía esté muy enfadada. Deja que se calme.

Sale de la habitación y se dirige directamente al bar, dejando de lado el whisky y optando por una cerveza.

—Será mejor que me emborrache. Después de todo, es mi noche de bodas.

Tres horas después, Dallas y yo llevamos a nuestro hermano desmayado a la cama.

Apagamos las luces y lo dejamos dormir la borrachera, prometiendo volver a vernos aquí por la mañana.

Al salir por la puerta, nos encontramos con Craig Monroe, el padre de Lissa.

—Ah, hola, Sr. Monroe.

—Dallas —dice—. Me alegro de verte de vuelta en el pueblo. ¿Estás bien? Dallas se encoge de hombros.

—¿Está su hermano aquí? —Craig pregunta.

—Desmayado —digo—. Después de la botella de whisky que se bebió antes, dudo que una explosión nuclear pudiera despertarlo. Escuche, si le sirve de algo, se siente como un estúpido. Ama a Lissa. Quiere arreglar las cosas. Solo que no quiere casarse, eso es todo. Le dijimos que le diera espacio a Lissa.

—¿Ah sí? —Se cruza de brazos—. Bueno, un poco demasiado tarde. Lastimó a mi hija. Durante años tuvo miedo de que esto sucediera. Después de que se fueran a vivir juntos, cambió de opinión. Ella sintió que él había cambiado la suya. Creo que todos lo hicimos. Y no voy a endulzar las cosas y decirles que no quiero partírla la cara por hacerle esto a mi bebé.

Me río entre dientes.

—Tendría que ponerse a la cola.

—Sí, bueno, por mucho que quiera verlo sufriendo tanto como ella, no estoy aquí para provocar una pelea. Estoy aquí para entregar un mensaje.



—Me temo que tendrá que esperar. Podemos entregárselo si quiere.

Asiente con resignación.

—De acuerdo entonces. Asegúrate de contárselo todo. Cada palabra. Lissa ha terminado con él. La humilló. Ella dijo que él nunca cambiará, y después de todas las oportunidades que ha tenido para demostrar lo que es un hombre de verdad, él le falló. Ya no quiere tener nada que ver con él. Ningún contacto en absoluto. No quiere volver a verlo ni a hablar con él.

—Pero... —Miro a Dallas antes de decir lo obvio—. Este es un pueblo pequeño. ¿Cómo va a funcionar?

—Gracias a tu hermano, mi hija ha decidido no vivir más en Calloway Creek. —Sus manos se cierran en puños—. Otra razón más por la que me gustaría darle una paliza. Me ha robado a mi maldita hija. Deberían decirle que se mantenga alejado de mí por un tiempo.

—¿Se está mudando? —le pregunto—. ¿Adónde? ¿Cuándo?

—Ella ya se ha ido. En cuanto al dónde, bueno, eso es entre Lissa, su madre y yo. Y llamarla no servirá de nada. Dejó su móvil. La ayudamos a cargar su auto. Salió del pueblo hace una hora.

—Espere, ¿entonces ella no va a darle la oportunidad de hacer las cosas bien?

—Hijo, ¿cuántas mujeres ha dejado ya tu hermano? No se pueden arreglar las cosas. Ha agotado todas sus oportunidades. Y ahora tiene que vivir con su decisión. Así que transmitan el mensaje.

—Sí, señor. Y en nombre de Lucas, lo siento mucho.

—Esperemos que puedas demostrar ello no siguiendo el ejemplo.

Asiento. Porque en realidad no hay nada más que decir. Al menos a él. Sin embargo, hay muchas cosas que quiero decirle a otra persona.

El Sr. Monroe se da la vuelta y vuelve a subir al ascensor. Dallas y yo vemos cómo se cierran las puertas y nos miramos como preguntándonos *¿y ahora qué?*

Dallas deja las llaves sobre la mesa de la entrada y se recuesta en el sofá.

—Hombre, no se va a despertar pronto —digo, entrando tras él.

—Sí, pero alguien tiene que decírselo cuando lo haga. Yo lo haré. Tienes una hija con la que volver a casa.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en el pueblo?

—Lo suficiente para decírselo. Luego me iré.

Sé que es inútil pedirle que recapacite. Es más testarudo que nadie que haya conocido. Empezó a invitar a salir Phoebe cuando tenían trece años. Nunca



SAMANTHA
CHRISTY

Things

se fijó en otras chicas. Finalmente, cuando tenían diecisiete, ella dijo que sí. Desde entonces fueron inseparables.

Suspiro. Dallas lo tenía todo y lo perdió. Lucas lo tenía todo y lo jodió.

Sabiendo cómo puede acabar, no voy a perder ni un minuto más sin ir por lo que quiero. Alargo la mano, se la estrecho y le doy un abrazo.

—Estoy aquí si alguna vez necesitas algo.

—Lo sé, hermano. —Cruza las piernas por los tobillos y recoge el mando a distancia—. Lo sé.



245



Quiet
Beautiful

SAMANTHA
CHRISTY

Things

Capítulo Treinta y Siete

BLAKE



Cuando llego a casa ya ha anochecido. Por un lado, me siento culpable por haberle pedido a Ellie que se quedara con Maisy todo el día. Por otro, estoy más que ansioso por verla.

Aparco en el garaje, entro y hago parpadear las luces varias veces. He aprendido la lección más de una vez sobre cómo no acercarme sigilosamente a los sordos.

Dos personas doblan la esquina. Ninguna de ellas es Ellie.

Mi hermana y su amiga Mia Cruz esperan con los ojos muy abiertos la noticia. Se lo cuento todo.

—Ese estúpido cabrón —dice Allie.

—Llevo diciendo lo mismo toda la tarde.

—¿De verdad se ha ido? —Mia pregunta—. ¿Para siempre?

—Eso es lo que dijo su padre.

—Yo digo que bien por ella —gruñe Allie—. Y no la culpo. No quiere ser el hazmerreír de Cal Creek. Ninguna mujer debería aguantar esa mierda. Se merece vivir el resto de su vida como un soltero miserable.

—Oye. Eso es un poco duro, ¿no crees?

—¿Crees que nuestro hermano merece un pase? Conoces la definición de locura, ¿verdad? ¿Hacer lo mismo una y otra vez y esperar un resultado diferente? —Sus manos se posan en sus caderas—. Espero que esto envíe un mensaje a todas las que podrían considerar salir con él en el futuro. No va a cambiar. Y cualquier mujer que piense que lo hará está loca.

Saco una cerveza de la nevera y me siento en la barra de la cocina. Hay un dibujo en la encimera. Reconozco que es una de las creaciones de Ellie. Lo levanto y paso el dedo por el borde.

—Se fue hace unas horas —dice Allie.

Levanto la vista.

Ella asiente a la foto.

Quiet
Beautiful

246



»Ellie. Se fue cuando Mia y yo llegamos. La invité a quedarse a tomar una copa, pero... no lo hizo.

Dejo la foto y doy un largo trago a la botella.

—Realmente te gusta, ¿no? —Allie pregunta.

Asiento, mirando fijamente mi cerveza.

—Maisy la llamó “mamá” antes.

Mi mirada se clava en la suya.

—¿Qué?

—Cuando Mia y yo llegamos y Ellie se fue, Maisy signó: «Mamá, quédate».

Me restriego una mano por la mandíbula espinosa.

—Jesús, ¿es por eso que se fue?

—No lo creo. Pero es por lo que hizo el dibujo.

Vuelvo a estudiar el dibujo. Nos muestra a Maisy y a mí tomados de la mano dentro de la casa, y a Ellie de pie fuera de la casa. Intentaba explicarme que ella no es su madre y que esta no es su casa. Cristo, es exactamente lo contrario de todo lo que se arremolina en mi cabeza.

Mia se ríe.

—Bueno, maldición. Parece que *un* hermano Montana puede estar fuera del mercado pronto.

—Sinceramente, si fuera por mí, sí. —Vuelvo a mirar el dibujo—. Es obvio que ella no piensa lo mismo.

Allie suelta:

—¿Qué? ¿Porque intentaba explicarle a tu hija que no es su madre? Es verdad, no lo es. Eso no significa que no le gustes, Blake. O que ella no *quiera* estar dentro de la casa en la foto. Todo el mundo puede ver cómo te mira. Cuando los dos están juntos en una habitación, es como si fueran los únicos, aunque estén rodeados de gente. De todos mis hermanos, nunca esperé que resultaras ser el romántico empedernido. Ustedes dos, ni siquiera puedo explicarlo, simplemente parecen encajar. Me da un poco de esperanza en la humanidad, sobre todo después de lo que ha pasado hoy.

Doy un sorbo a mi bebida y contemplo sus palabras. *Parecen encajar.*

—Estaba pensando en buscar una casa nueva ahora que sabemos que Maisy estará conmigo permanentemente. ¿Quieres ir a ver alguna conmigo?

Allie ladea la cabeza.

—Creo que le estás preguntando a la persona equivocada, Blake. —Me besa la mejilla—. Nos vamos. Nos vemos el lunes en el trabajo.



Mia hace señas:

—Buenas noches.

Sonrío, adorando la forma en que todos en el mundo de Maisy se esfuerzan.

Cuando se han ido y compruebo que Maisy duerme plácidamente con Rayo, entro en mi despacho y abro el portátil. Busco casas en venta. Calloway Creek es un pueblo pequeño. No hay muchas casas en el mercado en un momento dado, pero hay dos o tres que podrían encajar. Es decir, muchas habitaciones, un gran jardín y una piscina o espacio para una.



Yo: Ahora que soy padre a tiempo completo, necesito una casa más grande.

Ellie: ¿Eso es lo que has captado hoy?

Me río, porque sí, desde su punto de vista, eso salió de la nada.

Ellie: Y tu casa es muy grande, Blake.

Yo: Quiero que crezca con todo lo que yo tuve. Un patio grande. Mucho espacio para correr. Tal vez una piscina. ¿Irás a buscar casa conmigo?

Ellie: No conozco Calloway Creek tan bien como tú. Quizá deberías ir con Lucas.

Yo: Lucas lleva nadando en una botella de whisky desde las tres. Dudo que vaya a ser nada bueno para nadie durante un tiempo. Está bastante destrozado.

Ellie: ¿Por qué no se casó con ella entonces?

Yo: No sé. Supongo que algunos chicos tienen problemas con el compromiso.

Releo el texto, sin perder la ironía. Yo era uno de esos tipos con problemas de compromiso. Hasta ahora.

Ellie: ¿Y Allie, o tu madre? Seguro que a ellas se les daría mucho mejor elegir un sitio nuevo.

Yo: Seguro que estarían encantadas de hacerlo. Pero no son ni de lejos tan guapas como tú.

El retraso en la respuesta me da una pista de su indecisión.

Yo: Vamos. Invito la cena después.

Ellie: ¿Me estás sobornando? No necesito que un hombre me pague la cena, Blake.

Yo: Bien, entonces me pongo en el menú, todo mi metro ochenta y ocho, desnudo.

Contengo la respiración esperando una respuesta. ¿Está pensando en lo que Maisy le dijo antes? ¿Está pensando que la dejaré de lado tan fácilmente como Lucas hizo con Lissa? Supongo que proponerle sexo fue un paso en falso. Debería tener bolas y decirle lo que siento. Pero no por mensaje de texto.

Entro en el comedor y examino los dibujos de la mesa. En muchos de ellos aparece Ellie. Ya la siento como de la familia. Forma parte de esto. Es parte de mí. Pero si le digo lo que siento y ella no siente lo mismo, lo estropearé todo.

Ellie: Bueno, si lo pones así, ¿cómo puede negarse una chica?

Casi se me doblan las rodillas de alivio.

Estás tan metido como un elefante en arenas movedizas, diría Dax. Y tendría razón. Estoy jodidamente hundido. Muy por encima de mis posibilidades. Trituro el dibujo de Ellie fuera de casa y lo tiro a la basura.



Capítulo Treinta y Ocho

ELLIE



Después de ver las dos primeras casas, tengo pocas esperanzas de que Blake encuentre la perfecta. Sus expectativas son altas, y sus deseos, muchos. Una gran planta abierta. Cocina gourmet. Más dormitorios de los que él y Maisy podrían usar. Y el número uno de su lista: un patio grande y seguro. En este pequeño pueblo, puede que esté buscando un unicornio.

Tiene suficiente dinero para construir la casa de sus sueños. Pero me da la impresión de que no le apetece esperar el año o así que tardaría en hacerlo.

Cuando seguimos a su agente inmobiliario, Dennis, hasta la última propiedad, me siento un poco más erguida en el asiento del copiloto del auto de Blake. Esta casa está en un callejón sin salida. A primera vista, parece prometedora. Garaje para tres autos. Una valla que rodea el patio trasero, con una estructura de juegos en lo alto.

Entonces pasamos una señal. Una señal de *tráfico*. Blake y yo nos miramos emocionados y sorprendidos.

Área de niños sordos

Tiene sentido. Este barrio da al extremo de la propiedad de la escuela de sordos, donde están los campos de atletismo. Podría llevarla andando al colegio, si es que va a seguir enviándola allí. Sé que está sopesando los pros y los contras de la escuela pública. Ambas escuelas tienen sus ventajas. Aunque, en el caso de Maisy, con su retraso en todas las habilidades lingüísticas, creo que estaría mejor atendida en mi escuela. Pero puede que yo sea un poco parcial. Pero lo más importante es que *él* tiene que tomar la decisión. No estoy aquí para influir, solo para informar.

La ventaja añadida de esta casa, suponiendo que el niño sordo de la zona no sea el que se mude, es que Maisy podría tener un compañero de juegos. Podría ser exactamente lo que Blake había esperado y más.

No dice nada. Tal vez está tratando de no estropearlo. Me doy cuenta de que tiene muchas esperanzas puestas en esta. Después de todo, si esta no funciona, tendrá que buscar fuera del pueblo, construir una casa o esperar a que salgan más al mercado.

Aparcamos detrás de Dennis, en la calle frente a la casa. Mantiene una conversación con Blake, pero su poblado bigote me dificulta leerle los labios. El vocabulario de Blake se ha ampliado mucho, y hace todo lo posible por hacer señas cuando puede. El hombre debe de estudiar LSA como si fuera su segundo trabajo.

—Muchas renovaciones —me dice Blake directamente, obviamente impresionado con lo que está oyendo.

Veo movimiento en el patio de la izquierda. Delante de una casa un poco más pequeña hay un niño y su niñera o su madre. Se ríe mientras la mujer le hace cosquillas. Ella le besa en la cabeza. Hmm... la madre entonces.

Cuando me vuelvo hacia Blake, sigue hablando con el agente inmobiliario. Pero entonces se detiene bruscamente, con la cabeza inclinada hacia un lado y la mandíbula abierta mientras mira detrás de mí. Me toca el brazo.

—Mira —me hace señas.

El corazón se me atrapa en la garganta y sé al cien por cien que va a comprar esta casa antes incluso de poner un pie dentro mientras Blake y yo observamos al niño hacer señas con su madre.

Le dice que no se acerque a la calle, sobre todo porque hay autos justo aquí. Cuando nos ve mirando, nos saluda con la mano.

Sonrío y hago señas:

—Tu chico sabe signar muy bien.

Ahora es *su* mandíbula *la que está* en el suelo. Durante unos segundos, parece que su cabeza intenta comprender la situación. Toma la mano del chico y se acerca.

—Soy Kelly Freeman —signa, deletreando su nombre lentamente—. Este es Brayden.

—Soy Ellie —replico.

—¿Sorda? —pregunta, sin mover los labios mientras hace señas.

—Sí.

Su sonrisa es kilométrica.

—Yo también. —Gira ligeramente la cabeza y me enseña su implante coclear—. Brayden también. Mi marido es oyente. ¿Y el tuyo?

El calor cruza mi cara.

—Este es Blake Montana. No estamos casados. La casa sería para él.

Sus ojos se posan en el suelo por un momento, toda la emoción los ha abandonado.



—Estos son Kelly y Brayden —le hago señas lentamente a Blake—. Ambos son sordos.

Los ojos de Blake parecen bailar entre ellos antes de posarse en Brayden, que está medio de pie detrás de su madre.

—¿Cuántos años tienes? —Blake hace señas.

El niño mira a su madre, que le da ánimos con la cabeza. Luego levanta cinco dedos.

Tengo que contener las lágrimas. Porque no podría haber guionizado nada más perfecto. Quiero decir, Blake bien podría firmar el contrato ahora, a la vista. Sé que cualquier cosa dentro de la casa que no le guste, puede cambiarla. Pero tener vecinos así... podría significar toda la diferencia para Maisy.

—Mi hija tiene cuatro años —dice y hace señas—. Es sorda.

A Brayden le brillan los ojos y parece salir de su caparazón. Tira de la camiseta de su madre para llamar su atención. Me doy cuenta de que está casi tan emocionada como su hijo. Le pregunta:

—¿Van a vivir en casa de Mike?

Kelly señala:

—Mike era uno de los niños que vivían aquí. Él y su familia se mudaron la semana pasada. Esperábamos otra familia. Pero esto supera nuestros sueños más salvajes.

Miro a Blake, impresionada de que parezca haber entendido algo de lo que ha signado. Ella hace señas deprisa, obviamente sin conocer las limitaciones de Blake.

Quiero decirle que aún no hemos visto la casa, pero no lo hago. No lo hago porque sé, por la expresión de Blake, que no importará si está empapelada de dinosaurios y tiene una bola de discoteca en el dormitorio.

—¿Son solo ellos dos? —Kelly pregunta.

Asiento. No paso por alto el ceño fruncido de Blake. Quizá piense que nos estamos adelantando.

Brayden vuelve a tirar de la camiseta de Kelly y le hace señas:

—¿Jugará conmigo?

Kelly le explica que Blake no ha comprado la casa, que solo está mirando. Que quizá la compre, pero quizá no. Brayden mira a Blake con determinación y marcha hacia él, signando mucho más rápido de lo que sé que Blake puede seguir.

—Vivan aquí —hace señas—. Puede jugar conmigo. Mamá hace galletas. Puedes comértelas.



Voy a contarle a Blake lo que ha dicho el chico, pero me detiene.

—Yo me encargo —dice. Luego le hace señas a Brayden—: Haces muy bien las señas.

Brayden sonríe con orgullo.

—No soy muy bueno —Blake signa despacio—. Estoy aprendiendo. Mi hija, Maisy, también está aprendiendo.

—Puedo enseñarles —replica Brayden con entusiasmo.

—Eso nos gustaría.

Blake se excusa para mantener una breve conversación con Dennis y luego hace un gesto hacia la casa. Nos despedimos de Kelly y Brayden y entramos. Dejo que Dennis hable con Blake y los dejo en la cocina mientras recorro la casa yo sola. Está completamente vacía, meticulosamente limpia y... cumple todos los requisitos de Blake.

Unos minutos más tarde, Blake me rodea con un brazo mientras contemplo la amplia terraza, la cocina de verano y el patio trasero que avergüenza a todos los demás. No hay piscina, pero sí mucho espacio para una. En una esquina hay una estructura de juegos. Una hoguera en la otra. Y al menos medio acre de césped en medio. Casi puedo ver a Maisy y Brayden jugando al fútbol.

Me aprieta la cintura.

—¿Has visto el dormitorio al final de la escalera? —pregunta.

—Mike tenía una hermana —comento—. Y le encanta el rosa tanto como a Maisy.

El dormitorio es solo una señal más de una larga lista de atributos que hacen de este el lugar perfecto para ellos.

—Si no compras esta casa, estás loco —señalo.

—No lo sé. Creo que necesito más tiempo para decidirme. Espera aquí.

Va a la cocina, donde Dennis está escribiendo en su teléfono, dejándonos espacio. Mantienen una conversación y luego Dennis me saluda con la mano y sale por la puerta principal.

Mi curiosidad me hace bajar las cejas.

—Le sugerí que fuera a Donovan's a tomar un café mientras nos quedamos aquí a pensarlo. —Me acerca, me envuelve en sus brazos y me besa.

—¿Qué haces? —Hago señas.

—¿Recuerdas lo que te dije que conseguirías si mirabas casas conmigo? Si voy a comprarla, bien podríamos... la.

Sacudo la cabeza, sin comprender.



—Bautizarla —deletrea con los dedos. Luego hace el signo del sexo.

Las mariposas bailan en mi estómago y mi corazón empieza a palpar desbocado. Echo un vistazo a la casa vacía.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Antes de que pueda responder, se quita la camisa. Luego los zapatos. Luego sus pantalones y calzoncillos. Y como había prometido, está gloriosamente desnudo delante de mí. Todo su metro ochenta y ocho.

Soy una persona reservada. Rara vez tomo el toro por los cuernos. Excepto cuando se trata de él, aparentemente, porque todo mi cuerpo vibra en anticipación. Porque tiene buenos... *cuernos*.

Su pene se endurece mientras me mira fijamente, y se me hace la boca agua como si fuera un jugoso filete. Sin romper el contacto visual, me desabrocho la blusa y me desabrocho el sujetador, dejando que ambos caigan al suelo. Espero que me mire los pechos, pero no lo hace. Sus ojos no se apartan de los míos. Ni siquiera cuando me quito los zapatos y luego los jeans y la ropa interior.

Los dos estamos desnudos, medio metro de nada entre nosotros. Su mirada es intensa y no deja de mirarme. Es como si los dos hubiéramos adoptado un tercer idioma, uno en el que solo hablamos con los ojos. Y lo que dicen sus ojos me asusta y me excita a la vez. Me derrito bajo su mirada. Siento calor en el centro. Un hormigueo me recorre la columna vertebral.

Da un paso adelante, acortando la distancia que nos separa, y aprieta su cuerpo contra el mío hasta que no somos más que piel contra piel. Su pene palpita contra mi estómago, tan hambriento y exigente como sus labios cuando capturan los míos.

Me levanto de un salto y caigo en sus brazos, que me abrazan con fuerza, con las manos bajo mis nalgas. Gime algo en mi boca. Creo que eran palabras. Me inclino hacia atrás y me fijo en sus labios, pero lo único que hace es sacudir la cabeza, casi como si hubiera dicho algo que yo no debía oír. Intento que no me moleste, y se me pasa rápido cuando nos baja sobre la alfombra del salón y se lleva uno de mis pechos a la boca.

Dios mío. No puedo creer que estemos haciendo esto aquí. ¿Qué pasa si Dennis vuelve? ¿Y si otra persona viene a ver la casa?

Cuando dos dedos se hunden en mi interior, decido que no me importa. Y cuando su lengua encuentra mi clitoris, me corro al instante, divertida por lo rápido que ha sido.

Blake se ríe mientras trepa por mi cuerpo.

—A alguien le gusta... el peligro. —No conoce la señal de peligro, así que se la enseño.

Entonces estiro el cuello hacia la puerta principal.



—Mejor no tentar a la suerte.

Se lleva la mano a los pantalones y saca un condón de su billetera.

—Seré rápido entonces. No tan rápido como tú. —Se ríe de nuevo.

Tiro de su pene un par de veces y luego lo guío dentro de mí, saboreando la sensación que me he estado perdiendo cada noche cuando me acuesto y sueño con él. Nunca he soñado con un hombre como lo hago con Blake. Sin embargo, cuando me despierto, la realidad siempre me golpea.

Beth sigue diciéndome que los hombres pueden cambiar. Pero ella no lo entiende. Ninguno de ellos lo hace. Sé exactamente lo que es esto, y me he resignado a disfrutarlo mientras dure. El hecho de que lo ame es un detalle intrascendente. Una desafortunada realización con la que tendré que lidiar.

No pude evitarlo. Ni siquiera estoy segura de cuándo ocurrió exactamente. Tal vez la primera vez que lo vi, aunque lo negué durante tanto tiempo. Pero no puedes evitar tus sentimientos. No puedes elegir de quién te enamoras. Y estoy enamorada de un hombre con el que sé que nunca podré estar a largo plazo.

Pero tengo esto. Hoy. Ahora. Y quizás mañana también. Y disfrutaré de él. Su sonrisa. Su cuerpo. Su hija, al menos un día más.

Sus embestidas se vuelven más enérgicas, manteniendo un ritmo castigador que me hace cosquillas en el mismo punto que me hace gemir de placer una vez más. Quizá tenga razón. Tal vez la idea de ser atrapada ha agudizado mis sentidos. Porque mis entrañas se enroscan y arden con otro clímax inminente, esta vez sin que ni siquiera me pellizque un pezón o me toque el clítoris. Mis caderas se agitan y estallo en un violento orgasmo mientras él gruñe en mi hombro, estremeciéndose con su propia liberación.

Se aparta de mí y se queda mirando al techo, con el pecho subiendo y bajando rápidamente con cada respiración. Se quita el condón y lo deja a un lado, pero no lo ha atado, así que gotea. Señalo la mancha en la alfombra recién limpia.

Su pecho rebota de risa.

—Bueno, ahora tengo que comprar la casa.

Yo también me río, sintiendo vibraciones en la garganta que me hacen saber que es audible.

Me mira fijamente. Le gusta que haga ruido. Suspiro y me vuelvo para mirar por la ventana, pero él me atrae hacia sí y me abraza en medio de esta enorme casa vacía.

Sus brazos me rodean y me hace señas delante de la cara:

—Aquí falta una cosa.

Me giro hacia él y le señalo lo que nos rodea.



—Esta casa lo tiene todo —le digo—. ¿Qué más podrías necesitar?

—Tú —signa en silencio, señalando con un dedo entre mis pechos.

Mis cejas chocan sobre el centro de mi nariz.

—Tú eres lo que falta —dice—. Vive aquí conmigo. Con nosotros.

Mi corazón bombea incontroladamente, preguntándome si he leído bien sus labios.

—Dilo en señas —le pido.

—Vive aquí —señala mientras mi corazón deja de latir por completo ante su sugerencia.

Ahora parece nervioso. Más nervioso de lo que nunca lo he visto. Veo cómo se le mueve la nuez de Adán mientras traga. Luego, sin mover los labios, se señala a sí mismo, cruza los brazos sobre el corazón y me señala a mí.

Parpadeo una y otra vez, porque estoy segura de que esto no está pasando.

Cuando no me muevo, porque estoy literalmente congelada, vuelve a hacerlo, esta vez usando palabras junto con signos.

—Te amo, Ellie.

Mi corazón se eleva y se rompe al mismo tiempo.

Finalmente, me muevo, agarro mi ropa y la sujeto contra mí como si de algún modo fuera a protegerme de sus palabras.

Me visto rápidamente. Él no. Solo mira y espera. Espera a que se lo diga. Pero no puedo.

Quiero hacerlo.

Pero no puedo.

Todo lo que puedo hacer es girarme y mirar hacia el patio trasero sabiendo que este es el momento inevitable que he temido. Solo que no sabía que vendría con una declaración de amor. Una que me ha dejado sin aliento. Pero sabía que este momento llegaría tarde o temprano. Una parte de mí, bueno, *toda* yo, esperaba que fuera más tarde. Mucho más tarde.

Le devuelvo la mirada y sacudo la cabeza con tristeza, mis ojos le mienten tanto como mis pensamientos me mienten a mí.



Capítulo Treinta y Nueve

BLAKE



Se queda ahí, con la mirada perdida. El movimiento de su cabeza me asusta. Me levanto de un salto y me visto. Tengo tantas cosas que decirle, pero no conozco todas las señales y no puedo arriesgarme a que malinterprete mis labios.

Yo: Dallas perdió a su familia. Y ahora Lucas arruinó su vida. Me hizo darme cuenta de que todo lo que quiero está justo delante de mí. Tú eres lo que quiero. Tú y Maisy. Quiero que seamos una familia. Sé que solo han pasado meses y no hemos hablado de un futuro juntos. Eso es culpa mía. No sé cómo hacer esto. Este es un territorio nuevo para mí. Ni siquiera sé si me quieres. Pero creo que sí.

Mientras lo lee, su respiración se acelera. Joder, ojalá pudiera saber lo que pasa por su cabeza ahora mismo.

Ellie: Pensé... Blake, pensé que esto era una aventura. Con tu pasado, y la forma en que lo ocultamos, ¿cómo podría ser otra cosa?

—¿Qué? ¡No!

El sentimiento de culpa me atraviesa el alma al saber que todo este tiempo ella estaba pensando que se trataba de una simple relación de amigos con derecho. El corazón se me sube a la garganta mientras tecleo rápidamente para explicárselo.

Yo: El, Dios mío, supe desde el primer día que nos conocimos que esto sería diferente. Que TÚ serías diferente. Estaba seguro de que tú también lo sentías. Jesús, ¿pensaste que te iba a usar y desechar?

Ellie: Ni siquiera sabes mucho de mí.

Yo: Sé lo suficiente.

Ellie: Te equivocas. Si me conocieras bien, sabrías que nunca podría estar con alguien como tú.

Quiet
Beautiful

Levanto la vista, cabreado porque me eche en cara mi pasado después de todo lo que le he confesado.

—¿Alguien como *yo*?

—Nunca podrías entenderlo —señala.

Lanzo un suspiro áspero mientras me invade un mal presentimiento.

—Pruébame.

Cierra los ojos y mira hacia otro lado. Hay una guerra en su interior. Y a juzgar por su lenguaje corporal, me temo que voy a salir perdiendo.

Me devuelve la mirada y me hace una seña que desencadena una reacción en cadena en mi interior. Se me tensa la mandíbula, se me agarrota la columna y se me hacen nudos en las tripas. La fulmino con la mirada, con los ojos ardiendo como ascuas.

—¿Acabas de decir que porque *no soy sordo*?

Su barbilla se inclina en un gesto de afirmación.

—¿Qué demonios, Ellie?

Luego, como si quisiera demostrar algo, firma muy deprisa, sin parar, sabiendo perfectamente que no puedo seguirle el ritmo.

Doy un paso adelante y le agarro las manos.

—No hagas esto. Habla conmigo.

Ellie: Te dije que no lo entenderías. Los hombres que oyen nunca entienden. No debemos estar juntos.

—¿Así que vas a terminar esto porque dije que te amo? Y luego qué, ¿volverás con ese Seth, un tipo que ni siquiera quieres? ¿Uno que no hace que tu corazón palpite y tus bragas se mojen cada vez que está cerca? ¿Qué demonios te pasa?

Da un paso atrás, ofendida.

Alargo la mano y le toco el brazo.

—Lo siento. No quería decir que te pasara algo. Estoy confundido. Sé que sientes algo por mí. Por cómo me miras. La forma en que tu cuerpo responde a mí. Me amas, El. Y te mientes a ti misma si dices que no. Estás usando tu sordera como excusa para no tener una relación conmigo.

—No —señala como si estuviera completamente ofendida.

—Pura mierda. Creo que claramente es así. Necesitas una excusa para acabar con esto porque tienes miedo de que te deje como hizo él, ¿no? Grant rompió algo dentro de ti y crees que no mereces amor o alguna mierda así. Al menos ten la decencia de admitir por qué estás tirando esto por la borda. —Cierro la boca, los labios en una fina línea mientras hago señas—: ¿Lo entiendes?



Ellie: Te equivocas. No se trata de Grant. Es sobre nosotros. No puedo estar en una relación con un hombre oyente. ¿No entiendes que nuestros mundos son demasiado diferentes? Querrás que encaje en el tuyo y yo no soy así.

—Sé quién eres. Y no espero eso de ti.

Mueve la cabeza mientras escribe.

Ellie: Todos dicen eso. Pero al final, querrán que cambie. Querrán que hable.

—¿Me estás jodiendo? —señalo con frustración. Me doy la vuelta un momento para ordenar mis pensamientos y luego la miro directamente mientras hablo—. Porque te pregunté hace meses si alguna vez habías hablado, ¿me lo echas en cara? Era una pregunta legítima. No era una exigencia. Me importa una mierda si hablas o no.

—Lo harás —hace señas.

—Eso es jodidamente injusto. No puedes presumir de saber lo que haré o no haré.

—No sabes lo que es ser sordo.

—No, no lo sé —le digo por señas. Necesito que me entienda palabra por palabra, así que vuelvo a usar el teléfono.

Yo: ¿Sabes qué más no sé? No sé lo que es ser mujer. Por mucho que intentes explicármelo, nunca entenderé del todo lo que es tener la regla, tener calambres o gestar. Y tú nunca sabrás lo que es tener una erección, tener un orgasmo masculino o recibir una patada en los huevos. Así que somos diferentes. ¿A quién le importa? Mucha gente lo es. Vienen de diferentes orígenes, culturas y etnias. Y aun así se juntan. ¿En qué se diferencia esto?

Ellie: Te olvidarás de que soy sorda. Ya lo hiciste una vez cuando me llamaste. Incluso hoy, estoy segura de que me hablaste en el suelo. ¿Estoy en lo cierto?

Mierda. Asiento con culpabilidad.

—¿Qué dijiste?

—Dije que te amo —firmo—. Se me escapó.

Ellie: Así que me declaraste verbalmente tu amor cuando sabías que no podía oírte. Lo olvidaste. Una persona sorda nunca olvidaría.



Camino por el suelo, dejando huellas en la alfombra recién aspirada junto a la pared.

Ellie: Y una vez dijiste que querías que gritara tu nombre.

Trato de recordar un momento en que lo dije.

—Jesús, El. Estaba haciendo una broma sobre tener sexo. No lo decía literalmente.

Ellie: Todos los hombres oyentes son iguales. Al final mi silencio te afectará y querrás más.

De repente, las cosas empiezan a tener sentido. Por segunda vez, ha dicho algo sobre *todos los hombres oyentes*.

—¿Qué te ha pasado, El? ¿Te ha hecho daño un oyente?

Su silencio es toda la confirmación que necesito.

Le tomo la mano. Por un segundo, me deja, pero luego se aparta.

—¡Háblame!

Me regaña con su mirada ardiente.

Levanto las manos, frustrada.

—Es figurativo, Ellie —digo en voz demasiado alta. Uso las manos y hago una seña en silencio—: Háblame.

Cuando las lágrimas inundan sus ojos, pienso lo peor.

—¿Fuiste violada?

Siento alivio cuando sacude la cabeza.

—¿Entonces qué?

Ellie: Nadie tenía que violarme. Les dejé hacer lo que quisieran.

Su mensaje me da en el pecho. Nunca hemos hablado de nuestras historias sexuales. Sabía que conocía mi pasado. Y supuse, basándome en su confesión de que salía con alguien, pero no tenía relaciones, que tenía miedo de que la abandonaran.

Me acerco a ella, haciendo la señal de su nombre.

—Ellie, dime.

Se sienta y se apoya en la pared. Me siento a su lado y espero a que escriba un mensaje. Es largo. Y con cada segundo que pasa, afloran más sentimientos negativos. En mi cabeza se arremolinan todo tipo de escenarios. Juro que cazaré



y mataré a cualquiera que le haya hecho daño. Lo único en lo que puedo pensar ahora mismo es en protegerla en todos los sentidos.

Ellie: La gente siempre se ha reído de mí. Siendo diferente, tienes que tener la piel gruesa. Pero de niño, no es tan fácil. Yo solía hablar. Crecí con padres oyentes. Una hermana oyente. Sí, todo el mundo hacía señas, pero yo también hablaba. Hasta la escuela primaria no comprendí que cuando hablaba no sonaba como los demás. Y que, como nací sorda, mi acento era aún más pronunciado que el de la mayoría. El acoso escolar empeoró mucho en la escuela secundaria. Los chicos eran muy malos. Me llamaban estúpida y cosas peores. A los doce años dejé de hablar, salvo cuando estaba con mi familia.

—El, lo siento mucho. Ningún niño debería pasar por eso.

Trago saliva, conteniendo la rabia porque empiezo a comprender todos los obstáculos que Maisy tiene ante sí.

Ellie: Eso no es todo. Cuando fui a la secundaria, había mucha gente nueva que no me conocía. Yo era la chica rubia guapa con las tetas grandes. Los chicos se sentían atraídos por mí. Chicos oyentes. Un chico me envió flores el día de San Valentín cuando tenía quince años. Fue lo más especial que jamás había sentido. Así que le dejé hacer cosas conmigo. El sexo era un lenguaje que todo el mundo podía hablar, y casi al instante, me di cuenta de que me estaba volviendo popular. No con las chicas, pero tenía a Beth, así que no me importaba tener amigos. Por primera vez en mi vida, los chicos me buscaban. Los chicos se peleaban por mí. Y yo los dejaba. En el último año, me había acostado con los titulares del equipo de béisbol y del equipo de fútbol.

Cierro los ojos al pensar en ella siendo utilizada por tantos chicos.

Me da un golpecito en la pierna y me hace señas:

—Dije que no me conocías.

—Nada de eso importa. Todos hicimos estupideces en la secundaria.

—Hay más —hace señas.

Ellie: Sabía que las chicas estaban enfadadas, que me llamaban zorra, que hablaban a mis espaldas, pero la atención de los chicos lo compensaba. Hasta el último año. Me nombraron Reina del Baile. Era como un sueño, hasta que se convirtió en una pesadilla. En el baile, me llamaron al



escenario con Danny McVeigh, el rey del baile y, en ese momento, el chico con el que me acostaba. Todo el mundo me miraba. Danny me dijo que como reina tenía que dar un discurso. Yo no quería, así que signé «gracias» y empecé a alejarme. Me tiró hacia atrás e insistió. Dijo que todo el mundo estaba esperando y que si quería conservar el título, tenía que hablar. Le tiré la corona y salí corriendo del escenario. Todo el mundo se rio de mí. Las chicas chocaban los cinco. Había caído en desgracia, que era exactamente lo que querían. No fue hasta la siguiente semana, cuando todo el mundo me rechazaba, que una chica inteligente que siempre era reservada me lo contó todo. Dijo que los chicos habían hecho una apuesta para ver cuál de ellos podía hacerme hablar primero. Danny había conspirado con un grupo de chicas para que me eligieran reina. Muchas de las chicas eran chicas con las que fui a la escuela primaria. Chicas que me habían oído hablar y que se habían burlado de mí. Querían que todo el mundo oyera a la estúpida sorda. Estaban cansadas de la forma en que los chicos populares me miraban y las ignoraban. Bueno, se les cumplió su deseo. Nunca volví a salir con otro chico oyente. Hasta que llegaste tú.

—Jesús, Ellie. Eso es jodido. ¿Alguna vez viste la película *Carrie*? Ella asiente en señal de comprensión.

—Quería matarlos a todos —señala.

Ellie: En lugar de matarlos, agaché la cabeza y terminé el año escolar. Luego fui a Gallaudet, donde todo el mundo era como yo. Nadie se burlaba de mí. Y nadie intentó obligarme a hablar.

Dejo los dos teléfonos y me giro para mirarla de frente. Dejo que mis manos hablen.

—Ellie, no quiero que hables. Eres perfecta tal y como eres.

Ella sacude la cabeza.

—Puede que ahora pienses eso. Pero cambiará.

—No me das... crédito —le digo en señas, deletreando con los dedos la última palabra—. Te amo. Nada más importa.

Agarra el teléfono, se levanta y se dirige hacia la puerta. Se vuelve antes de salir y señala:

—Compra la casa. Será bueno para Maisy. Adiós, Blake.



—¿Adiós? —grito, sabiendo que no puede oírme, pero vuelvo a gritarlo de todos modos—. ¿Adiós? —Me pongo de pie—. ¿Qué demonios?

Respiro hondo unas cuantas veces y ordeno mis pensamientos. Es igual que mi hermano Lucas. Me ama. Sé que me ama. Pero se va de todos modos. ¿La dejo ir?

No. A la mierda. Corro hacia la puerta, esperando verla sentada en el asiento delantero de mi auto. Pero no está.

No está en ninguna parte.

Ella simplemente... se ha ido.

Físicamente siento que mi corazón se rompe en mil pedazos.



Capítulo Cuarenta

ELLIE



Cuando llego a casa, tengo la blusa húmeda, los ojos hinchados y el espíritu destrozado.

Dijo que me amaba.

Me tiro en la cama y lloro. Lloro porque sé exactamente lo que estoy haciendo. Estoy tirando por la borda posiblemente lo mejor que me ha pasado nunca. Pero simplemente... no puedo.

Cuando se me acaban las lágrimas, me dirijo a la cocina, preparo un café enorme y hago una videollamada a mamá. Cuando su cara aparece en la pantalla, ladea la cabeza y la tristeza se apodera de ella.

—Oh, cariño —hace señas—, ¿qué ha pasado?

Mamá y yo siempre hemos sido muy unidas. Le cuento casi tanto como a Beth. Le cuento todo el día, omitiendo detalles sobre hacer el amor en la casa vacía.

—Ellie. —Me lanza una mirada que solo las madres saben dar—. El hecho de que estés en el estado en el que estás y me llames para pedirme consejo maternal me dice todo lo que necesito saber. Cariño, es obvio que son el uno para el otro. Y siento tener que darle la razón por encima de ti, pero creo que él tiene razón y tú estás poniendo excusas.

Aparto la mirada, haciendo un mohín. Es lo único que puedo hacer para detener la conversación. Es mi madre. Debería estar de mi parte. Cuando por fin vuelvo la vista, está esperando pacientemente. No es la primera vez, ni la centésima, que utilizo mi sordera para ignorar a alguien.

—Me he sentado aquí y te he escuchado —hace señas—. Ahora, vas a escucharme. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Cuando conocí a tu padre, y me refiero a Kyle, no a Grant, yo era una pobre chica embarazada de Chicago que paseaba perros para llegar a fin de mes. —Levanta una mano para que no siga—. Sé que ya has oído algo de esto antes. Pero parece que necesitas oírlo otra vez. Así que escucha.

Me siento y cruzo los brazos.

»Él era médico y yo huía de un marido que me maltrataba. Veníamos de mundos totalmente distintos, pero conectamos al instante a pesar de las diferencias. Él tenía unos padres cariñosos y un sólido sistema de apoyo. Yo no tenía a nadie. Y entonces, cuando él dio un paso adelante, declaró sus sentimientos y prácticamente me barrió de mis pies, con una recién nacida y todo, lo dejé por todas las razones equivocadas. Él es la razón por la que estás aquí, Ellie. Si no fuera por él, probablemente habría abortado en mi pequeño y sucio apartamento. Cambió mi vida. Pero no me malinterpretes, no fue solo una historia de damisela en apuros. Yo también cambié su vida.

Se le llenan los ojos de lágrimas al recordar la historia.

»No seas como yo, Ellie. Casi lo pierdo porque dejé que mi pasado controlara mis acciones. Fui una chica estúpida y lo tiré todo por la borda porque... bueno, porque supongo que él me quería demasiado. —Ella sacude la cabeza con incredulidad—. Y simplemente no creía que en el transcurso de unos pocos meses, pudieras realmente conocer a alguien lo suficientemente bien como para amarlo.

Aquellas palabras me dolieron físicamente como si me hubieran dado un puñetazo en las tripas. Había olvidado que hacía poco tiempo que se conocían, todo mientras ella estaba postrada en una cama de hospital.

Se seca las lágrimas que ahora cubren sus mejillas.

»Tuve suerte. Me aceptó cuando recuperé la cordura. No puedo imaginar mi vida sin él. Tú y yo no seríamos lo que somos hoy sin Kyle Stone.

»Así que, cariño, será mejor que pienses largo y tendido sobre lo que estás haciendo aquí. Sé honesta contigo misma. ¿Puedes imaginar tu vida sin Blake? ¿Te arrepentirás el mes que viene, o el año que viene, si se ha ido con otra? Y esa adorable niña de la que siempre me mandas fotos, ¿podrías vivir contigo misma si la sacaras de tu vida? Ella te necesita. Él te necesita. Tú lo necesitas a él. Por eso funciona, Ellie. Todos se necesitan. Todos se aman. ¿Qué más hay en la vida? No es justo castigarlo por cosas fuera de su control. Así que eres sorda. ¿A quién le importa? Me alegro de que seas sorda, Ellie.

Sorprendida al verla decirlo, solo puedo mirarla confundida.

»Me llevó mucho tiempo admitirlo. Pero sí, me alegro de que seas sorda. No serías la mujer increíble que eres hoy si no lo fueras.

Se alegra de que sea sorda.

Nadie lo ha dicho nunca. Quiero decir, *estoy* bien con eso. Una vez que superé toda la mierda de la secundaria y encontré mi lugar en el mundo, lo acepté. Pero en el fondo, supongo que siempre pensé que todos los demás en mi vida serían más felices si pudiera oír.

Pero, ¿podría mi nuevo lugar en el mundo realmente estar con Blake? ¿Un hombre que oye? Sería un gran salto de fe que no estoy segura de estar



preparada para dar. Tal vez Blake tenía razón y Grant me arruinó tanto que soy incapaz de amar a alguien de verdad.

Los incesantes gestos de mamá llaman mi atención y vuelvo a mirar la pantalla.

—¿Lo amas? —me dice por señas.

Como soy testaruda, niego con la cabeza. Mamá se queda mirando. Me encojo de hombros. Ella se queda mirando un poco más. Hago una seña:

—Tal vez. —Luego cierro momentáneamente los ojos y firmo—: Sí.

Su expresión se suaviza.

—Entonces necesitas hacerte una pregunta importante. ¿Pensarías diferente sobre todo esto si Blake fuera sordo?

Inmediatamente conozco la respuesta. La sé porque a menudo he deseado que fuera verdad. A veces, en mis sueños, él es sordo y tenemos una vida increíble y una pandilla de niños sordos.

—No tienes que responder —me dice—. Está escrito en ti. Ellie, estás castigando al hombre por el simple hecho de que puede oír. Tú, si alguien, debería saber lo equivocado que está eso. Él te ama. Su hija te ama. No tengas miedo de ser feliz solo porque tu idea de la felicidad terminó viniendo en un paquete diferente. Las mejores cosas de la vida pueden ser todo lo que no esperábamos.

Mis ojos se dirigen a la encimera de la cocina, donde aún está el papelito de galleta de la suerte que él dejó. **Tu corazón conoce la respuesta correcta.**

Me limpio los ojos.

—Mamá, tengo que irme.

Ella sonríe. No tiene que preguntarme adónde voy. De tal palo, tal astilla, supongo.

—Ve a buscar tu felicidad, cariño. Y cuando la encuentres, no la sueltes nunca.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, cariño.

La pantalla se queda en blanco y puedo ver mi lamentable reflejo en el cristal. Ojos rojos. El maquillaje corrido. Y probablemente huelo a alfombra. Rápidamente, me ducho, me visto y me arreglo la cara. Estoy pensando dónde puedo encontrar a Blake cuando recibo un mensaje. *¿Es él?* El corazón me da un vuelco. *¿Viene por mí?*

Pero cuando miro mi teléfono y veo que Sierra me ha estado enviando mensajes de texto durante los últimos veinte minutos, mi mundo se detiene abruptamente.



Sierra: Ellie, realmente lo arruiné. Necesito hablar contigo.

Sierra: ¿Estás ahí?

Sierra: Estoy en el aeropuerto en espera. Por favor, contéstame. Ay, Dios. Tengo que saber que tú y mamá están bien.

Me late el corazón al responder.

Yo: Estoy aquí. ¿Qué pasa?

Sierra: Gracias a Dios. Tienes que ir a buscar a mi madre. No responde. Entonces los dos tienen que ir a un lugar seguro.

Yo: La encontraré. Pero, ¿qué ha pasado?

Sierra: Es mi culpa. Cometí un error horrible. Accidentalmente envié un mensaje al viejo teléfono de mamá en vez de al nuevo. Lo hice hace 2 días. No me di cuenta hasta hoy cuando me preocupé porque no me había contestado. Ellie, lo sabe. Le pregunté cómo iba su trabajo y si te había visto y si sabía algún chisme sobre Blake y tú. He puesto a todos los que quiero en peligro. Tienes que encontrarla, Ellie.

Yo: La encontraré. Si no mencionaste dónde trabajaba, seguro que está bien.

Sierra: Tardaré al menos un día en volver, y eso suponiendo que consiga un vuelo hoy. Me siento tan impotente sentada aquí. Causé esto. Puede que lo haya estropeado todo. Y no puedo hacer nada.

Yo: Puede que estés exagerando. Ya ha pasado un tiempo. A lo mejor ha renunciado a encontrarla.

Sierra: No lo ha hecho. Sigue leyendo los mensajes falsos que le envío cada semana. Responde como si fuera ella. Y puedo ver que leyó el accidental poco después de que lo enviara.

Yo: De acuerdo. Que no cunda el pánico. Está muy lejos.

Sierra: Fue hace 2 días. Llegué a Chicago en medio día, ¿recuerdas?

Yo: Me voy ahora mismo. Estoy segura de que todo irá bien. Mándame un mensaje cuando consigas un vuelo. Prometo avisarte cuando la encuentre.



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Me guardo el móvil en el bolsillo y cambio los zapatos de vestir por las zapatillas de deporte. Será más rápido correr hasta el instituto que esperar a un Uber. Abro la puerta y me quedo paralizada porque alguien me bloquea el paso. Siento un gran alivio cuando mi cerebro se da cuenta de que es Tara.

Entonces el alivio se convierte en terror cuando Grant da un paso detrás de ella, la empuja a través de mi puerta y cierra la puerta tras ellos.



268



Quiet
Beautiful

Capítulo Cuarenta y Uno

ELLIE



Ni siquiera lo dudo. Se aferra a Tara, así que corro a mi dormitorio, cierro la puerta tras de mí y voy por la pistola que tengo en el armario.

Algo golpea la parte posterior de mi pierna. Es parte de mi puerta. Grant la derribó. Estoy tanteando el código cuando caigo de golpe al suelo. Mi cabeza choca contra algo y veo estrellas. Cuando vuelvo a enfocar la vista, Grant está de pie junto a mí, con un puñado de la camisa de Tara en una mano y la pistola en la otra.

Está gritando, pero no puedo entender nada.

Me da una patada en el pie y vuelve a gritar.

Se vuelve hacia Tara y la veo decir:

—Es sorda —como si él no lo supiera ya. Pero es como si no lo supiera, porque sigue gritando. *Hacia mí.*

—No te oigo —hago señas, sabiendo bien que no me entiende, pero esas señas básicas son bastante intuitivas.

—Deja de hacer eso —me dice, ya que por fin soy capaz de leerle los labios ahora que no grita. Me mira las manos con disgusto. Creo que dice—: Estás haciendo el ridículo.

—¿Qué esperas que haga, idiota? Así es como me comunico. —Sigo signando toda la mierda que he querido decirle, aunque sé que es solo para mí.

Da una zancada y me pateo la mano derecha con la bota. Hago una mueca de dolor y me miro la mano, seguro de que me ha dislocado el índice.

—¡He dicho que basta! —grita, con las fosas nasales encendidas.

Me cabrea tener que seguir mirándolo para evaluar la situación. Tiene la cara roja, la sien palpitante de ira y la mandíbula apretada por la furia. Se eleva sobre mí, alto y musculoso. Su camisa de vestir está manchada de sudor y lleva una placa de policía en el cinturón, como si hubiera salido del trabajo en cuanto vio el mensaje de Sierra. Tiene otra pistola enfundada a un lado. Ahora tiene dos pistolas. *¿Qué voy a hacer?*

Detrás de él, Tara parece cenicienta. Y es ahora cuando veo que se le está formando un moratón en la mejilla.

—Monstruo —hago una seña con la mano izquierda.

Intenta patear esa mano también, pero me aparto.

Va por mi brazo, y yo me lo quito de encima hasta que me agarra el bíceps y me levanta, casi dislocándome el hombro.

Nos obliga a Tara y a mí a ir a la otra habitación y a sentarnos en el sofá, y luego se pasea por el suelo, golpeándose de vez en cuando en la frente con el cañón de la pistola, frustrado. Deseo en silencio que dispare y se pegue un tiro.

Tara está congelada en el sofá. Está estoica. No va a luchar. Soy yo quien tiene que sacarnos de esta. ¿Pero cómo puedo hacerlo si no puedo hablar con él?

Le grita algo a Tara y agita la pistola temerariamente. Actúa como un maniaco y me pregunto si estará drogado.

Solo se me ocurre una cosa que hacer.

—¡Grant! —digo en lo que creo que es un grito.

Me mira sorprendido.

»No tienes que hacer esto. Podemos solucionarlo.

Sus labios se transforman en una mueca.

—Cállala —le dice a Tara—. Suena como una idiota.

—Llamé a la policía en cuanto recibí el mensaje de Sierra. Están en camino.

Dos pasos adelante y me arde la cara con la bofetada que me da. Cuando me recupero y miro hacia atrás, tiene la pistola apuntando a la cabeza de Tara.

—Cállala o te mato.

Tara se vuelve hacia mí con los ojos llenos de terror.

No vuelvo a hablar.

Retrocede, pero mantiene el arma apuntando a su mujer.

—Agarra su teléfono —dice.

Lo saco de mi bolsillo y lo extiendo.

Le tiembla el labio y se inclina hacia él.

—Teclea el puto código.

Puedo oler el alcohol en su aliento y sus pupilas están dilatadas. Está totalmente borracho.

Hago lo que me pide y le entrego el teléfono. Un minuto después, se ríe.



—Eres una mentirosa. ¿Sabes lo que les hago a los mentirosos? —Entrecierra los ojos—. ¿Me estás leyendo los putos labios? —Se vuelve hacia Tara—. Dile lo que les hago a los mentirosos.

Tara no dice nada, se encoge en el sofá.

—Qué mala suerte —creo que dice—. Estoy atascado con una sorda y una muda. —Toca el arma en la sien de Tara—. Hazme algo de comer. Estuve conduciendo toda la noche.

Ella se levanta y se dirige a la cocina como si su petición fuera lo más natural del mundo. Grant no la mira mientras se aleja. Es como si supiera que ella no va a intentar nada. ¿Era así con mi madre? ¿Las golpea y las despoja de lo que son hasta que se convierten en robots?

Me apunta con la pistola, indicándome que siga a Tara.

En la cocina, Grant sonríe con satisfacción e inmediatamente mueve el bloque de cuchillos a un armario superior fuera de mi alcance.

Ayudo a Tara a sacar embutidos de la nevera cuando veo la cafetera que prepararé antes. Está llena y humeante. Sin pensármelo dos veces, agarro el asa, doy media vuelta y le arrojo el líquido caliente. Lo esquiva casi todo, pero un buen trozo le cae en el brazo y lo veo hacer una mueca de dolor.

—¡Puta! —grita. Es fácil leerle los labios. Puta es una palabra que se grita a menudo.

Estoy segura de que me va a disparar. Me preparo para ello. Inhalo lo que podría ser mi último aliento mientras pienso en lo que esto le hará a Blake. A Maisy. A mamá, papá y Beth.

En lugar de meterme una bala y acabar con mi vida, Grant sonríe. Puedo ver que ya se le están formando algunas ampollas en el brazo, y sin embargo sonríe. Es la sonrisa más siniestra que he visto nunca. Me eriza la piel y me revuelve el estómago.

—Siéntate de una puta vez —dice, señalando una silla de la cocina con la pistola.

Tiene unas palabras con Tara que no entiendo y luego se sienta frente a mí mientras ella le pone un sándwich delante. Limpia el café del suelo, recoge la cafetera, que milagrosamente no se ha roto al caer sobre la alfombra del salón, y se pone a preparar otra tanda.

Bien. Tal vez tomando café se le pase la borrachera y se dé cuenta de lo que está haciendo. Porque, en serio, ¿qué cree que va a hacer? ¿Matarme y salir de aquí con Tara? Lo atraparían. No importa si es policía. Ahora tenemos pruebas. Los mensajes probarán que él sabía que ella había desaparecido. Hay testigos. Seguramente alguien lo vio llevarse a Tara de la escuela. Independientemente de lo que me pase, lo atraparán.



Sin embargo, existe la posibilidad de que se dé cuenta de todo esto cuando esté sobrio. Y eso tiene el potencial de empeorar las cosas. Si sabe que se va a hundir, no tendrá problema en hundir con él a todos los que se crucen en su camino.

Pero si sigue drogado o borracho, tomará malas decisiones. Sí, podría decidir dispararme, pero su puntería podría ser mala. Y sus reacciones serán más lentas. Tengo licor en el armario, pero ¿cómo puedo hacer que lo beba sin que sospeche que es parte de un plan?

Cuando come, lo hace con una mano, usando la otra para mantener la pistola sobre la mesa, un dedo en el gatillo. Pero cuando baja la vista hacia la comida, aprovecho para señalar con los ojos el armario de los licores. Tara tarda un par de veces en verme, pero cuando lo hace, me llevo la mano a la cara en un rápido movimiento para beber y luego me limpio la nariz por si Grant me echa un vistazo.

Se pone rígido y le dice algo a Tara cuando ella va por el armario. Luego sonrío al ver mi colección de licores.

Se vuelve hacia mí.

—¿Ves qué buena esposa tengo? Sabe que me gusta el café irlandés.

Tara pone la botella sobre la mesa. Grant la desenrosca, la huele y le da un buen trago.

Mi plan está funcionando. Mantén la calma.

Tara saca una taza de café del escurrer platos y se la pone delante. Él la mira, luego a ella.

—Yo lo haré, cariño. —Se levanta, se mete la pistola en la parte delantera del pantalón, besa a Tara en la mejilla, luego cruza la cocina y agarra la cafetera recién hecha. Se vuelve hacia mí con la misma sonrisa siniestra de hace unos minutos—. El café es para ti.

Antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando, me agarra el brazo derecho por debajo del codo, lo pone con la palma hacia abajo sobre la mesa y me echa café caliente encima. Grito y me revuelvo, pero no soy rival para su fuerza. Y justo cuando creo que me voy a desmayar del dolor, vuelve a hacerlo con mi mano izquierda.

Cuando la olla está vacía, retrocede. Estoy temblando. Mis pantalones están mojados; no por el café, sino por la salida de mi vejiga. Tengo las manos de un color rojo que nunca he visto y el dolor me envuelve como una pesada manta de la que no puedo desprenderme. Incluso me arde la garganta, pero debe de ser por mis gritos.

Por el rabillo del ojo, veo a Tara saltar sobre la espalda de Grant. Se pelean y él la tira al suelo, apuntándola con la pistola. Pero no puedo pensar en eso. No



SAMANTHA
CHRISTY

Things

puedo pensar en otra cosa que no sea el dolor. La muerte debe ser menos dolorosa, y ahora mismo, es lo que estoy deseando. Es el último pensamiento que pasa por mi mente antes de que mi cabeza nade mareada y vea cómo la mesa se levanta para encontrarse con mi cara.

Entonces todo se vuelve negro y ya no hay dolor.



273



Quiet
Beautiful

SAMANTHA
CHRISTY

Things

Capítulo Cuarenta y

Dos

BLAKE



Ya he conducido bastante. Al diablo con mi idea de darle espacio y esperar que vuelva en sí. ¿Y si se va como Lissa? No voy a dejar que eso suceda. Voy donde ella.

Aparco en el estacionamiento de su edificio y miro hacia su ventana, intentando encontrar las palabras que derribarán sus barreras. Porque, al parecer «*te amo*» no fue suficiente. Pero cuanto más tiempo paso aquí sentado, más ansioso me pongo. Tengo que ser un hombre y hacerlo.

Salgo del auto y camino hacia su edificio. Me parece oír gritar a alguien. Me alarma, pero cuando no vuelvo a oírlo, continúo hasta la puerta exterior. Miro fijamente el teclado de seguridad. Mandarle un mensaje no funcionará. Probablemente no me dejará subir. Doy un tirón a la puerta, preguntándome si con la fuerza suficiente podré abrirla. Me sorprende que se abra de inmediato. Al investigar más a fondo, la cerradura está rota y la madera que la rodea astillada. Supongo que alguien más estaba en mi misma situación.

Estoy agradeciendo a mis estrellas de la suerte hasta que oigo un segundo grito. Okay, ahora sé que no fue mi imaginación. Todo mi cuerpo está en alerta máxima. Definitivamente era una mujer. Dudo que venga del apartamento de Ellie, pero de todos modos doy los pasos de dos en dos.

Cuando llego a su puerta y oigo un grito espeluznante que me penetra hasta lo más profundo de mi ser, pruebo la puerta. Está cerrada.

Dos vecinos entran en el pasillo, tras haber oído los gritos.

—¡Llamen a la policía! —grito. Luego retrocedo y, con todas mis fuerzas, le doy una patada en la puerta.

—¡Ellie! —grito de puro terror.

Un gran hijo de puta sale de la cocina y me apunta con una pistola, gruñendo:

Quiet
Beautiful

274



—¿Quién demonios eres?

—¿Dónde está Ellie? —pregunto, mis ojos recorren la habitación esperando verla. Rezando para que lo que sea que esté pasando aquí sea un gran error.

El tipo se burla como divertido, sin que parezca molestarle lo más mínimo que acabe de derribar la puerta.

—¿Te refieres a la puta de mi hija que pensó que podía ocultarme a mi esposa?

Grant Lucas. Oh, mierda. Y tiene un arma apuntándome. Pero eso no es lo que más me preocupa. Lo que me preocupa es el silencio. No hay más gritos. *¿Está muerta?*

El corazón se me para en seco, el miedo me recorre el cuerpo y, por un momento tortuoso, me hago una idea de lo que debió de sufrir Dallas.

Un destello de alguien que viene por detrás me da esperanzas. Pero no es Ellie. No tengo ni idea de quién es la mujer que acaba de echarse sobre su espalda. Cuando intenta quitársela de encima, el arma se dispara, seguida de un dolor punzante en mi muslo.

El dolor no me impide cargar contra él y tirarlo al suelo. El arma sale volando. Pero hay otra enfundada a su lado. Cada uno de nosotros lucha por controlarla cuando él se queda inerte. Mis oídos zumban al oír otro disparo a corta distancia. Compruebo rápidamente si hay una segunda herida cuando veo que la sangre se acumula en el suelo. Pero cuando Grant pierde el color de la cara, sé que esta vez no he sido yo quien ha recibido el disparo.

La mujer que sujeta el arma la suelta y se desploma en el suelo en posición fetal.

—¿Dónde está Ellie? —grito entre una bola de serrín en la garganta. Los segundos que paso esperando a que la mujer responda no son más que pura agonía.

Suenan sirenas a lo lejos mientras la mujer señala la cocina.

—Intenté detenerlo.

Me preparo para lo que voy a encontrar al doblar la esquina. Recuerdos de mi vida sin Ellie bombardean mi mente.

—¡No! —grito, cuando veo su cuerpo inerte desplomado sobre la mesa. Corro hacia ella, buscando una herida de bala, rezando para que despierte.

Una pequeña cantidad de sangre mana de un corte en su cabeza. Aprieto el cuello con los dedos y grito de alivio al notar el pulso. Entonces veo sus manos. Se me sube la bilis a la garganta mientras intento comprender lo que estoy viendo. Tiene todo el dorso de las manos hinchado y rojo, con manchas blancas y ampollas de varios tamaños que parecen crecer a cada segundo.



—Oh, Jesús. —La levanto y la llevo a la otra habitación justo cuando llega la policía, apuntando con sus armas.

—¡Bájala y levanta las manos! —grita uno.

—¿Blake Montana? —Levanto la vista y veo a Mitchell Graves, un chico con el que fui a la secundaria. Hace un barrido visual de la habitación y pregunta—: ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—¡Llaman a una ambulancia! —grito—. Está gravemente herida.

Con las armas aún desenfundadas, un tercer agente utiliza su radio para enviar una ambulancia.

Tumbo a Ellie en el sofá y vuelvo a tomarle el pulso.

Uno de los agentes pone unos dedos en el cuello de Grant y luego niega con la cabeza.

—Blake —dice Mitchell—. Lo siento, pero necesito que te alejes de ella.

—Tendrás que dispararme, Mitch. No voy a dejarla.

—Ese es m-mi marido —dice la mujer—. Soy Tara Lucas. Ellie me ayudó a escapar.

—¿Escapar de qué, señora? —Mitch pregunta.

—Escapar de él. —Señala al bastardo sin vida en el suelo—. Me hizo daño. Me hizo daño durante años. Décadas. Y no soy la única. —Ella asiente a Ellie—. Es su padre biológico. Hirió a su madre también. Le hizo esto a Ellie. Intenté detenerlo. No pude. —Divaga mientras acuno a Ellie en mis brazos, deseando que despierte—. Yo lo hice. Yo disparé el arma. Fui yo. —Extiende las muñecas—. Pueden arrestarme. No pasa nada. Ya no puede hacerme daño.

Los agentes enfundan sus armas justo cuando llega el servicio de emergencias.

Patrick Kelsey, uno de los paramédicos, se dirige primero al cuerpo en el suelo.

—Ni te molestes —ladro, más ácido subiendo de mi vientre ante la sola idea de que Grant Lucas merezca cualquier atención médica—. Ayuda a Ellie.

Comprueba el pulso de Grant de todos modos, perdiendo unos segundos preciosos en mi opinión, y luego él y su compañero me piden que me aparte.

—Jesús, Blake. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

No puedo responder, porque no lo sé.

—Le echó una cafetera entera de café hirviendo en las manos —dice Tara. Me giro y vomito ante sus palabras.



Le ponen una mascarilla de oxígeno en la cara, un collarín en el cuello y la colocan en una camilla. Patrick le coloca toallas enrolladas en las manos, las eleva por encima del corazón y las envuelve en gasas.

—¿Se pondrá bien? —Me arrastro y le toco el cabello antes de que la suban a la camilla—. Por favor, dime que se pondrá bien. ¿Por qué no está consciente?

—Las quemaduras son graves, Blake. Probablemente se desmayó por el dolor. Tiene un corte en la cabeza que podría ser de una caída. Sabremos más cuando la llevemos al hospital.

—Voy con ustedes.

La fuerte mano de Mitch me agarra el hombro.

—Lo siento, Blake. Esto es un homicidio. No podemos dejar que te vayas hasta que tengamos las declaraciones completas.

Patrick me mira la pierna.

—Estás herido. Déjame ver.

—Me disparó, pero está bien. Es Ellie la que me preocupa.

—Siéntate, Montana. Te voy a evaluar mientras los otros la cargan en la plataforma. —Se inclina y me mira directamente a los ojos—. Blake, necesito revisar tu pierna. Escucha, creo que va a estar bien. Hay daños, pero puede recuperarse. Hay un protocolo que tenemos que seguir. —Él asiente a los oficiales—. Si intentas marcharse, te sujetarán. Cuanto antes cooperes, antes podrás ir con ella.

Me cuesta todo lo que tengo no arrollarlo y correr hacia Ellie mientras su cuerpo inerte es arrastrado hasta el pasillo.

—¡Joder! —grito, luego pisoteo la cocina, sentándome en una silla mientras miro el café que gotea de la mesa. Le ha quemado *las putas manos*. Si no estuviera ya muerto, lo mataría.

—Atrás amigos —oigo decir a Mitch en la otra habitación—. Se acabó. Vuelvan a sus apartamentos.

Patrick me corta los jeans desde la rodilla hasta el muslo. Me preparo para ver un agujero de bala, esperando no tener que someterme a una operación que me aleje de Ellie.

—Es una herida superficial —dice, pasando un hisopo de yodo por encima y luego asegurando un vendaje—. Has tenido suerte. Si hubiera sido unos centímetros más allá, podría haber golpeado una arteria. Estarías tan muerto como ese idiota de la otra habitación.

Mitch entrevista a Tara en el segundo dormitorio, presumiblemente para alejarla del cadáver. No puedo oírlos. Lo hace en voz baja, al igual que Henry, el



agente que me está interrogando. Supongo que quieren asegurarse de que nuestras historias coinciden.

Se lo digo tres veces y sigue haciendo más preguntas. Levanto las manos.

—¿De cuántas putas maneras puedo decir que me metí en medio, que él me disparó y que nos peleamos hasta que Tara le disparó? Pregúntale a los malditos vecinos. Quiero decir, Cristo, mi chica está herida. Tengo que llegar a ella.

Mitch entra.

—El forense está aquí. Hemos terminado por ahora. Pero tendrás que venir a comisaría para una declaración oficial. Y no salgas del pueblo.

Le fulmino con la mirada.

—¿A dónde demonios iba a ir, Mitch? Ellie está en el hospital. Es el único sitio donde voy a estar.

Asiente y se hace a un lado.

—Eres libre de irte entonces.

Voy a salir cuando me doy cuenta de que Tara sigue aquí y está claramente conmocionada. Voy hacia ella.

—Gracias —le digo con la mayor sinceridad—. Podría haber sido al revés. Salvaste a Ellie. Y me has salvado a mí.

—Un poco demasiado tarde —dice con lágrimas en los ojos.

Saco mi teléfono.

—Voy a decirle a mi madre que venga. Ella te ayudará y te conseguirá todo lo que necesites. Se llama Sarah. —Me giro hacia Mitch—. ¿Puedes quedarte con ella hasta que llegue?

—Sí, ve.

Salgo de la habitación que ahora está llena con una docena de oficiales. Estas cosas no pasan en Calloway Creek. Ponen el cuerpo de Grant en una bolsa y lo suben a una camilla. Las etiquetas de pruebas marcan los casquillos de bala y otras cosas que consideran importantes. Un gran charco de sangre permanece en el suelo. Ni siquiera se me revuelve el estómago al verlo. Obtuvo su merecido.

Mientras bajo las escaleras y me dirijo al auto, me llegan preguntas de vecinos entrometidos desde todas las direcciones. No contesto a ninguna. Llamo a mamá de camino al hospital. Llamo a Allie, que sigue con Maisy, y le cuento lo esencial. Conduzco lo más rápido que puedo, sabiendo que la mayoría de los autos patrulla del pueblo están en casa de Ellie. Incluso me salto el único semáforo que hay, una vez que estoy seguro de que no hay moros en la costa.

Estaré en el hospital en menos de cinco minutos.



Aparco en la hierba junto al estacionamiento de ambulancias, sin importarme que se lleven el auto, y entro corriendo, todo el tiempo rezando para que esté bien.

Sus manos. No puedo dejar de pensar en ellas. ¿Y si su cuerpo entra en shock y su corazón se para y yo no estoy allí? ¿Y si la herida de su cabeza es grave? ¿Y si la pierdo antes de que tengamos la oportunidad de ser... *nosotros*?

Holly Overton está sentada detrás del mostrador de Urgencias. Levanta la vista con ojos tristes.

—Sé por qué estás aquí, Blake. Pero tengo que seguir las normas. Solo la familia.

—¿Hablas en serio?

—No puedo dejarte entrar. Perderé mi trabajo.

—Todavía no tiene familia aquí. Soy el único. —Me paso una mano por el cabello—. Mierda. Tengo que contactar a sus padres.

—Puedo hacerlo si quieres.

Sacudo la cabeza.

—No. Tengo que ser yo. —Miro más allá de ella hacia las puertas cerradas que llevan a la parte de atrás—. Holly, tengo que saber si está bien. Holly, tengo que saber si está bien. La amo.

Su cara está llena de empatía.

—No prometo nada. Pero veré lo que puedo averiguar. Espera aquí.

—Créeme, no voy a ninguna parte.

Cuando desaparece por la puerta, me siento y dejo caer la cabeza contra la pared. Me duele la pierna. ¿Ha sido así todo el tiempo o acabo de darme cuenta?

Miro el teléfono y me pregunto cómo voy a decírselo a sus padres. No tengo su información de contacto, pero en una búsqueda rápida encuentro el número de teléfono del Dr. Kyle Stone de Nueva York. Me acerco el teléfono a la oreja, esperando no tener que dejar un mensaje. Sin embargo, cuando contesta al tercer timbrado, se me atasca el corazón en la garganta, porque sé que está a punto de sentirse tan desolado como yo.



Capítulo Cuarenta y Tres

ELLIE



Ay.

Me duele la cabeza. Y mi lengua está borrosa.

Levanto la mano para palparme la cabeza y, *Dios mío*, las manos. El dolor se queda corto. Abro los ojos de golpe. La luz del techo me desorienta. Alguien... ¿una enfermera?... entra, mira una máquina a mi izquierda, juega con algo y entonces siento una oleada de euforia que atenúa el dolor.

Me duele levantar las manos. Las tengo vendadas desde la punta de los dedos hasta las muñecas. ¿*Por qué?*

La enfermera habla con alguien en la esquina y luego se va.

Es Blake. Él es el alguien en la esquina.

Miro a mi alrededor frenéticamente. Estoy en una pesadilla. No puedo hacer señas.

Blake se acerca corriendo, sonriendo con todos sus dientes.

—Hola. —El alivio en su cara es palpable. Y las bolsas bajo sus ojos me dicen que probablemente lleva mucho tiempo sentado en esa silla.

Miro de sus ojos a mis manos y luego de nuevo a él.

—No pasa nada. Te pondrás bien. Tendrás que llevar las vendas una semana, pero los médicos creen que te curarás bien.

Lo miro confundida. ¿Por qué estoy aquí? Y después de cómo lo dejé, ¿por qué *está* aquí? ¿Y qué demonios les ha pasado a mis manos?

—Ellie, ¿recuerdas algo?

Cuando no contesto, porque todavía siento como si esto fuera un sueño, acerca una silla, signa lo que puede, pero también habla.

—Has estado recuperando y perdiendo la consciencia toda la noche. Los analgésicos de te han mantenido dormida casi todo el tiempo. El médico vino antes, pero dijo que quizá no lo recordarás.

Sacudo la cabeza, esperando despertarme, pero entonces me palpita el dolor alrededor de la sien.

Quiet
Beautiful

—Te golpeaste la cabeza. No es grave. No hay conmoción cerebral. —
Deletrea con los dedos *conmoción cerebral*.

Aunque me duele, levanto una mano vendada y me toco la cabeza y luego en la barbilla. Él comprende inmediatamente.

—Tus padres también han estado aquí toda la noche. En cuanto te despertaste y supieron que estarías bien, fueron a ayudar a Tara. Supongo que ella y tu madre tienen mucho en común.

Tan pronto como las palabras salen de sus labios, todo vuelve de golpe. Grant irrumpiendo en mi apartamento. Amenazando a Tara. Apuntándonos con una pistola. Vertiendo café caliente en mis manos. Me inclino sobre el lado de la cama y vomito. No sale mucho. Me vuelve a doler la cabeza.

—No pasa nada —me dice por señas y me acerca un vaso de agua con pajita a los labios—. Te vas a poner bien.

Bebo a regañadientes, pero solo porque siento la garganta como papel de lija.

Ahora que he llegado a la conclusión de que esto no es un sueño, me pregunto ¿cómo algo de esto puede estar bien con Grant todavía por ahí? ¿Y cómo están ayudando mis padres a Tara?

Voy a preguntarle, pero las vendas y el dolor punzante me recuerdan que no puedo.

—Tienes preguntas —dice—. Estoy aquí para responderlas todas. Estuve allí. Y cuando no estés tan drogada, la policía querrá entrevistarte.

La punta de mi dedo medio sobresale de la venda. Lo muevo hacia él.

—¿Por qué estaba yo allí? —pregunta.

Asiento.

»Por ti, Ellie. No iba a dejar las cosas como las dejamos. Cuando llegué, oí gritos. Irrumpí en tu apartamento y Grant me disparó.

Mis ojos se abren de par en par, buscando heridas en su cuerpo. Se levanta y abre una abertura en sus jeans, mostrando un vendaje.

—No te preocupes, es solo un rasguño.

Sacudo la cabeza, aterrorizada. ¿Grant le disparó? ¿Y sigue ahí fuera? Miro hacia la puerta.

Hace un gesto con la mano para llamar mi atención.

—No tienes que tener miedo. Se ha ido. Después de derribar tu puerta, él y yo nos peleamos, la pistola que llevaba se soltó, Tara la recogió y le disparó. Grant está muerto, Ellie. Tara nos salvó. No volverá a hacerle daño a nadie.



Está muerto. Grant está muerto. Le disparó a Blake y me mutiló. Pero ahora se acabó.

Cierro los ojos y exhalo un largo suspiro de alivio.

Me pone una mano suave en el brazo y le miro.

—¿En qué estabas pensando al intentar ayudar a Tara sin decírselo a nadie?

Miro las sábanas.

Me pone un dedo bajo la barbilla y me guía hacia arriba.

—Te habría ayudado. ¿No sabes que haría cualquier cosa por ti?

Se me saltan las lágrimas. Hay tantas cosas que quiero decirle.

—Beth está aquí. ¿Quieres que la haga pasar?

Sacudo la cabeza.

—¿Hay alguien más a quien quieras que llame?

Vuelvo a sacudir la cabeza. Solo puedo mirarlo fijamente. Vino por mí. Y porque lo hizo, Tara y yo estamos vivas, y Grant no puede volver a hacer daño a nadie.

Él. Vino. Por. Mí.

Emociones que ni siquiera puedo explicar fluyen a través de mí.

—Quieres decirme algo —dice. No arquea las cejas. No era una pregunta.

Levanto suavemente las manos vendadas y las vuelvo a bajar.

—Está bien. No necesitas hacer señas. Sé lo que quieres decir. —Se sienta en el borde de la cama, con cuidado de evitar mis manos. Muevo una hacia mi estómago para dejarle espacio, y él pone una mano en mi pierna mientras me mira directamente a los ojos—. Quieres decirme que lo pensaste y cambiaste de opinión. Cambiaste de opinión porque te diste cuenta de lo estúpido que sería tirar por la borda lo que tenemos. Sabes que juntos somos perfectos. Sabes que no necesitamos palabras ni señas para hablarnos. Lo supiste desde aquel primer día en el mercado, cuando nos vimos desde el otro lado de la tienda. Somos perfectos juntos porque puedo leer tus ojos como lo estoy haciendo ahora mismo. ¿Y sabes lo que me dicen? Que me amas. —Hace señas—: Me amas, Ellie. —Me aparta un cabello de la frente—. No necesito que lo signes. No necesito que lo escribas por texto. No necesito que lo anotes. No necesito nada de eso, porque sé que es verdad.

Trago. Trago fuerte. Y me duele. Como las lágrimas atrapadas en mi garganta escuecen tanto, casi me olvido del dolor en mis manos. Pero este dolor, es bueno. Tiene razón. Me conoce. Y no necesitamos palabras.

Por eso decido darle un poco.



Me lamo los labios. Luego hablo.

—Te amo, Blake —le digo, esperando estar pronunciando con claridad las primeras palabras que me oye decir.

Pensé que se sorprendería. Estaría complacido, incluso. Pero, extrañamente, no parece estarlo. Sus ojos llorosos miran los míos mientras me pone un dedo en los labios.

—Tampoco necesito que lo digas. Solo necesito que me mires.

Así que lo hago. Lo miro. Y nos miramos fijamente como aquel primer día. Estamos conectados a un nivel casi telepático. Él no hace señas. No habla. Pero sus ojos lo dicen todo. Y es todo lo que siempre he querido oír.



Capítulo Cuarenta y Cuatro

BLAKE

Tres meses después...

Maisy y yo damos los últimos retoques a su nueva habitación y nos quedamos admirando nuestro trabajo. Su cama de princesa, con dosel en la parte superior y visillos a los lados, parece sacada de una película de Disney.

Rayo tiene su propia cama en el rincón, también rosa, que como machito creo que debería protestar, pero me hago a la idea de que aguantaría cualquier cosa por Maisy.

Conozco la sensación.

—Perfecto —señalo.

—Me encanta —me dice por señas y me abraza—. Te quiero, papá.

—Yo también te quiero.

Intercambiar esas palabras se ha convertido en algo cotidiano para nosotros, y me alegra el corazón cada vez que lo hacemos.

Le doy un golpecito en el hombro para llamar su atención mientras organiza sus ponis de juguete por alturas, y hago un gesto hacia el pasillo.

—Voy a terminar la cena.

—Celebración —señala.

—Sí, estamos de celebración. Un gran día.

Se le iluminan los ojos.

—¿Me enseñas la habitación esta noche?

Sonrío y asiento.

—Sí. Más tarde.

—¿Sorprendemos a Ellie? —hace señas.

Quiet
Beautiful



—Eso también. Después de la habitación.

Bajo las escaleras y paso por la única habitación que ha estado fuera del alcance de Maisy y Ellie durante la remodelación. Ambas han participado en las renovaciones, aunque Ellie ni siquiera vive aquí. Pero fue divertido verla poner su propio toque en las cosas como si algún día lo fuera a hacer. Que ambos sabemos que lo hará. Lo sabemos sin decirlo. Lo sabemos sin signarlo. Simplemente lo sabemos.

Ellie nunca volvió a su apartamento. Se mudó a una casa de alquiler que comparte con Sierra y Tara. La jefa de Ellie le dio a Tara un trabajo legítimo en la escuela de sordos y ciegos, y Sierra ha hecho de la casa su base de operaciones entre los trabajos de instructora de esquí.

De camino a la cocina, me detengo a mirar la pared de fotos. Nunca pensé que yo —Blake Montana— tendría una pared de fotos familiares. Pero la tengo. Y es una prueba más de cómo ha cambiado mi vida desde que Maisy y Ellie llegaron a ella.

Paso un dedo por el centro del marco. Tuve que reorganizar todas las demás para añadirla hoy, pero es la foto más importante con diferencia. La mitad inferior del marco tiene una foto de Maisy y yo. Es mi foto favorita de los dos. Un día en la bodega, Maisy y yo íbamos de la mano caminando por el viñedo. Ellie iba detrás. Dio una palmada para llamar mi atención y, cuando Maisy y yo nos volvimos y miramos por encima del hombro, empezó a hacer fotos.

Maisy lleva uno de sus vestidos de princesa favoritos, sus rizos rubios en espiral ondean con la ligera brisa mientras sonríe a Ellie. No llevo nada especial, pero no es lo que llevamos lo que hace que esta foto en particular sea tan extraordinaria, sino cómo miro a Maisy.

Cuando Ellie me enseñó la foto, tenía lágrimas en los ojos. Me dijo que nunca me había visto tan padre como en ese momento. Por eso es tan apropiado que esta sea la foto en el mismo marco que el nuevo certificado de nacimiento de Maisy. El que llegó esta mañana. El que muestra su nuevo nombre y la convierte oficialmente en una Montana. La que nos une de por vida.

El papeleo se archivó hace meses, justo después de enterarme de que Lucinda había fallecido. Fui a verla una vez más después de la primera visita. Esa vez tampoco llevé a Maisy. Ambos estuvimos de acuerdo en que sería mejor así, pero hicimos las paces. A pesar de cómo Lucinda trataba a Maisy, yo no tendría a Maisy si no fuera por ella. Y no creía que mereciera morir sin saber lo lejos que había llegado Maisy. Le enseñé todo tipo de fotos y le conté historias. Lucinda se quedó sentada con una sonrisa en la cara. Dos días después, murió.

Un día, le contaré a Maisy sobre Lucinda. Pero no hoy. Hoy tengo otras cosas planeadas.



En la cocina, reviso las costillas que se han estado cocinando toda la tarde. Pongo una botella de vino en la mesa y empiezo con las patatas y las demás verduras. Todo tiene que estar perfecto. Es nuestra primera noche en casa y hay mucho que celebrar.

Jonas, el padre de Brayden, me ve por la ventana de la cocina desde su patio y me saluda con la mano. Nos hemos hecho muy amigos de los vecinos. Aunque no nos hemos mudado hasta hoy, desde que nuestros hijos empezaron el jardín de infantes juntos hace unas semanas, llevo a Maisy en auto y Jonas y yo acompañamos a los niños al colegio. Esos niños son como dos gotas de agua. Juro que la mamá de Brayden ya los tiene comprometidos.

A Maisy le encanta la escuela. Incluso ha empezado a aprender español. Sus señas mejoraron a pasos agigantados después de que los dos fuéramos a Seattle en verano a un campamento intensivo de LSA de dos semanas. A estas alturas, puede que sepa más signos que yo.

Una hora más tarde, las luces de la casa parpadean en rápida sucesión. Maisy baja saltando las escaleras.

—¿Ahora? —pregunta.

—Todavía no.

Está impaciente por ponerse manos a la obra, pero se le pasa rápido cuando dejo entrar a Ellie por la puerta principal.

—Puedes usar tu llave —le comento en señas.

Se encoge de hombros.

—No es mi casa.

—Todavía —señalo, capturando sus ojos con los míos.

Se ríe, cierra los ojos e inhala.

—¿Qué es ese olor celestial? —pregunta.

—Hemos hecho tu favorito —responde Maisy.

Despeino los rizos de Maisy.

—Oh, hemos, ¿verdad? —me burlo.

—Puse leche en las patatas —señala.

Ellie le toca el hombro.

—Ese es el paso más importante.

Maisy la sonrío y me tira de la camiseta.

—¿Ahora?

Sacudo la cabeza.

—Comamos primero.



Entramos en el comedor y nos sentamos a la mesa. Ellie ve enseguida la botella de vino que he puesto cerca de su plato. La agarra y sus ojos brillan divertidos.

Pasa una mano por encima de la etiqueta en la que se lee:

EL

Merlot

Bodega de Montana

Edición limitada

Levanta la vista con los ojos empañados.

—¿Le has puesto mi nombre a un vino?

—Sí. Mira más de cerca.

Estudia la etiqueta. Detrás de cada letra en español está la sombra de la letra LSA correspondiente.

—Dios mío. Esto me encanta. No me importa si sabe a mierda, me beberé hasta la última gota.

Me río.

—Créeme, no es así. He pasado meses trabajando con nuestro vinicultor. —Deletreo la palabra con los dedos porque en serio no tengo ni idea de si existe un signo LSA para vinicultor—... y creo que te vas a volver loca con él.

Aparta el sacacorchos.

—No estoy segura de querer abrirlo. Es único.

—En realidad, es uno de cien. Tengo los otros noventa y nueve bajo llave, y solo mejorarán con la edad.

—En ese caso. —Me tiende el vaso, espera a que se lo sirva, inhala el robusto aroma afrutado con un toque de roble, cierra los ojos y bebe un sorbo—. Guau. —Abre los ojos—. Si no te amara ya, esto habría sido suficiente.

Sonrío.

—Me alegro de que lo apruebes.

Deja el vaso en el suelo.

—Tengo una pequeña sorpresa para ti también.

Levanto una ceja en señal de pregunta.

Coloca la mano derecha en la seña de «te amo» y, manteniendo el signo, se da dos golpecitos en el corazón con el pulgar.

Ladeo la cabeza, poco familiarizado con la combinación.



—¿Qué significa eso?

Su brillante sonrisa ilumina toda la habitación.

—Es el signo con tu nombre.

Me señalo a mí mismo.

—¿Mío?

Ellie asiente mientras Maisy aplaude.

—Fue sugerencia de Maisy que te pusiéramos un signo con tu nombre. Claro que seguirá llamándote papá, pero insistió en que tuvieras uno. Cuando discutimos en secreto nuestras opciones y le pregunté qué es lo que más le gusta de ti, dijo que es tu corazón gigante y la forma en que nos quieres. Creo que es el signo perfecto porque el signo «te amo» es similar al que se utiliza para el alcohol, y todo el mundo que te conoce sabe que lo tuyo es el vino. Por no mencionar que hay tres dedos usados en el signo del nombre que significan...

Agarro sus preciosas manos y completo la idea yo misma.

—Nosotros —señalo y hago un gesto alrededor de la mesa.

Estas chicas. Estas criaturas silenciosas, hermosas e increíbles que hacen que mi vida merezca la pena. Rezo por no dar nunca por sentada su bondad, su amor y su inquebrantable entusiasmo por la vida.

Después de cenar, Ellie ayuda a limpiar mientras yo trato con mi impaciente hija, que está llegando al límite de sus fuerzas.

Ellie sale de la cocina y señala:

—Listo.

Me río y le digo que ha dejado el grifo abierto. *Otra vez.*

Pone los ojos en blanco y hace señas:

—Problemas de sordera.

Supongo que ya he hecho esperar bastante a Maisy, así que anuncio:

—Tengo una sorpresa para las dos.

Maisy salta y hace señas:

—Habitación. Habitación.

Las cejas de Ellie se levantan.

—¿Es la gran revelación?

Sonrío y asiento.

—Sígueme.

Caminamos hasta la puerta al final del pasillo inferior. La he dejado cerrada para que las pequeñas curiosas no vieran la sorpresa.



—Cierren los ojos y denme la mano —digo por señas—. Sabrán cuándo es el momento de abrirlos.

A Maisy le encanta este juego, y cierra los párpados de forma exagerada y extiende la mano.

Ellie me fulmina con la mirada.

—Tú también. ¿Por favor? Te prometo que valdrá la pena.

Me sigue el juego. Desbloqueo la puerta, tomo a Ellie de la mano, las hago pasar y cierro la puerta con el pie. Los conduzco al centro de la habitación, suelto la mano de Ellie y saco el mando a distancia del bolsillo. Pulso algunos botones y me preparo para ello.

El sonido asalta mis oídos al rebotar en las paredes. Luces de distintos colores parpadean al ritmo de la música. Mis dos chicas abren los ojos al sentir las vibraciones bajo sus pies.

Maisy cae al suelo y apoya las manos en el suelo, absorbiendo las vibraciones tanto en las manos como en los pies. La sonrisa de su cara es kilométrica mientras observa cómo parpadean las luces.

Ellie se queda boquiabierta mientras gira en círculo y lo asimila todo.

Hizo falta mucho ingenio, pero con la ayuda de otras personas de la comunidad sorda, junto con los mejores ingenieros de sonido que el dinero puede comprar, creé una sala de sonido.

Reconstruí las paredes con capas adicionales de cartón yeso y diez centímetros más de aislamiento. La puerta se cierra herméticamente para insonorizarla, así que aunque estés fuera, no oyes nada. En la parte delantera de la sala hay un sistema de sonido de última generación conectado a un complejo sistema de luces que cuelgan del techo y se han programado para que parpadeen al ritmo de la música. Cada color indica un tono: cálido para los graves y frío para los agudos. Tengo que admitir que es increíble. Casi puedes *ver* la música. Y, sin duda, puedes *sentirla*. Cada una de las paredes tiene varios altavoces que van del suelo al techo, e incluso encargué especialmente algunos para instalar en el suelo, que es por lo que Maisy está sentada en él ahora mismo.

—Esto es lo más increíble que nadie ha hecho para mí —señala Ellie. Luego sus mejillas enrojecen—. No es que sea para mí.

Tiro de ella.

—Por supuesto que es para ti. Es para las dos personas más importantes de mi vida.

Sonríe y apoya la cabeza en mi hombro, balanceándose al ritmo de la música entre mis brazos.



Me deleito con el beneficio inesperado de la habitación. Bailando con Ellie. Aunque voy a tener que invertir en unos tapones de alta tecnología si paso mucho tiempo aquí.

Maisy se mete entre nosotros y se une a nuestro baile.

Puede que este sea mi momento favorito. Luego me río de mí mismo, porque pienso lo mismo al menos una vez al día cuando Maisy aprende un signo nuevo. O cuando corre a mis brazos después del colegio. O... básicamente cada vez que Ellie me mira.

Le doy un golpecito en el hombro a Maisy y le digo:

—Ahora.

Da una palmada y sale corriendo de la habitación.

Ellie me mira con los ojos entrecerrados, pero apenas tiene tiempo de preguntar cuando Maisy vuelve trotando a la habitación, radiante, cargada con dos cajitas.

Le entrega la caja rosa a Ellie.

—¿Para mí? —Ellie pregunta.

Maisy rebota.

—Ábrelo.

Ellie abre con cuidado la larga y delgada caja, con la mano cubriéndose el corazón mientras mira el collar de platino que deletrea M-A-M-Á en letras LSA. Maisy tira de la mano de Ellie y le dice por señas:

—¿Quieres ser mi mamá?

A Ellie se le llenan los ojos de lágrimas. Pero antes de que pueda decir nada, abro la segunda caja y le enseño lo que hay dentro. Porque tiene que responder a más de una pregunta.

Cuando Ellie ve el anillo, se le saltan las lágrimas.

Saco el anillo, me arrodillo y hago señas entre música a todo volumen:

—¿Quieres ser mi esposa?

No necesita responder. No necesita hacer señas ni hablar, ni siquiera asentir. Porque puedo ver la respuesta en sus ojos. Como Maisy, va a ser una Montana. Lo será por el resto de su vida y de la mía. Va a criar a Maisy conmigo y a tener más hijos para llenar todas las habitaciones de esta casa. Va a amarme tan ferozmente como yo la amo a ella. Ella va a ser mi para siempre.

Maisy, sin embargo, está ansiosa por una respuesta mientras tira del dobladillo del vestido de Ellie, mirándola expectante.

Ellie se hunde a su nivel y le hace señas a mi valiente hija de cabello rizado y perfecto:



—No hay nada que desee más.

Maisy mira de Ellie a mí, posiblemente confundida por su respuesta.

Sonríó con la mayor de mis sonrisas y señalo:

—Eso es un sí.

Maisy grita, anima y baila antes de que todos nos reunamos y nos abracemos como uno solo. Porque ella lo entiende.

Lo entiende todo. Quién soy *yo*. Quién es *Ellie*. Quién es *ella*. Y lo que somos juntos.

Una familia.



Epilogo

ELLIE

Dos meses después...

En brazos de mis padres, camino por el pasillo hacia el hombre que hoy se convierte en mi esposo.

Blake nunca ha estado más guapo. Lleva traje, algo que rara vez hace, y una corbata azul que eligió específicamente para que combinara con mis ojos.

Sus hermanos están a su izquierda, y a su derecha, mis dos hermanas. Maisy también está aquí, después de haber practicado ser nuestra niña de las flores durante las últimas ocho semanas.

Hannah está a un lado, aquí para interpretar la ceremonia para todos nuestros amigos sordos. Solo espero poder leer todas y cada una de las palabras que salen de sus labios, porque es a *él* a quien quiero mirar mientras pronuncia sus votos.

Blake toma mis manos entre las suyas mientras el ministro pronuncia unas palabras. No me molesto en mirar, sé lo que dice el oficiante. Blake y yo hemos preparado toda la ceremonia. Lo único que no sabemos son los votos del otro. Contengo mi nerviosismo y me pierdo en los ojos de Blake cuando llega el momento de que diga los suyos.

Me sorprende cuando sus labios no se mueven. No se mueven en absoluto. En lugar de eso, me suelta las manos y empieza a hacer señas. Se me hace un nudo enorme en la garganta cuando me doy cuenta de que va a signar todos sus votos.

—Ellie —señala—, puede que nunca encaje del todo en tu mundo, y puede que nunca encajes del todo en el mío. Pero no importa, porque encajamos el uno con el otro. Somos el complemento perfecto. El único ajuste. Me completas de formas que no creía posibles. Me has enseñado cómo las cosas que la mayoría de la gente considera un obstáculo pueden ser en realidad un regalo. Poder comunicarme contigo sin palabras verbales de alguna manera mejora nuestra conexión. Lo que algunos llaman roto, yo lo llamo hermoso. Lo que algunos lamentan, yo lo celebro.

»Tu silencio me ha abierto los ojos. Nunca volveré a ver las cosas de la misma manera. Me has enseñado que el amor no es solo decir te amo. Es

Quiet
Beautiful



demostrarlo. Es vivirlo. Es sentirlo. El amor es mucho más que palabras. Y es algo que nunca hubiera sabido si no te hubiera conocido. Hoy no es el mejor día de mi vida. Ese día fue el día que te vi por primera vez. Fue el mismo día que supe de Maisy. Hoy es solo el día que nos solidifica como familia, algo que seguramente ha estado predestinado en las estrellas desde el principio de los tiempos.

No puedo moverme. No puedo respirar. El hecho de que aprendiera todas esas señas y las hiciera casi a la perfección es una prueba más de su amor por mí.

Alarga la mano para secarme una lágrima de la mejilla.

—Es tu turno —me dice por señas.

Exhalo un largo suspiro y me trago mi ansiedad. Es mi turno de sorprenderlo.

—Blake, mi amor —hago señas a la vez que digo, a un volumen que espero sea aceptable para el lugar. Tengo que aclararme la garganta antes de continuar, porque cuando llevas mucho tiempo sin hablar, la verdad es que cuesta un poco.

Le tiembla la barbilla al oír mis palabras. Rápidamente me pone un dedo en los labios justo antes de seguir:

—No hace falta que lo hagas. Ya sabes que te amo exactamente como eres.

—Sé que no tengo que hacerlo —señalo—. Lo sé. Y eso es lo que me hace querer hacerlo. Ahora, ¿te importa?

Se ríe, con las lágrimas cubriendo sus pestañas, mientras digo, tartamudeo y firmo mis votos, mucho más cortos que los suyos. Hablando en público por primera —y probablemente última— vez en mi vida adulta, le declaro a él y a todos los presentes mi amor inquebrantable por un hombre que me acepta exactamente como soy y que *nunca* espera que sea más. Por eso seré más. Para él. Para ellos. Para nosotros.

Cuando nos declaran marido y mujer, nos besamos y tomamos a Maisy en brazos. Como una familia, nos giramos y miramos a toda la sala de doscientas personas. Una sala que me quedo atónita al ver que está en silencio. Porque en vez de aplaudir... todos están haciendo manos de jazz.

Fin

Quiet
Beautiful



Epilogo Extra

MAISY MONTANA

21 años después

Me acerco al podio, tranquila y confiada. Al fin y al cabo, no me he dejado el culo trabajando durante la última década para sentarme en la sombra. Echo un vistazo a la multitud del estadio y veo a mis padres sentados en primera fila, a la izquierda del escenario. Por supuesto que están en primera fila: siempre han sido mis mayores partidarios y mis animadores más ruidosos.

Antes de empezar mi discurso, miro fijamente a otro de mis mayores apoyos, Brayden, que está sentado en la tercera fila entre mis compañeros de promoción. Su cara resplandece mientras dice con gestos: «Lo has conseguido».

Asiento, porque claro que sí.

Courtney, mi intérprete de ASL desde hace ocho años, está de pie a un lado, con su cuerpo y el mío proyectados en la pantalla dividida que cuelga del centro del techo del estadio.

Tengo mis notas. Todos los nombres de las personas alentadoras de mi vida. Miro la lista y me doy cuenta de que quizá no sean los únicos a los que debería dar las gracias. En cuestión de dos segundos, cambio todo mi discurso. Respiro hondo y empiezo.

—No soy la alumna más lista de mi clase —digo con señas—. No soy la mejor alumna, ni la presidenta de la clase, ni siquiera estoy en el consejo estudiantil. No soy una heroína. Solo soy una chica de un pueblo pequeño que resulta que es sorda. Eso no me hace más especial que la chica de la segunda fila que viene de una gran ciudad y tiene los ojos verdes. Pero mis compañeros han decidido darme esta tribuna, así que supongo que creen que tengo algo importante que decir. —Levanto mis notas y las agito—. Tenía todo el discurso escrito. Sé que se espera que dé las gracias a todos los que han hecho esto posible, desde mi primer profesor de guardería hasta mis parientes lejanos. Pero no sé si sería el mejor uso de mi tiempo.

Dedico una mirada a Brayden, cuyas cejas prácticamente le rozan el nacimiento del cabello. He ensayado mi discurso delante de él al menos cinco veces. Veo cómo una lenta sonrisa se dibuja en su rostro. Sabe que no es la primera vez que me vuelvo loca. E imagino que es una de las cosas que más le gustan de mí.

Quiet
Beautiful



»Las personas a las que debería dar las gracias no son quienes cabría esperar. A mi primera profesora de baile, Madame B., que me aseguró que una niña sorda no podía bailar: la invito a mi casa de la infancia para que vea más de dos docenas de trofeos nacionales ganados por mí y el equipo de baile de mi instituto. A mi profesora de banda de sexto curso, la Sra. J, que dijo que una niña sorda no podía tocar un instrumento y convocó una reunión con mis padres cuando insistí en tocar el violín, me encantaría reenviarle el correo electrónico que recibí de Julliard, animándome a presentarme. Y a mi orientador del instituto, el Sr. G, que me miró de reojo cuando le dije que quería estudiar medicina. Los sordos no pueden ser médicos, me dijo. Bueno, Sr. G, aquí estoy, de pie en este escenario, graduándome en medicina. —Levanto uno de mis cordones de graduación y lo pongo en alto—. Con honores.

Todos aplauden. Brayden cierra el puño. Mamá llora y se frota el collar que lleva desde que yo tenía cuatro años.

»Gracias a todos los que decían que no podía. Porque estoy aquí para decirles que sí pude, y lo hice.

Más aplausos.

»Y a todos los que pensaban que me iba a dedicar a la inteligencia médica para intentar «curar» la sordera, les digo lo siguiente: la sordera no es algo que haya que curar, arreglar o ayudar. Elijo dedicarme a las tecnologías avanzadas de la robótica médica por el soldado que perdió una pierna luchando por nuestro país, la mujer que perdió una extremidad en un accidente de coche, el bebé que nació sin huesos en el tobillo... Esas son cosas que puedo ayudar. Son problemas que merece la pena solucionar. La sordera no es una enfermedad. Y si intentas llamarme discapacitada, bueno, digamos que pondré mis trofeos, reconocimientos y diplomas en contra de cualquiera, en cualquier lugar y en cualquier momento.

Hago una pausa hasta que el público deja de aplaudir.

»Seguro que hay quien esperaba que subiera aquí y sorprendiera a todos dando mi discurso verbalmente, como si tuviera algo que demostrar. —Sacudo la cabeza—. ¿Podría hablar si quisiera? Sí, claro. Pero no lo necesito. Y nunca lo he hecho. —Agito las manos—. Esta es la única voz que necesito. No necesito hablar para que me escuchen, y no necesito escuchar para estar completa.

Espero no excederme. Me doy cuenta de que puede que me esté pasando un poco. La enorme sonrisa en la cara de Brayden me dice que sí, que puede que sí... pero que le encanta.

»Bien, bien, supongo que debería dar las gracias a otras personas. —Me giro y miro a mis padres, haciéndoles señas directamente—. Gracias mamá y papá por dejarme ser siempre yo. Por permitirme llevar mis mejores vestidos de domingo al patio de recreo. Por mirar hacia otro lado, no desanimarme nunca y rezar siempre por lo mejor cuando insistía en hacer cosas como paracaidismo,



exploración de cuevas y submarinismo. Por darme dos hermanos pequeños que, junto contigo, me han apoyado en todo momento sin hacerme sentir diferente a los demás. Por enfrentarte a la Sra. J, y muy posiblemente enseñarle a una impresionable niña de once años unas cuantas palabrotas más de las que ya sabía.

Las caras del público indican que todo el mundo se está riendo. Espero un momento a que se apague y termino, porque, al fin y al cabo... la vida es esperar.

Me vuelvo hacia Courtney. —Gracias a mi amiga e intérprete, Courtney Granger, que probablemente merezca un título honorífico de medicina con todo lo que ha aprendido a mi lado.

Intento que no se me salten las lágrimas antes de dar las gracias a la última persona. —Y al chico de ahí abajo, en la tercera fila. El niño sordo de al lado que se convirtió al instante en mi otra mitad. El hombre que ha estado a mi lado durante los últimos veintiún años y que sé que siempre estará ahí. Estoy impaciente por emprender el próximo viaje contigo. Decir que me completas es quedarse corto y demasiado tópico. No nos necesitamos el uno al otro para estar completos, sólo para ser felices.

La cara de Brayden se llena de orgullo cuando termino mi discurso, utilizando las divertidas anécdotas que tenía en mis notas. Mis ojos no se apartan de los suyos cuando el estadio estalla en un prolongado aplauso. Y aunque ninguno de los dos podemos oírlo, sé que su aplauso es sin duda el más fuerte.

Agradezco a mis estrellas de la suerte que Brayden y yo coincidiéramos en el mismo programa de residencia. Porque no puedo imaginarme la vida sin él. Bueno, eso, y estoy bastante segura de que esta noche me va a pedir matrimonio.

Fin

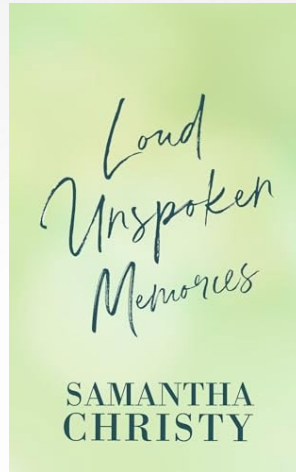
Quiet
Beautiful



SAMANTHA
CHRISTY

Things

Loud Unspoken Memories



297



Tras perder a su mujer y a su hijo, Dallas Montana lleva una vida retirada en una cabaña alejada de, bueno... todo.

Nunca previó tener invitados.

Después de todo, la cabaña solo tiene una cama.

Todo cambia durante la tormenta de nieve.

Todo cambia cuando conoce a Naomi.

Aunque le haga enfrentarse a sus miedos más oscuros, su naturaleza protectora no la dejará al margen.

Un romance de padre solteros, de proximidad forzada y nevadas.

Quiet
Beautiful

SAMANTHA
CHRISTY

Things

Acerca de la Autora



298



La pasión de Samantha Christy por la escritura comenzó mucho antes de publicar su primera novela. Licenciada en Justicia Penal por la Universidad de Nebraska, ocupó el cargo de analista de sistemas informáticos para el Tribunal Supremo de Wisconsin y varias universidades importantes de Estados Unidos. Criada principalmente en Indianápolis, lleva el Medio Oeste y sus valores autóctonos en el corazón y, tras el nacimiento de su tercer hijo, se dedicó a criar a su familia a tiempo completo. Aunque le llevó tiempo llegar de allí hasta aquí, la escritura ha seguido siendo su máxima pasión y el hecho de ser ama de casa le facilitó la consecución de ese sueño. Cuando no está escribiendo, se mantiene ocupada recorriendo todas las islas del Caribe por las que navegan los barcos. Samantha Christy reside actualmente en San Agustín, Florida, con su marido y sus cuatro hijos.

Quiet
Beautiful

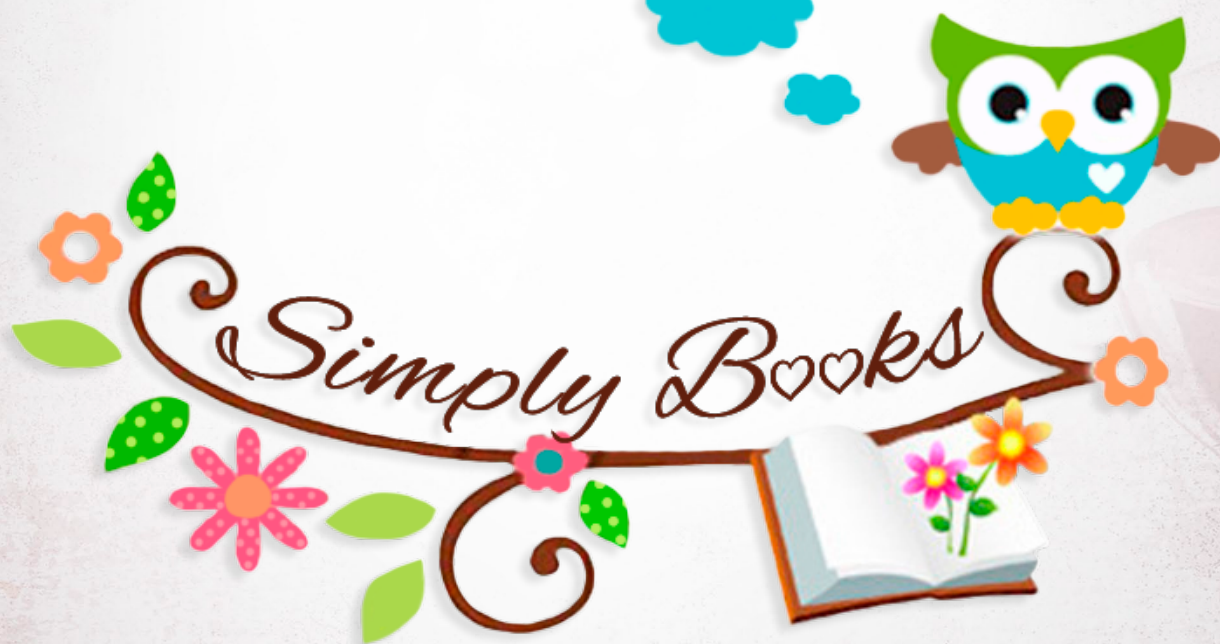
SAMANTHA
CHRISTY

Things

SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR
LA LECTURA Y COMPRAR LOS
LIBROS DE TUS AUTORAS
FAVORITAS



299



Quiet
Beautiful